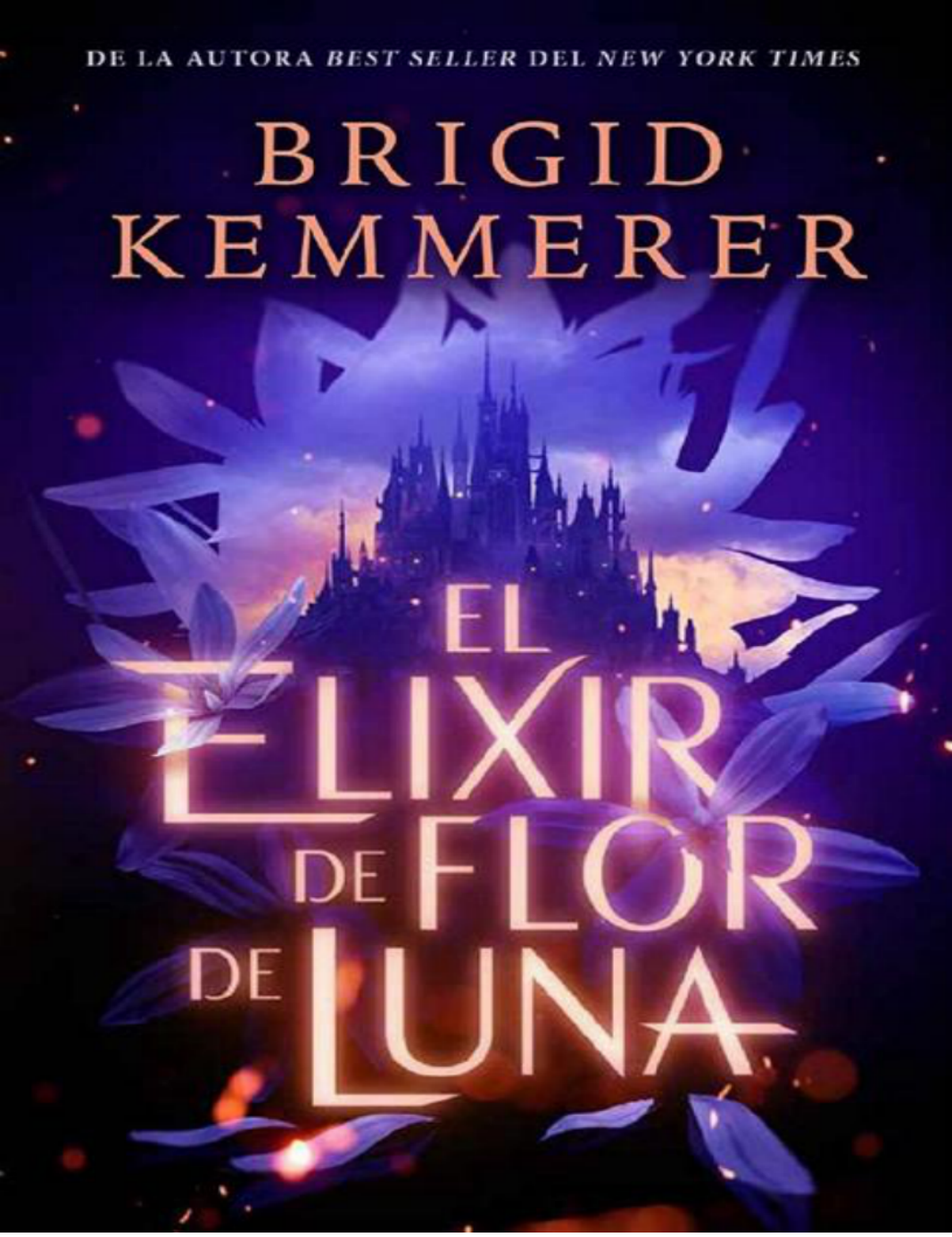
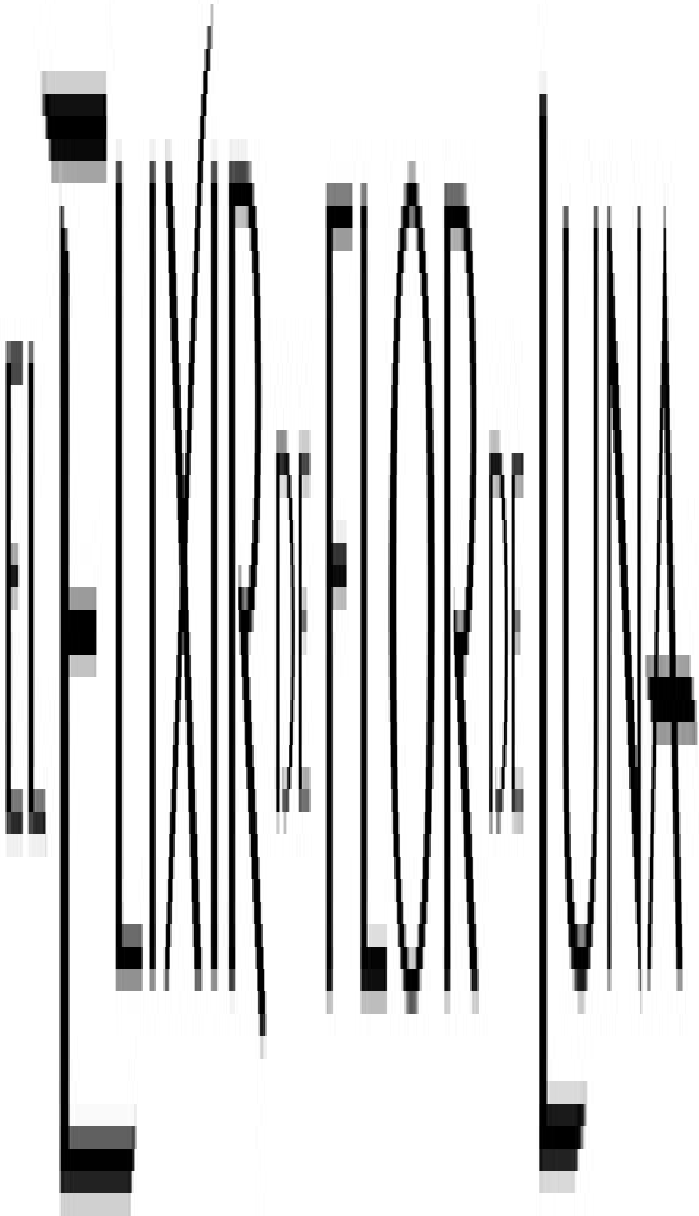
DE LA AUTORA *BEST SELLER* DEL *NEW YORK TIMES*

BRIGID KEMMERER

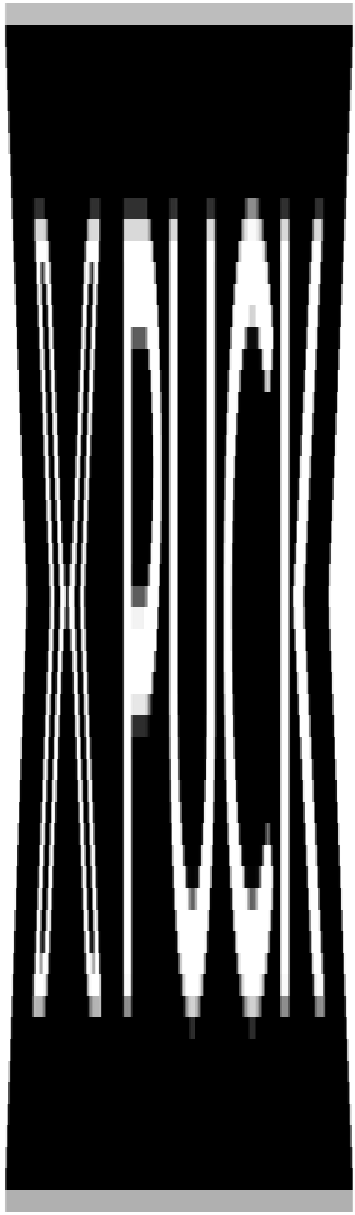


EL ELIXIR DE FLOR DE LUNA



BRIGID KEMMERER

Traducción de Xavier Beltrán



Argentina – Chile – Colombia – España

Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Defy the Night* Editor original: Bloomsbury Traducción: Xavier Beltrán 1.ª edición: agosto 2022

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2021 by Brigid Kemmerer Mapa © Virginia Allyn
Esta edición de Defy the Night se publica en virtud de un acuerdo entre Ediciones Urano y Bloomsbury Publishing Plc.
All rights reserved © de la traducción 2022 *by* Xavier Beltrán © 2022 *by* Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19251-24-4

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para la señorita Pat Bettridge
y para
la señorita Nancy Vaughan.

Dos profesoras maravillosas
que me enseñaron
lo poderosa que puede ser
la palabra escrita.

EL REINO
El
Reino de Ostriario
TIERRAS DEL TRIANDE
SOLAR
O
S
N

LOS LÍDERES POLÍTICOS DE KANDALA

SEÑOR

Rey Harristan

Príncipe Corrick

Barriada Montague (muerto)*

Prado Ellis

Ciudad Craft

Jonas Stirling

Lisa Malpetta

Regina Phillips

Acción Chorry

Jaspe Gold

* A veces se les llama «Tierras del Traidor» después de que el cónsul Montague asesinara a los antiguos reyes, tras lo cual Harristan y Corrick, su hermano menor, se adueñaron del poder.

LOS FORAJIDOS

NOMBRE	PAPEL
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]

LA CURA

La única cura conocida para la fiebre es un elixir creado con pétalos secos de flor de luna, una planta que solamente crece en dos sectores: en Prados de Flor de Luna y en Crestascuas. Los pétalos de flor de luna se racionan muy estrictamente entre los sectores, y las cantidades son limitadas.

Quienes disponen de medios pueden comprar provisiones.

Quienes no disponen de medios, no.

CAPÍTULO UNO
Tessa

La parte más difícil de este trabajo no es robar. Es escapar. En el mejor de los casos, tardo dos minutos en escalar la pared para salir del Sector Real, pero la noche es fría y se me empiezan a entumecer los dedos. Queda tan solo una hora para el alba y los focos de los centinelas salpican las altas murallas de piedra a intervalos irregulares. Me coloco debajo del brazo el zurrón de boticario de mi padre y lo agarro con fuerza, sumida en la oscuridad, a la espera de una oportunidad.

Varios de los sectores de las zonas ricas disponen de electricidad, o eso he oído por ahí, pero aquí los focos irradian más claridad de la que ha soltado jamás ninguna vela; incluso son más potentes que las hogueras que prenden los pueblos para quemar a los muertos. La primera vez que los vi, me los quedé mirando como una boba, hasta que me di cuenta de que esas luces significaban peligro. Me pasé días intentando averiguar si eran una especie de patrón de vigilancia, y se lo comenté a Weston. Me respondió con un resoplido y me dijo que no había ningún patrón, sino tan solo hombres aburridos que hacían girar un mástil en el que se encendía un foco.

A lo largo de la última hora, han movido la luz sin cesar.

Flexiono los dedos y mentalmente calculo que han transcurrido tres minutos. En este momento, me muerdo el labio y me pongo a pensar. La luz ha pasado por esta sección de la pared cada dos minutos.

Seguramente Wes estará ya en el taller, esperando. Él es capaz de trepar la muralla de piedra en medio minuto. Gracias a su altura,

puede saltar, engarzar su gancho triple en las agujas que coronan el muro y agarrarse a la pared para subir hasta la cima dando saltos como si fuera un gato. Me pondría celosa, pero observarlo resulta fascinante.

Aunque no se lo voy a decir. Nunca dejaría de aprovecharlo para meterse conmigo.

¿Fascinante, Tessa? No es más que un muro. Nada que ver con esto. Y entonces treparía por un árbol o haría una pirueta desde el tejado del taller o caminaría sobre las manos.

Y yo me vería obligada a asestarle un puñetazo, porque eso sería mejor que permitirle reparar en el rubor que me cubriría debajo de la máscara, porque sí, todo eso me parece igual de fascinante.

Tengo que dejar de pensar en Wes. Este foco de centinela debe parar de moverse. Necesito hacer mi ronda de siempre, o de lo contrario perderemos días de curación. Hay gente que no dispone de días. Algunos, ni siquiera de horas.

Pero antes es preciso que salga de aquí. Si me pillan con el zurrón lleno de pétalos de flor de luna, el rey Harristan y su hermano, el príncipe Corrick, me atarán en los jardines del palacio y dejarán que los pájaros me picoteen los órganos.

De repente, la luz se detiene muy cerca de la esquina donde la muralla se adentra en las sombras a consecuencia de la pendiente. Es por donde siempre intentan huir los aficionados.

No pienso desaprovechar la oportunidad. Salgo de mi escondrijo como un asustado conejo de la cañada y empiezo a balancear mi gancho triple. No soy capaz de lanzarlo hasta las agujas de la cima como Wes, pero llego a los soportes que se alzan a media altura. El gancho desaparece muro arriba y salto antes de que se tense del todo. Mis botas rozan las piedras a medida que asciendo y resbalan un poco sobre el granito. Alcanzo el soporte, un saliente diminuto, pero basta para que me pueda agarrar antes de soltar el gancho y lanzarlo hacia las agujas. En cuanto se aferra a los pinchos de metal, empiezo a subir.

La luz comienza a moverse.

Me quedo sin aliento y les pido a mis pies que me impulsen más

rápido, más alto. El zurrón me golpea las costillas mientras resbalo por la pared. Me arden las manos, que se deslizan por la cuerda. La luz se aproxima, y de pronto es cegadora.

En ese momento, llego a lo alto de la muralla y medio desciendo, medio me desplomo en el suelo del bosque como un saco de avena. Le doy un tirón a la cuerda y el gancho cae a mi lado, aunque antes tintinea ligeramente en las piedras de la base de la muralla. La suciedad y los detritos se pegan a la lana de mis faldas artesanales, pero no me atrevo a sacudírmelo de encima enseguida. Casi saboreo el latido de mi corazón mientras contengo la respiración y espero a que los centinelas den la voz de alarma.

Pero no. El resplandor se desliza por el extremo de la muralla y la luz sigue su camino.

Me trago el corazón y guardo el gancho. En el cielo cuelga una luna creciente, pero en el horizonte brilla una débil lucecilla morada, el recordatorio de que he dudado demasiado y se me acaba el tiempo. Me escabullo por el bosque con la facilidad que da la práctica, mis pies sigilosos sobre las hojas de pino caídas. A estas alturas, normalmente huelo el fuego del horno de leña, porque Wes siempre es más rápido que yo. Hemos establecido un sistema: él enciende el caldero y muele los pétalos para preparar el elixir, mientras que yo peso y divido el polvo para separar la dosis apropiada. A continuación, él embotella el líquido cuando está listo, yo lo guardo en nuestros zurrones y juntos hacemos la ronda.

Pero hoy no huelo a madera quemada.

Al llegar al taller, no veo a Weston por ninguna parte.

Pienso en la luz que se ha detenido en la muralla. Me vuelve a subir el corazón por la garganta.

Wes no es estúpido. Jamás intentaría salir por esa esquina. Y, de todos modos, no he oído ninguna alarma.

Pero es que no está aquí, y eso que yo he llegado tarde.

Enciendo el fuego y procuro no preocuparme. Casi oigo su voz diciéndome que mantenga la calma. *No pierdas los nervios, Tessa*. Son las primeras palabras que me dirigió la noche en que me salvó la vida, y

desde entonces me las ha repetido decenas de veces.

Wes está bien. Tiene que estar bien. A veces no llegamos a vernos y uno de los dos se queda esperando en el taller durante quince minutos antes de marcharse solo. En ocasiones, la señora Solomon me entretiene elaborando y midiendo y pesando los remedios de hierbas que ella asegura a sus clientes que funcionan (aunque no suele ser así). En ocasiones, el maestro de Weston lo necesita pronto en la forja porque algún caballero consentido requiere una nueva espada o porque algún caballo ha perdido una herradura. Ya ha ocurrido antes.

Pero Wes estaba aquí hace un rato. Y siempre es el primero en regresar.

El taller es minúsculo y se calienta rápidamente gracias al fuego. Aquí no hay electricidad, por lo que el taller está en penumbra, pero no necesito demasiada luz. Ocupo las manos para dejar de preocuparme y machaco cada pétalo hasta transformarlo en polvo, y con mucho cuidado lo vierto todo sobre la bandeja de mi báscula. Aun secas, estas flores son muy olorosas. Las élites pagan carísima una fracción de una onza, y la desperdician bebiéndose el elixir tres veces al día, incluso quienes no muestran síntomas de la enfermedad. «Medidas preventivas», lo llama el rey. Una vez al día casi siempre es suficiente, y tengo datos para demostrarlo. Hasta Wes distribuía demasiada cantidad al principio hasta que le enseñé que con menos podríamos ayudar a mucha más gente. Mi padre lo habría considerado un desperdicio. Un desperdicio de un buen tratamiento cuando los que no se lo pueden permitir están muriendo.

Aunque, claro, a mi padre lo ejecutaron por traición y contrabando, así que yo no lo considero nada. Me limito a hacer lo que puedo.

Miro por la ventana. El horizonte morado ha adquirido un tenue color rosado.

Miro hacia la puerta, como si así pudiera hacer aparecer a Wes.

No es así. El caldero empieza a hervir. Divido el agua en pequeñas tazas con la medida exacta y añado media onza de polvo de pétalo a cada una, además de dos gotas de aceite de semillas de rosa para la tos, que calculo con el mismo esmero que los pétalos de flor de luna.

Intento no robar lo que puedo conseguir por mis propios medios, pero las semillas de rosa me cuestan el salario de una semana, de ahí que ni siquiera deje que se encargue Wes.

Una vez que los pétalos y el aceite se han disuelto, añado una pizca de cúrcuma, una especia capaz de bajar la fiebre lo suficiente como para que la medicina actúe mejor, pero también debo incorporar una hojita de menta y un poco de azúcar. Los adultos no necesitan que los convenzamos para beberse la tintura, pero no podemos arriesgarnos a desperdiciarla con los niños, que tal vez la escupirían por su sabor.

Desde el Sector Real se oye el toque de cuernos y se alzan gritos, y doy tal brinco que vuelco una taza. Han atrapado a alguien.

A Wes.

Debería ir a ver. No, debería ir a esconderme.

Mis músculos se niegan a las dos opciones.

No pierdas los nervios, Tessa.

Necesito moverme. Necesito terminar. Cuando se mezcla la flor de luna con los otros ingredientes, el elixir funciona mejor, pero una vez preparado solo sirve si se lo administra al cabo de unas pocas horas. Debo terminar la ronda, aunque me toque hacerlo sola.

Los cuernos siguen sonando. Los gritos retumban en la distancia. Van a despertar a medio sector. Mi respiración se ha convertido en un grave lamento. Me imagino que llaman al príncipe Corrick para que se ocupe del traidor. Los centinelas no son amables. La sonrisa fácil de Weston se volverá una mueca de dolor. Oiré sus gritos desde aquí. Lo despedazarán con los cuchillos más minúsculos que quepa fantasear. Le llenarán la boca de carbón ardiente. Lo entregarán a los leones reales para que se lo coman vivo. Le quemarán las extremidades, una a una, hasta que pierda la conciencia por la…

—Vaya, Tessa, ya casi no me necesitas.

Suelto un grito y vuelco otra taza. Está aquí, en el umbral de la puerta, sus ojos azules brillan detrás de la máscara, y sonríe.

Weston ve el desastre que he hecho y pone los ojos en blanco.

—O quizá sí. —Se acerca y endereza la taza—. ¿Ya has puesto el polvo en esa?

No sé si me apetece abrazarlo o pegarle. Puede que ambas cosas.

—Llegas tarde. He oído los cuernos. Pensaba… pensaba que te habían apresado.

—Hoy, no. —Extrae los pétalos del zurrón, seguidos de tres manzanas y de una trenza de masa azucarada que aún está caliente del horno—. Toma. El panadero se ha ausentado para regañar a su hija y te he birlado algo de comer.

Llega tarde porque me ha traído el desayuno. Y no un desayuno cualquiera. La comida del Sector Real es la más deliciosa. A las manzanas les inyectan miel y las trenzas de masa están hechas con mantequilla de verdad, y espolvoreadas con crema y azúcar.

Abro la boca. La cierro. Frunzo el ceño y me aparto de él. Tengo un nudo en el estómago por un motivo totalmente distinto y nuevo.

—Es muy amable por tu parte, Weston.

—¿«Es muy amable por tu parte»? —se burla—. Madre mía, qué formales estamos hoy.

—Necesito terminar los elixires.

—Ya los termino yo. Tú come.

—Comeré dentro de un minuto. —Los cuernos suenan al otro lado de la pared, pero ahora puedo ignorarlos. Seguramente se tratará de otro ladrón. Mañana es probable que veamos su piel colgando de las puertas, después de que el rey y su hermano hayan acabado con el cuerpo.

—Vale. —Weston agarra una manzana, se deja caer sobre la única silla y coloca las botas sobre la mesa de trabajo. Lleva un sombrero negro de ala ancha sobre la máscara que le cubre los ojos, pero ahora que estamos en el taller se lo inclina hacia atrás.

Solamente lo veo junto a este fuego, así que no sé decir de qué color es su pelo, pero llegados a este punto casi siempre necesita afeitarse, y la ligera barba parece de un marrón rojizo cuando se sienta cerca de una vela, un tono que combina con la constelación de pecas que le cubre la piel allá donde termina la máscara. Se pinta el contorno de los ojos con kohl o con hollín, y de ahí que ese azul sea el más claro que he visto nunca. Yo tengo los ojos color miel y el pelo castaño en una

tirante trenza que me cubro con un gorro. Wes siempre dice que con la máscara y la chaqueta azul parezco un gato. Un día en que me sentí valiente y arrogante, le solté que debería verme sin el disfraz para saber qué aspecto tiene una jovencita educada, pero se puso lívido.

—Nunca —respondió—. Es demasiado peligroso. Si sabemos cómo es el otro, podrían obtener esa información mediante tortura. A ti no te haría eso. —Se detuvo—. Y seguro que tú no querrías hacérmelo a mí.

Fue la primera vez que me di cuenta de que Weston Lark probablemente no fuera su verdadero nombre. Seguro que piensa que Tessa Cade también es falso, pero no lo es. Cuando nos conocimos, hace dos años, mis padres acababan de morir asesinados delante de mí y estaba tan atormentada por la pena que no se me ocurrió decirle otro nombre.

—Estás muy callada —dice Wes. Muerde la manzana con fuerza, y me entran ganas de arrancársela de la mano—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Embotello el elixir que ya he preparado (esa suele ser tarea suya) y vierto agua en las tazas para repetir el proceso.

Detrás de mí, lo oigo removerse en la silla y levantarse. Se acerca lo suficiente como para que me llegue su aroma, a leña y a canela de la panadería, pero también con un toque más intenso, algo que es Wes al ciento por ciento.

—Tessa.

Le clavo un codazo en el abdomen y experimento la satisfacción de oírlo gruñir.

—¿A qué ha venido eso? —se indigna.

—Me has tenido preocupada.

—Pero te he traído el desayuno. —Su voz suena grave y profunda detrás de mí.

Lo ignoro.

Se inclina hacia adelante hasta que su aliento roza el fragmento de piel que va de mi pelo al cuello alto de la chaqueta. La otra manzana aparece delante de mí, rodeada por sus largos dedos.

—Es un desayuno maravillosísimo —se mofa.

Acepto la manzana. El azúcar salpica la fruta. Está caliente, y me

pregunto si la miel del interior también lo estará.

Aun sin quererlo, le pego un mordisco. La miel está caliente.

—Te odio —le digo con la boca llena.

—Es lo mejor que nos podría pasar. —Me levanta el gorro unos centímetros y me sonríe—. Come rápido, anda. Tenemos que hacer la ronda.

CAPÍTULO DOS
Corrick

Llevo horas escuchando la respiración de mi hermano. Oigo un nuevo ruido cada vez que inhala, un débil traqueteo de sus pulmones. En la Selva, lo llaman el traqueteo de la muerte, porque significa que el final está cerca.

Aquí, en sus aposentos, me niego por completo a utilizar la palabra *muerte*. Me niego incluso a pensarla.

Mi hermano no tiene fiebre. No hay razón para preocuparse.

Soy incapaz de convencerme.

La luz del sol entra a raudales por la ventana abierta y los pájaros trinan en los árboles. Harristan no debería dormir hasta tan tarde, pero no quiero despertarlo. Para la gente que espera frente a las puertas de sus aposentos, hemos discutido sobre el papeleo a lo largo de toda la mañana. He pedido comida un par de veces, la suficiente para alimentar a una decena de personas, pero la mayoría sigue intacta. Las moscas han empezado a reunirse en la fruta cortada y una abeja revolotea sobre los dulces.

Harristan tose débilmente y su respiración se normaliza. Quizá no era más que eso, un cosquilleo en la garganta. En mi pecho se suelta el nudo que se me había formado, y al pasarme una mano por la nuca, noto que está húmeda.

Una ligera brisa empuja mis papeles con tanta insistencia que debo colocarlos debajo de la lámpara antes de que se desparramen por el escritorio. Uno de los dos debe trabajar. He tomado notas en los márgenes de una petición de financiación de una de las ciudades

orientales, en busca de omisiones e imprecisiones en la declaración con la que afirman necesitar un nuevo puente. Esperaba haber hojeado solo unas cuantas páginas antes de que se despertara Harristan, pero ahora ya he leído todo el informe y debe de ser casi mediodía.

Extraigo el reloj de bolsillo y echo un vistazo a los brillantes diamantes engarzados en las esferas. Sí que es mediodía. Si no se presenta en la reunión con los cónsules de los sectores, provocará habladurías. Y yo solo podré silenciar una parte.

Como si mis pensamientos lo hubieran despertado, mi hermano se revuelve y parpadea bajo la luz del sol. Me frunce el ceño y se incorpora, sin camisa, antes de pasarse una mano por la cara.

—Es tarde. ¿Por qué no me has despertado?

Presto suma atención a su voz, pero no percibo aspereza en su tono ni rastro alguno de que le cueste respirar. Tal vez hayan sido imaginaciones mías.

—Estaba a punto de hacerlo. —Me dirijo al aparador y agarro el hervidor—. El té se ha enfriado. —Sirvo una taza de todos modos y se la llevo, acompañada de un fino tubo con tapón de corcho que contiene el elixir de flor de luna, que es más oscuro que de costumbre. La semana pasada, cuando empezó la tos de nuevo, el boticario del palacio duplicó la dosis, así que quizá la medicina esté comenzando a funcionar.

Harristan quita el tapón, bebe el elixir y pone una mueca.

—Ea, ea —digo sin ninguna pizca de empatía.

Me sonríe. Es algo que solo hace cuando estamos a solas. Ninguno de los dos sonríe a menudo fuera de estas habitaciones.

—¿Qué has hecho durante la mañana?

—He leído la petición de Artis. He redactado un borrador de negativa para que lo firmes.

—¿Una negativa? —Su expresión se torna seria.

—Piden el doble de lo que costaría un nuevo puente. Lo han ocultado bien, pero alguien se ha vuelto avaricioso.

—Ya casi no me necesitas.

Ha pronunciado las palabras con ligereza, pero estas me golpean

como si de una flecha se tratara. Kandala necesita a su rey. Yo necesito a mi hermano.

Guardo mis preocupaciones bajo llave y me cruzo de brazos.

—Debes vestirte… y afeitarte. Llamaré a Geoffrey. He dicho que hemos estado demasiado ocupados como para que le avisaras antes. Quint ha pedido dos veces una audiencia contigo, pero va a tener que esperar hasta después de la cena, a no ser que…

—Cory. —Habla con voz suave, y me pongo tenso. Solo me llama así cuando estamos solos, uno de los pocos recuerdos que nos quedan de la infancia. El apodo de cuando yo era pequeño y ansioso, y lo seguía dondequiera que fuese. Un nombre que en su día pronunció nuestra madre con mucho cariño o que utilizó nuestro padre para elogiarme, en la época en que creíamos que nuestra familia era amada por todos. Mucho antes de que nadie supiera lo de la fiebre, lo de la flor de luna o que nuestro país iba a cambiar de una forma que nadie esperaba.

Cuando todo el mundo creía que faltaban décadas para que Harristan ocupara el trono, desde el cual gobernaría con firme amabilidad y de manera considerada con nuestra gente, como hacían nuestros padres.

Pero hace cuatro años los asesinaron delante de nosotros. Sendos disparos directos a la yugular en la sala del trono. Las flechas los mantuvieron erguidos con la cabeza torcida y los ojos como platos y vidriosos mientras se ahogaban en su propia sangre. Una imagen que a veces todavía se me aparece en sueños.

Harristan tenía diecinueve años. Yo, quince. Recibió el impacto de una flecha en el hombro al agacharse para cubrirme.

Debería haber sido al revés.

Me quedo mirando fijamente sus ojos azules y busco cualquier indicio de enfermedad. No hay ninguno.

—¿Qué pasa? —le digo.

—La medicina ha vuelto a funcionar. —Habla en voz baja—. No hace falta que hagas de niñera.

—¿Cory el Cruel haciendo de niñera? —Mi sonrisa es un tanto

pícara—. Jamás.

—Nadie te llama Cory el Cruel. —Pone los ojos en blanco.

—A la cara, no. —No, a la cara soy «su alteza» o el príncipe Corrick, o a veces, cuando pretenden ser muy formales, el justicia del rey.

A mis espaldas me llaman cosas peores. Mucho peores. También a Harristan.

Nos trae sin cuidado. Nuestros padres fueron amados… y ellos en contrapartida amaron a su pueblo. Esa actitud tuvo como resultado una traición y su muerte.

El miedo es más útil.

Me aproximo al armario y saco una camisa de encaje para lanzársela a mi hermano.

—¿No quieres a una niñera? Pues deja de holgazanear. Tenemos un país que gobernar.

El almuerzo ya está dispuesto en el aparador cuando entramos. Faisán asado con miel y bayas sobre una densa cama de verduras y tubérculos. En el borde dorado de cada uno de los platos han colocado con arte unas cuantas plumas, que se mantienen en su sitio gracias a brillantes gotas de miel cristalizada. Mientras los camareros aguardan en silencio junto a la pared, a la espera de servir los platos, los otros ocho cónsules reales mantienen una animada conversación junto a la ventana. Yo soy el noveno cónsul, pero a mí no me interesan en absoluto las conversaciones animadas.

Antes había diez cónsules, pero el cónsul Barnard urdió la traición para matar a mis padres. También nos habría matado a nosotros. Cuando Harristan me salvó la vida, vi que Barnard se le acercaba con un puñal.

Mi hermano estaba encima de mí, su aliento se sentía asustado y doliente sobre mi oído. Arranqué la flecha del hombro de Harristan y se la clavé a Barnard en el cuello.

Parpadeo para apartar ese recuerdo. Los cónsules callan cuando entramos en la sala y, uno a uno, le dedican una breve reverencia a mi hermano antes de dirigirse a sus asientos, aunque nadie se sentará hasta que no lo haga Harristan y nadie comerá hasta que los dos hayamos probado bocado.

La mesa tiene forma rectangular en uno de los extremos y se estrecha en el otro, como si fuera la parte superior de una flecha. Harristan se deja caer en su asiento a la cabecera y yo me coloco en el mío, justo a su derecha. Los cónsules se sientan, y una de las sillas queda vacía. Es la que se alza a mi lado, el lugar del cónsul Barnard. El sector de Tierras del Tratante no cuenta con un nuevo cónsul, y Harristan no tiene ninguna prisa en designar a uno. De puertas para adentro, la gente a menudo las llama Tierras del Traidor, después de lo que hizo Barnard, pero nadie lo verbaliza delante de nosotros. Nadie quiere recordarle al rey ni al hermano del rey lo que sucedió.

Respetan a mi hermano, como debe ser.

A mí me tienen miedo.

Me da igual. Así me ahorro conversaciones tediosas.

Conocemos desde siempre a las personas que llenan esta sala, pero hace tiempo que no presenciamos gestos de calidez propios de la familiaridad. Vimos lo que la confianza y la complacencia les hicieron a nuestros padres, y sabemos lo que podrían hacernos a nosotros. Cuando Harristan tenía diecinueve años, con una herida que aún manchaba la venda de su hombro, en esta sala presidió la primera reunión. Los dos estábamos aturdidos, apenados y conmocionados, pero lo seguí para colocarme junto a él. Recuerdo haber pensado que los cónsules mostrarían empatía y compasión después de la muerte de nuestros padres. Recuerdo haber pensado que todos los lloraríamos juntos.

Pero apenas llevábamos un minuto en la sala cuando la consulesa Theadosia soltó el insidioso comentario de que un niño no debía asistir a una reunión. Se refería a mí, pero el tono que usó dejaba entrever que también lo decía por Harristan.

—Este niño —terció Harristan— es mi hermano, vuestro príncipe.

—Su voz retumbó como un trueno. Yo jamás había oído hablar así a mi hermano. Me dio la fuerza para erguirme cuando lo que anhelaba desesperadamente era esconderme debajo de la cama y fingir que el mundo no se había vuelto del revés—. Corrick me salvó la vida —prosiguió Harristan—. La vida de vuestro nuevo rey. Se puso en peligro cuando ninguno de vosotros estaba dispuesto a hacerlo, tú incluida, Theadosia. Lo he nombrado el justicia del rey y asistirá a las reuniones que le plazcan.

Me quedé paralizado al oír sus palabras. El justicia del rey era el consejero del rey de mayor jerarquía. El cargo más alto, después del propio Harristan. Nuestro padre nos contó un día que había logrado caer en gracia al pueblo porque el justicia del rey se ocupaba de todos los asuntos… desagradables.

Otro cónsul de aquella época, un hombre llamado Talec, se echó a toser para ocultar una carcajada.

—¿Corrick será el justicia del rey? —preguntó—. ¿Con quince años?

—¿Acaso no he sido claro? —dijo Harristan.

—Exactamente ¿qué justicia va a impartir? ¿Dejar a alguien sin cenar? ¿Prohibirles los juegos a los criminales de Kandala?

—Debemos ser fuertes —intervino Theadosia con la voz teñida de burla—. Sois una deshonra para vuestros padres. No es el momento de que los gobernantes de Kandala sean objeto de burlas.

«Sois una deshonra para vuestros padres». Esas palabras me congelaron las entrañas. Nuestros padres fueron asesinados porque el consejo fue incapaz de descubrir a un traidor.

—Parece que en cualquier momento va a echarse a llorar —insistió Talec—, y ¿pretendes mantener el trono con él a tu lado?

Sí que estaba a punto de echarme a llorar. Pero después de oírlos hablar me aterrorizaba mostrar la más mínima debilidad. A mis padres los asesinó alguien en quien confiaban, y no podíamos permitir que a nosotros nos ocurriera lo mismo.

—Nada de cena y nada de juegos —exclamé, y, como la voz de Harristan había sonado tan inflexible, obligué a la mía a sonar igual.

Me daba la impresión de estar interpretando un papel para el que no había tenido tiempo de ensayar—. Vais a pasaros treinta días en los sembradíos. Deberéis ayunar desde el mediodía hasta la mañana del día siguiente.

Se instaló un silencio absoluto durante unos instantes, y entonces Theadosia y Talec estallaron desde sus asientos.

—¡Es ridículo! —gritaron—. No puedes enviarnos a trabajar en los campos con los agricultores.

—Habéis pedido una demostración de mi justicia —contesté—. Procurad trabajar deprisa. He oído que los capataces llevan látigos.

—Sois unos niños. —Los ojos de Talec resplandecían como el fuego —. Nunca vais a poder mantener el trono.

—Guardias —dije con voz tranquila.

Recuerdo que me preocupó que los guardias no fueran a obedecer, y que el consejo nos derrocara a los dos. Temía que de verdad fuéramos la deshonra de nuestros padres. Después de lo que había hecho Barnard, cualquier rostro parecía esconder un móvil secreto que nos conduciría a la muerte.

Pero en ese momento los guardias dieron un paso adelante y se llevaron a Talec y a Theadosia. Las puertas se cerraron tras ellos y en la sala se produjo un silencio sepulcral. Todos los ojos que rodeaban la mesa se abrieron de par en par y contemplaron a mi hermano.

Harristan señaló el asiento a su derecha, la silla que acababa de dejar libre Talec.

—Príncipe Corrick. Siéntate.

Me senté. Nadie se atrevió a abrir la boca.

Harristan lleva cuatro años en el trono.

Hoy hemos llegado más tarde de lo habitual y es probable que la comida se haya enfriado, pero no tiene prisa por comer. Cuando mi padre presidía las reuniones, alrededor de esta mesa había un ambiente de tranquila jovialidad, algo que nunca ha habido durante el reinado de Harristan.

—¿Llevas la respuesta a Artis? —Me mira.

Coloco una carpeta de piel sobre la mesa, ante él, además de una

pluma. Hace ver que repasa el documento, aunque seguramente firmaría una carta que autorizase su propia ejecución si yo se la pusiera delante. Harristan no tiene paciencia con los documentos legales extensos. Lo suyo son los planes majestuosos y la perspectiva general. Soy yo el que se encarga de los detalles.

Firma con una pequeña floritura, deja la pluma a un lado y desliza la carpeta por la mesa en dirección a Jonas Beeching, un anciano tan rechoncho como alto. Me apuesto a que se muere por comer, pero se limita a abrir la carpeta, nervioso. Espera una respuesta positiva, veo. Ya prácticamente se le hace la boca agua con la idea de volver a Artis esta tarde con arcones repletos de oro.

Pero de pronto se le cae el alma a los pies al leer la negativa que he redactado.

—Majestad —se dirige con tiento a Harristan—. Este puente reduciría tres días el trayecto entre Artis y el Sector Real.

—Debería costar la mitad de lo estipulado —intervengo yo.

—Pero… pero mis ingenieros han invertido meses en esta propuesta. —Observa a toda la mesa antes de fijar la vista de nuevo en nosotros—. No me cabe duda de que no podéis tomar una decisión en menos de un día…

—Tus ingenieros están equivocados —digo.

—Quizá podríamos llegar a alguna especie de acuerdo. Debe… debe de haber un error en los cálculos…

—¿Quieres llegar a un acuerdo o sospechas que hay un error? —le pregunta Harristan.

—Yo… —Jonas abre la boca. Duda, y su voz se vuelve áspera—. Ambas cosas, majestad. —Hace una pausa—. La fiebre ha matado a muchos habitantes de Artis.

Al oír que menciona la fiebre, quiero mirar hacia Harristan. Quiero cerciorarme de que esté bien. De que el traqueteo de su respiración de esta mañana ha sido imaginación mía.

Con voluntad firme, mantengo la mirada clavada en Jonas.

—Artis recibe una ración de los pétalos de flor de luna, igual que el resto de los sectores. Si tu gente necesita más, deberá comprarla, como

hacen todos.

—Lo sé. Lo sé. —Jonas se aclara la garganta—. Al parecer, las altas temperaturas han hecho que la fiebre se extendiera más rápidamente entre los estibadores. Tenemos problemas para cargar los barcos y dotarlos de personal. El puente reduciría nuestra dependencia de la navegación y nos permitiría recuperar una parte del comercio que se ha perdido.

—En ese caso, deberías haber pedido una cantidad de oro adecuada —puntualizo.

—Artis no puede construir un puente sin trabajadores sanos —exclama Arella Cherry, que está sentada en el extremo opuesto de la mesa. Ocupó el cargo de su padre después de que este se jubilara el año pasado. Vive en Solar, un sector alejado en el oeste que está rodeado en el norte por el río Llameante y por el océano al sur y al oeste. Los habitantes de su región han capeado mejor las fiebres, y se cree que el inmenso calor y la humedad de Solar los vuelve menos vulnerables, aunque el calor resulta tan inclemente que es de lejos la zona menos poblada de todos los sectores de Kandala. Tiene la voz suave, la piel de un rico marrón rojizo y el pelo largo y negro, que le llega hasta la cintura y se recoge en un moño circular junto a la nuca—. Las medicinas deberían estar incluidas en su propuesta.

—Todas las ciudades necesitan trabajadores sanos para cualquiera de sus proyectos —dice Harristan—. De ahí que cada ciudad reciba una ración de medicinas para su gente. Incluida la tuya, Arella.

—Sí, majestad —responde la mujer—. Y mi gente sobrevive gracias a ellas. —Se detiene—. Pero mi gente no pretende construir un puente que cruce el Río de la Reina en plena canícula.

Habla con voz baja y respetuosa, pero debajo de ese tono suave y de sus manos gráciles hay un corazón de acero. Si dependiera de ella, Harristan ocuparía las tierras de Allisander y las de todo el reino, y distribuiría los pétalos de flor de luna desenfrenadamente. Provocaríamos asimismo una auténtica guerra civil cuando los demás cónsules se negaran a ceder sus territorios, pero nunca presta atención a esas cosas. Dicho esto, es una de las pocas personas sentadas a la

mesa con la que me gusta mantener una breve conversación.

Por desgracia, la última mujer que se adentró en mis pensamientos también intentó envenenarnos a Harristan y a mí durante una cena. No fue nuestro primer intento de asesinato, pero sin duda sí el que más cerca estuvo de lograr su objetivo desde la muerte de nuestros padres.

Así, pues, para mí el amor queda totalmente descartado.

Allisander Sallister se aclara la garganta. Está sentado casi justo delante de mí y su cara es pálida, con puntitos rosados sobre las mejillas que parecen pintados. Tiene el pelo y las cejas espesos y castaños, y lleva una perilla de la que claramente está enamorado, pero que a mí me parece un tanto ridícula. Es solo un año menor que Harristan y los dos fueron amigos cuando eran niños. Mi hermano no se relacionaba con demasiada gente cuando era pequeño, pero Allisander fue uno de los pocos que tuvo la paciencia de quedarse sentado en la biblioteca y mover piezas de ajedrez sobre un tablero o de escuchar a maestros recitar libros de poesía.

Sin embargo, cuando eran adolescentes, el padre de Allisander, Nathaniel Sallister, reclamó tierras adicionales de un sector vecino afirmando que sus agricultores sacaban un mayor rédito a las cosechas, con lo cual obtendrían mayores beneficios y unas tasas más altas para la corona. Nuestro padre, el rey, se negó. Echando mano de su amistad, Allisander se lo suplicó a Harristan y le pidió que intercediera a favor de los Sallister, pero nuestro padre, un hombre justo y noble, siguió negándose.

—No podemos obligar a que un sector cultive las tierras de otro —nos explicó durante la cena—. Nuestras tierras fueron divididas por ley, y no podemos cometer la injusticia de arrebatárselas a alguien para dárselas a otro.

Hizo que Harristan rechazara él mismo la petición de Allisander. En público. En una cena con todos los cónsules presentes.

Visto en retrospectiva, creo que Padre pretendía enviar un mensaje —que era injusto buscar favoritismos a través de los hijos— y dejar claro que no iba a entrar en esa clase de juegos.

Pero Allisander se lo tomó como una ofensa personal. A partir de ese momento, no lo vimos demasiado por el palacio.

No hasta el año pasado, cuando su padre, rodeado de riquezas y de abundante plata, dio un paso atrás. Harristan había abrigado la esperanza de que Allisander sería una nueva voz para su sector, la llave para distribuir más pétalos de flor de luna entre la población.

Ha resultado ser peor que su padre. Con Nathaniel Sallister los precios de las flores de luna eran altísimos, pero no fluctuaban. Allisander nunca pierde la oportunidad de negociar para conseguir más dinero. A Harristan no le gusta pensar que la discrepancia que tuvieron de adolescentes esté detrás del modo en que ahora regatea Allisander, pero yo lo veo clarísimo.

Me he pasado mucho tiempo en las reuniones imaginando formas de sacarlo de sus casillas.

—Un nuevo puente y raciones extra de medicinas le darían a Artis una ventaja injusta en el comercio —dice Allisander.

—¡Una ventaja injusta! —escupe Jonas—. Lissa y tú controláis las flores de luna, y ¿pretendes acusarme a mí de aspirar a una ventaja injusta?

Allisander junta las puntas de los dedos de ambas manos y no responde.

A Jonas no le falta razón. Allisander Sallister representa a Prados de Flor de Luna y Lissa Marpetta es la consulesa de Crestascuas, los dos sectores de Kandala donde crecen las flores de luna, el único remedio conocido contra las fiebres que asolan nuestro reino.

Por lo tanto, son los sectores más ricos. Los más poderosos.

Y también la razón por la cual todas mis imaginadas estratagemas para irritar a Allisander se quedan en mi cabeza. Puedo odiarlo y necesitarlo como aliado al mismo tiempo.

—Independientemente de la ventaja —intervengo—, la motivación de tu propuesta es fraudulenta, Jonas.

Allisander desplaza la mirada por la mesa y me dedica un breve asentimiento.

Le respondo con otro asentimiento. Quiero arrojarle la pluma.

Roydan Pelham carraspea desde el otro extremo de la mesa. Está a punto de cumplir ochenta años y su piel arrugada parece no decidirse entre ser beis o cetrina. Ha participado en el consejo desde que mi abuelo era rey. La mayoría de los demás simulan tolerarlo a regañadientes, pero a mí el anciano me cae bien. Está anclado en el pasado, pero también es el único cónsul que, al parecer, se preocupó sinceramente por nosotros cuando mataron a nuestros padres. Nadie mima a Harristan —ni a mí, claro está—, pero si alguien fuera a mimarnos, ese sería Roydan.

—Mi pueblo está sufriendo tanto como Artis —murmura—. Si aceptáis su petición, yo querré lo mismo.

—¡Vosotros no debéis cruzar ningún río! —exclama Jonas.

—Cierto —asiente Roydan—. Pero mi pueblo está tan enfermo como el tuyo.

Mi cerebro quiere flotar a la deriva. Es una discusión habitual. Si la propuesta de Artis no la hubiera iniciado, otra cosa lo habría hecho. La fiebre no tiene cura. Nuestra gente está sufriendo. Allisander y Lissa no van a ceder el poder ni el control que les han otorgado sus tierras y sus dominios; y por más que a Harristan le encantaría arrebatarles las propiedades, el resto de los cónsules jamás lo aceptarían.

Harristan les permite discutir durante unos cuantos minutos. Es más paciente que yo. O quizás haya descansado mejor. Le he dejado dormir hasta el mediodía, mientras que yo llevo más tiempo en pie que el sol.

En un momento dado, mi hermano se remueve en el asiento y toma una bocanada de aire, y es lo único que hace falta para que los demás se callen.

—Tu petición ha sido rechazada —le dice Harristan a Jonas—. Eres libre de redactar otra antes de que nos reunamos el mes que viene.

El cónsul inhala como si quisiera protestar, pero sus ojos se desplazan hacia mí y cierra la boca. La paciencia de mi hermano tiene un límite y ninguno de los presentes quiere traspasarlo.

—Ya que tu pueblo está sufriendo —tercia Arella sin miedo—, no sería inapropiado que la corona lo ayudara a curarse.

—¿A qué precio? —Harristan le clava la mirada—. Toda Kandala está sufriendo. Las provisiones de pétalos de flor de luna no son interminables. ¿Qué elegirías tú, Arella? ¿Sacrificarías tus dosis? ¿Las de tu familia?

La consulesa traga saliva. No las sacrificaría. No lo haría nadie.

Pienso en la tos de Harristan de esta mañana, en la fiebre que tuvo el mes pasado, y no puedo culparlos.

Yo tampoco las sacrificaría.

—Y, ahora, cenemos —anuncia Harristan, y los callados camareros se apartan de la pared para empezar a servir la comida. Durante un rato, lo único que se oye en la sala es el repiqueteo de plata contra porcelana. Pero debajo del ruido oigo el grave siseo de la voz de Jonas, que susurra algo entre dientes a Jasper Gold, el cónsul de Musgobén.

—Son unos desalmados —murmura.

Me quedo petrificado. De reojo, veo que el tenedor que Harristan también se queda paralizado. Puede que sea una coincidencia. Espero a ver si pasa por alto esas palabras.

No lo hará.

Y como no soy un desalmado, yo tampoco las pasaré por alto.

CAPÍTULO TRES

Tessa

En un día bueno, Weston y yo conseguimos repartir cien frascos del elixir. Se me ocurrió que podríamos hacer la ronda por separado, porque así llegaríamos al doble de familias, pero Wes insiste en que uno de los dos debe quedarse siempre vigilando; y, la verdad, tal cantidad de frascos pesa tanto que dudo de que pudiera llevarlos hasta cien hogares por mi cuenta.

Hay días en que parece una tarea imposible. Miles de personas están sufriendo. Probablemente, decenas de miles. A duras penas conseguimos nada, y a veces llegamos demasiado tarde o no logramos robar suficiente cantidad, o alguien se pone enfermo tan rápido que la medicina se niega a hacer efecto.

Esos son los peores momentos, cuando entre una visita y la siguiente alguien pasa de sufrir leves dolores a estar muerto.

Hoy hemos podido empezar enseguida con la ronda, puesto que ayer acumulamos una buena cantidad de polvo de pétalos, así que no debemos perder tiempo robando. No se lo confesaré a Wes, pero sigo un tanto afectada por los instantes de más que tardó en regresar. Si se lo digo, me dará la tabarra día sí y día también. Ahora estamos caminando por el bosque mientras silba entre dientes. Seguro que cree que no me suena esa melodía, una obscena canción de taberna sobre un marinero que seduce a una doncella, pero mi padre solía cantarla cuando se afanaba en moler raíces y en calcular medicinas solo porque así provocaba el sonrojo y las risitas de mi madre.

Pensar en mis padres todavía tiene el poder de formarme un nudo

en la garganta, así que los aparto de mi mente y pateo unas piedras del camino.

—No deberías silbar esa canción —digo—. Es muy vulgar.

Mira hacia atrás y me cala el gorro unos cuantos centímetros.

—El amor nunca es vulgar, Tessa.

—Ah, ¿crees que esa canción habla de amor?

—Bueno, estoy convencido de que la doncella siente algo por el marinero. Si no, ¿por qué iba a quitarse la ropa interior?

Ahora me arden las mejillas y me alegro de llevar máscara y de que esté oscuro. No quiero darle la satisfacción de que me oiga soltar una risilla.

—Eres incorregible.

—Al contrario. Soy sumamente corregible. —Extrae una manzana del zurrón y me la ofrece—. ¿Quieres?

Me lo quedo mirando. Esta mañana no hemos tenido tiempo de ir al Sector Real. No me gusta la idea de que Wes se marche sin mis conocimientos. Hay días en que me pregunto qué haría yo si él… desapareciera.

No debería importarme tanto. Sé que no debería. Pero, desde que ejecutaron a mis padres, lo único constante de mi vida ha sido Wes. Pensar en que el destino también me lo arrebate… No puedo soportar esa idea.

Debe de ser capaz de interpretar mi expresión en las sombras del bosque, porque dice:

—Ayer me guardé una.

—Ah. —Dudo. Mi estómago sigue vacío, pero los hombres que trabajan en las forjas no disponen de muchas oportunidades para comer, y seguro que a Wes le ocurre lo mismo—. No… Quédatela tú.

No protesta y le pega un mordisco, cuyo ruido retumba en el aire de buena mañana.

—¿Estás segura? —dice con la mano extendida—. La miel se ha enfriado, pero sigue siendo dulce.

Al verme dudar de nuevo, me agarra la mano y me coloca la manzana en la palma.

—Madre mía, Tessa. Compartamos la manzana y ya está.

Sus dedos son cálidos sobre los míos, e intento no pensar en el hecho de que sus labios acaban de posarse en la piel de la fruta. La giro para morder por otro sitio.

Wes vuelve a silbar la maldita canción de borrachos. Pongo los ojos en blanco y pego otro mordisco a la manzana.

Muchos de los sectores de Kandala tienen las fronteras abiertas, con la excepción de tres: el Sector Real —donde viven el rey y su hermano y todas las élites—, además de Prados de Flor de Luna y de Crestascuas, donde crecen las flores de luna. Esos sectores están fuertemente vigilados por guardias y amurallados, y también es donde vive la gente más sana (y rica). El Sector Real se ubica en el corazón de Kandala y está rodeado por otros cinco. Musgobén está en el este, compuesto mayoritariamente por ganado y fábricas. Artis está en el sur, una zona famosa por su gran comercio de madera gracias a su cercanía al Río de la Reina. La Región del Pesar es un vasto sector que se encuentra en el norte, formado casi en su totalidad por desierto.

Al oeste del Sector Real se localizan Ciudad Acero, el hogar de los obreros metalúrgicos y de los maquinistas dada su proximidad a las minas de hierro, y Tierras del Tratante, cuyos ajetreados mercados fluyen paralelos al río Llameante durante kilómetros. A veces las llaman Tierras del Traidor desde que su cónsul mató al rey y a la reina.

Las zonas que circundan el Sector Real son muy boscosas y es difícil viajar por ellas a consecuencia de la maleza, las zarzas y las espinas; es el lugar ideal para nuestro taller, sobre todo porque está lejos de las puertas principales y el pequeño fuego que prendemos no suele producir demasiado humo.

Más allá de los bosques se alzan las tierras donde se reúnen casi todos los sectores para rodear el Sector Real como si fueran los radios de una rueda. La zona está densamente poblada porque está muy cerca del Sector Real; y también está atestada de pobreza, enfermedad y guardias armados que vigilan a los contrabandistas y a los alborotadores. Mi padre decía que las élites reales se burlaron y llamaron a esas tierras la Selva, un insulto contra la gente que se veía

obligada a vivir y a trabajar allí. Pero el pueblo hizo suyo el apodo y ahora vivir en la Selva casi despierta cierto orgullo, pues es donde las fronteras de los sectores se difuminan y las personas sienten la unidad que da la desesperación.

Siempre empezamos en la parte de la Selva que linda con Ciudad Acero, ya que es la que está más cerca de nuestro taller, y creo que a Wes le preocupa menos que lo pille alguien a quien pudiera conocer. Vamos casa por casa, pero no podemos limitarnos a dejar los frascos en la puerta y adentrarnos en la noche. Despertamos a todo el mundo, nos aseguramos de que beban hasta la última gota, y entonces agarramos los frascos y nos marchamos. Sin dejar pruebas, dice siempre Wes. Sin dejar rastro.

Las calles están vacías y silenciosas en la oscuridad de primera hora de la mañana, pero Wes ha dejado de silbar. Nos deslizamos de una casa a la otra entre las sombras.

En la quinta casa, subo los escalones del porche y entonces oigo un grave gemido en el interior. Dudo con una mano a un centímetro de llamar a la puerta.

Weston aparece de inmediato a mi lado saliendo de la oscuridad.

—Tessa, ¿qué pasa?

Se oye de nuevo el gemido, y Wes se queda paralizado.

Aquí vive la señora Kendall con Gillis, su hijo. El marido de Kendall murió hace dos años, pero ni Gillis ni ella han mostrado indicio alguno de fiebre desde entonces, y son dos personas a las que hemos ayudado de buen grado. Gillis tiene trece años y hace de mensajero para la forja más próxima. Es un trabajador aplicado, y a menudo susurra que cuando sea lo bastante mayor quiere unirse a Wes y a mí. Hace una semana que no lo vemos porque su madre nos dijo que ha llevado mensajes desde primera hora para adquirir provisiones, pero eso significa que no ha bebido las dosis que traemos.

Wes llama suavemente a la puerta y, durante unos instantes, solo oímos el silencio. Al cabo de unos segundos, un sollozo quebrado en el interior.

Los ojos de Wes se clavan en los míos. Trago saliva.

Rodea el pomo con los dedos y abre la puerta con cuidado. Kendall está arrodillada en el suelo, a oscuras, junto a un cuerpo envuelto en mantas. Levanta la cabeza con un grito.

Gillis. Yo también me quedo sin aliento. Wes se lleva un dedo a los labios y niega con la cabeza, y no sé si se dirige a ella o a mí. Es probable que a las dos.

—Tessa —medio aúlla y medio solloza la señora Kendall de todos modos—. Wes. Está muriéndose.

Muriéndose.

No está muerto. Todavía.

Me adelanto y me coloco de rodillas a su lado. Gillis tiene los ojos cerrados y el pelo oscuro empapado en sudor. Suele ser una buena señal, indica que le ha bajado la fiebre, pero creo que se debe más bien a las mantas que le envuelven el cuerpo. Me sorprende que no hayamos oído su respiración desde la puerta. El traqueteo letal de su pecho es claro.

Se me tensan las entrañas.

—¿Puede sentarlo? —susurro—. Hemos traído medicinas.

Pero es demasiado tarde. Sé que es demasiado tarde. Ni siquiera está consciente. Es imposible que pueda beber una dosis…, que poco efecto le haría ya a estas alturas.

Kendall asiente deprisa y Wes me mira a los ojos. Su expresión es de resignación, pero pasa un brazo debajo de los hombros del muchacho para ayudar. El cuerpecito de Gillis se desploma inerte y la cabeza le cuelga contra el hombro de Wes. Agarro uno de los frascos del zurrón y lo destapo. Me tiemblan los dedos.

—Gillis —dice Wes con voz muy muy baja—. Gillis, abre los ojos.

Todos contenemos la respiración. Con esperanza. Rezamos. Esperamos.

Al principio, cuando la fiebre empezó a robar vidas, mucha gente creía que la enfermedad se extendía con el contacto directo, sobre todo porque afectó primero a los habitantes de la Selva antes de abrirse paso entre las élites del Sector Real. Las puertas del Sector Real se mantuvieron cerradas durante semanas. Pero mi padre había

registrado los nombres de los enfermos, y, cuando los casos empezaron a surgir al azar, incluso entre quienes se habían confinado, enseguida se hizo patente que las fiebres no tenían nada que ver con el contacto. He seguido escribiendo en los libros de mi padre y no hay ningún patrón. La enfermedad quizá se lleve una vida… o una docena.

Quizá deje ilesa a toda una familia… o quizá haga que media docena de cuerpos esperen a que se encienda la siguiente pira funeraria.

Otro sollozo escapa entre los labios de la señora Kendall. Justo cuando empiezo a perder toda esperanza, Gillis tose fuerte y luego parpadea.

—¿Mamá? —carraspea.

—¡Gillis! —Kendal da un grito—. ¡Ay, Gillis! —Le pone las manos sobre las mejillas. Su hijo vuelve a parpadear lentamente.

—Chist —la acalla Wes—. La patrulla nocturna nos oirá. ¿Tessa?

Respiro hondo por primera vez desde que hemos cruzado el umbral de la puerta.

—Toma. Gillis, tienes que bebértelo. —Le alargo el frasco.

—Sí, señorita Tessa. —Tose ligeramente.

Mientras Wes lo ayuda a beber, hurgo en mi zurrón a toda prisa. Dejo a un lado los frascos de elixir y busco mi botella de aceite de corteza de la mañana. Unas cuantas gotas sirven para despertar a un borracho o a alguien que haya sufrido un golpe en la cabeza, pero también he comprobado que ayudan a que el elixir de flor de luna surta efecto antes.

La señora Kendall le besa la frente, las mejillas, con la respiración entrecortada y temblores en las manos.

—Ay, Gillis —le murmura al oído.

La mano del muchacho se alza débil para acariciarle la mejilla, y en ese momento extraigo el tapón del aceite de corteza.

—Esto también —susurro.

Sus labios secos se separan y dejo caer tres gotitas sobre su lengua. Su garganta se esfuerza en tragar el líquido.

—Venga —lo anima Wes. Busca la mano de Gillis y le da un

apretón—. Antes de que te des cuenta, estarás escondiéndote entre las sombras con nosotros.

Gillis parpadea, pero después una lenta sonrisa le curva los labios.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

La señora Kendall le deposita otro beso sobre la mejilla mientras murmura algo sin sentido, aunque el amor que desprende su tono es puro y cristalino. Le pongo una mano en el hombro. Me mira con los ojos anegados en lágrimas.

Gillis tose bruscamente e intenta sonreír, pero los músculos de su cuello se oponen a que tome una bocanada de aire. Aprieta los dedos contra el brazo de Wes.

—Poco a poco —dice Wes, si bien detecto la preocupación que tiñe su voz—. Poco a poco, Gillis. Respira.

La mandíbula del chico se aprieta y arquea la espalda, aferrándose a la nada con los dedos.

Acto seguido, se desploma sobre el hombro de Wes totalmente flácido.

Kendall se queda paralizada. Yo me quedo paralizada.

Wes es el que se mueve, el que tumba al muchacho y le quita las mantas. Pone dos dedos sobre el cuello de Gillis y después se agacha para colocar una oreja sobre su pecho.

Gillis está inerte.

Wes levanta la mirada. Sus ojos son dos azules pozos de tristeza.

—¡No! —La voz de Kendall es, de pronto, un agudo chillido, llena de la rabia y del dolor y del miedo que retumba en mi propio pecho—. ¡No!

A la distancia, un perro empieza a ladrar.

—¡Es culpa suya! —sigue gritando la mujer—. Culpa de ese infame rey o de su horrible hermano o de alguna de esas personas terribles que viven al otro lado de la muralla. ¡Los odio! ¡Los odio! Odio…

Weston le agarra el brazo y le tapa la boca con una mano. Le habla con palabras graves y apresuradas.

—Kendall. Debe tranquilizarse.

—Wes —susurro yo.

—Es traición —me espeta—. Si la patrulla nocturna la oye, a ella también la matarán.

—Me trae sin cuidado —gime Kendall. Se deja caer sobre Weston —. Dejad que me maten. Dejad que vean lo que le han hecho a mi niño.

Respiro honda y temblorosamente.

—Kendal… Lo siento mucho.

—No era más que un niño. —Inhala aire, parece calmarse un poco y pasa una mano por la cara de su hijo—. Es culpa suya, lo sabéis. —La cólera vuelve a apoderarse de su voz—. Ellos están ahí sentados con todas las riquezas y nos abandonan a nuestra suerte para que vivamos o muramos.

Es algo que hemos oído cientos de veces. Que oiremos cientos de veces más.

Por eso hacemos lo que hacemos. Porque Kendall lleva razón.

Wes extrae un frasco de su zurrón y se lo ofrece.

—Debe tomarse su dosis, Kendall.

Ella agarra el frasco con una mano temblorosa, y creo que va a quitarle el tapón y a beberse el contenido, pero lo que hace es moverse para lanzarlo hacia la oscuridad. Suelto un grito.

Veloz como siempre, Wes lo atrapa en el aire antes de que se estrelle en el suelo.

—No permita que la pena le haga cometer una estupidez.

No le ha dirigido un tono brusco, pero la mujer se encoge y no hace más que desplomarse sobre el cuerpo de su hijo.

—Dádselo a alguien que quiera vivir. Yo no quiero.

Dudo antes de poner una mano sobre la suya.

—Kendall —susurro—. Kendall, lo siento mucho.

Gira la mano para aferrar la mía.

—Tú sabes lo que se siente —me dice—. Tú también perdiste a alguien.

—Sí —respondo—. A mi padre. A mi madre. Nunca seré capaz de borrar de mi memoria la escena de su muerte. Las lágrimas acuden a

mis ojos sin pedirlo.

—Alguien debe detenerlos —afirma Kendall con la respiración entrecortada—. Alguien debe detenerlos, Tessa.

—Lo sé —concuerdo—. Por ahora, hacemos lo que podemos.

La mujer asiente, alza mi mano y me besa los nudillos.

—Debería beberse su medicina —le dice Wes con amabilidad—. Es lo que Gillis habría querido.

—A Gillis ya le da igual. —Temblando, suelta un suspiro—. Idos. Idos los dos. No malgastéis vuestras pociones conmigo.

Tomo aire para negarme, y su rostro se crispa por la furia que siente.

—¡Marchaos! —grita—. ¡Marchaos! Me recordáis a él. ¡Marchaos!

Me echo hacia atrás.

—Tessa —dice Wes. Me agarra del codo.

No quiero irme. No deberíamos dejarla así, una mujer destrozada que solloza sobre el cuerpo de su hijo.

Pero Wes está en lo cierto.

—Informaremos a Jared Sexton —le murmuro. Me refiero al carpintero que vive unas casas más allá. Es un hombre corpulento y fuerte, y suele ser el que transporta los cuerpos hacia la pira para la incineración—. Mañana pasaré a ver cómo se encuentra.

No me contesta. Se limita a llorar sobre las manos.

Nos escabullimos entre las sombras. Nos hemos acostumbrado a avanzar por los caminos sin hacer ruido. Weston debe de haber visto u oído algo, sin embargo, porque enseguida tira de mí hacia la oscuridad junto a la esquina de la siguiente casa. Mi espalda está contra la pared, él está encima de mí con la cabeza gacha y parcialmente me bloquea la vista.

—¿Qué…? —empiezo a decir, pero sus ojos se clavan en los míos y niega con la cabeza casi de forma imperceptible.

Miro detrás de él. Hay poca luz, pero ahora oigo los pasos que dan las botas de la patrulla nocturna. Wes tenía razón: es probable que hayan oído los gritos de Kendall y que ahora se presenten para saber qué ocurre. Está demasiado oscuro como para que la vea a ella. Puede

que ellos tampoco vean nada y pasen de largo.

Pero no. Kendall sale corriendo por la puerta.

—¡Vosotros lo habéis matado! —grita. Lleva una piedra en cada mano. Una atraviesa el aire y un hombre suelta un grito—. Decidles al cerdo de vuestro rey y a su hermano malvado que arderán por sus…

Un arquero dispara. La flecha da en el blanco con un ruido espantoso. Kendall deja de hablar y su cuerpo se desploma.

Gimoteo. Encima de mí, Wes se pone tenso.

Uno de los guardias le da una patada a la mujer.

—Dejadla ahí —exclama otro de los hombres—. Que la encuentren.

Otro guardia escupe en el suelo. Quizá sobre Kendall.

—Nunca aprenderán.

—Tessa. —La voz de Weston es un débil susurro en mi oído—. No pierdas los nervios, muchacha. O a ti también te matarán.

Su peso me aprisiona contra la pared y su mano me tapa la boca. No me he dado cuenta de que me estoy revolviendo hasta que me detengo. Lo miro a los ojos y, al parpadear, se vuelve borroso.

—Lo sé —susurra.

Mi respiración tiembla. Aprieto los ojos con fuerza. Me aparta la mano de los labios.

Le pongo la cabeza sobre el hombro y los sollozos me zarandean como si fuera una niña pequeña.

Al cabo de unos instantes, su mano me acaricia la mejilla por debajo de la máscara y con el pulgar me aparta las lágrimas que me recorren el rostro.

—Lo sé —dice de nuevo—. Ya lo sé.

En algún punto, mis lágrimas se ralentizan, y veo que Wes casi me está abrazando, y quiero permanecer en este círculo de su comodidad porque la idea de cualquier otro lugar me resulta demasiado terrible. Ese pensamiento es sumamente egoísta después de lo que les ha ocurrido a Kendall y a Gillis, pero no lo puedo evitar. Wes es calidez y seguridad y… amistad.

Se separa de mí justo en ese momento y baja la mano a su costado. Sus ojos miran a lo lejos, en busca de problemas.

—Deberíamos dirigirnos al oeste. La patrulla nocturna ya está lo bastante nerviosa. No quiero arriesgarme. Si nos queda tiempo, volvemos y retomamos la ronda.

Trago saliva y obligo a mis pensamientos a formar alguna especie de idea coherente.

—Sí. Claro. —Contengo las últimas lágrimas y me seco la cara. Ahora me embarga la tristeza, pero sé por experiencia que más tarde se convertirá en rabia.

—¿Deberíamos… hacer algo con su cuerpo?

—No —me responde. Adelanta una mano para colocarme bien el gorro—. Tienen razón. Alguien lo encontrará.

—¡Weston!

—Chist. —Se lleva un dedo a los labios y menea la cabeza—. No pretendo ser insensible. Ya no la podemos ayudar, Tessa. —Se coloca bien el zurrón y los frascos tintinean—. Tenemos rondas que hacer.

—Ya. —Trago saliva—. Rondas.

Nos adentramos de nuevo en la oscuridad y sigilosamente avanzamos por la noche. La habitual charla trivial de Weston ha desaparecido. Sus silbidos también. El ambiente es pesado, como si acarreáramos el peso de lo que ha sucedido.

—Odio al rey —susurro—. Odio al príncipe. Detesto lo que han hecho. Detesto en qué se ha convertido Kandala.

Hablo en voz tan baja que me pregunto si me habrá oído, pero al cabo de unos instantes Wes me agarra la mano. Me la aprieta ligeramente unos segundos más de lo necesario, el único indicio de que está tan afectado como yo.

—Yo también —dice.

Acto seguido, me suelta y asiente hacia el horizonte, despojado ya de cualquier rastro de vulnerabilidad.

—Dentro de poco se hará de día. Hay que darse prisa.

CAPÍTULO CUATRO
Corrick

Cuando Harristan era muy pequeño, era un niño débil y achacoso. Enfermaba a menudo. Fue antes de que las fiebres empezaran a aterrorizar a nuestro pueblo, antes siquiera de que naciese yo. He oído rumores de que mi madre y mi padre sintieron un gran alivio cuando ella se quedó embarazada de mí, ya que hubo un tiempo en que les preocupó que Harristan no sobreviviera, y entonces no dispondrían de un heredero. Nuestros padres se pasaron tantos años mimándolo que nunca dejaron de hacerlo, tampoco cuando él superó definitivamente las enfermedades de la infancia. ¿Una salida de un fin de semana para ir a cazar? Harristan permanecía en el palacio, mientras que yo era libre de galopar con Padre y con los nobles. ¿Un viaje a sectores alejados? Harristan iba en el carruaje, protegido de la luz del sol y del aire frío, mientras que yo trotaba con los guardias y los consejeros, sintiéndome mucho mayor de lo que era al ver que me incluían en sus conversaciones.

Cualquiera diría que todo eso habría provocado resentimiento entre nosotros: el de Harristan, a consecuencia de la envidia a mi libertad; el mío, a consecuencia de todas las atenciones que recibía él. Pero no fue así. No, el resentimiento no llegó a aparecer porque a Harristan se le daba bien escabullirse. Escabullirse del palacio, escabullirse de los ojos que lo vigilaban, escabullirse de su prisión dorada, como a menudo la llamaba.

El resentimiento no llegó a aparecer porque siempre me llevaba con él.

Esperábamos a que la luna pendiera alta en el cielo y entonces nos poníamos las ropas más simples que teníamos, nos llenábamos los bolsillos de monedas de cobre y nos escapábamos del Sector Real. Me enseñó a interpretar las rondas de los guardias, a atravesar las puertas corriendo entre las sombras, a saber qué sonrisas eran sinceras y qué muecas significaban que alguien iba a intentar engañarme.

Una parte de las élites desdeñaba los peligros de la Selva, pero cuando éramos jóvenes la Selva estaba repleta de magia y de aventura. La música sonaba hasta altas horas de la madrugada, los bailarines danzaban alrededor de las hogueras. Comíamos carne asada con los dedos y bebíamos cerveza artesanal que estaba muchísimo más rica que el vino insípido que servían en el palacio. Trepábamos por los árboles y disparábamos flechas y esquivábamos a los guardias. ¡Y cuánta gente! Había muchísima gente. Adivinos y juglares y metalúrgicos y bailarines y granjeros y artistas. Escuchábamos sus historias y cantábamos canciones obscenas de borrachos, y, aunque nadie sabía quiénes éramos —porque ¿quién iba a esperar que el heredero y su hermano se desternillaran de risa junto a una hoguera en plena noche?—, siempre éramos bienvenidos, porque en la Selva nadie era un forastero.

A veces ahora, como justicia del rey, veo un rostro y me pregunto si será alguien a quien conocí cuando era pequeño. Me pregunto si la ladrona a la que condeno a un mes de duro trabajo en las minas de caliza es alguien que, tiempo atrás, me sirvió una jarra extra de cerveza. O si el contrabandista de flor de luna al que sentencio a morir devorado por las llamas es el hombre que un día me leyó las líneas de la mano y me aseguró que disfrutaría de una vida larga y feliz, y que me guiñó un ojo al prometerme que habría una mujer de pechos generosos a mi lado.

No me gusta obcecarme con el pasado.

Sinceramente, tampoco me gusta obcecarme con el presente.

«Son unos desalmados».

Las palabras que pronunció Jonas ayer en la reunión del consejo me persiguen. No estoy seguro de que Harristan lo oyera. No quiero

preguntárselo. Por más íntimos que seamos, algunos de sus pensamientos están mejor bajo llave, igual que los míos.

Es tarde y mis ventanas se han oscurecido. Es probable que mi hermano se haya retirado hace rato, pero a mí siempre me cuesta quedarme dormido, aunque madrugue mucho por la mañana. Hay otra petición que debo leer, otra solicitud de financiación, esta vez por parte de Arella. La entregó después de que rechazáramos la propuesta de Jonas, y, aunque es breve y está escrita con cierto apresuramiento, una parte de mí se pregunta si en cierto modo hace las veces de represalia. O quizá la consulesa perciba que el dinero aguarda, dispuesto a que lo inviertan, así que debería apropiarse de él antes de que Jonas se reorganice.

Suspiro y me froto los ojos.

Cuando alguien llama a mi puerta, levanto la vista, sorprendido.

—Adelante.

—Alteza. —Un guardia abre la puerta—. El cónsul Sallister pide hablar con usted.

Extraigo el reloj del bolsillo y me quedo mirando la esfera. Me gustaría preguntarle a Allisander si es consciente de que casi es medianoche, pero seguro que lo sabe y le trae sin cuidado. Es una de las pocas personas que pueden solicitar una audiencia a esta hora de la noche y lograr que se la concedan.

Suspiro, junto los papeles y los coloco boca abajo sobre el escritorio.

—Dile que entre.

A pesar de la hora, Allisander sigue llevando las ropas elegantes del día. Yo hace horas que me he quitado la chaqueta y que me he arremangado la camisa. Al verme de esa guisa, exclama:

—Disculpa. No sabía que ya te habías retirado.

—No me he retirado.

Espera a que le indique que puede sentarse, pero no lo hago.

—Los contrabandistas se han vuelto más atrevidos —dice—. Recibo avisos de envíos interrumpidos, de robos en los caminos, de provisiones saqueadas. Y es justo a las puertas del Sector Real. Ya sabes que hace tiempo que se ha convertido en un problema dentro de

vuestras murallas.

—Cuando atrapamos a los contrabandistas —digo—, los castigamos con dureza. —Bebo un sorbo de té de mi taza.

—Este año, las lluvias han sido intensas. Nuestras cosechas no son tan abundantes como las del año pasado. Si lo sumamos a que saquean nuestros envíos, puede que tengamos un problema de provisiones.

—¿Eso significa que tenéis un problema o que podríais tenerlo?

—La promesa de un problema es casi tan mala noticia como el problema en sí mismo, Corrick.

Su padre era un incordio, pero hay algo peor al oír que pronuncia esas palabras una persona que no es mucho mayor que yo. Su tono es condescendiente. Que pronuncie mi nombre de pila es condescendiente. Su ridícula perilla es condescendiente. No sé cómo es posible que mi hermano fuera amigo de este hombre.

—Te puedo ofrecer guardias armados para tus caravanas de provisiones que entren en el Sector Real. —Dejo a un lado la taza de té.

—Los aceptaré con mucho gusto. También vamos a incrementar nuestros precios un veinte por ciento.

—¡Un veinte por ciento! —Menudo descaro. Ha oído que he rechazado financiar a Artis porque ya les faltan medicinas y ahora sube los precios. No sé si es simple avaricia o si es también un intento de humillación, puesto que aprovecha cualquier oportunidad para tomar represalias contra Harristan.

Sea como fuere, me entran ganas de arrojarle el té. Me conformo enarcando una ceja y recorriendo el borde de la taza con un dedo.

—¿Crees que las cosechas han padecido hasta ese punto?

Esboza lo que debe de considerar una sonrisa conspiratoria.

—Debemos proteger nuestras provisiones. —Duda—. Si crees que nuestros precios son abusivos, hablaré con Lissa. Intentaremos adaptarnos a las restricciones actuales.

Su voz es agradable, su tono no ha cambiado, pero detecto la amenaza velada. Kandala necesita sus cosechas de flores de luna. Todos las necesitamos.

Pienso en la tos de Harristan de anoche mientras dormía, y en ese

momento aparto esa imagen de mi mente antes de que mis ojos muestren indicios de preocupación.

—No hace falta —digo—. Vuestra posición es comprensible. —Hago una pausa—. Supongo que la consulesa Marpetta también incrementará los precios.

Lissa Marpetta casi nunca toma la palabra en las reuniones del consejo, pero siempre se presupone que actuará de acuerdo con Allisander. Su sector, Crestascuas, proporciona la mitad de los pétalos de flor de luna que el de él, pero la cantidad basta para que sea una mujer bastante influyente.

—Supongo —responde—. Estaremos encantados de pagar las tasas de los impuestos, por supuesto, como siempre. Si nuestras caravanas de provisiones viajan sin problemas, será un gran beneficio para el Sector Real, y por tanto para toda Kandala.

Cree que nos está haciendo un favor. Como si la mayor parte de esos pagos no saliera directamente de nuestras arcas al comprar nuestras propias provisiones.

Ojalá supiera yo a veces cómo habría gestionado mi padre esta clase de conversaciones. O, mejor dicho, cómo las habría gestionado Micah Clarke, el antiguo justicia del rey. Padre era un hombre tranquilo y querido, famoso por su amabilidad y por su gobierno justo. Pero quizá ese haya sido el regalo que recibió al permitir que otra persona se encargara de las intrigas políticas más espinosas.

En cualquier caso, no tengo ni idea. A Micah lo asesinaron junto a nuestros padres. Y nuestro pueblo no sufría como ahora cuando Padre y Madre ostentaban el poder. Las fiebres no habían hecho más que empezar a extenderse. La gente no debía elegir entre alimentar a su familia o comprar las medicinas.

Otra llamada en la puerta, y suspiro. ¿Acaso nadie duerme?

—Adelante —exclamo.

—Alteza. —El guardia abre la puerta de par en par—. El intendente Quint desea…

—Sí, sí, sí —dice Quint pasando por delante del centinela sin esperar a saber si voy a recibirlo—. No es necesario que me anuncies.

—Su pelo rojizo es una maraña revuelta, como de costumbre, y dudo de que hoy haya llegado a abotonarse la chaqueta del todo. Se da cuenta de que no estamos a solas y patina al detenerse. Me dedica un breve asentimiento, y luego otro a Allisander—. Alteza. Cónsul.

Después de mi hermano, probablemente Quint sea mi persona favorita del palacio. Es joven para ocupar el cargo de intendente del palacio, pero lo instruyó su predecesor, y, cuando el anciano dijo que quería jubilarse, le pedí a Harristan que le diera una oportunidad a Quint. Es tan sincero como largo es el día y guarda los secretos mejor que un muerto. También goza de más energía que doce personas juntas, habla el doble de lo necesario y tiene poca paciencia con el boato y la arrogancia. Harristan lo considera un tipo muy molesto. Casi todo el mundo lo considera un tipo muy molesto.

Yo, en cambio, lo adoro.

Los labios de Allisander forman una línea.

—Intendente Quint. Estamos en medio de una conversación privada.

Quint parpadea como si fuera evidente.

—Ya lo veo. —No hace amago alguno de marcharse.

Allisander toma aire con la clara intención de proferir palabras que expulsen a Quint de aquí.

—Pero ya casi hemos terminado, cónsul, ¿verdad? —Agarro la taza de té.

Él cierra la boca. No me frunce el ceño, pero está a punto.

—Creo que hemos llegado a un entendimiento. —Le ofrezco una indulgente sonrisa.

Es la mejor frase de que dispongo en mi arsenal de galanterías porque no significa absolutamente nada, pero de algún modo hace que la gente crea que he comprendido su postura.

Ahora también funciona, ya que veo que la expresión de Allisander se suaviza.

—Me alegro de oírlo.

—Redactaré una orden para proporcionaros guardias que custodien vuestras caravanas de provisiones de mañana.

—Muy temprano, Corrick —puntualiza—. Nos gustaría regresar a Prados antes de mediodía.

Me quedo petrificado. Acepto que suba los precios y que se queje de que sus provisiones corren peligro, pero yo, igual que mi hermano, tengo un límite. Allisander Sallister quizá sea rico y poderoso, pero no gobierna Kandala… ni me manda a mí.

Debe de haber reparado en mi cambio de expresión, porque dice:

—Cuando estimes oportuno, claro. Te lo agradezco. —Hace una pausa y añade—: Alteza.

—Tendréis la vigilancia por la mañana. —Dejo la taza sobre la mesa.

En cuanto la puerta se cierra tras Allisander, Quint se desploma en una silla.

—¿Quiere servir de comida para los leones reales?

—Que no me tiente. —Aunque no es demasiado tentador. Fue la sentencia que le dicté a un hombre que había matado a una familia entera a fin de robar sus provisiones de pétalos de flor de luna. Observar cómo los leones lo despedazaban mientras él pedía clemencia a gritos fue lo más horrible que he presenciado nunca. Incluso Harristan, que nunca pierde la impavidez desde que contempláramos la muerte de nuestros padres, me pidió después:

—No vuelvas a dictar esa sentencia.

—¿Sallister quiere más guardias? —pregunta Quint.

—Entre otras cosas. —Me fijo en su aspecto descuidado y procuro averiguar si está más preocupado de lo habitual. Es posible que ni siquiera sepa lo tarde que es—. ¿Has comido? Puedo pedir que nos traigan algo.

—Ah…, no. He cenado con la consulesa Marpetta a las… —Saca su reloj de bolsillo y se queda mirando la esfera con el ceño fruncido—. No puede ser.

—Duermes menos que yo. —Le sonrío.

—Nadie duerme menos que tú.

No le falta razón.

—Pediré comida. ¿Vino también? —Me levanto y me encamino

hacia la puerta—. ¿O debo estar sobrio para lo que sea que has venido a contarme?

—Acaba de llegar un mensajero al palacio. La patrulla nocturna de Ciudad Acero ha detenido a un grupo de contrabandistas. En la refriega murieron dos. A los otros ocho los han llevado al presidio.

Me detengo y lo miro fijamente.

—Un grupo numeroso.

—Por lo que he sabido, era un negocio bien organizado.

«Un negocio bien organizado». Es poco frecuente que los forajidos y los contrabandistas se organicen en grupos grandes. Uno de diez es algo inaudito. El riesgo a que los pillen es demasiado grande. Los castigos, muy duros.

Tal vez Allisander no exageraba acerca de la amenaza que se cierne sobre sus provisiones. Pensaba hacerle esperar, pero ahora me aseguraré de redactar una orden antes de ir a dormir.

—¿Harristan lo sabe? —digo.

—No.

Mi hermano querrá emitir una declaración temprano. Esperará que yo los use de ejemplo como aviso para futuros delincuentes.

Por lo menos uno de nosotros duerme.

—Pediré la comida —digo—. Mandaré un mensaje al presidio. Quiero hablar con los guardias que los capturaron. Diles que quiero interrogar a los prisioneros antes del alba. Separadlos si todavía no los han separado. No quiero que urdan una historia consensuada.

Quint ha agarrado una hoja de papel del escritorio y lleva tomando notas desde que he empezado a hablar. Se le da muy bien su trabajo.

—¿Hacemos un anuncio público?

—Todavía no. —Mi mente da vueltas sin parar. Ocho contrabandistas de golpe. Tendremos suerte si no iniciamos una revuelta—. Mañana. A mediodía.

—¿Debería despertar al rey? —Levanta la vista.

Pienso en la tos de Harristan. En la fiebre. Necesita dormir. Parpadeo para apartar de mí esos pensamientos.

—No.

Quint asiente y se levanta, llevándose el papel.

—Me pongo ahora mismo.

Lo sigo hacia la puerta. Se detiene con la mano sobre el pomo y se gira para mirarme a los ojos.

—En cuanto al vino que decías…

—Pediré que traigan grandes cantidades.

CAPÍTULO CINCO

Tessa No debería soñar despierta con Weston. Es la forma menos productiva de invertir mi tiempo. Debería concentrarme en medir la cantidad de anémona para los ungüentos de la señora Solomon o en pensar en cuántas casas hemos dejado desatendidas esta mañana, ya que Wes no ha considerado seguro adentrarnos en el Sector Real. Debería pensar en cuántas monedas me quedan en el bolso y en si sería reconfortante que comprara unas cuantas pastas al confitero.

Debería estar llorando a la señora Kendall y a Gillis. Pero pensar en su muerte me llena más de rabia que de pena, y me empiezan a temblar las manos, hasta el punto de que es lo único que me impide

lanzarles yo también piedras a los guardias.

Pensar en Wes es pensar en algo seguro, y casi tan reconfortante como serían las pastas azucaradas. Ayer por la mañana me estrechó fuerte, con una mano sobre mi mejilla, con su voz suave en mi oído.

Cuando corríamos peligro, me susurra mi cerebro. No fue un momento romántico.

Me da igual.

Karri, la otra ayudante, me sonríe desde su propia balanza. Tenemos la misma edad, pero, a diferencia de mi piel morena llena de pecas y de mi cabellera castaña, la piel de Karri es de un exuberante marrón oscuro y su cabello es negro y resplandeciente, y lo lleva atado en una trenza que le llega hasta la cintura.

—¿Por qué te ruborizas? —me pregunta.

—Por nada. —Me muerdo el labio por dentro.

Se inclina sobre la mesa y baja la voz, porque a la señora Solomon no le gusta que cotorreemos.

—Tessa. ¿Estás enamorada?

Procuro no sonrojarme. Sin embargo, mis traicioneras mejillas arden con más intensidad.

—Claro que no.

Wes no me dejaría nunca en paz si se enterara de que me ruborizo por la idea de que esté enamorada de él. Ni en sueños.

—¿Cómo se llama? —dice.

—¿Cómo se llama quién? —Parpadeo, inocente.

—¡Tessa!

Añado un poco de anémona a mi cuenco y empiezo a machacarla con el mortero, moliéndola contra la piedra.

—No es nada. No hay nadie.

Hace un mohín, pero le brillan los ojos marrones.

—Háblame de sus manos.

Sin querer, mis pensamientos invocan la imagen de la manzana que sostenía con los dedos.

Suspiro. No lo puedo evitar.

—Sí que estás enamorada. —Karri se echa a reír.

—Chist. —Miro hacia la parte delantera de la tienda.

—Ya que no me dices cómo se llama, ¿por qué no me cuentas qué pintas tiene?

Las palabras se presentan en mi mente con tanta rapidez que es un milagro que no salgan despedidas por mi boca. *Tiene pintas de revolucionario. Tiene pintas de compasivo. Ojos azules y manos amables y pies rápidos y un corazón de resistente acero.*

Muelo fuerte con el mortero y Karri se ríe de nuevo. Me pregunto si mis mejillas habrán adquirido ya un tono muy oscuro.

—Me muero de ganas de conocerlo —me dice.

Algo que jamás sucederá. Ahora suspiro por una razón totalmente diferente.

—¿Es de Artis? —pregunta.

Debo responderle a algo, o de lo contrario no parará de indagar.

—De Ciudad Acero —contesto.

—¡De Ciudad Acero! Es un obrero metalúrgico, pues.

—Ajá. —Incorporo a mi cuenco más cantidad de raíz de cardo.

—¿Ciudad Acero? —tercia la señora Solomon. Ha oído una parte de nuestra conversación y se acerca a la trastienda para echarle un vistazo a lo que estamos haciendo—. ¿Os referís a los contrabandistas?

—¿Qué contrabandistas? —pregunta Karri.

—A mediodía han anunciado un comunicado desde el Sector Real. Han atrapado a una banda de contrabandistas de Ciudad Acero. Eran diez, todos ellos de la misma forja.

Mi sangre se congela al instante.

La señora Solomon chasquea la lengua.

—Tenemos suerte de que la patrulla nocturna nos vigile, ¿sabéis? Esos criminales merecen lo que les ocurra. Todos recibimos nuestra asignación de medicina. No es necesario que nadie se vuelva avaricioso.

Me muerdo la lengua. No todo el mundo recibe su asignación de pétalos de flor de luna, y bien que lo sabe ella. Solo los que se lo pueden permitir. De ahí que tenga tanto éxito con sus ungüentos y pociones: comprarle a ella sale más barato. Y es más barato porque son

remedios que no funcionan, pero eso es algo que no puedo decir si quiero conservar mi puesto de trabajo. Cuando se descubrieron los efectos sanadores de la flor de luna, aparecieron cientos de charlatanes que intentaron colar otras hojas y pétalos como flores de luna, pero el rey dictó sanciones muy graves tanto para el fraude como para el contrabando, y entonces los pétalos falsos desaparecieron de inmediato. Es más fácil robarlos que sembrar y cuidar algo que sencillamente tiene el mismo aspecto.

Hay muchos tenderos como la señora Solomon, eso sí. Personas incapaces de curar las fiebres y que aseguran, no obstante, que «ayudan» con los síntomas. Yo jamás trabajaría con un estafador de verdad, pero la señora Solomon parece tener buenas intenciones. La mayoría de las pociones que preparamos sirven para cuestiones tan frívolas como lograr una piel limpia o un pelo brillante o dormir mejor. A veces sus mezclas no funcionan, aunque yo sé qué funciona y qué no, y entonces ajusto las medidas en consonancia.

He anotado en las libretas de mi padre lo que cura las fiebres —la flor de luna— y lo que no las cura —todo lo demás—.

Me siguen zumbando los oídos por lo que acaba de decir la señora Solomon: han capturado a diez contrabandistas. Todos de la misma forja.

Weston. No trabaja con nadie más. Sé que no.

Pero Weston ni siquiera es su nombre real. Y si no es real…, quizá no pueda poner la mano en el fuego por nada. A lo mejor los diez contrabandistas son como Wes: fingían trabajar solos con amigos de otros sectores que no conocen la verdad.

No tengo manera alguna de encontrarlo. De preguntar por él.

—¿Han leído los nombres de los detenidos? —Trago saliva con dificultad.

—No. Seis hombres, cuatro mujeres. Dos murieron en el enfrentamiento.

—¿Cuándo…? —Debo aclararme la garganta. Me noto mareada—. ¿Cuándo los capturaron?

—No lo han dicho. Ayer, hoy, ¿qué más da? —Resopla con

arrogancia—. Estás machacando de más la raíz de cardo, Tessa.

—Ay. Lo siento. —No lleva razón, pero no le gustará que la contradiga. No le gusta la idea de que una jovencita impertinente le diga cómo gestionar su negocio; fue así como despidió a la anterior muchacha. Necesito este trabajo. Nadie cree que una chica de dieciocho años de la Selva pueda ser una auténtica boticaria. Mi padre habría juzgado ridículos estos remedios y tinturas, y se lo habría soltado a la señora Solomon a la cara, pero mi padre no está aquí para pagarme el alquiler, así que dejo el mortero sobre la mesa, obediente, y retiro el polvo.

Cuando la dueña se aleja, Karri me mira a los ojos. Su voz ahora no es más que un murmullo.

—¿Estás enamorada de un contrabandista?

—¿Qué? ¡No! —Seguro que mi cara está más roja que el fuego.

Regresa con sus hierbas y lanza un puñado sobre su cuenco.

—Madre dice que muchos de ellos solo intentan alimentar a sus familias. Le han contado historias de hombres que prometen la luna para conseguir que las mujeres los ayuden, y que en realidad lo hacen para dar algo de comer a la media docena de bocas que los esperan en casa.

Observo mi cuenco con el ceño fruncido. El estómago se me revuelve y comienza a formar nudos. No sé qué es peor, que Wes haya muerto a manos del justicia del rey o que Wes tenga una familia y un hogar.

Menudo disparate. La muerte es peor. Por supuesto.

Siempre he creído que debía de tener mi edad, pero quizá sea mayor. Solo lo veo a oscuras, con los ojos pintados con kohl detrás de una máscara. Fácilmente podría doblarme la edad, supongo.

—Ten cuidado, Tessa —me dice Karri.

Levanto la vista.

—Siempre tengo cuidado —respondo. Y, para demostrarlo, me pongo a medir las medicinas con absoluta precisión.

Tan pronto las campanas de la cena empiezan a sonar por las calles, Karri y yo somos libres de marcharnos. Ella vive en casa con su familia, mientras que yo vivo sola en una habitación alquilada de una pensión desde que murieron mis padres. Se ha pasado la tarde observándome y me ha invitado a cenar, seguramente porque piensa que mi «amor» es uno de los hombres a los que han arrestado. No puedo soportar sus miradas de lástima ni un minuto más, así que declino la invitación y me voy a casa.

Me detengo delante de la puerta del confitero de todos modos. He decidido que no es una acción tan desacertada si así puedo escuchar más rumores.

—Es increíble que hayan atrapado a tantos contrabandistas, ¿verdad? —dejo caer al entregar las monedas.

El vendedor asiente.

—Tengo entendido que mañana serán condenados a muerte —dice.

El gélido nudo que se me ha formado en la espalda se niega a soltarse, sobre todo al oírlo añadir: —Creo que lo harán junto a las puertas. Ya sabes que así atraerán a una multitud.

Ojalá hubiera una forma de saber si Wes es uno de ellos. No puede serlo.

Pero… Ciudad Acero. Una forja. Demasiadas coincidencias.

Procuro aguardar en mi habitación, pero el ambiente es demasiado asfixiante y mis nervios están demasiado alterados. Así no me quedaré dormida. Me encamino hacia nuestro taller unas horas antes de lo previsto y enciendo el fuego. Creía que sería mejor sentarse en otro sitio y esperar, pero es incluso peor. En este lugar, todo se entremezcla con recuerdos de los dos años que he trabajado junto a Wes. *Aquí es donde se sienta cuando calcula las cantidades. Ahí es donde se quemó el dedo en el horno de leña. Esa es la ventana que se rompió durante las tormentas de invierno, la que Wes cubrió con un tablón mientras afuera la nieve caía en círculos.*

Me quedo dormida sentada en la silla, con lágrimas en el rostro. Y sueño. Sueño con mis padres, con la noche en que la patrulla nocturna los sorprendió. Recuerdo que estuve a punto de salir de mi escondite, a

punto de derribar yo misma a los guardias. Wes me alcanzó y esa noche me mantuvo oculta, pero en mis sueños a él también lo detienen y su cuerpo se convulsiona cuando las flechas le atraviesan la carne. Sueño con el cuerpo de Wes colgado de lo alto de las puertas o con su cabeza clavada en una pica. Lo veo destrozado y ardiendo en una montaña de cadáveres, mientras el público vocifera, algunos de alegría. Sueño que me busca a gritos, que chilla para advertirme mientras lo golpean con garrotes y le destrozan los huesos.

—Tessa. ¡Tessa!

Abro los ojos y ahí está él. Durante unos instantes, creo que es otro sueño, que he estado tan preocupada que mi imaginación lo ha conjurado a mi lado, y que cuando me despierte el taller seguirá vacío.

Pero no. Es de carne y hueso, y sus ojos azules brillan más que nunca al otro lado de la máscara. Mis ojos irradian alivio y no me molesto en detener las lágrimas, que ya me corren por las mejillas.

—¿Estás llorando? —dice, y parece tan sorprendido por el hecho de que llore por él que me entran ganas de pegarle un puñetazo en toda la cara.

Pero me limito a levantarme y a pasarle los brazos por el cuello.

—Tessa —murmura—. Vas demasiado rápido.

—Cierra el pico, Wes. Te odio.

—Ah, sí. Ya lo veo.

Me echo a reír mientras lloro sobre su hombro. Debería soltarlo.

Pero no lo suelto.

Él tampoco me suelta.

Quiero preguntarle si sabe algo de las personas a las que han arrestado, pero es otra cosa la que sale de entre mis labios.

—¿Tienes una esposa y una casa llena de hijos a los que alimentar?

—No. ¿Y tú?

Resuello y me echo hacia atrás para mirarlo. Aunque haga bromas, sus ojos buscan los míos con seriedad.

—Estabas en lo cierto —dice.

—¿Con lo de los hijos?

—No. —Me sonríe—. Con lo de los hijos, no. —Menea la cabeza

como si me viera confundida—. No, con lo de que debía verte sin la máscara.

Me quedo de piedra y me llevo las manos a las mejillas, al descubierto.

—Me arrepiento de no haber aceptado antes la propuesta. —La sonrisa de Weston se vuelve lobuna.

Me desplomo en la silla y me cubro los ojos con las manos, pero ahora ya es demasiado tarde, claro… Y la verdad es que era él el que no quería verme así.

—Estaba… alterada. No pensaba. Estaba muy preocupada. —Se me quiebra la voz con la última palabra.

—Cuéntame todos tus temores. —Se sienta en la silla opuesta.

—Creí que eras uno de los contrabandistas a los que han capturado.

—No soy un contrabandista, Tessa. —Se pone rígido y sus ojos se entrecierran.

—Ya. Ya sé que no lo eres. Que no lo somos. —Debo enjugarme los ojos—. Es que… eran de Ciudad Acero, y he pensado que a lo mejor…

—Has visto todos y cada uno de los pétalos que saco del Sector Real. —Su mirada se ha vuelto fría—. Nunca he vendido nada de lo que hemos robado. Lo que hacemos…

—¡Wes! Ya lo sé.

—Lo que hacemos —repite con un tono tan afilado que jamás se lo había oído— no es lo mismo que lo que hacen los contrabandistas. No me he metido en esto para llenarme los bolsillos.

—Ya lo sé —grito—. Wes, ya lo sé. —Sorbo—. Yo tampoco. Pero para el rey y para su hermano es lo mismo.

Suelta un largo suspiro antes de pasarse una mano por la cara. Cuando centra de nuevo la mirada en mí, sus ojos ya no muestran tanta dureza.

—Tienes razón. Perdóname.

Me aprieto los ojos con los dedos.

—Y ya sé que siempre me dices que no debemos encariñarnos, pero eres el único amigo de verdad que tengo, sobre todo desde que…,

desde que… —Se me vuelve a quebrar la voz—. Desde que mi padres…

Wes me agarra las muñecas con suma delicadeza.

—Tessa.

Cuando tira de mí hacia él, no me resisto, y me abraza durante un buen rato. El abrazo es mutuo. No tiene nada que ver con lo del otro día, cuando nos escondimos en las sombras junto a una casa para ocultarnos de la patrulla nocturna. Ahora solo estamos Wes y yo en la calidez del taller, de nuestro taller, abrazándonos como si pudiéramos mantener alejados todos los males del mundo.

—Los van a ejecutar. —Habla muy bajito—. A mediodía.

—Eso he oído —asiento. Me aparto y levanto la vista—. ¿Crees que se lo merecen?

Duda, y entorna los ojos otra vez. No es algo de lo que solamos hablar. Nuestras conversaciones se limitan a cómo evitar que nos atrapen. A lo efectivas que son las medicinas, a si dorar un poco los pétalos sirve para algo. A lo frívolas y derrochadoras que son las élites. Hablamos de las personas que la fiebre se ha llevado y de las personas que siguen viviendo.

No debatimos lo que podría suceder, porque tengo razón. Al rey le traería sin cuidado que robáramos para ayudar a la gente. Si nos pillan, nos ejecutarán junto a los contrabandistas.

—Creo… —empieza a decir, pero entonces niega con la cabeza—. Creo que estamos perdiendo el tiempo. ¿Dónde has dejado la máscara? Las patrullas se han duplicado por…

—Wes. —Trago saliva y lo agarro del brazo. Su voz ha sonado muy áspera al afirmar: «No soy un contrabandista, Tessa»—. ¿Crees que se lo merecen?

—Creo que muy poca gente merece lo que le termina sucediendo, Tessa. —Hace una pausa y, durante un brevísimo instante, la tristeza empaña sus ojos—. Para lo bueno o para lo malo.

Pienso en mis padres, a quienes ejecutaron en la calle por hacer exactamente lo mismo que hacemos Wes y yo. Pienso en Gillis, que murió por la falta de medicinas, y en Kendall, a la que mataron para

dar el ejemplo. Pienso en las ejecuciones que se avecinan y en lo que significará eso para las personas que se quedan atrás.

Pienso en Weston, que hace mucho tiempo arriesgó la vida para salvar la mía al evitar que siguiera el mismo destino que mis padres. Pienso en cómo se arriesga noche tras noche para llevar la medicina a los que la necesitan.

—Tú solo mereces cosas buenas —susurro.

Suelta una corta risotada sin rastro alguno de humor y aparta la mirada.

—¿Eso crees?

Le sujeto el rostro con una mano y lo giro para que me mire a los ojos. Como de costumbre, su mandíbula es un poco áspera y está algo caliente, y la tela de la máscara es suave al contacto con mis dedos.

—Sí —le aseguro.

Espero a que se aparte, pero no lo hace. Quizá los dos estemos alterados. Quizá lo que les ocurrió a Kendall y a Gillis nos haya afectado mucho. El aire que nos separa parece cambiar y sus ojos se clavan en mi boca. Toma aire y separa ligeramente los labios.

—Dios, Tessa…

Meto un pulgar por debajo del extremo de su máscara y la levanto un poco.

Weston suspira y mueve la mano para agarrarme la muñeca. Suelto un gritito de sorpresa ante lo repentino del gesto.

Él cierra los ojos con fuerza. Me suelta. Da un paso atrás.

—Lo siento —susurro. Qué tonta soy. Siempre me ha dejado muy claro qué somos. Qué no somos.

—Ponte la máscara —me indica con dureza—. Pronto nos quedaremos sin oscuridad.

Trago saliva y me dispongo a hurgar entre los libros de mi zurrón de boticaria hasta que la encuentro. Me la ato sobre el pelo con dedos temblorosos. Cuando me dirijo a por el gorro, que he colgado en un gancho cercano a la ventana, Wes me atrapa el brazo y me giro.

Me quedo sin aliento. Me coloca las manos sobre las mejillas para acercarse a mí y no hago más que derretirme y formar un charco sobre

el suelo del taller. Mi espalda se clava contra la pared y la cabeza me da vueltas.

En ese momento, los labios de Wes se ciernen sobre los míos y todo pensamiento racional abandona mi mente. Su pulgar recorre mi labio inferior.

—No te digo que no, Tessa —murmura, y su voz es tan profunda y grave que es como si hablara directamente con mi corazón—. Pero no así.

Lo miro con los ojos como platos, ingenuos y suplicantes.

Y, como la tonta que soy, asiento.

Me aparta y me planta un beso sobre la frente.

Suspiro.

—De verdad que te odio —le digo.

—Es lo mejor que puedes hacer. —Da un paso atrás, me coloca el gorro con firmeza y alza ligeramente el ala de su sombrero—. Ocho personas morirán a mediodía. A ver si esta mañana somos capaces de repartir suficiente medicina para salvar al doble.

CAPÍTULO SEIS
Corrick

Harristan no visita nunca el presidio. Si desea ver a un prisionero, lo arrastran encadenado hasta el palacio y lo depositan en el suelo, delante de él. Que yo sepa, no ha puesto un pie en la cárcel desde el día que murieron nuestros padres. Es probable que ni siquiera antes.

Yo, en cambio, estoy familiarizado con la prisión. Conozco a todos los guardias, todas las celdas, todos los candados, todos los ladrillos. Cuando tenía quince años y ya me ahogaba en una congoja tan espesa que a duras penas conseguía respirar, enseguida aprendí a bloquear las emociones nada más cruzar el umbral de las pesadas puertas de roble. No podíamos permitirnos ni un solo instante de debilidad, y no pensaba ser el responsable de la caída de mi hermano. He oído toda clase de gritos sin inmutarme. He escuchado promesas y amenazas y maldiciones y mentiras…, y de vez en cuando la verdad.

Nunca he dudado en hacer lo que se deba hacer.

Hoy, Allisander me ha acompañado al presidio. Después de enterarse de la operación en que apresaron a los contrabandistas, retrasó el viaje de regreso a casa. Tanto Lissa como él nos han comunicado que permanecerán en el palacio hasta que estén seguros de que sus caravanas no corren ningún riesgo.

A menudo me he imaginado a Allisander caminando por estos pasillos, pero en mi imaginación suele estar encadenado y un guardia lo empuja con una espada, no como está ahora mismo: exasperado y enfurruñado, con un pañuelo sobre los labios y la nariz.

—¿No hay nada que podáis hacer para eliminar este hedor? —

pregunta.

—Es una cárcel —le digo—. Los residentes no están motivados para hacer que sea un lugar agradable.

Suspira y pone un mohín, como si el gesto supusiera aspirar más aire de la cantidad para la que está preparado.

—Podríais haberlos conducido hasta el palacio.

—Lo último que necesito es ver a ocho mártires atravesar el Sector Real. —Miro hacia él—. Ya te he dicho que forman un grupo muy curioso.

Allisander mira hacia atrás y parece respirar lentamente por la boca. Debo obligarme a no poner los ojos en blanco.

—¿Han confesado los nombres de algún otro contrabandista? —se interesa.

—No. —Llegamos al final del pasillo, que conduce hacia unas escaleras descendentes. Los guardias se cuadran y me saludan. La peste no hará sino empeorar, pero no advierto a Allisander al respecto.

—¿Nada? —insiste—. ¿Los has interrogado con ahínco? ¿Has sido convincente?

—¿Me estás preguntando si los he torturado?

Titubea. A la mayoría de los cónsules —bueno, a la mayoría de las élites, si no a toda Kandala— no les gusta lo que hago, pero no dicen nada porque creen que así están a salvo. Les trae sin cuidado siempre y cuando no deban hablar de esas cuestiones. Lo adornan con lenguaje elegante y esquivan los términos como *tortura* y *ejecución* preguntando si he «exigido respuestas sinceras» o si he «puesto fin a un peligro para la población».

Allisander es más valiente que la mayoría, sin embargo, y sus dudas tan solo duran un segundo.

—Sí. Es justamente lo que estoy preguntando.

—No.

—¿Por qué no?

Porque, a pesar de las apariencias, no soy una persona cruel. No me deleito con el dolor ajeno. No me deleito con nada de esto.

Y todos están condenados a morir. Las penas por robar y

contrabandear son bien conocidas, y todos los prisioneros estaban al corriente antes de sustraer los primeros pétalos. La mitad de ellos están aterrorizados. Solo he tenido que preguntar a uno para descubrir que trabajaban juntos en el sentido más vago de la palabra. Una forajida se desmayó cuando los guardias me abrieron la puerta de su celda.

Rebanarles los dedos o lo que sea que Allisander se está imaginando me parece algo excesivo.

—Sé por experiencia —digo— que quienes se enfrentan a una ejecución no están demasiado dispuestos a contar nada que vaya a ayudar a sus captores.

—Pero podría haber más contrabandistas. —Frunce el ceño detrás del pañuelo—. Nuestras provisiones quizá corran un mayor riesgo de lo que anticipábamos.

—Son simples trabajadores, cónsul, no estrategas militares. Por lo que sé, no están muy bien organizados. —Probablemente sea el motivo por el cual los apresaron tan rápido.

Llegamos al final de las escaleras. Mientras que el palacio y la mayoría de los hogares del Sector Real disponen de red eléctrica, el nivel inferior del presidio no. Afuera es de día, pero aquí abajo está oscuro y hace frío; es un espacio iluminado por lámparas de aceite que cuelgan a intervalos irregulares, con paredes grises y barrotes negros. Hay veinte celdas, pero ninguna está ocupada durante mucho tiempo.

—Adelante —le indico—. Interroga al que te plazca.

Me mira como si esperara… algo más. Como si se figurara que iba a recorrer la hilera de celdas y le iba a presentar a los cautivos uno a uno.

Me apoyo en la pared opuesta, me cruzo de brazos y arqueo las cejas.

—No podrás hacerlo cuando estén muertos.

Allisander empieza a suspirar, se lo piensa mejor y se encamina hacia la primera celda.

En esa está encerrado un hombre llamado Lochlan. No debe de contar más de veinticinco años, tiene el pelo negro carbón, la piel

pálida y muy salpicada de pecas, y en los brazos luce un sinfín de heridas de quemaduras de una forja. Cuando lo interrogué, se me quedó mirando sin miedo y se negó a pronunciar palabra. Es el tipo de hombre al que Allisander torturaría, pero sé que no serviría de nada. Ya he conocido a especímenes como él, hombres que se creen capaces de sobrevivir a una ejecución con una gran fuerza de voluntad.

Pero no sobreviven.

Está sentado en el fondo de la celda, mirándonos sombríamente, pero, cuando el cónsul se acerca a los barrotes, Lochlan se levanta y se aproxima. Su expresión se parece a la que mostraría yo si fuera libre de expresar mis sentimientos hacia el cónsul Sallister.

Allisander carraspea como si estuviera a cargo de una cena de celebración.

—Me gustaría saber los nombres de cualquier socio con que…

Lochlan le escupe en la cara. Una parte aterriza sobre el pañuelo, pero la gran mayoría golpea a Allisander justo entre los ojos.

El cónsul balbucea y se limpia la cara antes de dar un paso adelante con los rasgos transformados por la furia.

—Vas a pagar por esto, maldito…

—¡Cónsul! —Empiezo a aproximarme, pero estoy demasiado lejos. Lochlan ya ha metido los brazos entre los barrotes para agarrar las solapas de la chaqueta de Allisander. Tira de él para estamparlo contra las barras de acero. El rostro del cónsul se llena de sangre.

—Sé quién eres —le gruñe Lochlan. En el pasillo, los demás prisioneros se han colocado junto a los barrotes de sus respectivas celdas al oír el alboroto, y los que nos ven empiezan a chillar.

—¡Mátalo! —gritan—. ¡Mátalo!

Lochlan vuelve a estampar a Allisander contra los barrotes, y es obvio que no necesita que nadie lo aliente.

—Eres el asesino. Sé lo que le estás haciendo a tu gente.

Los guardias ya casi están junto a nosotros, pero Lochlan se apresura a golpear a Allisander contra los barrotes de nuevo. Esta vez, el golpetazo podría ser mortal. Echo la mano hacia atrás y asesto un puñetazo justo en el punto en que la muñeca de Lochlan sobresale de

la celda. Los huesos emiten un espeluznante crujido. El contrabandista suelta al cónsul y retrocede entre gritos mientras se lleva el brazo al pecho.

Allisander se desploma de rodillas en el pasillo asfixiándose con la sangre y los mocos y la arrogancia. La tierra de color teja le mancha la impecable ropa que lleva. Le cuesta respirar y las bocanadas de aire que toma están separadas por débiles gemidos. Me lo quedo mirando unos instantes más de lo necesario.

Quizá sí me deleite según con qué dolor.

Me agacho a su lado.

—Mírame —le digo—. ¿Tienes la nariz rota?

—Quiero que muera. —Su voz suena muy nasal, pero no levanta la vista.

—Y morirá —le aseguro—. Pero no puedo matarlo dos veces. Mírame.

Escupe sangre al suelo, respira con suma dificultad y levanta la cabeza. Debajo de la ceja izquierda ya se le ha formado un chichón. Tendrá los ojos morados y se le ha partido el labio, pero su nariz está tan recta como siempre. Qué pena.

Los guardias inundan el pasillo para alejar a los otros prisioneros de los barrotes. Lochlan está aovillado en el suelo de su celda sufriendo arcadas por su brazo roto. Uno de los guardias ha colocado una mano en la puerta de la celda, pero me mira a la espera de que le ordene si debe actuar o no.

Niego con la cabeza y el hombre me responde con un breve asentimiento antes de retroceder unos pasos. Me saco un pañuelo del bolsillo y se lo tiendo a Allisander.

—Toma.

Lo acepta con un dejo de vergüenza y se cubre la boca con la tela. Dudo de que necesite que le diga que no debería haberse acercado tanto a los barrotes, así que no se lo digo.

—Bueno —murmuro mientras me pongo recto, y el cónsul me mira con desaliento—. ¿A quién te gustaría interrogar ahora?

Harristan está que echa chispas.

—¿Por qué lo has llevado hasta allí? —quiere saber—. ¿En qué estabas pensando?

—Estaba pensando en que nuestro cónsul más rico hizo una petición, y he querido concedérsela.

—Pues ahora lo que pide es un espectáculo. —Mi hermano recorre el suelo junto a la pared con ventanas de sus aposentos. El cielo se ha nublado con la promesa de lluvia y proyecta suficientes sombras para estar del mismo humor que el rey—. Pide que mandemos un mensaje claro a cualquiera que esté urdiendo una trama parecida.

Mientras que mi hermano se mueve con ansiedad, yo estoy inmóvil en una silla.

—Vamos a ejecutar a ocho prisioneros, Harristan. Será un espectáculo.

Se detiene y me mira. Cierta emoción velada pasa entre nosotros, una mezcla de arrepentimiento y fracaso y furia, pero cuando parpadea ya ha desaparecido.

—¿Cómo vas a hacerlo? —habla en voz baja.

En momentos como este, a veces me pregunto si Harristan se arrepiente de lo que sucedió tiempo atrás con Allisander, como si el hecho de que nuestro padre se hubiera plegado entonces a las exigencias de Nathaniel Sallister pudiera reducir ahora, de algún modo, las manipulaciones de Allisander.

Lo dudo. Creo que sería incluso peor.

Creo que nos obligaría a hacer cosas peores.

Tomo aire para responder, pero entonces se oye un brusco golpe en la puerta. Harristan no aparta la mirada.

—Adelante —dice.

La puerta se abre de pronto y aparece un guardia.

—Majestad, el intendente Quint desea…

—No —lo interrumpe Harristan. Sus ojos siguen clavados en los míos.

—Ay, déjalo entrar —le digo.

Mi hermano suspira y se queda mirando la puerta.

—Tienes diez minutos, Quint.

El intendente esperaba junto a la puerta como un cachorro nervioso, con documentos y folios aferrados contra el pecho, y ahora cruza el umbral. Lleva la chaqueta desabotonada, el pelo revuelto. Como por la mañana no se ha molestado en afeitarse, su pálida mandíbula está moteada de vello rojizo.

—Solo necesito nueve.

Quint coloca las hojas sobre la mesa y se lanza a relatar un sinfín de problemas del palacio, desde la escasez de paja para el ganado real —con lo cual sugiere que se tome una decisión sobre sustituirla por virutas de madera— hasta una discusión entre el personal de la cocina acerca de si Harristan prefiere manteles marfil con adornos verdes o manteles bermellón con adornos grises. Mi hermano me fulmina con la mirada cuando Quint anuncia una petición del Sector Real para que las campanas del alba repiquen dos horas después del alba, y así la gente no se despertará tan temprano.

—Entonces habría que dejar de llamarlas «campanas del alba», ¿no? —digo.

—Estoy bastante seguro de que ya han pasado los diez minutos. —Harristan suspira.

—Solo han transcurrido ocho y medio —aseguro. En realidad, no tengo ni idea.

—Todavía necesito que hablemos de las peticiones de indulto que hemos recibido esta mañana. —Quint escribe algo en sus papeles.

—Ya hemos acabado, Quint. —Harristan agita una mano—. Redacta la respuesta habitual.

—Pero…

—Vete.

—Entonces, se lo dejo aquí. —Quint coloca casi todo el papeleo que acarreaba en el centro de la mesa y se gira para marcharse.

—¡Espera! —exclama Harristan—. ¿El qué me dejas?

Me inclino y agarro la primera hoja de la montaña. Está escrita a

mano y no lleva firma, pero cualquier ciudadano puede entregar sus peticiones en el palacio.

Todos estamos muriendo. No hacéis más que matarnos más rápido. Mostrad compasión.

Salto a la siguiente página.

Liberad a los rebeldes de Ciudad Acero.

Hojeo unas cuantas más. Algunas están escritas apuradamente, algunas son más elocuentes, pero todas piden lo mismo.

—Peticiones de indulto —digo sin emoción alguna. Siempre recibimos unas cuantas, pero nunca hasta este punto.

—¿Cuántas hay? —pregunta Harristan.

—Ciento ochenta y siete. —Quint se detiene junto a la puerta.

Dejo las notas sobre la mesa y miro a mi hermano.

—Lo que yo decía. Un espectáculo.

—Una está firmada por la consulesa Cherry —comenta Quint.

—¿Por Arella? —Esa información ha llamado la atención de Harristan—. Creía que a los contrabandistas los habían apresado en Ciudad Acero. —Se trata del territorio de Leander Craft, mientras que Arella controla Solar, mucho más al oeste.

—Así es. —Aparto los folios más finos y hurgo entre las peticiones hasta que llego al final. La de Arella está escrita sobre piel negra y en la página brilla el sello dorado de Solar: medio sol que se hunde detrás de un ondulante mar.

A la atención de su majestad, nuestro querido rey Harristan:

Te escribo con respecto a los hombres y las mujeres encarcelados con cargos de contrabando y comercio ilegal. Si bien reconozco que un delito merece un castigo, esos hombres y

mujeres no son criminales. Actúan a la desesperada para ayudar a sus familias en una época de necesidades. Pido humildemente que puedas llegar a perdonarlos.

En Solar estamos dispuestos a darles la bienvenida a nuestro territorio si muestras piedad.

Siempre a tu servicio,

Lo leo en voz alta y Harristan mira hacia Quint.

—¿Me has aturullado con veinte minutos de bobadas cuando había eso sobre la mesa?

La voz de mi hermano podría cortar el acero, pero Quint no se inmuta. Como mucho, compone una expresión de incredulidad.

—He traído los asuntos de todo un día y he procurado encajarlos en nueve minutos. Como me ha pedido.

Harristan me arrebata el pergamino de las manos, pero sigue sin apartar los ojos de Quint.

—Te he dado diez.

Quint abre la boca para protestar, pero a mí no me apetece verlo como la novena víctima de hoy, así que intervengo.

—¿Leander ha enviado una petición?

—No —responde Quint.

Harristan repasa la carta que acabo de leer, la dobla por la mitad y se concentra en el intendente del palacio.

—¿Hay algún otro remitente importante? ¿O me lo vas a contar mañana?

—Las habituales élites del Sector Real —dice Quint. Hay unas cuantas familias que piden indultos para todos los cautivos. Siempre se les deniegan, pero siempre los solicitan—. Hay algunas peticiones que provienen de familias influyentes. —Quint contempla la pila—. Muchas solicitudes de la Selva. Ninguna de otro cónsul.

Observo la página que agarra Harristan. Me sorprende que Arella haya enviado una petición así, en lugar de acercarse a hablar conmigo directamente.

—¿Sigue Arella ahí? —pregunto.

—Se ha ido al alba —contesta Quint. Y hace una pausa—. Roydan y ella han compartido un carruaje.

Harristan se queda de piedra ante ese detalle.

—Ya es suficiente, Quint —dice al cabo de unos instantes, antes de dejar el pergamino sobre la mesa.

—Majestad. —Quint le dedica una rápida reverencia y, acto seguido, huye de la tensión de la estancia.

Nos quedamos un buen rato en silencio, hasta que Harristan termina tomando asiento en la silla delante de mí. Levanta otra de las peticiones de indulto, la lee y la deja aparte con suavidad. Luego otra. Y otra.

Espero.

Las lee todas.

Lleva tanto tiempo siendo el rey feroz que a veces olvido cómo era cuando era el amado príncipe, el muchacho protegido y consentido y adorado. Recuerdo que un día me dijo que le agradaba que Padre me llevara con él a las cacerías, porque él se quedaría lívido al ver la sangre y detestaba la idea de atravesar a un ser vivo con una flecha.

Cuando al fin levanta la vista, en sus ojos veo un destello de ese muchacho.

—Allisander ya tenía la intención de subir los precios antes de que ocurriera esto. —Me inclino hacia delante—. Sobre la mesa tienes cerca de doscientas peticiones de indulto, pero supongo que habría más del triple que censurarían los delitos cometidos.

—Arella ha solicitado un indulto para los contrabandistas el mismo día que Allisander asegura que atacan sus provisiones. —Me sostiene la mirada—. No le hará ninguna gracia. Esta situación lo enfrenta a ella.

—¿Quién no está enfrentado con Allisander? —resoplo.

—Tú —responde.

—Solo en apariencia. —Pierdo todo rastro de humor y frunzo el ceño—. Y lo sabes bien.

—Lo único que importa son las apariencias. —Se detiene—. Es probable que también acabe enfrentándose a Lissa Marpetta. Me resulta interesante que haya compartido un carruaje con Roydan.

Roydan Pelham. En la corte, hay quien piensa que el anciano está detrás de Arella porque es una mujer joven, culta y bella, pero a Roydan lo conozco desde que yo era pequeño, y nadie idolatra a su esposa como él. Asimismo, ha coqueteado con la política de la corte

durante tanto tiempo que no subiría a un carruaje con Arella si no significara algo.

—Sus sectores se llevan muy bien.

—Exacto. —Mi hermano hace una pausa—. Es peligroso alzarse contra Allisander. Sobre todo ahora.

—El pueblo de Arella siempre ha sido el que ha capeado mejor las fiebres —digo—. Quizá por eso cree que tiene menos que perder.

Harristan se pasa una mano por la cara. Quiere indultar a los prisioneros. Lo veo en la forma en que aprieta la mandíbula. No sé qué ha despertado su compasión, si es el número de cautivos o la cantidad de peticiones que hemos recibido, o si tan solo es que está tan cansado de violencia y de traiciones como yo, y desea ser amable con alguien. Con quien sea.

La amabilidad mató a nuestros padres.

Harristan se cubre la boca para toser y aguzo la atención. Me quedo petrificado.

Su respiración parece normal. Tiene buen aspecto. Está bien.

Lo repito para mis adentros con más énfasis, como si así pudiera lograr que fuera verdad. *Está bien*.

—Si quedan en libertad —digo lentamente—, Allisander lo interpretará como que la corona se posiciona de nuevo contra él. —*De nuevo*, pienso—. No solo hablamos de que eso vaya a afectar a las provisiones del palacio, Harristan.

—Ya lo sé.

—Hablamos de todo el Sector Real. Hablamos de toda Kandala.

—Que ya lo sé.

—No podemos ponernos de parte de los criminales —observo—. Es la primera vez que hemos visto cómo un grupo grande intenta organizarse. Si nos tiembla el pulso, daremos pie a más asaltos, a más robos, a más…

—Cory. —Habla en voz baja—. Ya lo sé.

No añado nada. Estamos de acuerdo, pues.

Hemos llegado a un entendimiento.

Suspiro. Él también.

Mi hermano saca el reloj del bolsillo.

—Faltan dos horas para el mediodía. No has llegado a decirme cómo los vas a ejecutar.

Mis pensamientos se oscurecen. Un manto negro se cierne sobre mi mente para expulsar de mí toda emoción. Hago lo que hay que hacer.

—Espera y verás.

CAPÍTULO SIETE

Tessa

No tengo ganas de ver cómo a ocho personas las cuelgan o las matan a garrotazos o las despedazan o cualquier otro destino horrible que se les haya ocurrido al rey y a su hermano, pero la señora Solomon quiere presenciar las ejecuciones, y espera que Karri y yo nos unamos a ella.

—Es justo que se castigue a la gente por sus delitos —nos dice—. Está bien que nos recuerden que hay castigos para aquellos que se quedan con lo que no se han ganado. Tenemos el deber de dar las gracias por todo lo que hacen quienes nos gobiernan para proveernos.

Recuerdo a mis padres, asesinados por haber intentado llevar más medicinas a la gente. Pienso en la señora Kendall, ejecutada en la calle por haberse dejado llevar por la pena, o en el pobre Gillis, que claramente no merecía morir por el simple hecho de que su madre fuera demasiado pobre como para comprar medicinas para los dos.

En realidad no estoy segura de lo que siento, pero está claro que gratitud no es.

Hay carros repletos de personas que se dirigen a las puertas del Sector Real, así que Karri y yo nos recogemos las faldas y nos montamos en el primero en el que hay espacio libre, mientras que la señora Solomon paga una moneda extra para sentarse junto al conductor. En la parte trasera estamos apretujadas y sentadas compartiendo una paca de heno, pero me da igual. El día está nublado y hace frío, con una ligera niebla en el ambiente.

—¿Has visto a tu amado? —murmura Karri inclinándose hacia mí

—. No es uno de los detenidos, ¿verdad?

—No. —La miro a los ojos. Recuerdo los ojos de Wes, casi dolidos cuando le dije que pensé que lo habían apresado junto a los de Ciudad Acero—. No es un contrabandista.

—¿Se encuentra bien, entonces?

Rememoro a Weston al lado del fuego, su pulgar recorriendo mi labio como si fuera una piedra preciosa, y me llevo las puntas de los dedos a la boca. «No te digo que no, Tessa. Pero no así».

Karri sonríe y me da un golpecito con el hombro.

—Se encuentra bien.

Me pregunto si hoy estará entre la multitud. Me comentó que seguramente muchos de los trabajadores de las forjas asistirían, pero no sabría decir si se refería a que iban para mostrar solidaridad o para juzgar a los detenidos.

Es probable que estén como todos los que se encaminan hacia las puertas: en parte horrorizados, en parte curiosos.

En parte aliviados, porque la caída de una persona por lo general significa que la tuya no es inminente.

No le devuelvo la sonrisa a Karri porque me resulta extraño sonreír cuando nos llevan en carro a contemplar la muerte de alguien. Wes no era uno de ellos, pero me pregunto si los conoce, o si conoce a alguien que sabe quiénes son. A nadie en Kandala le sorprende lo que les ocurre a los contrabandistas, pero siempre habían sido una o dos personas, como Wes y yo. Nunca habían apresado a un grupo.

Cuando las fiebres empezaron a arrebatar vidas, hacía poco que el rey Harristan había ascendido al poder y nombrado justicia del rey a su hermano, el príncipe Corrick. Por aquel entonces, Padre ejercía de verdad como boticario y vendía medicinas y elixires auténticos, no como las pociones y las hierbas con que hace negocios la señora Solomon. Él sabía cómo aliviar un dolor o curar una quemadura o calmar los cólicos de un bebé. A Madre y a Padre no les inquietó el nuevo rey, por lo menos no al principio. El rey Harristan y su hermano eran jóvenes, pero la familia real era amada. A todos nos conmocionó que los asesinaran, y toda Kandala lloró la pérdida junto a los

hermanos.

Aunque… todos lloramos hasta que la gente comenzó a enfermar y a morir. Padre probó tinturas y ungüentos y cualquier mezcla de hierbas que se le ocurría, pero nada funcionaba, hasta que un curandero de Crestascuas descubrió que los pétalos de flor de luna eran capaces de bajar la fiebre y permitir que el cuerpo se regenerara solo. Al cabo de un par de semanas, había corrido la voz entre todos los sectores. Hubo enfrentamientos para apropiarse de provisiones de flores de luna. Los asaltos y los robos fueron habituales. Los tratos se cerraban en los callejones y en salas en penumbra, donde el oro o las armas o cualquier cosa de valor se intercambiaban por las dosis de unos cuantos días. Crestascuas y Prados de Flor de Luna, los únicos sectores donde creía la planta, enseguida contrataron a guardias para vigilar las fronteras, y al final construyeron una muralla.

Al principio, el rey Harristan intentó mantener el orden, pero la gente desesperada comete acciones desesperadas, y nunca había suficientes medicinas para todos. Nos llamaban a la puerta a todas horas de la noche y le imploraban a Padre que hiciera algo por ellos, y yo mezclaba elixires y pociones y tés con la esperanza de hallar otro remedio que funcionara.

Pero no fue así.

Por pura desesperación, Padre encontró a un contrabandista que estaba dispuesto a compartir con nuestra familia cuanto fuera capaz de robar, siempre y cuando le diéramos la mitad de los beneficios que obtuviéramos al vender las medicinas a los pacientes de Padre.

Padre las cobraba a la mitad y luego le daba todo el dinero al ladrón. Siempre decía que lo más importante era salvar al mayor número de gente posible. Unas cuantas monedas extras en el bolsillo no valían el precio de unos cuantos cuerpos más en la pira funeraria. Fue entonces cuando se enteró de que la medicina, repartida entre más gente, seguiría salvando vidas. Intentó compartir sus descubrimientos con el rey, pero había demasiados boticarios, demasiadas teorías, demasiado dolor y muerte y temor. A todo el mundo le daba miedo tomar menos cantidad.

En ese momento, el rey Harristan llegó a un acuerdo con los sectores de Crestascuas y Prados de Flor de Luna, y utilizó fondos reales para proporcionar dosis al pueblo de Kandala, distribuidas por sectores. No fue suficiente, nunca era suficiente, pero era algo.

El rey Harristan también prometió condenar a muerte a quienes robaran, se dedicaran al contrabando o llevaran a cabo el comercio ilegal.

Su hermano, el príncipe Corrick, el justicia del rey, se aseguraba de cumplir la promesa.

Brutalmente. Públicamente. Horriblemente.

Pero resultó efectivo. Al cabo de un mes, el orden se había restablecido. Mucha gente tenía acceso a la medicina.

Mucha, pero no toda.

Padre intentó seguir ayudando, con Madre a su lado.

Y fue cuando los apresaron. A veces me pregunto si tuve suerte de que se defendieran, de que la patrulla nocturna los ejecutara al alba. De que no tuvieran que permanecer en el presidio a la espera de la ejecución, conscientes de que su hija iba a tener que presenciarlo.

Suerte.

Karri me aprieta la mano. Su mirada se ha vuelto compasiva.

—A mí también me parece terrible —susurra.

No como a mí. Sus padres no hicieron nada malo. Casi les da miedo tomar la medicina que les toca, como si fueran unos avariciosos. Pero ella tiene buena intención, así que le devuelvo el apretón.

Las puertas del Sector Real están cerradas, pero justo delante han instalado un gigantesco escenario de madera. Estoy demasiado lejos para advertir los detalles, pero la tarima es lo bastante alta para que todo el mundo lo vea bien. Ocho guardias con armadura forman una fila con ballestas en las manos. A sus pies están arrodillados los ocho prisioneros. Todos visten túnicas de muselina y llevan sacos de arpillera en la cabeza, por lo que no sé si se trata de un hombre o de una mujer. Deben de haberlos atado de alguna forma, porque dos están desplomados y la cabeza les cuelga en un ángulo extraño.

Me pregunto si esos dos ya estarán muertos. Uno de ellos tiene una

mancha en la parte delantera del saco, algo que empapa el material. Sangre, quizá, o vómito.

Tengo que apartar la mirada. Se me ha formado un nudo en la garganta.

La calle está atestada de gente, y ya he perdido de vista a la señora Solomon. La multitud está agitada y los rumores corren como la pólvora. La emoción de la muchedumbre es agobiante y se cierne sobre mí como si fuera un ser vivo.

—Mirad —exclama un hombre—. Ese de ahí se ha meado encima.

No quiero mirarlo, pero los ojos me traicionan y se clavan en el escenario de todos modos antes de que los consiga desviar. No le falta razón. Me pregunto cuánto miedo hay que sentir antes de que ocurra.

Hoy no es un día cálido, pero estoy sudando y me encuentro mal.

Los sacos de arpillera son espantosos. Los guardias son espantosos.

El rey es espantoso. El príncipe es espantoso.

Quiero correr hacia el escenario. Quiero agarrar una ballesta. Quiero esperar y dispararles a ellos dos.

Es un pensamiento absurdo. Me matarían antes de que pudiera acercarme lo suficiente. Trago saliva con dificultad y la rabia se abre paso entre la emoción que me revuelve las entrañas, sustituyéndola por una cólera resplandeciente. Me permito levantar la vista y dirigirla a los prisioneros.

Si deben morir, lo voy a presenciar. Los voy a recordar. Mi alma arde con la promesa de que la situación mejorará. De que debe mejorar.

Ojalá Weston estuviera aquí. A mí se me da mejor ocuparme de las medicinas, de las dosis, de los tratamientos y de nuestros pacientes, pero a él se le da mejor enfrentarse a la violencia y al peligro. Es frío y reservado, mientras que yo soy ardiente y nerviosa.

Miro entre la multitud, hacia los cientos de personas que se han congregado, y creo que debe de estar por algún lado. Eso me da cierto consuelo. Observo los rostros que me rodean en busca del azul helado de sus ojos, de las débiles pecas que sé que le salpican las mejillas justo por debajo del extremo de la máscara.

Hay hombres por todos lados. Los ojos azules son comunes. Las pecas también.

Cierro los ojos y susurro una oración. *Ay, Wes. Te necesito.*

No hace acto de presencia. Los cuernos retumban y las conversaciones se interrumpen casi de inmediato. En el lado opuesto del escenario, un par de siluetas ascienden lo que debe de ser un tramo de escaleras: más guardias, estos con armadura adornada con un emblema morado y azul, que los identifica como miembros de la guardia del palacio. Uno de ellos porta una vara; el otro hace ondear la bandera de Kandala, un diseño azul y morado dividido por la mitad en diagonal por un león rodeado de color blanco sentado justo en el centro. Los siguen otros dos guardias fuertemente armados.

Y entonces aparece el rey Harristan, aunque como siempre está demasiado lejos como para que pueda ver algo más que su pelo oscuro, sus botas y la larga chaqueta negra que casi le llega hasta las rodillas. Lleva una corona de plata, que destella bajo la luz del sol.

—Su majestad, el amado rey Harristan —anuncia un heraldo.

Durante unos instantes, lo veo mejor porque la gente pone una rodilla en el suelo y Karri tira de mi mano.

Yo no quiero arrodillarme ante él. Quiero escupirle en la cara.

Imagino lo que me diría Wes. *No pierdas los nervios, Tessa.* Mi rodilla se estampa contra el adoquinado de la calle. Karri me aprieta la mano de nuevo.

—Levantaos —declama el rey Harristan con voz alta y clara. No dice nada más antes de dar un paso atrás y colocarse entre sus guardias. Seguramente estará aburrido. Irritado por que esta molesta y trivial ejecución lo haya alejado de una partida de ajedrez o de un baño lujoso o de cualquier diversión absurda de la que disfrute mientras los demás vivimos en los sectores e intentamos sobrevivir.

Nos alzamos. Noto el regusto de la bilis en la boca. Me concentro en no partirle los dedos a Karri con la mano derecha. Las uñas de la izquierda se me están clavando en la palma.

Otro hombre sube al escenario. Su pelo es más claro que el de su hermano, más rojizo que castaño, pero desde aquí sus ojos son

sombríos y oscuros, opacos. También lleva botas y una chaqueta larga, pero ninguna corona adorna su cabeza. No la necesita. Blande su poder como un manto, como una especie de peso invisible que se aferra a su cuerpo y que retumba con cada una de sus zancadas. Es el príncipe Corrick, el justicia del rey. No suele ser el que balancea la espada ni el que prende el fuego ni el que dispara la flecha, sino el que da la orden de matar. El verdugo.

—Son muy guapos, ¿no crees? —me susurra Karri.

NO. NO LO CREO.

—Son horribles —murmuro.

Su cabeza se gira y veo que sus ojos vuelan de un rostro a otro para saber si alguien me ha oído.

—Tessa —me regaña.

Trago saliva y me niego a retirarlo.

Después de que el heraldo lo anuncie, el príncipe Corrick avanza para colocarse en paralelo con los prisioneros. Su voz es fría y afilada.

—Se os acusa de contrabando y…

—¡No permitáis que lo hagan! —grita uno de los prisioneros. Es la voz de un hombre, pero tardo unos instantes en adivinar quién es el que ha chillado—. ¡Sois cientos! ¡Miles! ¡Los benefactores os darán la medicina! ¡No permitáis que lo hagan!

A mi lado, Karri se ha tensado. El guardia detrás del prisionero lo golpea en la nuca y el hombre cae de bruces sobre el escenario, con las manos atadas a la espalda. No deja de gritar.

—¡Alzaos! —exclama—. ¡Rebelaos! ¿No veis lo que están haciendo? ¿No veis…?

El guardia dispara con la ballesta. Estoy demasiado lejos como para oír el impacto, pero el cuerpo se convulsiona y se queda inmóvil. La multitud contiene la respiración.

Otro prisionero toma el relevo. Esta vez se trata de una mujer.

—¡Podéis ponerle fin a esto! ¡Escuchad a los benefactores! ¡Podéis ponerle fin a esto! Podéis…

El guardia le dispara a ella, y la mujer se desploma sobre la madera de la tarima. El resto de los prisioneros han empezado a chillar

también, a pedir a gritos rebeldía, resistencia.

Ninguno pide clemencia.

—¡Solo intentan sobrevivir! —exclama un hombre entre la multitud.

—¡Necesitamos su medicina! —chilla una mujer.

Más gritos se unen a ellos hasta que la muchedumbre empieza a moverse, y es imposible saber de dónde proceden las voces. Cuando la gente comienza a avanzar, a Karri y a mí nos separan.

—¡Enfrentaos a ellos! —rabia una mujer desde el escenario—. ¡Defendeos!

Otro guardia dispara con la ballesta. El cuerpo se desploma como el del hombre de antes, pero no debe de haber muerto, porque empieza a agitar las piernas para moverse hacia delante. Los demás prisioneros deben de haber percibido una oportunidad, porque comienzan a revolverse contra las ataduras, a gatear por los tablones de madera, al mismo tiempo que los ciudadanos se abalanzan sobre el escenario. Conforme la gente se zarandea y se empuja, la multitud estalla en gritos de rabia y de temor. Un codo me golpea en la sien y un hombro se me clava en el pecho. He perdido de vista a Karri por completo. Los guardias se han apoderado de la tarima y evitan que veamos al rey y a su hermano; como si siguieran allí. Las flechas vuelan con fiereza, aunque los prisioneros tenían razón: puede que haya dos docenas de guardias sobre el escenario, pero hay cientos de ciudadanos.

Un hombre corre entre la multitud y alguien me lanza al suelo. Me veo caer y procuro agarrarme a algo, pero no hay nada. Una bota me asesta una patada en la mandíbula y noto el sabor de la sangre en la boca. Alguien me pisotea la pierna.

En ese momento, una mano se agarra a la mía con sorprendente fuerza.

Wes, pienso.

Pero no, se trata de Karri. Me levanta y tira de mí para alejarme del escenario. Le está sangrando el labio. Le brillan los ojos por las lágrimas.

—Tenemos que salir de aquí.

No hace falta que me lo repita.

CAPÍTULO OCHO

Corrick

Seis meses antes de que mataran a nuestros padres, hubo un intento de asesinato. Las fiebres no habían hecho más que aparecer, pero yo apenas era consciente del problema. En esa época, mis padres seguían siendo muy queridos, y yo hacía poco que había empezado a asistir a sus reuniones con los cónsules. Mi hermano llevaba años participando en ellas, y me contó todo tipo de historias. El padre de Allisander, Nathaniel Sallister, era un hombre dado a aparentar y a fanfarronear, y cuestionaba a mi padre en cualquier asunto.

Recuerdo que me dieron mi propia hoja, mi propia pluma. A mi lado, Harristan garabateaba caballos y perros en los márgenes de su folio, pero yo sabía que estaba prestando atención a todo lo que se decía. Me puse a leer el texto dos veces con la esperanza de tener la oportunidad de compartir mi «sabiduría» con algo. Lo que fuera.

Cuando hacía más de dos horas del comienzo de la reunión, sin embargo, me aburrí y busqué cualquier excusa para marcharme. Había empezado a esbozar caricaturas de los cónsules en los márgenes de mi página, rematadas con una imagen de Nathaniel meando sobre una montaña de papeles. Harristan le echó un vistazo, reprimió una carcajada y tomó un sorbo de agua para frenar el sonido.

«Para», me dijo con los labios sin hablar, y yo le sonreí.

Al otro lado de la mesa, mi madre nos miró a los dos, pero le brillaban los ojos.

Y entonces se oyó un grito en el pasillo, y el brillo de sus ojos desapareció. Todos los que estaban sentados a la mesa se quedaron

callados. Otro grito, seguido de muchos más. Mi padre cubría a mi madre contra la pared. Harristan me agarró el brazo y me colocó detrás de él, pero me resistí para ponerme yo delante.

—El heredero eres tú —le siseé, como si debiera recordárselo.

Algo golpeó la puerta con un ruido seco, y no importó cuál de nosotros estuviera frente al otro, porque mi padre dio una orden y dos guardias se dispusieron a protegernos. Yo tenía el corazón en un puño, pero lo peor de todo es que recuerdo que lo que más me preocupaba en ese momento era que el cónsul Sallister viera lo que había dibujado.

La madera se astilló y se resquebrajó, y los hombres entraron en la estancia. Las flechas volaron por los aires casi de inmediato. Todos los intrusos cayeron, todos menos uno.

Micah Clarke, el que fuera justicia del rey antes que yo, agarró a uno por el brazo. Se lo retorció a la espalda y le estampó la cara contra la mesa, justo en el sitio en que me había sentado yo. Abrí los ojos como platos y oí la respiración de Harristan.

Mi madre asomó la cabeza desde detrás de mi padre.

—¿Por qué? —susurró—. ¿Por qué han irrumpido aquí?

Micah miró hacia mi padre. No sé si esperaba un permiso, una orden o algo totalmente distinto.

Pero mi padre apartó la vista.

El hombre alzó el rostro de la mesa y tomó aire. Más tarde, Micah dijo que estaba a punto de escupir a mis padres, pero a mí me dio la impresión de que pretendía hablar.

No tuvo tiempo de hacer ninguna de esas dos cosas. Micah extrajo un puñal y le rebanó el cuello. La sangre manchó mis dibujos.

No llegamos a enterarnos de quién los había enviado. Siempre se ha rumoreado que fue el primer ataque organizado desde Tierras del Tratante, pero nunca lo hemos podido demostrar.

A veces recuerdo aquel día. El modo en que mi madre estaba confundida. El modo en que mi padre apartó la mirada. El modo en que mi hermano intentaba que me pusiera detrás de él.

El modo en que todo el mundo estaba asustado, a excepción del justicia del rey, que se vio obligado a actuar.

Hoy, suponía que Harristan estaría furioso tras el altercado ocurrido junto a las puertas, pero no lo está.

Yo sí.

«Escuchad a los benefactores».

No sé qué significa esa frase, pero llevo dándole vueltas desde que los guardias nos han arrastrado lejos del escenario.

Los cónsules han solicitado una reunión en el instante mismo en que hemos regresado al palacio, pero mi hermano los ha hecho esperar. Lleva horas callado. Pensativo. Contemplativo.

Cuanto más rato pasa en silencio y reflexionando, más nervioso me pongo, hasta el punto de que soy el que camina de acá para allá en sus aposentos.

Tres de los prisioneros han escapado durante el tumulto. Cinco han sido abatidos, pero tres se han escabullido entre la multitud cuando los ciudadanos han empezado a inundar el escenario y los guardias se disponían a protegernos a Harristan y a mí. Uno de los que huyó fue Lochlan, el hombre que estampó la cara de Allisander contra los barrotes de su celda.

Es probable que el cónsul esté echando chispas. Me sorprende que desde el otro lado de la puerta no nos llegue el humo.

Como si lo hubiera invocado, alguien llama a la puerta.

—Adelante —exclama Harristan.

—Majestad. —Uno de los guardias abre la puerta—. El intendente Quint quiere recordarle que los cónsules están reunidos…

—Que esperen —lo interrumpe Harristan.

El guardia asiente. La puerta se cierra.

—No puedes esconderte aquí todo el día —le digo—. Debemos afrontar lo que ha ocurrido.

—No me estoy escondiendo. —Harristan no se mueve—. ¿Crees que estaba planeado?

—¿Qué parte?

—Todo. —Me mira. Hace una pausa—. En la multitud se han alzado voces que pedían una revolución, Cory.

«¡Podéis ponerle fin a esto!».

«¡Enfrentaos a ellos! ¡Defendeos!».

Me paso una mano por la nuca y suspiro.

—Las he oído.

—Todo el mundo las ha oído. —Duda como si quisiera añadir algo, pero acaba callándose. El silencio es tan sepulcral que oigo el tictac del reloj de su escritorio. Al cabo de unos instantes, tose, y giro la cabeza hacia él como un resorte.

Ese gesto hace que me fulmine con la mirada.

—Para ya. No necesito una niñera.

Lo observo atentamente en busca de los conocidos síntomas de la fiebre. No tiene las mejillas rojas ni los ojos vidriosos. Presto atención a su respiración de todos modos.

—Si quieres preocuparte por algo —entrecierra los ojos—, preocúpate por lo que les vamos a decir a los cónsules.

—Creía que era lo que llevabas tanto tiempo pensando.

—Allisander estará furioso.

—Sin duda.

—Lissa también lo estará.

—Ya les he ofrecido vigilancia para sus caravanas de provisiones.

—Van a querer más. Más seguridad. Más promesas. Más… de todo.

Y en ese momento me doy cuenta de lo que estaba esperando mi hermano. De lo que no dice. Me pidió que lo de esta mañana fuera un espectáculo… y lo ha sido. No el que él quería, claro, pero ha sido un espectáculo igualmente. Ahora quiere otro. Algo que calme a los cónsules y que impida que el pueblo crea que la revolución es un camino sencillo.

Me estaba esperando a mí.

Al fin dejo de recorrer la habitación y me lo quedo mirando.

—Pues démosles algo más.

Allisander solo tiene un ojo morado, pero los cardenales que le recorren la mandíbula y la frente parecen compensarlo. Debe de

haberle dolido mucho afeitarse alrededor de esa perfecta perilla, porque da la impresión de que empezó y terminó rindiéndose. Pobrecito.

El dolor no le impide reprocharme lo sucedido durante la reunión de los cónsules.

—Había que encargarse de los prisioneros —espeta—. Has dejado que tres salieran huyendo.

—Yo no he dejado que nadie saliera huyendo —respondo sin alterarme—. No son los primeros que escapan, y seguro que no serán los últimos.

—Se van a reorganizar —dice—. Irán a por nuestras caravanas de provisiones. Ya lo verás. —Asesta un puñetazo sobre la mesa—. Me lo prometiste, Corrick.

—He ofrecido guardias adicionales. —Miro hacia Lissa Marpetta, que ha permanecido en silencio mientras Allisander estallaba con su berrinche—. También para vuestras caravanas de provisiones.

—¿Quiénes son los benefactores? —pregunta la consulesa mirándome con frialdad.

—No tengo ni idea.

—Ni idea —brama Allisander—. Ni idea, y aun así creías que no había necesidad de torturarlos al interrogarlos…

—Es preocupante —tercia Lissa en voz baja; su tono es totalmente opuesto al de Allisander— que vuestros guardias hayan sido incapaces de llevar a cabo sus obligaciones a tiempo.

—A esos guardias habría que procesarlos por traición —asegura Allisander.

—Esos guardias han protegido a vuestro rey —dice Harristan, con suficiente temple para recordarles quién manda. Su comentario aquieta una parte de la tensión de la estancia, aunque en el aire que nos rodea sigue zumbando el disgusto.

En el extremo de la mesa, Roydan se aclara la garganta.

—Cónsul Sallister. ¿Quieres castigar a una docena de guardias por no haber logrado evitar que mil personas avanzaran hacia el escenario?

—¿Debemos dar por sentado que castigaste a tus propios guardias cuando vuestras caravanas de provisiones fueron atacadas? —añade Arella Cherry.

Allisander se gira hacia ella.

—Mi sector no es asunto tuyo. —Rabioso, hace una pausa para tomar aire—. Me consta que pediste que perdonaran a los contrabandistas.

La consulesa no se inmuta y le devuelve una mirada gélida como el hielo.

—En los sectores, la gente está muriendo, cónsul Sallister. No son criminales. Es que están desesperados.

—No podemos mantenerlos con vida si los forajidos no paran de asaltar nuestras provisiones —interviene Jasper Gold, cónsul de Musgobén—. Me han llegado informes de que han desaparecido dosis en el Sector Real. Los prisioneros que escapan siempre envalentonan a otros. Sobre todo si los financia alguien con recursos.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría. La mayoría de las personas con recursos están sentadas a esta mesa… o son íntimas de alguien que ocupa uno de los asientos.

—¿Estás insinuando que alguien de aquí está al corriente de los asaltos? —dice Roydan. Se le ve verdaderamente preocupado, como si acabara de ocurrírsele la posibilidad de una insurrección en el seno de nuestro círculo.

—¿Creéis que esos rebeldes estaban financiados? —Exasperada, Arella suelta un bufido—. ¡Si hace poco eran unos niños!

Jonas Beeching carraspea para tomar la palabra.

—Unos niños que ya son lo bastante mayores para cometer un delito. —Mira a Allisander. A Jonas sigue escociéndole que le negáramos la propuesta del puente, y es más que evidente que desea conservar amigos en esta mesa—. Deberíamos detenerlos a cualquier precio.

Allisander se gira hacia él.

—Hace nada pediste el doble del dinero que necesitabas, ¿verdad? Quizás habría que investigar tus finanzas, cónsul.

Quiero poner los ojos en blanco.

—Ya basta —tercia Harristan—. Hemos duplicado el número de patrullas en la Selva. Hemos iniciado investigaciones en las forjas de Ciudad Acero y hemos ofrecido una significativa recompensa para cualquiera que pueda proporcionarnos la identidad de los tres contrabandistas… o de cualquier persona que esté involucrada en el robo de pétalos de flor de luna.

A Quint casi se le salieron los ojos de las cuencas al apuntar las disposiciones. Es una recompensa lo bastante alta para pagar las medicinas de una familia durante un año entero.

—¿Seguís ofreciéndoles cobijo en Solar? —le suelta Allisander a Arella—. Quizá deberíamos empezar por allí.

—Adelante —responde sin acusar el golpe—. Yo no acojo a delincuentes.

—Necesitamos acciones inmediatas —dice Lissa—. ¿No estás de acuerdo, majestad?

—Sí —asiente Harristan. Sus ojos vuelan hasta mí.

Mis pensamientos han dado vueltas por la conmoción y la rabia desde el momento en que perdimos el control de la multitud, pero ahora que sé qué se espera de mí, una fría certeza se apodera de mi mente.

—¿Acciones inmediatas? —digo—. ¿O justicia inmediata?

Allisander me mira, y sé que está recordando el incidente del presidio, cuando Lochlan lo golpeó contra los barrotes y yo le rompí la muñeca al rebelde con mis propias manos.

Me pregunto cuánta de la furia de Allisander se debe al hecho de que Lochlan sea uno de los prisioneros que han huido.

—Las dos —responde con tono despiadado.

Nunca he retrocedido ante la brutalidad, y no pienso hacerlo ahora. Le sostengo la mirada y asiento.

—Dalo por hecho.

CAPÍTULO NUEVE
Tessa

Esta vez, al dirigirme hacia el taller, estoy muy atenta, la máscara bien sujeta en su sitio y los ojos con la oscura sombra del kohl. Me duele la mandíbula, pero no le presto atención. Me arde el pecho por la rabia y la furia hacia el rey, el príncipe y la terrible manera en que nos tratan por hacer lo que debemos hacer para sobrevivir.

Me arde la mente por la necesidad de actuar.

La patrulla nocturna se ha duplicado, y, aunque no llevo más que mis libros de boticaria, me deslizo por el bosque con extremo cuidado. No me molestaré en encender el fuego mientras espero a Wes porque no quiero arriesgarme. Mi corazón no ha parado de dar brincos en toda la noche.

Cuando llego al taller, sin embargo, no es necesario que espere. Wes ya está allí, apoyado en la puerta, a duras penas algo más que una sombra.

Me detengo, sorprendida, pero él se endereza y suelta un suspiro.

—Tessa.

Todo el miedo que he sentido a lo largo del día parece evaporarse al ver que está bien.

—¿Lo has visto? —digo en voz baja—. ¿Estabas allí?

No hace falta que sea más específica. Asiente y habla con voz grave.

—Lo he visto. —Hace una pausa y contempla la oscuridad de primera hora de la mañana—. La patrulla está por todas partes. Están buscando en las forjas.

No es habitual que Wes suene inquieto, y eso me pone inquieta a mí. Trago saliva con dificultad.

—Eso he oído.

—Es una noche arriesgada para robar y hacer las entregas. —Sus ojos vuelven a clavarse en los míos.

—Siempre es arriesgado —susurro.

—Me han dicho que han huido tres prisioneros. Que hay una buena recompensa para quien los capture. —Se detiene—. Para quien capture a cualquier forajido.

—Eso también lo he oído. —Todo el mundo que ha entrado esta tarde en la tienda lo ha comentado.

Wes no dice nada, se limita a mirarme.

Tardo unos instantes en dejar que la comprensión me golpee en la cara, y me echo hacia atrás.

—Crees que alguien podría delatarnos.

Resopla y se pasa las manos por la mandíbula.

—Es muchísimo dinero, Tessa. —Un amago de su sonrisa habitual se esboza en su rostro—. Me sorprende que no hayas venido a delatarme.

—¿Cómo sabes que no? —lo provoco, aunque la situación es tan seria que las palabras resultan un tanto huecas.

Cualquier atisbo de sonrisa desaparece, pero en su voz hay cálida amabilidad cuando dice:

—Porque sé que nunca lo harías.

Me ruborizo, y me alegro de llevar la máscara y de que esté oscuro. No le falta razón. Saco el gancho triple del zurrón y le doy vueltas en el aire.

—En breve nos quedaremos sin oscuridad.

Wes agarra veloz el gancho con los dedos y lo detiene. Permanecemos donde estamos, en un silencio absoluto, conectados por la fina extensión de cuerda. Sus ojos son profundos y oscuros e intensos, y ojalá pudiera leerle los pensamientos. Suerte que él no puede leer los míos.

Trago saliva y procuro concentrarme en lo que nos ocupa.

—¿Quiénes son los benefactores? ¿Lo sabes?

—No. —Hace una pausa—. Pensaba que a lo mejor tú lo sabrías.

Niego con la cabeza.

—Ya lo preguntaremos cuando hagamos la ronda.

Wes no responde nada durante un buen rato, y cuando toma la palabra habla con voz muy baja.

—Hay llamamientos a una revolución. El rey no permitirá que cuajen. Dará ejemplo con cualquiera a quien atrapen.

—Como siempre.

—No creo que hayamos visto lo peor de lo que son capaces —bufa.

—Tienes miedo —jadeo.

Aparta la mirada y aprieta la mandíbula.

—No tengo miedo por mí.

¿Por mí? ¿O por compañeros suyos de la forja? Me aterra preguntárselo.

—Wes.

—He visto las atrocidades que cometen, Tessa. Me han contado cosas. —Sus ojos se clavan en los míos, pero ahora se han apagado y se han vuelto oscuros—. He visto lo que ha pasado frente a las puertas. No es nada comparado con lo próximo que harán.

He visto las mismas atrocidades. Me han contado las mismas cosas. El corazón me da un vuelco en el pecho. Pienso en la señora Kendall y en todo lo que perdió. Pienso en las decenas de familias a las que les llevamos las medicinas, en todas las personas que morirán sin los elixires que les proporcionamos.

—No podemos parar, Wes. La gente… La gente cuenta con nosotros.

—No me refiero a dejarlo para siempre. —Cierra los ojos—. Pero quizá…

—¡No!

—Tessa…

—¡No podemos! —exclamo con furia—. ¡Los estaríamos condenando a muerte nosotros! Y…

Se sirve del gancho triple para tirar de mí hacia delante y me tapa

la boca con la mano.

—Eres consciente de que han duplicado la patrulla nocturna, ¿verdad?

Le respondo asintiendo, con los ojos como platos. Retira la mano.

—No podemos parar —susurro, aunque mi voz no suena demasiado firme—. No podemos.

—Sí que podemos. —Sus ojos arden sobre los míos—. No ayudaremos a nadie si estamos muertos. La rebelión no va a detener las fiebres.

Trago saliva y pienso en mis padres. Mi padre hizo cuanto pudo para cerciorarse de que todo el mundo tuviera acceso a la medicina. Eso les provocó la muerte, así que tal vez debería tomármelo como una advertencia.

Pero no es una advertencia. Es un legado.

—Si no quieres ir, quédate aquí. —Le arrebato mi gancho triple de la mano—. Yo tengo gente a la que ayudar.

—¡Tessa! —me grita detrás de mí, pero no me detengo.

Se me ha formado un nudo en la garganta por tantas emociones. Rabia. Temor. Preocupación.

Decepción.

No oigo nada, pero de pronto aparece a mi lado, tan sigiloso y veloz como un gato.

—Harás que nos maten a los dos —murmura entre dientes.

—Si estás tan asustado, vete a casa.

—No estoy asustado. —Me agarra el brazo y me obliga a detenerme.

Lo miro a los ojos, brillantes con el resplandor de la luz de las estrellas.

—Cuando hay llamamientos a una revolución —le digo—, deberíamos estar en la primera línea, no escondidos en las sombras.

—Lo único que hacemos es escondernos, Tessa. —Su voz es muy áspera.

—A lo mejor ha llegado el momento de dejar de hacerlo. No sabemos quiénes son esos benefactores…, pero quizá pretendan hacer

algo bueno. Algo justo.

Se queda callado e inmóvil, sus profundos ojos fijos en los míos.

—A lo mejor ha llegado el momento de cambiar la situación de otra manera —susurro, porque todo es demasiado peligroso como para decirlo en voz alta.

Como no me responde, alzo una mano para tocarle el extremo de la máscara. Está paralizado, sobre todo cuando la punta de mi dedo se desliza por debajo de la tela.

Justo cuando creo que me dejará quitársela, abre los ojos de pronto y aparta la cara.

—Vuelve al taller —me dice con voz grave y dura—. Calienta el agua. Iré yo.

—Wes…

—Soy más rápido que tú. No me mires así. Sabes que es verdad. —Se saca una bolsa del zurrón y me la coloca en las manos—. Toma. Hay un poco que sobró ayer. También he encontrado un poco de aceite de semillas de rosa. Prepara el agua y mide las cantidades que puedas. Si somos rápidos, podremos embotellar los elixires y hacer la ronda antes de que salga el sol.

Sus ojos me taladran, así que me apresuro a asentir.

Cierro los dedos alrededor de la bolsa y doy un paso atrás. No sé si está enfadado o decidido, o si nos estamos engañando al creer que podemos cambiar las cosas.

—Vale, ve tú —digo, y casi se me quiebra la voz.

—Dios, Tessa. —Algo se rompe en su mirada—. ¿No lo entiendes? No tengo miedo por mí. Tengo miedo por ti.

Se me acelera el corazón hasta tal punto que debo ponerme una mano en el pecho.

Sin avisar, Wes se adelanta, me agarra la cintura con ambas manos y coloca los labios sobre los míos.

Durante unos instantes, me quedo sin aliento y desconcertada, pero mi cuerpo enseguida reacciona. Cedo a sus caricias, me ablando en el círculo que forman sus brazos. Una llama prende en mi interior y me recorre las venas hasta que me calienta de la cabeza a los pies. Es de

fiar y es fuerte y es Wes, y he imaginado este momento muchas veces, pero mi imaginación nunca le ha hecho justicia.

Minutos, horas, días antes de que esté preparada, se aparta, sus ojos repletos de estrellas de nuevo. Me da un golpecito en la nariz.

—No pierdas los nervios y agacha la cabeza. Volveré dentro de una hora.

Me llevo una mano a los labios con los pensamientos girando sin parar. Tanto hablar de colocarnos en primera línea de la revolución y ahora quiero llamarlo para que vuelva y encontremos unas sombras tranquilas para el futuro próximo.

Sin embargo, su gancho triple ya se ha liberado de su mano y da vueltas, silbando por el aire para aferrarse a lo alto de la muralla. Sin mirar hacia atrás, Wes asciende el muro y yo me quedo sola.

Enciendo el fuego y preparo las balanzas, pero mis pensamientos siguen en el bosque, recordando la caricia de sus labios sobre los míos una y otra y otra vez, el sonido de su voz al decir: «Dios, Tessa» antes de tirar de mí hacia él. O la forma en que ha dicho: «No tengo miedo por mí» mientras me miraba a los ojos con tanta intensidad.

Es verdad que se ha apartado cuando he intentado quitarle la máscara, pero me ha besado. Me han embargado los remordimientos y la furia y el miedo desde que han ocurrido los disturbios junto a las puertas del Sector Real, y quizá sigo igual, pero… Wes. Ay, Wes. Sus manos estaban tan calientes y su voz era tan encantadora y profunda, y su boca era tan… Suspiro. Después de hablar de revolución y de la primera línea de la batalla, ahora lo único que quiero es bailar mientras mezclo las medicinas.

Aunque seguimos adelante. No nos van a amedrentar el rey horrible ni su hermano cruel y espantoso. Vamos a salvar a la gente que necesita que la salvemos.

«¡Defendeos!», gritaba uno de los prisioneros.

Es lo que hacemos. Yo no tengo la suficiente fuerza para

adueñarme de un escenario ni para atacar al rey ni para derribar a un guardia que patrulle por el bosque, pero sí sé cómo salvar vidas. Wes ha dicho que tan solo nos escondemos, y lleva razón, pero lo que importa es lo que hacemos mientras nos escondemos. Lo que importa es lo que hacemos juntos.

Juntos. Me pongo una mano en el pecho para evitar que mi corazón se desboque.

El caldero empieza a hervir y lo aparto del fuego justo a tiempo, antes de verter el líquido en los frascos que ya he dispuesto.

En la distancia suena la alarma del Sector Real y me quedo petrificada. Dejo el caldero y me dirijo a la ventana de nuestro taller. Desde aquí veo las luces cuando recorren la muralla en busca de intrusos.

No pasa nada. No pasa nada. Es cierto que Wes es más rápido que yo, por mucho que me niegue a admitirlo. Buscan a contrabandistas por todos lados, así que cualquiera podría haber activado la alarma. El otro día Wes estaba bien, así que seguro que hoy también lo estará.

Me seco las manos, de pronto húmedas, con la tela de mis faldas y regreso a la mesa. Cuando alzo el caldero, la tapa tintinea, y me doy cuenta de que estoy temblando.

Respiro hondo y me tranquilizo. En cualquier momento estará de vuelta con su habitual sonrisa engreída en los labios. Me dará un golpecito en el costado y pondrá los ojos en blanco y me dirá que me dé prisa para que podamos moler más polvo de los pétalos que ha robado. Nos detendremos un segundo para pensar en la pobre alma a la que han atrapado y daremos las gracias a nuestras estrellas de la fortuna por disponer de otra noche juntos para ayudar a la gente.

Juntos. Mi corazón da otro vuelco. Esta vez, sin embargo, el temor se abre paso por mi pecho. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? ¿Una hora? ¿O todavía no? Las alarmas siguen resonando en el Sector Real y las luces giran para encontrar al ladrón.

Wes. Ay, Wes.

Los elixires están mezclados. Con cuidado, vierto el líquido en los frascos y los cierro con los tapones. Las alarmas dejan de sonar.

Oigo cómo se me acelera el corazón. Me encamino hacia la puerta, mis oídos muy atentos en el frío y temprano silencio de la mañana. Wes nunca hace ni un solo ruido, así que espero que salga de detrás de un árbol o que salte del tejado o que haga cualquier otra tontería que me sobresalte antes de echarme a reír y pegarle un puñetazo en la barriga.

No aparece.

Mis entrañas son un pozo de terror. No consigo respirar hondo. Me agarro con tanta fuerza al marco de la puerta que me duelen los dedos.

Entre los árboles, el primer destello del sol rompe el horizonte. Se me cierra la garganta. No puedo respirar.

Ha pasado más de una hora. Mucho más.

Tengo los dedos entumecidos, y no sé si es por cómo me agarro a la puerta o por los jadeos con que intento llenarme los pulmones de oxígeno. Vuelvo a entrar al taller. Debo ir a buscarlo. Debo encontrarlo. Primero lo llevarán a la cárcel. Al presidio. Podré sacarlo de allí. Puedo… Necesito… Quiero… Necesito…

La luz me incide en los ojos a través de la ventana y un grito sale despedido de mi pecho. Está saliendo el sol, empieza un nuevo día que ignora el pánico que siento. Mi mano ya está rodeando la cuerda de mi gancho triple, mi zurrón ya está colocado sobre mi hombro.

No pierdas los nervios, Tessa.

Una lágrima escapa de mi ojo y llega hasta la máscara. Me quedo paralizada en el umbral. No puedo salir así. No a plena luz del día.

No puedo ir a buscarlo.

Me desplomo frente al taller. Una compuerta se abre en mi pecho y, de repente, estoy llorando sobre las faldas, convulsionándome contra la puerta.

Wes me encontrará así y lo usará para tomarme el pelo de por vida.

Aceptaría sus pullas, y con alegría, si apareciera ante mí.

Por favor, Wes. No me doy cuenta de que he susurrado las palabras hasta que oigo mi temblorosa voz. *Por favor, Wes.*

No aparece. Los rayos de sol se cuelan entre los árboles.

No puedo permanecer sentada en el umbral de la puerta. Estamos

en una zona apartada del bosque, pero los cazadores a veces pasan por aquí.

Me quito el gorro y lo guardo en mi zurrón. Utilizo la máscara y un poco del agua hervida para limpiarme el kohl de las mejillas y los ojos. Me peino y me aliso las faldas antes de ocultar las medicinas, los cuencos y el caldero debajo de los tablones de madera del suelo.

Por favor, Wes.

Al llegar a la puerta, dudo.

Nada.

A lo mejor ha tenido que volver a la forja. A lo mejor no podía arriesgarse a venir por aquí. Mañana por la mañana me esperará con una buena historia que contarme.

—¿Cómo dices? —se burlará—. ¿Que yo llevaba razón? ¿Que deberíamos haber esperado unos cuantos días?

El nudo de mi garganta se niega a soltarse. Una tenaza me aprieta el pecho.

No puedo quedarme aquí. La señora Solomon estará esperándome. Karri sabrá que ha ocurrido algo. Tengo los ojos rojos.

Echo a caminar y me obligo a mantener un paso tranquilo. No soy más que una chica que ha salido a pasear por la Selva y que se dirige a trabajar temprano. Nadie importante. Presto atención por si oigo a la patrulla nocturna, pero la ciudad está empezando a cobrar vida a mi alrededor conforme me acerco a las zonas más pobladas, y de golpe ya no corro peligro.

Una mujer y su hija tienden la colada entre dos árboles y oigo una palabras de su conversación al pasar junto a ellas. La muchacha sacude un par de pantalones y se los entrega a su madre.

—Papá dice que el príncipe va a dejar colgando el cuerpo hasta que los atrape a todos.

—Que cuelgue a cuantos quiera —dice la mujer—. Tú concéntrate en tus tareas. Los forajidos no tienen nada que ver con nosotros.

—Sí, mamá.

«El príncipe va a dejar colgando el cuerpo».

—¿Te has perdido, chica?

Levanto la cabeza. Me he detenido con la mano apoyada en un árbol. La mujer está mirándome fijamente. Debo seguir caminando. Debo alejarme de aquí.

—¿El príncipe ha atrapado a un forajido? —digo, y se me quiebra la voz.

—Eso no es asunto nuestro —me responde, tajante, pero en ese momento su hija da un paso hacia mí.

—¡Sí! Mi papá dice que lo han colgado de las puertas, pero no me deja ir a verlo…

Echo a correr. Mis pies se hunden en el camino a medida que me precipito hacia las puertas del Sector Real, derrapando entre los árboles. No puedo respirar. No puedo parar. La gente me mira sorprendida al verme atravesar la Selva. Alguien me va a agarrar, me va a detener, me va a comunicar que no estoy donde debería.

Pero no. Y, de repente, he llegado junto a las puertas.

La muchacha tenía razón. Hay un cuerpo colgando por el cuello con la cabeza ladeada, inerte. El rostro está hinchado y morado, la ropa es oscura.

En la cara lleva una máscara. Un sombrero que conozco muy bien. Un zurrón que he visto cientos de veces cruzado sobre su pecho.

Un gancho triple pende de la cuerda que lleva atada en la muñeca y se balancea suavemente por la brisa.

El mango de un puñal sobresale de cada uno de sus ojos. La sangre ha empapado la máscara, lo cual indica que se lo hicieron mientras estaba vivo.

Entre las empuñaduras está atrapada una flor de luna.

No puede ser. No puede ser.

No quiero seguir mirando, pero no lo puedo evitar.

No respiro. No puedo respirar. Mi corazón debe dejar de latir. Debo dejar de sentir.

Wes no quería ir. Tenía razón. Era demasiado arriesgado.

Ha ido por mí.

Los guardias de la puerta se han fijado en mí.

—Creo que hoy no llegará a casa para cenar, ¿verdad que no,

muchacha? —me grita uno de ellos.

Todos se echan a reír.

Aprieto los puños. Quiero golpear a los guardias con toda mi fuerza y mi rabia. Quiero quemarlos vivos. Quiero prenderle fuego al palacio y que arda hasta los cimientos. Quiero robar todos y cada uno de los pétalos de flor de luna de Kandala y ver cómo las élites se marchitan y mueren por las fiebres.

Quiero clavar puñales en los ojos del rey y de su hermano.

No pierdas los nervios, Tessa.

Es como si su voz sonara en mi cabeza, y me ahogo con un sollozo. Uno de los guardias debe de haberme oído, porque se aleja de las puertas.

Necesito echar a correr. Wes querría que echara a correr.

Esa idea me pone en movimiento. Hundo los pies en la senda de nuevo y corro lo más rápido y lo más lejos que puedo, dejando tras de mí un camino de lágrimas.

CAPÍTULO DIEZ

Corrick Para lo rápido que va siempre por la vida, a Quint se le da bastante bien el ajedrez. Cualquiera diría que era la clase de juego que lo frustraría, ya que uno invierte muchísimo tiempo en silencio y esperando al oponente, pero quizá así tiene una excusa para estar quieto. Esta noche, soy yo el que necesita algo que lo obligue a estar quieto. Estoy intranquilo, preocupado y nervioso.

Mis ventanas están oscuras y el fuego apenas arde ya a nuestro lado, señal de que probablemente debería estar durmiendo. Quint también. Mi hermano se ha ido a la cama hace horas.

Pocas veces siento resentimiento hacia Harristan, pero de vez en cuando me gustaría que soportara el peso de este cargo, que fuera él el que mirara a todos los prisioneros a los ojos cuando exhalan el último suspiro o dicen la última palabra o ruegan todo lo que jamás podré

concederles.

Muevo la torre y espero, mirando cómo Quint analiza el tablero.

Ganará él. Suele ganarme, pero esta noche estoy distraído e inquieto, así que cuenta con una ventaja. Allisander y Lissa se han ido después de cenar, algo que debería ser un alivio. Teniendo en cuenta que hay contrabandistas por ahí y que en la calle se habla a susurros de una revolución, no lo es. No recuerdo otra época en que el Sector Real pareciera contener la respiración de este modo, a la espera; la ansiedad ha inundado el palacio y todo el mundo se ha vuelto irascible y sensible.

Alguien llama a mi puerta, y saco el reloj del bolsillo. Falta una hora para medianoche.

—Adelante —digo.

Un guardia la abre de par en par.

—Alteza. La consulesa Cherry solicita una audiencia.

Quint levanta la vista del tablero.

—¿Quiere que la despache?

Es una idea tentadora, pero Arella jamás se ha acercado a mis aposentos, y tengo curiosidad.

—No. —Me paso una mano por la mandíbula y suspiro—. Hazla entrar —indico a mi guardia.

Allisander siempre irrumpe en mi habitación como un temporal vestido con elegantes ropas de seda para proponerme exigencias disfrazadas de peticiones, así que me sorprende que Arella acuda a mí con tanta calma, avanzando sigilosamente con el pelo oscuro suelto, el cuerpo enfundado en un sencillo vestido de terciopelo que revela todas sus curvas y, al mismo tiempo, deja espacio para la imaginación. Me hace una reverencia y con los dedos se alza con elegancia el pesado terciopelo de su falda.

—Alteza.

No me muevo.

—Arella.

—Consulesa Cherry. —Quint se levanta y la saluda con un asentimiento.

Allisander lo habría ignorado, pero Arella le responde asintiendo.

—Intendente Quint. —Sus ojos se desplazan hacia el tablero—. Perdonadme por haber interrumpido la partida.

—Eso ya lo veremos. —Recorro el borde de mi copa de vino con un dedo.

Quint espera a ver si le pido que se retire. Está al corriente de todo lo que ocurre en el palacio, y entre él y yo no hay secretos, pero muchos de los cónsules se comportan como si fuera un incordio y piden intimidad.

Arella no.

—He visto el espectáculo que habéis instalado en las puertas.

—Tengo la esperanza de que todo el mundo lo vea. Por eso lo he dejado allí. —Miro hacia Quint—. Te toca a ti.

Se acomoda en la silla. Me contempla antes de volver a observar el tablero.

Es probable que sea la única persona del palacio que sepa cuánto detesto esto. Todo esto.

A Arella no se la distrae ni se la desalienta con facilidad.

—Alguien trepará para robar la flor.

—Bien. En ese caso, habrá un segundo cuerpo. Mi hermano está decepcionado por que todavía no haya tres colgando de las puertas.

Si debo ser sincero, en realidad creo que Harristan está decepcionado por que hayamos capturado a uno tan deprisa. Por más que quiera tranquilizar a los cónsules y hacer ostentación de fuerza, no le agrada la idea de una rebelión. Cuando los contrabandistas se ocultaban en la oscuridad, era fácil verlos como criminales, como individuos que sin lugar a dudas actuaban mal.

Es difícil blandir la espada de la justicia delante de mil ciudadanos que, a plena luz del día, piden una rebelión y piedad a gritos.

Al parecer, Arella quiere escoger las palabras con esmero, así que soy yo quien llena el silencio.

—Me consta que has pasado bastante tiempo con el cónsul Pelham.

La observo para ver si reacciona, pero no es así. Enarca una ceja delineada a la perfección.

—¿Celoso, Corrick?

—¿De un anciano de ochenta años? —Le sonrío—. Puede.

—Creo que tenemos objetivos parecidos. —No me devuelve la sonrisa.

—¿Roydan y tú? Cuéntame más.

—No.

—Jaque —dice Quint.

Contemplo el tablero. Ha movido el caballo para atacar a mi rey, pero es una situación de fácil solución. Lo muevo una casilla a la derecha y devuelvo mi atención a Arella.

—Allisander y Lissa están convencidos de que os estáis alineando en su contra.

—Es una suerte que no me preocupe por complacer al cónsul Sallister y a la consulesa Marpetta.

Su comentario es demasiado incisivo, y dejo de sonreír.

—¿Qué querías, Arella?

—Vuestro pueblo está sufriendo —dice—. Los susurros de rebelión no son un ataque dirigido a ti y a tu hermano.

—No son susurros —protesto.

—La gente está desesperada. Se está muriendo.

—Jaque —dice Quint.

Suspiro y vuelvo a mover el rey.

—Ya sé que la gente está muriendo.

—Puede que tu hermano lleve la corona, pero todos sabemos qué dos cónsules gobiernan Kandala.

—Ten cuidado con lo que dices. —Mi voz está teñida por la crispación.

—¿O qué? ¿Me vas a encerrar en el presidio?

Suelto un suspiro de furia, pero entonces habla Quint: —Jaque.

—¡Ya basta, Quint! —Desplazo el rey otra casilla más a la izquierda y me levanto para enfrentarme a Arella—. Ya sé que nuestro pueblo está muriendo. Harristan también lo sabe. Hago todo lo que puedo para mantenerlos con vida.

—Ajá. ¿El hombre colgado de las puertas estaría de acuerdo?

Su confianza sería impresionante si no la empleara en atacarme.

—Pediste un indulto para los ocho contrabandistas que estaban encarcelados.

—Sí. Lo pedí. —Sus ojos no se apartan de los míos—. ¿Crees que vuestro espectáculo frente a las puertas del Sector Real habría terminado con gritos de revolución si tu hermano se lo hubiera concedido?

Me quedo paralizado.

Al otro lado de mis ventanas se encienden varias luces y el sonido de las alarmas se adueña del silencio del cielo nocturno.

—Otro prisionero —dice Arella. Más bien me ha escupido esa palabra—. Otro cuerpo para tu muralla.

—Otra advertencia para los demás contrabandistas —le espeto—. Una promesa a la gente de que sus provisiones de medicina están bien vigiladas.

—¿La medicina que solo reciben unos pocos privilegiados?

—Repartimos todas las provisiones que podemos, y tú lo sabes bien. —Mi voz está tensa.

—La verdadera fuerza no reside en lo brutal que podéis llegar a ser —tercia con tono tranquilo, pero afilado como un cuchillo—. El verdadero liderazgo no reside en matar a aquellos que se alzan en tu contra.

—El verdadero liderazgo tampoco reside en deslizarte en los aposentos del príncipe en plena noche —argumento—. Podrías haber acudido a Harristan en cualquier momento, Arella. Veo que has esperado a que los demás se hubieran marchado, y me vienes con súplicas a mí en lugar de ir a hablar con mi hermano.

Para mi sorpresa, se echa a reír.

—Ya te he dicho que Lissa y Allisander no me importan lo más mínimo. —Hace una pausa y vuelve a bajar la voz—. A mí me importa mi pueblo. Me importa vuestro pueblo. —Otra pausa, y da un paso adelante—. Eres el justicia del rey, no su verdugo. He pensado que alguien debería recordártelo.

Aprieto la mandíbula con fuerza, pues todo lo que me gustaría

decirle traicionaría a alguna persona importante.

Así que no digo nada.

Arella frunce el ceño y me hace una reverencia.

—Gracias por haberme concedido la audiencia, príncipe Corrick.

En cuanto se ha ido por la puerta, suelto un largo suspiro y me paso las manos por el pelo. Miro a Quint, que está sentado junto al tablero, impasible.

—¿Qué pasa? —le digo.

Toma aire como si quisiera responder, pero al final niega con la cabeza. Extiende una mano y derriba a mi rey.

—Jaque mate.

CAPÍTULO ONCE

Tessa

Pierdo la noción de cuántos días han pasado. Quizá cuatro, quizá cinco, quizá un mes entero. Voy a trabajar, mezclo las pociones para la señora Solomon, y después regreso como alma en pena a mi habitación alquilada, donde me desplomo en la cama. Los frascos y las balanzas y las botellas para los remedios auténticos están en mi mesita de noche, intactos. Las hierbas y las hojas y los pétalos se secan y se arrugan solos, sin valor.

No he vuelto al taller. Cada vez que lo intento, me quedo sin respiración y mis piernas se niegan a avanzar. Demasiado… Demasiado Wes.

Cuando termina la semana, leen los nombres de los que han muerto por la fiebre, pero no he querido escucharlos. Aunque sé que son muchos. Sin Weston y sin entregar yo las dosis diarias, seguro que el número de fallecidos ha aumentado.

La culpa es casi tan intensa como la sensación de pérdida. Casi no he comido. Casi no he dormido.

En cuanto me quedo dormida, sueño con Wes, con la calidez de sus manos o con la luz de sus ojos o con la promesa de sus palabras. Y entonces los sueños se vuelven pesadillas, en las que un hombre de negro lanza puñales hacia los ojos de Wes mientras él permanece inmóvil rogando piedad.

Espero que no haya suplicado. Que no le haya dado esa satisfacción al príncipe perverso.

Es el único pensamiento que expulsa una parte de mi pena y que

permite que la rabia ocupe su lugar.

La muerte de Weston es diferente a la de mis padres.

La muerte de Weston es diferente a la de cualquiera.

Ojalá le hubiera hecho caso. Ojalá nos hubiéramos quedado en el taller.

Quiero desear que no me hubiera besado, pero no puedo. De vez en cuando me toco los labios, como si la caricia de él siguiera allí. Siempre se me cierra la garganta y rompo a llorar, pero no puedo mover los dedos, como si ese recuerdo minúsculo también fuera a desaparecer pronto.

—Tessa. Tessa… —El susurro de Karri tarda unos instantes en adentrarse en mi mente.

Me aclaro la garganta.

—Perdón.

Me observa con clara preocupación. Me ha preguntado una docena de veces qué ha pasado, pero siempre me he arriesgado demasiado. No puedo contarle nada. La patrulla nocturna sigue siendo el doble que antes. He oído rumores de otros cuerpos colgados de las puertas, pero no tengo ninguna gana de ver a qué se han reducido los restos de Wes, así que no me he acercado a mirar.

Aunque Karri sabe que ha ocurrido algo.

Sus ojos se clavan en las raíces de cardo que estoy moliendo. Se supone que será una tintura para ayudar a alguien con su cutis. Como si la piel importara ahora que la gente muere.

—Has puesto demasiada —dice Karri con un débil susurro—. Al final matarás a alguien.

Bien. Entonces quizás a esa persona le estoy ahorrando que sufra la fiebre. O al rey.

Es un pensamiento peligroso, uno que últimamente se me ha ocurrido con demasiada frecuencia. Vacío el cuenco para empezar de nuevo.

—¡Tessa! —grita la señora Solomon desde la otra punta de la estancia—. ¡Es la mejor raíz de cardo que tengo!

No me importa lo más mínimo. Wes está muerto. Mis padres están

muertos. El mundo es gris y frío, y está vacío. Corto un nuevo pedazo de raíz.

La tendera cruza el establecimiento corriendo para colocarse delante de mí.

—Vamos a ver, muchacha. Hace tiempo que estás que no estás. No te habrás quedado embarazada, ¿verdad?

Casi me echo a llorar y contengo las lágrimas para que no se derramen. Embarazada. Por favor. ¡Por favor! Sin avisar, suelto una carcajada y una lágrima se desliza por mi mejilla.

La señora Solomon se me queda mirando con la boca ligeramente abierta. Karri también.

—Lo siento. —Me enjugo la cara, despreocupada—. No. ¿Qué?

—¡Ese pedido es para el Sector Real! —exclama—. ¡Más vale que prestes atención!

Saber que es para alguien del Sector Real hace que me apetezca prenderle fuego. Muelo la raíz sin entusiasmo alguno.

En ese momento, sin embargo, mi cerebro comprende lo que acaba de decirme Karri. «Al final matarás a alguien». Echo un vistazo a la montaña de polvo desechado. Lleva razón. Una combinación errónea convierte sin demasiado esfuerzo una tintura en veneno. Hay un motivo por el cual insistí en medir y pesar bien los elixires que distribuíamos Wes y yo.

No sé del todo qué haré con el polvillo, pero lo coloco en un jirón de muselina y lo envuelvo para guardármelo en el zurrón.

No tengo un plan. En realidad, no tengo ni una idea. Solo tengo una rabia y una pena que me queman las entrañas.

—Ya no sirve para nada —tercia la señora Solomon—. Me lo cobraré con tu salario de lo que queda del mes.

Levanto la cabeza. Puede que me embargue la pena, pero soy consciente de que no puedo permitirme perder el sueldo de medio mes.

—Deje que prepare yo el pedido —le ruego—. No me quite la raíz de cardo de mi paga.

—No digas tonterías, Tessa. —Ya está alejándose de mí.

—Por favor —insisto—. Seguro que un mensajero hasta el Sector Real le sale más caro.

La tendera me mira. Haría lo que fuera para evitar desembolsar más dinero del necesario.

Me pongo una mano en la barriga durante medio segundo, hasta que sus ojos siguen mi gesto, y entonces la aparto y me aclaro la garganta.

—Ay, Tessa —jadea Karri—. Ojalá me lo hubieras contado.

Trago saliva. No pensé que fuera a mentirle a Karri. Es tan buena y amable y cariñosa que engañarla me parece un delito.

—Te ha abandonado, ¿verdad? —deduce con complicidad, y me doy cuenta de que está recordando nuestra conversación acerca de la cantidad de contrabandistas que seducen a jóvenes estúpidas.

Abandonado. No. Wes no me ha abandonado. Si acaso, lo abandoné yo a él. Se me vuelve a formar un nudo en la garganta.

Karri extiende un brazo y me da un apretón en la mano.

—Acércate mañana a mi casa, y Madre te preparará su té para evitar las náuseas matutinas. Jura que funciona.

Quizá sea más seguro que crea eso, que piense que soy una tonta que ha cometido un error, y que todo ha terminado. Debo contener las lágrimas de nuevo.

—Es muy… amable por tu parte. Gracias.

La señora Solomon se nos aproxima. Probablemente tenga una idea formada acerca de una muchacha soltera que se ha metido en una situación de ese tipo, pero, como Karri ha sido tan amable conmigo, no va a querer rechazar mi petición.

—Muy bien, Tessa —accede—. Si crees que estás en condiciones de ir, ve tú.

Estaba tan dispuesta a entregar el pedido al Sector Real que no pensé que iba a tener que pasar por las puertas de donde cuelga Wes, y no se me ha ocurrido hasta que el olor me golpea.

Me detengo por completo. Se me seca la boca. No voy a poder.

Ni siquiera sé lo que iba a hacer.

Entregar un pedido. Es por lo que he venido. Es lo que debo hacer.

El polvo descartado envuelto en un pedazo de muselina se encuentra en mi zurrón de boticaria junto a mis libros de registros y a lo que voy a entregar. Lo lanzaré al fuego. Y luego me lanzaré yo al fuego.

Un anciano conduce a un burro con una pequeña carreta, y me observa al pasar por mi lado.

—Al cabo de un tiempo, te acostumbras —me dice.

No. No me acostumbraré. Y no deberíamos. No deberíamos acostumbrarnos a esto.

Wes no dudaría. De hecho, no dudó. Trepó una muralla porque era lo que yo necesitaba. Porque era lo que yo quería.

Yergo los hombros y me pongo a caminar. En el aire suena un espantoso zumbido que llega a mis oídos antes de que me encuentre delante de las puertas, y tan solo reparo en lo que es al doblar una esquina: moscas. Están por todas partes: en el aire, en los árboles, alimentándose de los cadáveres, porque ahora hay mucho más que uno solo, claro.

Hay seis. Es imposible saber si eran hombres o mujeres.

Aunque a Wes sí que lo diferencio. Su cuerpo ha empezado a descomponerse, los puñales han comenzado a soltarse del tejido blando de sus ojos. La flor de luna ha desaparecido. La cuerda del gancho triple se ha hundido en la piel grisácea de su muñeca.

—No es Wes —me repito entre jadeos—. No es Wes.

Porque no lo es. Es un cadáver. Un cuerpo. No el canalla que solía provocarme y ayudarme y protegerme. No el joven que tiró de mí hacia él y que me prometió que regresaría al cabo de una hora.

No llores. No lloro.

Las moscas se arremolinan a mi alrededor cuando me obligo a avanzar. Las espanto con energía. Uno de los guardias de las puertas da un paso adelante y él también se sacude las moscas de encima. El sudor hace que le brille una ceja, y parece aburrido y molesto. Yo sé

que lo estaría.

—Métete en tus asuntos —me suelta.

Extraigo el pedido que me ha dado la señora Solomon.

—Debo entregarlo en el Sector Real.

A duras penas le echa un vistazo antes de asentir hacia las puertas y volver a su puesto de vigilancia.

Bueno, siempre he sabido que era más fácil entrar al Sector Real que salir de él. Una mujer con un carruaje de un morado resplandeciente espera al otro lado mientras los guardias hurgan en sus pertenencias. Tiene la piel muy pero muy pálida y la cabellera rojiza peinada en trenzas imposibles. Aguarda de pie y observa su reloj de bolsillo con altivez. Bajo la luz del sol brillan varios diamantes.

El valor de ese reloj serviría para comprar suficientes medicinas para una familia durante meses. Quiero agarrar un puñado del polvo de mi zurrón y hacérselo tragar.

Niego con la cabeza. No. No lo haré. No es su culpa. Ella no colgó a Wes. No es culpa de ella haber nacido siendo una privilegiada.

Uno de los guardias abre la puerta del carruaje y le hace una reverencia.

—Disculpe la demora, consulesa Marpetta.

¡Es una consulesa! Nunca había visto a un cónsul tan de cerca, y quiero mirarla embobada. Seguro que ya la estoy mirando embobada. Me obligo a apartar la vista.

La mujer le lanza una moneda, que centellea antes de desaparecer en la palma del vigilante.

—Prefiero que registres a todo el mundo para no permitir que un contrabandista salga huyendo —dice con voz tan baja que casi no la oigo. Se sube al carruaje y cierra de golpe la puerta tras de sí.

Cuando el carruaje se pone en marcha, el guardia se fija en que lo estoy observando.

—¿No has venido a entregar algo, niña?

—¡Ah! Sí. —Me apresuro a marcharme.

El Sector Real no me resulta ajeno, pero lo conozco solo de noche cerrada, cuando las calles están vacías y son oscuras y silenciosas. Con

el sol brillando en lo alto, todo resplandece, hasta los canalones de los edificios. Las puertas cuentan con marcos de oro. Las fuentes salpican alegres delante de las casas más grandes. Las ventanas de las tiendas son todas cristalinas y se nota que acaban de barrer los adoquines. En el interior de los establecimientos más lujosos chisporrotea la luz eléctrica, pero hay otros iluminados con lámparas de aceite. Los pomos de las puertas son de plata; los carruajes y las carretas están forrados de piel y de acero. Los caballos cabriolan centelleantes, con sus arneses ricamente adornados.

¡Por no hablar de la gente! Las mujeres llevan vestidos con joyas engarzadas en las telas e hilos plateados que resplandecen en las faldas. Los hombres visten largas chaquetas de brocado, de seda o de suave ante, y botas pulidas con tacones altos. Los tejidos irradian todo tipo de colores, más potentes que los que se ven en la Selva, donde los tintes son demasiado caros y frívolos. De noche, los tonos rosados y morados y anaranjados son sombras grises.

También hay gente más corriente, trabajadores con tareas como yo, pero están escondidos, son invisibles detrás de pantalones artesanales de lana que parecen fundirse con los adoquines de las calles o con las paredes de ladrillo de las fachadas de las tiendas. Aun así, también advierto lo diferente que es la gente de aquí, desde las botas con gruesas suelas y los elaborados cinturones de cuero hasta los botones hechos con una prensa de acero y no tallando un trozo de madera.

A pesar de toda la riqueza y la perfección de este sector, me duele la gente que muere en la Selva, la gente que intenta sobrevivir en Ciudad Acero o en Tierras del Tratante o en Artis. Aquí hay demasiado. Demasiado dinero, demasiado bienestar, y es como un bofetón.

Lo que Wes y yo les robábamos… podían permitirse perderlo.

Y ahora está muerto, y por aquí se pavonean como si Kandala no estuviera muriendo al otro lado de las puertas.

Debo entrar en una tienda a preguntar para encontrar la dirección que la señora Solomon me ha especificado. Cuanto más me aproximo al centro de la ciudad, mayores son las casas. Más oro, más plata, más

dinero desperdiciado exhiben.

Jamás me he acercado a una de esas casas para llamar al timbre, y me parece poco natural, como si colarse por una ventana abierta o forzando una cerradura fueran las maneras preferidas de entrar. Un mayordomo responde y agarra el paquete mientras me mira con arrogancia.

—Tendríamos que haberlo recibido hace una hora —dice.

Como si me importara. Le hago una rápida reverencia, aunque seguramente no sea alguien que se la merezca.

—Perdóneme —me disculpo—. No se lo diga a mi jefa, por favor.

El hombre resopla y me cierra la puerta en las narices.

Le lanzo un gesto grosero a la puerta y doy media vuelta.

Y ahora, ¿qué?

Me tengo que ir. Si no me marcho, el mayordomo quizá regrese y llame a un guardia. En esta zona hay menos establecimientos y más casas. Intento volver a la tienda donde he parado a preguntar.

Al final, doblo una esquina y me encuentro frente al palacio.

Si las casas irradian riqueza, el palacio es una ostentosa abominación. Es gigantesco, ocupa cuatro manzanas de la ciudad y está formado por ladrillos blancos con los bordes de color lavanda que prácticamente ascienden hasta el cielo. La fachada es amplia y plana, con dos torres a cada extremo. Dos fuentes gigantescas lanzan al aire agua, que burbujea y salpica al caer. Los carruajes se detienen en la entrada y los lacayos se ponen en acción abriendo puertas, cargando paquetes y desenrollando alfombras.

El palacio no debería ser blanco. Debería ser rojo por la sangre, o negro por la muerte, o, sinceramente, debería ser una montaña de escombros chamuscados por los que yo me pasearía tan feliz.

Meto la mano en mi zurrón. La muselina con el polvo de la raíz de cardo está bien envuelta, pero sigue ahí.

«Has puesto demasiada. Al final matarás a alguien».

Mis pies me llevan hacia delante en contra de mi voluntad. No quiero estar aquí, pero es como si mi cuerpo no me obedeciera en absoluto. Se rumorea que el elixir de flor de luna que mezclan en el

palacio es diez veces más potente que el del polvo de los pétalos que robábamos Wes y yo. No estoy segura de qué voy a hacer, no es que pueda entrar como si tal cosa y pedir que me den un poco.

La culpa y la pena siguen aferradas a mi pecho, con la misma tensión con la que está envuelto el fardo de muselina. Tanta gente enferma. He dejado a mucha gente sin acceso a la medicina. Una pequeña muestra del palacio bastaría para curar a una cifra de personas diez veces mayor.

Como me ha pasado en el distrito comercial, tardo un rato en fijarme en los plebeyos que rodean el palacio, los agricultores, los hombres y las mujeres que trabajan con trajes apagados, barriendo las calles y limpiando los canalones y cepillando a los caballos. Al mezclarme entre ellos, yo también empiezo a sentirme invisible. Me pregunto si por eso a las élites reales les cuesta tan poco ignorar a la gente de este sector que vive fuera de las murallas. ¿Para ellos todos son invisibles?

Un grupo de muchachas con faldas artesanales y pantalones de lana se dirigen hacia el palacio, y la curiosidad que siento me lleva a unirme a ellas. Los guardias de las puertas se han fijado en mí por haber observado boquiabierta a la consulesa, pero quizá no me presten atención si parezco una chica aburrida y distraída.

El corazón se me acelera en el pecho a medida que nos acercamos al ala este del palacio, pero mantengo la vista clavada al frente, en la espalda de las chicas que parlotean sobre el escándalo que forman las secretas reuniones de la consulesa Cherry y del cónsul Pelham ante los ojos del rey. Otra muchacha gorjea que le han dicho que uno de los cónsules entrega dinero a los rebeldes. No conozco a los protagonistas de la intriga, por lo que soy incapaz de seguir la conversación, pero de todos modos no importa. Espero a que un guardia suelte un grito o me detenga, o a que una de las chicas se dé cuenta de que las estoy siguiendo, pero nadie dice nada.

Junto a ellas, entro en el palacio.

Debo hacer acopio de todas mis fuerzas para no apoyarme en una pared con una mano sobre el pecho.

He entrado en el palacio.

No tengo ni idea de qué haré.

Una de las puertas conduce a una zona de criados, porque, pese a que la decoración sigue siendo espléndida, el suelo está desgastado y el papel de las paredes se descascarilla en algunos puntos. Las chicas han pasado a una sala en cuya pared hay uniformes colgados, y enseguida empiezan a desvestirse.

Es absurdo. Alguien me va a descubrir. Me van a arrastrar por las calles tirada por un caballo o me colgarán de las puertas o algo.

Una de las jóvenes debe de haber reparado en mí, porque empieza a darse la vuelta. Enseguida salgo por la puerta y me dispongo a recorrer el pasillo.

Por aquí hay trabajadores por todos lados; algunos ordenan materiales de limpieza, otros utilizan herramientas para reparar máquinas, unos cuantos abrillantan pieles o remiendan prendas o bordan ropajes. Algunas miradas se clavan en mí, pero todo el mundo está tan atareado en sus labores que no me hacen demasiado caso.

Tengo que salir mientras pueda.

Pero no. No dejo de pensar en los elixires y en los pétalos que debe de haber almacenados en el palacio, los que podrían curar a tantísima gente.

No dejo de pensar en el veneno de mi zurrón, en el hecho de que es probable que el rey y su hermano se encuentren en algún lugar entre estas paredes, planeando cómo van a ejecutar al próximo contrabandista.

Ese pensamiento provoca un estallido de furia y temor en mi pecho, y respiro hondo para no empezar a chillar.

No pierdas los nervios, Tessa.

Ay, Wes. Los ojos se me inundan de lágrimas. Me tapo la boca con una mano para no sollozar abiertamente.

Necesito encontrar un lugar para esconderme. Para pensar. Para dudar de mi salud mental.

Y, entonces, como si el destino quisiera concederme un deseo, me fijo en un pequeño armario lleno de ropa de cama que parece amplio,

oscuro y frío. Sin pensármelo dos veces, y aprovechando que nadie me mira, me encierro en el armario y me aprieto contra la madera del fondo.

CAPÍTULO DOCE
Tessa

Nada más encerrarme, solo he oído los ruidos amortiguados de las personas que trabajaban en los pasillos. De tanto en tanto he tenido que contener la respiración cuando alguien se acercaba a este armario de almacenaje. Ahora, hace tanto que se ha instalado un silencio absoluto que no sé si sería seguro que me arriesgara a asomar la cabeza. No hay ventanas ni tengo manera alguna de saber cuánto tiempo llevo aquí dentro. Recuerdo el reloj de bolsillo de la consulesa y pienso en que no son conscientes del lujo que supone saber qué hora del día es.

Me da la impresión de que han transcurrido horas.

Me acerco a la puerta y apoyo la oreja en la madera.

Silencio. Silencio sepulcral.

Aun así, tardo un rato en reunir la valentía de abrir la puerta. Ahora todo parece distinto. Antes ardía por la rabia y el cansancio, y estaba llena de emoción por haber sido capaz de entrar en el palacio con tanta facilidad.

Ahora estoy al corriente de las consecuencias de mis actos, y solo me queda el terror de que me descubran y el cuerpo de Wes tenga nueva compañía junto a las puertas.

Me rugen las tripas y el cuerpo me avisa de que hay necesidades a las que llevo horas sin prestar atención.

Debo salir del palacio.

Al final, tiro del pestillo y la puerta se abre.

El pasillo está vacío y tenuemente iluminado; solo hay unas

cuantas lámparas titilantes encendidas a cada extremo. Las pocas ventanas que veo muestran una oscuridad rotunda. Debe de ser muy tarde.

Bien.

No, no está bien. En cuanto llego al final del pasillo, descubro que la puerta está cerrada con llave.

Bueno, claro. Es de noche y los trabajadores ya se han ido a casa.

De pronto, unas voces retumban en el pasillo y me escabullo a la habitación donde antes se estaban cambiando las chicas. Mis latidos son un constante tamborileo en mis oídos. En la puerta aparecen varias sombras y corro hacia el fondo de la estancia. No hay ni un lugar donde esconderse.

Allí. Una puerta en un rincón. Debe de ser otro armario. Agarro el pomo, murmuro una oración para que no esté cerrado con llave y lo abro de par en par.

No se trata de un armario. La puerta conduce a unas lujosas escaleras con alfombra de terciopelo rojo y paredes pintadas con una elegante escena de caza. Los peldaños parecen dirigirse hacia un pasillo superior. Las luces brillan con fuerza, pero el ambiente es pesado y sigiloso.

Dicho lo cual, esta vez no sería invisible ni con mis faldas artesanales.

Me he quedado paralizada, no sé qué hacer ni hacia dónde ir, pero es evidente que no puedo permanecer en estas escaleras. Una parte de mí quiere regresar hasta la puerta y hasta el vestuario, pero a otra parte de mí le preocupa que la gente esté allí, y en ese caso me estaría adentrando en la boca del lobo.

Tengo que moverme. Decido subir las escaleras.

Ya en el último peldaño, echo un vistazo alrededor, pero no encuentro nada. No hay guardias, no hay nadie en absoluto, pero de todos modos camino de puntillas. Mis pies están acostumbrados a avanzar a hurtadillas, y ojalá tuviera conmigo la máscara y el gorro.

Al final del pasillo, vuelvo a mirar hacia ambos lados, y de nuevo no veo a nadie. No sé qué dirección es el camino correcto para huir,

pero si pienso en cómo he llegado hasta aquí, seguir hacia delante debería conducirme hacia la parte trasera del palacio. Aunque las paredes y los suelos sean más opulentos, es obvio que se trata de un pasadizo de criados. Quizá encuentre otras escaleras y pueda bajar hacia otra zona que no esté cerrada. Quizá, solo quizá, descubra dónde guardan los pétalos de flor de luna.

Quizá te topes con el rey y puedas poner fin a su tiranía.

Esa idea me golpea tan fuerte y rápido que me obliga a detenerme. Estoy sola. Este pasillo no está vigilado. Podría buscar al rey y poner fin a su vida.

Pero por más que quiera vengarme por lo que les ocurrió a mis padres y a Wes, no consigo que mis pies se muevan. Me he pasado los últimos años arriesgando la vida para salvar la de los demás. No sé si sería capaz de mirar a la cara a alguien, ni al rey ni a su hermano, y matarlo.

Pienso en los puñales clavados en los ojos de Weston. Nada los detuvo.

Ni siquiera yo.

Trago saliva con dificultad y con un nudo en la garganta.

No sería necesario que hiciera nada violento. En el zurrón llevo suficiente polvo para envenenar la jarra de agua del rey si así lo deseara.

A pesar de todo, mis pies siguen inmóviles. Pienso en Wes en el taller, afirmando que no era un contrabandista, que no había emprendido esa empresa para llenarse los bolsillos.

No soy una asesina.

En cuanto ese pensamiento atraviesa mi mente, puedo volver a respirar. Mis padres se arriesgaron para salvar a la gente… y yo también.

No soy una asesina. Yo curo, no inflijo dolor.

A poca distancia de mí, se abre una puerta y un hombre la cruza. Debe de tener unos veintipocos años, con el pelo de un rojo intenso, un amago de barba sobre la mandíbula y una chaqueta de brocado verde abotonada a medias. Lleva varios libros y papeles, y está leyendo uno

de ellos al traspasar el umbral.

Durante medio segundo, creo que se marchará en dirección contraria sin verme, que en cierto modo la extraña fortuna que me ha acompañado persistirá. Pero el hombre alza la vista y se sobresalta hasta tal punto que se le caen unos cuantos papeles de la pila.

—Yo… —Doy un paso atrás y levanto una mano—. Lo siento, yo…

—¡Guardias! —Su expresión enseguida ha pasado de la sorpresa a la alarma. Suelta los libros y abre la puerta por la que acaba de aparecer, todo ello sin apartar los ojos de mí—. ¡Guardias! ¡Proteged al rey! ¡Proteged al príncipe…!

—¡No! —grito—. No hace… Ha sido… Es un error…

Corre, Tessa. La voz de Weston es un susurro en mis oídos.

Planto los pies en la alfombra de terciopelo y echo a correr. Las escaleras están justo detrás de mí, pero dan a una puerta cerrada, así que corro directamente hacia el pelirrojo. Intenta agarrarme, pero le lanzo un puñetazo justo en las costillas y su agarre se debilita.

Soy libre y estoy corriendo, y pienso atravesar la primera puerta que encuentre. Creía que mi corazón se había acelerado antes, pero ahora ha adoptado una velocidad vertiginosa y me impulsa hacia delante.

Otras dos puertas se abren y ante mí aparecen varios guardias con las armas en alto.

Esa imagen me arranca un breve grito. Mis pies patinan sobre el terciopelo. Son demasiados. Ni siquiera tengo tiempo de caer a la alfombra antes de que dos de ellos me sujeten por los brazos y me arrastren.

Me van a matar. Y me van a matar aquí mismo. Me clavarán puñales en los oídos o me rebanarán el pescuezo o me quemarán partes del cuerpo mientras me obligan a verlo. Me han contado historias. Ya he visto lo que les hacen a los traidores y a los contrabandistas. Mi respiración es un jadeo aterrorizado que no me permite hablar. Mi visión se vuelve borrosa durante unos instantes, y creo que me voy a desmayar. En parte, es un alivio. No quiero estar consciente. No quiero que suceda nada de lo que va a suceder. Pero mi

cuerpo sigue teniendo necesidades, y lo único que no me deja hacerme pis encima es la idea de que quiero morir con un atisbo de dignidad. Los puntitos de mi visión se despejan.

El hombre del pelo rojizo se coloca delante de mí, pero está mirando a los guardias.

—Registrad el palacio. Es imposible que trabaje sola. ¿Está protegido el rey?

—Sí, intendente Quint —asiente el que me aferra el brazo derecho.

—Estoy sola —boqueo, y mi voz no es más que un débil gemido—. Estoy sola. Por favor. Por favor. Por favor. Es un error.

—De nada te servirá que me pidas clemencia. —Ni siquiera me está observando—. Registrad sus cosas. Llevadla a la sala del trono. Yo hablaré con el príncipe Corrick.

El príncipe Corrick. Mis músculos se vuelven blandos. El miedo gana y no le deja espacio a la humillación.

El intendente Quint mira hacia abajo, ve que he mojado la alfombra de terciopelo y suspira.

—Y mandad a alguien a limpiar esto también.

Mi ropa interior está mojada y huelo la orina, pero los guardias me han encadenado con fuerza y me han dejado boca abajo en el frío suelo de piedra de la que debe de ser la sala del trono. Esperaba que a estas alturas me hubieran atizado y destrozado, pero, sin llegar a ser amables conmigo, los guardias han sido pragmáticos y eficientes, me han atado las muñecas a la espalda en un santiamén y me han tumbado en el suelo a esperar.

Mi aliento tiembla y se estremece contra el suelo de piedra, pero los guardias no dicen ni hacen nada. La espera incierta es la peor tortura.

No, seguro que la peor tortura está por llegar.

Qué tonta he sido. Wes me tomaría el pelo hasta la saciedad. Quizá me lo encuentre en el más allá y ponga los ojos en blanco al decirme:

—Dios, Tessa. Está claro que me necesitabas a tu lado, ¿eh?

Nuevas lágrimas saltan de mis ojos.

Oigo que se aproximan unos pasos ligeros y procuro hacerme un ovillo. No quiero estar asustada. Quiero estar enfadada y pelear, pero me han dejado inmóvil y no tengo a dónde ir. Cierro los ojos.

—No —digo, y mi voz suena rota y descarnada—. Por favor. No.

—De mí no debes tener miedo, muchacha. —Es una mujer, cuyo tono está entre la frustración y la decepción. Cuando se acerca del todo, levanto la vista y veo a una despampanante mujer de tez morena con un vestido verde esmeralda que llega hasta el suelo—. Pero no puedo decir lo mismo de todo el palacio.

—Ha sido un error —le digo—. No sabía… No sé qué hacía.

—Es difícil que te encuentres en el palacio en plena noche por error —exclama una dura voz masculina, y vuelvo a cerrar los ojos. Las palabras son tan frías y afiladas que un estremecimiento me sacude la espalda.

Otro hombre toma la palabra con la deferente autoridad de un guardia.

—Hemos registrado el palacio, alteza. No hay nada fuera de lugar.

Alteza. Debe de ser el príncipe Corrick, pues.

He sido muy estúpida. Me rebelé y le dije a Wes que no debíamos seguir escondiéndonos, pero ahora es lo único que quiero hacer.

—No es más que una muchacha —dice la mujer después de incorporarse—. Es evidente que no se trata de una entrenada asesina.

—¿No crees que las muchachas puedan ser violentas y traicioneras, consulesa? —Una bota se acerca, pero está detrás de mí, así que no lo veo. Sus ojos eran pozos de negrura en la distancia cuando iba a ejecutar a los ocho prisioneros. No quiero saber cómo son de cerca. Haré algo peor que mearme encima—. ¿Cómo ha entrado? —pregunta.

—No lo sabemos. —El guardia ahora parece un tanto dubitativo—. No hemos conseguido averiguar por dónde se ha colado.

—¿Por qué has venido al palacio?

Tardo unos segundos en darme cuenta de que la voz fría me está hablando a mí, y es evidente que ha sido demasiado tiempo, porque el príncipe me agarra del pelo y me levanta la cabeza.

—Respóndeme.

Suelto un chillido.

—No lo sé… No lo sé…

—Deja de decir que no lo sabes. —Su agarre se vuelve doloroso.

No sé si es por el tono autoritario de su voz o por cómo me aferra el pelo, o quizá por el odio cerval que siento por este hombre, pero aprieto los dientes y contengo las lágrimas. Mi voz suena como un susurro quebrado.

—Usted mató… mató a mi…

—¿A quién maté? —Pronuncia esas palabras sin ninguna emoción.

Antes me equivocaba. Debería haber intentado envenenar a este hombre. Le habría hecho un favor al mundo. Una lágrima me recorre la cara.

—A mi amigo.

—¿Cómo te llamas?

Me quedo sin aliento. Ojalá me matara y acabáramos con esto de una vez. Tiemblo con tanta intensidad que seguro que lo nota en la mano con la que me agarra el pelo. Me siento una cobarde, pero es imposible que sea valiente.

Tira de mí hasta el punto de que seguro que está empezando a arrancarme cabellos.

—Que cómo te llamas.

No quiero decírselo. Por la cabeza me revolotean las advertencias de Wes acerca de la necesidad de proteger mi identidad. Pero voy a morir, así que supongo que da igual.

—Tessa. —La palabra casi se ha abierto paso entre mis labios por la fuerza.

—¿Cuán desesperada debe de estar una persona para desafiar tus leyes? —interviene la mujer de nuevo—. Si matas a todo el que no está de acuerdo con tus acciones, príncipe Corrick, a tu hermano no le quedarán vasallos.

El príncipe me suelta y da un paso atrás. Por fin puedo girar la cabeza, pero no veo más que sus impecables botas negras.

—Te estás excediendo, consulesa Cherry —dice, y en cierto modo

su voz es más fría. Más oscura.

—¿Ah, sí?

—¿Qué querrías que hiciera? ¿Debería despachar a todos los asesinos dándoles una bolsita con dinero y unos cuantos dulces azucarados por las molestias?

Para mi sorpresa, ella se echa a reír.

—Está claro que esta chica no ha supuesto una amenaza para nadie del palacio —dice—. Tus guardias no le han encontrado armas.

—Han encontrado polvos en su zurrón —responde—. ¿Crees que ha venido a aderezar el té de Harristan?

—Intentaste ejecutar a ocho personas, y en las calles se han alzado voces pidiendo una revolución. —En la voz de la consulesa ya no hay ni rastro de humor—. Si cuelgas a una guapa jovencita de las puertas, creo que vas a tener que enfrentarte a una desagradable sorpresa.

El príncipe guarda silencio durante mucho rato. Tanto que deduzco lo que está pensando, y un nuevo escalofrío consigue recorrerme las venas.

—De acuerdo —dice con voz resignada—. Le perdonaré la vida.

Todo el aire sale de mis pulmones de una sentada. No sé si eso es mejor o peor.

—¿La llevamos al presidio, alteza? —pregunta uno de los guardias.

—No —contesta el príncipe Corrick. Olisquea el aire, y me encojo, otra vez quiero hacerme un ovillo—. Que uno de los mayordomos permita que se lave. No le quitéis las cadenas. Tapadle la cabeza con un saco para que la consulesa Cherry ya no vea que se trata de una «guapa jovencita».

Mi sangre se transforma en hielo. No puedo pensar. No puedo ver. No puedo respirar.

—Alteza… —empieza a decir la consulesa.

—Tú me has pedido que le perdonase la vida —le espeta—. Y pienso hacerlo. Encadenadla a mis aposentos. Viva o muerta, mandará el mensaje de que con los traidores actuamos rápido.

—No. —No sé si pronuncio la palabra o si solo la pienso. No creía que el príncipe pudiera hacer nada peor que lo que le hizo a Wes, pero

veo que sí. Casi inconscientemente, mi cuerpo intenta apartarse de él —. No.

—Alteza —insiste la consulesa Cherry—. ¿Qué vas a hacer?

—Seguro que lo adivinas —dice. Sus botas empiezan a alejarse—. Guardias. Cumplid las órdenes.

—¡No! —le grito cuando los guardias me sujetan los brazos. Me revuelvo contra las cadenas, pero no sirve de nada—. ¡No!

No veo más que el color negro de su chaqueta al alejarse.

Escupo en su dirección. Espero que mi voz suene fuerte, pero termina siendo débil y rota.

—Te odio.

—Como todo el mundo —responde.

Los guardias me levantan y, afortunadamente, pierdo el conocimiento.

CAPÍTULO TRECE
Tessa

Cuando me despierto, durante unos instantes de feliz calma creo que todo ha sido un sueño, parpadeo ante la luz del sol de la mañana y me estremezco por la treta que me ha urdido mi propia mente.

Aunque no puedo repeler la oscuridad, porque tengo algo sobre la cabeza.

No puedo mover las manos, siguen encadenadas, y la derecha parece haberse quedado un poco entumecida.

De inmediato, mi corazón pasa a la acción. Procuro incorporarme, levantarme de algún modo, pero estoy tumbada sobre lo que parece una montaña de cojines, y no consigo hacer palanca ni tomar impulso. Los guardias han hecho justo lo que pidió el príncipe y me han colocado un saco en la cabeza, atado al cuello igual que los prisioneros del escenario. No sé qué llevo puesto, pero el cálido peso de mis faldas artesanales ha desaparecido. No estoy desnuda, pero la idea de que alguien me desnudara mientras estaba inconsciente, de estar a merced del príncipe Corrick hasta ese punto, es… aberrante. El estómago me da un vuelco y amenaza con vaciarse.

Pero en el cuerpo no siento que me hayan maltratado, más allá de los dolores que me causan las cadenas. Y estoy vestida, solo que no con mi ropa. Que yo sepa, estoy sola.

Me trago el terror poco a poco hasta que consigo obligar a mis pensamientos a organizarse. Necesito un plan.

Me han encadenado y cegado. No se me ocurre ningún plan.

Piensa, Tessa. En algún lugar a mi izquierda hay un fuego, oigo el

crepitar de las llamas. Y no sé por qué, pero me da la impresión de que esta habitación es… grande. Quizá pueda rodar hasta algún sitio en que encuentre…

¿Encuentre qué? ¿Una llave? No sé a quién pretendo engañar, aunque sé que a Weston le haría muchísima gracia esta situación.

¿Qué vas a hacer?

Seguro que se te ocurre algo.

Se me ocurrirá algo. Ya se me ha ocurrido. Cada vez que lo pienso, la boca de mi estómago se ensancha y estoy a punto de vomitar dentro de este saco de arpillera. El recuerdo de la espantosa voz del príncipe pronunciando aquellas palabras me provoca un temblor que me sacude el cuerpo de nuevo.

No. Un plan. Necesito un plan.

Se abre una puerta, y me quedo paralizada.

No hay ningún ruido…, o quizá es que no oigo por encima del tamborileo de mi corazón. Estoy rígida por la tensión y mi cuerpo se apoya en las cadenas.

Algo me roza la muñeca herida y dolorida, y tiro de mi brazo hacia atrás con tanto ímpetu que creo que me lo he roto. Apoyo los pies en el suelo, pero no encuentro más que cojines y nada a lo que apoyarme.

—¡No! —grito cuando una mano se cierra sobre mi antebrazo. Me ahogo con las palabras, me impulso hacia atrás y meneo la cabeza con violencia—. ¡No! ¡No! No…

—No pierdas los nervios, Tessa. —La voz es un suave susurro que me resulta tan familiar que me obliga a quedarme inmóvil—. No querrás atraer la atención de los guardias.

Estoy petrificada. Estoy soñando. No es real. No puede ser real.

—¿Wes? —murmuro muy bajito.

—Te quitaré las cadenas, pero debes estar quieta.

Es su voz. ¡Es su voz! Puede que esté alucinando, pero empiezo a asentir aun sin querer. No sé cómo es que está vivo ni de dónde ha sacado una llave ni cómo ha llegado hasta aquí, pero me da igual. Sus manos, siempre cálidas y seguras, me acarician las muñecas, y las cadenas desaparecen.

—Tessa —me dice muy suavemente—. Tengo que contarte algo…

Me abalanzo hacia delante a ciegas y le rodeo el cuello con los brazos. Sigo teniendo el saco atado sobre la cabeza y una mano se me ha quedado dormida, pero el alivio que me recorre es muy veloz y auténtico.

—Dime que eres tú —susurro—. Dime que no estoy soñando, por favor.

Sus manos se posan en mi espalda, y me abraza ligeramente. Su aroma me inunda la nariz, reconfortante y familiar. Antes estaba temblando por el terror, pero ahora tiemblo por la adrenalina y por el alivio. Wes está aquí. Quiero acurrucarme junto a él.

—Tranquila —murmura—. Tranquila.

Se me ocurren tantas preguntas que todas pelean entre sí para salir de mi boca a la vez, y me aparto un poco. Debo esforzarme para hablar en susurros.

—¿Cómo? ¿Cómo escapaste? ¿Quién es el que está colgado de las puertas? —Empiezo a revolverme contra el nudo que ata la base del saco, pero la mitad de mis dedos están adormecidos y se niegan a colaborar. Necesito verle. Ahora que Wes está aquí, ahora que estamos juntos, ya nada importa—. ¿Cómo podemos huir? ¿Cuánto tiempo pasará hasta que te descubran? ¿Cómo…?

—Dios, Tessa. —Me retira las manos con la impaciencia típica de Wes—. Estate quieta.

Oigo el desenfundar de una daga y un rápido desgarrón de la tela, y el saco de arpillera se afloja. Ahora estoy impaciente y levanto las manos para quitármelo. Parpadeo ante la luz cuando todo vuelve a enfocarse. Necesito ver el azul de sus ojos y la barbita de sus mejillas y las pecas que deja ver la máscara y el…

Mi cerebro se detiene en seco.

El hombre que está delante de mí no es Wes.

No puede ser Wes.

Todo el alivio que sentía se ha encogido y secado. El pánico me inunda para ocupar su lugar. Intento echarme hacia atrás, pero mis pies siguen encadenados y mi cuerpo no está preparado para moverse

deprisa.

No se dispone a perseguirme, se limita a sentarse delante de mí, y su larga chaqueta negra se desploma sobre el suelo junto a sus botas. En la frente le cuelgan cabellos de un castaño rojizo, y el dibujo que forman esas pecas no me resulta desconocido. Con la mano agarra el puñal sin apretarlo.

Recuerdo las palabras que dijo Karri el día del tumulto. «Son muy guapos, ¿no crees?».

Es el príncipe Corrick.

Se me ha secado la boca, mi pulso es un latido constante que zumba en mis oídos. No puedo entender cómo ha sabido pronunciar las palabras adecuadas ni cómo ha podido impostar la voz ni por qué se ha molestado, pero es una trampa. Una manipulación. Tiene que serlo. Sus ojos no son como los de Wes, en absoluto. Son fríos, opacos y totalmente impenetrables.

Pero son de un azul muy intenso.

Al ver que no me muevo, enfunda la daga y se acerca a mis tobillos.

Me echo hacia atrás de nuevo, y ahora es más fácil, mis manos están más dispuestas a colaborar; sin embargo, detrás de los cojines se alza una pared y no llego demasiado lejos.

—No me toques —le espeto.

—Te he dicho que no levantases la voz. —Ahora su voz tampoco parece la de Wes. En su tono hay un dejo de autoridad del que Wes carecía. Y urgencia. E impaciencia.

Intenta agarrarme los tobillos otra vez.

—¡No! —Le asesto una patada. Aferra las cadenas sin problemas para sujetarme los pies, pero tengo las manos libres, así que me abalanzo hacia delante y le pego un puñetazo en la cara.

Creo que de verdad lo he pillado por sorpresa. Suelta una maldición y se aparta, con lo cual me da varios pasos de libertad, pero no llego lejos antes de que vuelva a agarrarme, así que me giro con el puño preparado. Esta vez le alcanzo el estómago, pero bloquea el golpe.

—¡Tessa! Basta. —Veo sangre en su labio.

Bien. Me da igual. Le lanzo un puñetazo en la entrepierna.

Doy en el blanco. Se dobla, y yo me encamino hacia la puerta.

Sigo teniendo los pies encadenados, tropiezo y me caigo al suelo de bruces. Corrick se recupera más rápido de lo que esperaba, y me sujeta por los hombros para darme la vuelta. Me pongo a gritar y le pateo de nuevo.

Oigo el chasquido de la puerta, pero de repente el príncipe está encima de mí, su cadera apretada contra mi cadera, su daga —espero que sea su daga— clavada en mi abdomen. Le empujo, pero me toma los brazos y me los sostiene contra el suelo. Chillo e intento liberarme. Él no cede, pero mi atuendo sí, y oigo cómo se desgarra la tela.

—Te he dicho que te estuvieses quieta —gruñe, su rostro demasiado cerca del mío. Me revuelvo y la tela se desgarra todavía más para dejar a la vista mis pechos.

Algo en mis entrañas se contrae y aparecen puntitos en mi visión al recordar la frialdad de su voz cuando le dijo a la consulesa: «Seguro que lo adivinas». Ahora estoy resollando y se me han llenado los ojos de lágrimas.

—No —grito mientras intento encontrar un punto de apoyo para golpearle—. No.

—Alteza —exclama una voz masculina, y me quedo paralizada. Lo único peor que ser la víctima de los abusos de Corrick es que la violación tenga lugar con público. Pero en ese momento el hombre añade—: ¿Necesita que lo ayude?

—¿A ti te parece que necesito que me ayudes? —le larga Corrick—. Fuera.

La puerta se cierra con suavidad. Corrick me mira a pocos dedos de distancia. La sangre le ha manchado la mejilla. Su peso sigue clavándome al suelo. Entre nosotros, mi respiración es una ráfaga embravecida.

—Te has colado en el palacio para matarnos a mi hermano y a mí —me dice con la voz gélida—. Si sigues resistiéndote, los guardias continuarán viniendo a ver qué ocurre. El capitán quería apostar un

guardia dentro de mis aposentos. ¿Me has entendido?

Trago saliva y niego con la cabeza. No entiendo nada de nada.

—En este palacio, todo el mundo espera lo peor de mí, Tessa. —Cuando mueve una mano hacia la tela desgarrada de mis hombros, me encojo y me echo a temblar, pero se limita a volver a colocar bien el tejido para que me tape la piel del todo—. El único sitio en el que puedo proporcionarte seguridad es aquí, en esta habitación.

O está loco él o lo estoy yo. No sé cómo interpretar lo que está sucediendo.

Aquí me siento de todo menos segura.

Quizá se ha dado cuenta, porque sus ojos buscan los míos. Y suspira.

—Si dejo que te levantes, ¿me prometes que no volverás a pegarme?

Niego con la cabeza de inmediato, y él pone los ojos en blanco. Y, de golpe y porrazo, durante unos instantes se parece a Wes.

—Bueno, menos da una piedra, supongo.

Me suelta y enseguida se pone de pie. Lanza una anilla con varias llaves al suelo junto a mí.

—Desátate.

Intento agarrar las llaves, que tintinean a consecuencia de los temblores de mis manos.

Seguro que Corrick lo ha oído, pero se aleja y se dirige a una mesita que se encuentra al lado de la puerta. Hay unas cuantas botellas y vasos que brillan bajo la luz. Toma uno y vierte un líquido ambarino.

Me he desatado los tobillos y he hecho un nudo en la tela a la altura de mi hombro. Cuando se gira hacia mí, aferro la cadena y lo miro desafiante.

El príncipe arquea las cejas, y entonces se bebe de un trago lo que se ha servido.

—¿Preferirías que te metiera en el presidio?

No. Sí. Quizá. No lo sé.

Puede que haya visto el destello de indecisión que me atraviesa el rostro, porque asiente.

—Muy bien. —Se sirve otro vaso—. Suelta la cadena.

La aprieto más fuerte con los dedos.

La comisura de su boca se curva, pero parece más decepcionado que divertido, y de nuevo, durante un brevísimo instante, me recuerda a Wes.

—Dios, Tessa. —Se traga la bebida con la misma rapidez que antes.

—¿Siempre has sido tú? —susurro.

—La mitad del tiempo no, está claro. —Se prepara otra copa—. Suelta la cadena. Ahora.

Su voz ha recuperado el frío matiz de autoridad y le habla a un lugar de mi interior que quiere encogerse, pero que también desea rebelarse. Me sudan las manos y me resbalan sobre la cadena, pero no la suelto. A lo mejor ahora se ha apartado de mí, pero en la sala del trono no me trató con amabilidad, y debía de saber quién era yo.

La traición me arde en el pecho, pero también está acompañada de asombro y de incredulidad. Wes es demasiado amable, demasiado cariñoso, demasiado… diferente a este hombre.

—Demuéstramelo —digo con voz temblorosa, aunque yergo los hombros y clavo los ojos en los suyos—. Demuéstrame que eres Wes. Demuéstrame que no me estás engañando.

Supongo que se negará porque no estoy en posición de exigir nada, pero deja el vaso y cruza la habitación rumbo a un arcón bajo. Hurga unos instantes en su interior antes de sacar un pedazo de tela negra y un sombrero.

Se coloca la máscara y se pone el sombrero, y entonces le da un golpecito al ala del modo en que lo haría Weston. Me quedo sin aliento. La cadena se me escurre de los dedos y se estampa contra el suelo.

No sé qué significa. No sé qué hacer. Me llevo las manos a los labios para no ponerme a chillar. En mi pecho hay demasiadas emociones encontradas. Alivio. Rabia. Desesperación. Durante días, he llorado la muerte de Weston, y descubrir que ha sido una mentira…

Se trata de una clase de pena totalmente distinta. De una sensación de pérdida completamente diferente.

Cuando Wes murió, perdí la esperanza de… de vivir cualquier tipo de futuro con él.

Con este descubrimiento, es como si también hubiera perdido toda nuestra historia.

Se quita el sombrero y la máscara para volver a enterrarlos en el baúl. Tan pronto lo hace, regresa a la mesita y agarra el vaso con el líquido ambarino.

Espero a que se lo beba de un trago tan rápido como los anteriores, pero para mi sorpresa se acerca y me lo ofrece.

—Creo que tú lo necesitas más que yo.

No quiero bebérmelo…, pero no le falta razón. Cuando me lo deja en las manos, el líquido empieza a temblar.

Cierro los dedos alrededor del vaso y suspiro. Me apetece lanzárselo a la cara.

—Si me lo lanzas, te cortaré las manos —dice, como si me hubiera leído la mente.

Aferro el cristal de la bebida con más fuerza. Si se tratara de Wes, sabría que lo ha dicho de broma. Pero no se trata de Wes, se trata de uno de los hombres más temidos de toda Kandala, y sé con total seguridad que ha hecho cosas peores. No tengo más que mirar hacia los hombres que cuelgan de las puertas del Sector Real.

Me lo quedo mirando y me pregunto a quién ha matado para que su secreto permaneciera oculto.

Me pregunto por qué ha mantenido el secreto. Por qué lo ha hecho. Por qué ha matado a una persona para fingir la muerte de Weston Lark. Por más traicionada que me sienta, la confusión que me despierta lo ocurrido es casi peor. ¿Qué iba a ganar él con todo eso?

Corrick me observa sin ninguna clase de emoción en la cara, sin ninguna señal que me indique lo que piensa. Decido darle un sorbo al vaso, y el licor llameante se abre paso para quemarme hasta llegar al estómago.

Y en ese momento, porque toda la furia y la pérdida y la rabia y la decepción que siento deben ir a algún lado, echo la mano hacia atrás y le arrojo la bebida.

CAPÍTULO CATORCE
Corrick

A lo largo de las dos últimas semanas, siempre que apresaban a un contrabandista me embargaba un secreto terror por la posibilidad de que fuera Tessa. Me avisaban desde el presidio y, durante todo el trayecto, debía expulsar de mí la idea de encontrarla destrozada e implorando en una celda. O peor, enterarme de que hay un cadáver abandonado por ahí, como le sucedió a la señora Kendall.

Los últimos días han sido un auténtico infierno.

Y ahora está aquí. En mi habitación.

Tiene buena puntería. El brandi se derrama sobre el centro de mi chaqueta, pero consigo agarrar el vaso por los aires antes de que se estrelle contra el suelo.

Tessa me fulmina con la mirada. Espera a que cumpla con la amenaza que le he prometido, supongo.

No tengo ni idea de cómo reaccionar.

Suspiro y me acerco a la mesita, donde dejo el vaso junto a la botella, y acto seguido me desabotono la chaqueta y la lanzo sobre el respaldo de una silla.

Ahora todo huele a brandi. Me paso las manos por la cara.

No entiendo cómo todo se ha desmoronado con tantísima rapidez. Harristan aparecerá en cualquier momento y exigirá saber en qué estoy pensando, y lo cierto es que no tengo una respuesta para darle.

El acero tintinea contra el suelo, y desplazo la mirada hacia allí. Tessa ha vuelto a agarrar la cadena, apretando mucho los dientes.

Ay. Cree de verdad que voy a cortarle las manos.

Estoy acostumbrado a provocar temor y resistencia, pero se trata de

Tessa, y en ella no me gusta ver esos sentimientos. La vergüenza me embarga el pecho, veloz y ardiente y repentina. Me dejo caer sobre la silla. Mis sentimientos son una combinación enmarañada. Siento rabia por que haya sido capaz de irrumpir en el palacio. Siento emoción por volver a verla. Siento traición por que no haya venido aquí en busca de Wes.

Siento miedo. Weston Lark intentaba protegerla. El príncipe Corrick no puede ofrecerle compasión.

Apoyo los codos en las rodillas y me dispongo a trabajar, como si no fuera más que otra prisionera.

—¿Cómo has entrado en el palacio? —le digo.

—¿Por qué me engañaste?

—¿No te preocupa en absoluto tu propio bienestar? Respóndeme.

Cierra la boca y me asesina con la mirada.

—¿Cuál era tu plan? —insisto—. En tu bolsa han encontrado polvos. —Pienso en lo que me dijo la última noche que pasamos juntos en la Selva, lo de que deberíamos estar en la primera línea de la batalla y no escondiéndonos en las sombras. Tessa jamás blandiría un arma, pero dispone de botellas y de frascos y de polvos y de muchísimo conocimiento. Siempre me ha preocupado que la detuvieran por contrabandear, pero en una espiral repentina de pánico me pregunto si ha venido por una razón totalmente distinta: para matar. Me resulta tan decepcionante como admirable, y mis emociones no saben dónde instalarse. Mi tono se oscurece—. ¿Por qué has venido al palacio?

Sus ojos casi brillan, retadores. No dice nada.

Ojalá pudiera apagar las luces y ponerme la máscara en la cara y volver hacia atrás en el tiempo. Ojalá estuviéramos de nuevo en el taller, donde ella no me tenía ningún miedo, y donde respondería a mis preguntas sin dudar.

¿Por qué lo has hecho?, le preguntaría. *Dios, Tessa. Te hablé del peligro. Te enseñé cuánto estábamos arriesgándonos.*

En el taller, había veces en que la distancia que nos separaba apenas nos dejaba espacio para respirar, y deseo recuperar aquella sencilla familiaridad. Aquella… amistad. Aquella simplicidad.

Ahora la distancia que nos separa es del tamaño del reino de Kandala. Jamás volveré a disfrutar de nada de eso.

Alguien llama a la puerta.

—Su majestad, el rey Harristan —anuncia el guardia que la custodia.

Me pongo en pie, pero mis ojos se dirigen a ella. Hay millones de formas en que esto podría salir muy mal y poquísimas formas en que podría salir bien.

—Como le lances un vaso de licor a mi hermano, tendré que cortarte las manos de verdad. Mantén la boca cerrada.

Sus ojos como platos y asustados y clavados en la puerta sugieren que quizá no necesitaba oír mi advertencia. No tengo tiempo de decirle nada más, pues mi hermano irrumpe en la habitación como un tornado.

—Corrick. ¿Qué estás…? —Frena en seco en cuanto atraviesa el umbral y huele el aire—. ¿Cuántas copas has bebido?

—No las suficientes.

Su mirada barre la estancia y se detiene cuando sus ojos se encuentran con Tessa, que ha vuelto a colocarse en un rincón y ha tenido la sensata idea de ponerse de rodillas. Está mirando al suelo y se ha llevado uno de los cojines de seda al pecho, como si eso fuera a proporcionarle alguna clase de defensa contra alguien.

Da la impresión de que cualquier ruido le pararía el corazón. Durante medio segundo, la empatía se une a la vergüenza que me inunda el cuerpo, pero entonces me doy cuenta de que no veo la cadena por ninguna parte y sospecho que la habrá escondido.

Por favor, Tessa. Si ataca a mi hermano, no podré hacer nada en absoluto para salvarla.

Harristan apenas le presta atención. Sus sorprendidos ojos vuelan hacia mí.

—¿Qué estás haciendo?

—Allisander exige un castigo. Arella exige misericordia. Se me ha ocurrido que a lo mejor podía hallar un punto medio. —Me acerco a la mesita y sirvo un nuevo vaso, que al poco le ofrezco a mi hermano.

No lo acepta.

—Arella difícilmente pensará que estás siendo misericordioso. —Su mirada se clava en la mía—. Puestos a ser sinceros, yo tampoco.

Tardo unos instantes en comprender lo que acaba de decir. Harristan me da libertad absoluta para hacer cuanto deba hacerse, pero no le gusta torturar a la gente en aras de infligir dolor y ser violentos. No le gusta prolongar lo inevitable.

Trago el líquido de un solo golpe como los anteriores y bajo la voz para que solo él oiga mis palabras.

—Como dijiste, hermano, lo único que importa son las apariencias.

—Cory. —Frunce el ceño—. Esto no me gusta.

A mí tampoco. Aparto la mirada.

Está observándome con tiento, intentando adivinar qué me traigo entre manos. No es propio de mí. Lo sé. Él lo sabe. Me va a presionar para que le dé una respuesta… O, lo que es peor, para que tome una decisión. Deberé contárselo todo, y entonces Tessa acabará en el presidio y, más tarde, colgada de una soga. Y yo estaré a su lado.

Pero, en ese momento, se pone a toser. No es una tos breve, como la de los otros días. Es una tos ronca que demanda una bocanada de aire que suena como si lo hicieran pasar por un húmedo colador.

—Harristan —digo, alarmado.

Suelta otra tos corta y me mira.

—Estoy bien. —Se aclara la garganta—. Si escapa de tu habitación, irá al presidio.

Hablo con voz firme, tal y como espera de mí.

—Si escapa de mi habitación, no llegará a ir al presidio.

Aguardo a que añada algo más, pero Harristan asiente y se da la vuelta. Camina con rigidez, la espalda tensa como si intentara no volver a toser. Me quedo junto a la puerta, espero a que se haya alejado lo suficiente para que no me oiga y le digo a uno de los guardias:

—Di en cocina que manden té a la habitación del rey, y también un frasco del elixir.

—Sí, alteza. —Me hace una reverencia, y cierro la puerta de mis aposentos.

Tessa sigue en el rincón, mirándome con los ojos abiertos de par en par por encima del cojín.

—¿Qué? —le digo, inexpresivo.

—El rey está enfermo —susurra.

—No está enfermo —le espeto. Cruzo la habitación y sus ojos se entrecierran de tal manera que sé que va a soltar el cojín y a blandir la cadena.

Estoy inquieto y cansado y muy muy tenso, pero por encima de todo estoy harto de que me golpee. Cuando balancea la cadena, agarro el extremo y tiro con fuerza para sujetarle una de las muñecas y luego la otra en un gesto tan rápido que suelta un grito. Antes de que tenga tiempo de defenderse, la estampo contra la pared y le agarro las manos por encima de la cabeza.

Su respiración se ha acelerado, su pecho se ensancha rápido contra el mío.

—No eres la primera que me ataca —le aseguro.

Se le han ruborizado las mejillas, y espero a que se me resista.

Pero no lo hace. Me mira a los ojos y compartimos el mismo aire, hasta que la situación cambia. Se altera. Se suaviza, aunque no del modo que yo esperaba.

—Ojalá no hubiera dejado que me besaras —murmura.

Casi acuso el golpe encogiéndome. Debería haberle permitido que me atacara con la cadena. Que me pegara con el metal me habría dolido menos.

—Ahora entiendo por qué nunca me quisiste enseñar la cara —añade.

Hay un matiz en su voz que me hace parecer un cobarde, y no me gusta. Debo esforzarme para no apartar la mirada de sus ojos.

—No hacía falta que te molestaras —prosigue con voz baja, llena de censura—. Solo te he visto desde lejos. —Duda—. En esta forma, quiero decir.

—No podía arriesgarme.

—Porque es una traición —me escupe.

No digo nada. Sí que es una traición.

—Y ahora, ¿qué? —me pregunta—. ¿Te has aburrido de mí? ¿De tu jueguecito?

Mi mente viaja a la última noche que compartimos en el bosque, cuando estaba tan decidida a desempeñar un papel en una revolución, cuando estaba tan decidida a acabar muerta. Fue fiera e imprudente y apasionada, y durante unos instantes de locura quise permanecer a su lado y creer que teníamos una oportunidad para cambiarlo todo.

Pero no podía, claro. No puedo.

Ella tampoco. Sobre todo, no ahora.

Su corazón es un vibrante tamborileo en su pecho. Lo noto contra el mío.

—No me he aburrido de ti, Tessa. —Y frunzo el ceño con los ojos entornados—. ¿Cómo te llamas de verdad?

Vacila.

—Tessa Cade. —Traga saliva con dificultad—. Es mi nombre de verdad.

Me echo a reír, pero sin ningún rastro de alegría.

—Cómo no.

—A mí no se me da tan bien como a ti fingir ser otra persona, lo siento. —Duda con los ojos dirigidos hacia la puerta—. El rey ni siquiera lo sabe, ¿no?

No contesto, pero supongo que ya es suficiente contestación. No me gusta la facilidad con que me tiene calado. Se revuelve contra mis manos, que le sujetan las muñecas, pero no cedo ni un ápice. Al final se detiene, sus ojos fijos en los míos. Levanta la barbilla con valentía.

—Vale. Venga, hazlo de una vez.

—¿Que haga el qué?

—Lo que sea que vayas a hacer. —Qué valiente es. De veras que me asombra que no se haya buscado la muerte hasta ahora—. Demuestra de qué pasta estás hecho. Rómpeme los huesos. Córtame las manos. Préndeme fuego. Saca el puñal y escribe tu nombre en mi…

—Todo eso que dices armará un buen barullo.

—Hazlo.

—No. —Levanto la vista hacia sus manos, una de las cuales está

adquiriendo un alarmante tono rosado—. Te lo vuelvo a preguntar: si te suelto, ¿me prometes que no me vas a pegar? —Al ver que duda, añado—: La mayoría de la gente no tiene una segunda oportunidad. Y que quede claro que no te voy a dar una tercera.

Tessa palidece un poco al oírme, y soy testigo de la batalla que se libra ante sus ojos al enfrentar a la persona que fui con la persona que soy.

—Vale —accede con voz entrecortada—. No te golpearé.

Le libero las manos y doy un paso atrás. Me quedo con la cadena y me la enrollo en una mano. Ella sigue junto a la pared, pero está frotándose una muñeca.

A pesar de la resistencia de que hacía gala, sigue teniéndome miedo. Lo percibo en sus ojos y en el modo en que se pega contra la pared, a la espera de que yo haga una de las cosas que ha comentado. Al ser el príncipe Corrick, es algo que no puedo enmendar.

De nuevo, ojalá fuera diferente y hubiera máscaras, oscuridad, hogueras y caminos iluminados por la luna y todo lo que jamás volveremos a compartir.

Desearlo no arregla nada. Lo aprendí la noche en que murieron mis padres.

—¿Tienes hambre? —le digo.

Me mira con sorpresa, luego con suspicacia y al final con resignación.

—No.

—Lo dudo. Da la impresión de que llevas una semana sin comer.

—Me costaba probar bocado después de que el justicia del rey hubiera ejecutado a mi mejor amigo. —Su semblante se ensombrece.

Estoy acostumbrado a que me espeten groserías, pero sus palabras me golpean como un rayo lanzado con una ballesta, vertiginoso y doloroso, que se me clava justo en el pecho. Debo apartar la mirada. Quiero protegerla. La estoy protegiendo incluso ahora, y me mira como si la hubiera arrastrado por el bosque de los pelos y la hubiera colgado de las mismísimas puertas.

Debería habérselo contado. Esa noche, debería habérselo contado.

Quizá sí sea un cobarde.

Como el temido príncipe que soy, tal vez sea más difícil enmendar lo que he hecho, pero es más fácil expulsar las dudas y la pena de mi cabeza. Tessa se ha puesto las manos sobre la barriga, pero procuro despejar la mente aun viendo su expresión sentenciosa. Que me odie si quiere. Estoy acostumbrado.

Me acerco a la silla y a la chaqueta abandonada, y saco el reloj del bolsillo. La esfera enjoyada me informa que ha pasado una hora de la medianoche.

Cuando abro la puerta, es evidente que mis guardias pensaban que estaba dormido o bien ocupado, porque estaban hablando entre susurros. Se sobresaltan de repente e intercambian una mirada por el pasillo.

He proporcionado al palacio entero suficientes chismorreos para toda una semana, así que no los reprendo.

—Que traigan comida —digo—. Para dos.

—Sí, alteza.

La puerta se cierra suavemente. Me giro y me froto los ojos. Es probable que este día no termine nunca. No voy a poder dormir si ella está aquí. Me despertaré con la cadena rodeándome el cuello. O peor aún, no me despertaré con la cadena rodeándome el cuello.

Bajo las manos y me la quedo mirando. Todavía no me ha contado por qué ha entrado en el palacio, y una parte de mí no está segura de querer conocer la respuesta.

Su rostro ha perdido toda expresión, ha cerrado los ojos y se ha escabullido en el estrecho espacio que hay entre la chimenea y el rincón, en la penumbra. Después de haber pasado tantas noches tan cerca el uno del otro, esta distancia se me antoja insoportablemente grande.

Alguien llama a la puerta, y doy un brinco. Es demasiado pronto para que traigan la comida.

—El intendente Quint solicita una… —empieza a decir mi guardia.

Abro la puerta antes de que Quint irrumpa en mi habitación.

—Quint. Ahora no…

Pero ya ha pasado por delante de mí y ha cerrado la puerta con mi mano en el pomo.

—El capitán de la guardia afirma que te has negado a que un hombre se apostara en tu habitación. Sinceramente, Corrick, debería haber dos aquí, como mínimo…

—Quint.

—La consulesa Cherry ya nos ha hecho llegar una queja formal. Por la mañana se habrá corrido la voz por todo el Sector Real, si es que no lo ha hecho ya. —Suspira—. Cómo gusta un buen escándalo…

—¡Quint!

—Pero debo estar al corriente de tus intenciones para poder abordar las peticiones…

—Yo a duras penas estoy al corriente de mis intenciones.

—Cuando encadenas a una muchacha en tu habitación, no dejas demasiado espacio para la… —Su voz se apaga al fijarse en Tessa, que está en un rincón, y sus ojos enseguida se desplazan hacia mí—. Se coló en el palacio para matarte y ¿la has soltado? ¿Estás loco?

—Es muy probable.

Quint toma aire, y sé que está a punto de llamar a los guardias, así que le coloco una mano sobre los labios.

—Cállate.

Se calla.

Nunca le he ocultado nada a Quint y no tengo intención de empezar a hacerlo ahora.

—Quint. —Retiro la mano y suspiro—. Permíteme que te presente a Tessa.

CAPÍTULO QUINCE
Tessa

En la última hora, me he enterado de muchas cosas, y mi cerebro apenas si puede retenerlo todo. Es como si me hubiera pasado los últimos años bajo el agua y Weston —*no, no Wes, el príncipe Corrick*— me hubiera sacado la cabeza a la superficie. Si me quedo totalmente quieta, casi consigo imaginar que se trata de un sueño espantoso del que me despertaré en cualquier momento.

Pero, si me despierto, Wes sigue muerto. Yo sigo muy triste. La gente sigue muriendo. Kandala está repleta de sufrimiento. El príncipe y el rey siguen siendo dos hombres horribles que no hacen nada para ayudar a sus vasallos.

Bueno, todo eso sigue siendo verdad. De hecho, Wes jamás llegó a existir.

Y eso es casi tan difícil de aceptar como su muerte.

El hombre que ha entrado en la habitación es el mismo que me sorprendió en el pasillo. Quint. Da la sensación de que tiene unos veintipocos años, el pelo rojizo y suficientes pecas para parecer un muchacho más joven. Necesita desesperadamente un afeitado, más aún que el príncipe Corrick.

Me aprieto contra la pared como si de algún modo pudiera atravesarla y salir del palacio en dirección a la Selva, rumbo a la señora Solomon y a mi amistad con Karri.

Qué tonta soy. Nunca escaparé de aquí.

Cuando el príncipe dice: «Permíteme que te presente a Tessa», el otro se queda petrificado, y entonces suspira y se pasa una mano por la

mandíbula.

—Tessa —dice lentamente mientras me observa de arriba abajo. Su mirada regresa a Corrick—. ¿Tu socia?

Corrick asiente.

Y así es como me doy cuenta de que Quint debe de saber lo de Wes.

No sé si me llena de rabia o de alivio no haber sido la única persona en conocer la existencia de Wes, la treta del príncipe. Tomo aire para protestar, pero Quint levanta un dedo. Su expresión ha pasado de mostrar incredulidad a ser reflexiva. Me dedica una mirada más atenta y escudriñadora al encaminarse hacia mí. Percibo el momento en que sus ojos se fijan en el nudo de la tela sobre mi hombro, y me abrazo a mí misma como para protegerme. Pero no me mira con lascivia, sino que… tan solo me observa.

—Arella está furibunda —dice girándose hacia Corrick—. Cree que en estos precisos momentos estás violando a la muchacha.

Sus palabras hacen que me dé un vuelco el estómago. Corrick no me ha hecho daño (no directamente), pero eso no significa que no pueda o no vaya a hacerlo.

Una de las frases que ha dicho parpadea sobre todas mis preocupaciones: «El único sitio en el que puedo proporcionarte seguridad es aquí, en esta habitación».

Tengo muchísimas preguntas.

Corrick no va a responderlas, claro. Se ha acercado a la mesita para servirse otra copa, como si yo no fuera más que un factor colateral.

—Últimamente, Arella está furibunda por todo lo que hago.

Arella fue la mujer que me habló cuando estaba encadenada. Antes de que me enterara de quién era Corrick. No entiendo por qué quiso mostrarse tan despiadado delante de ella —o, para el caso, delante de sus guardias— si no ha hecho ningún amago de hacerme daño desde que he entrado en esta estancia.

Abro la boca una segunda vez, pero Quint vuelve a levantar un dedo.

—Espera —dice—. Estoy pensando.

Se ha detenido delante de mí con la cabeza ladeada, como si yo

fuera un desconcertante rompecabezas que le han encargado resolver. Aunque él está un tanto desaliñado, tengo la sensación de que debería ponerme bien la ropa y sentarme más recta.

—Ten cuidado —le comenta Corrick—. Es violenta.

—Solo con los mentirosos y con los villanos. —Lo miro con los ojos entornados.

—Salud. —Alza el vaso en mi dirección.

—¿Sabes cantar? —dice Quint.

—¿Que si sé… qué? —Parpadeo.

—Cantar. O bailar. ¿Quizá sepas algún truco de magia?

—Yo… —No entiendo nada—. No.

—Quint. —Corrick pone los ojos en blanco.

—El rey nunca te permitirá que la alojes aquí como una especie de… atormentada concubina —dice Quint.

—Yo tampoco lo permitiré —le espeto.

—Se nos tiene que ocurrir otra cosa. —No me presta atención alguna—. Algo que satisfaga a Allisander y que, al mismo tiempo, apacigüe a Arella.

—Necesito saber por qué has entrado en el palacio —insiste Corrick, y su voz se ha vuelto fría de nuevo, igual que cuando me agarraba del pelo y tiraba de mí con fuerza.

—Ya te lo he dicho. —Trago saliva—. Ha sido un error.

—Dime algo que pueda creer.

Es fácil comprender por qué aterroriza a la gente. No es solo por su reputación. Cuando está concentrado en algo, es difícil pensar en otra cosa. Quiero rebobinar el tiempo al breve instante en que aún era Wes, ese momento en el que me desató las manos y me dejó que lo abrazara como tantas veces he abrazado a Wes.

Debo olvidarme. Wes no existe.

Y Corrick sigue esperando a que le responda.

Lo miro a él y luego miro a Quint. No sirve de nada mentir, no cuando la respuesta es tan aburrida.

—He venido a entregar un pedido en el Sector Real. He doblado la esquina que no era y me he encontrado justo delante del palacio.

Sabía… —Se me quiebra la voz y tengo que aclararme la garganta—. Sabía que las provisiones de pétalos de flor de luna de aquí son más potentes que las de los demás sectores, y quería… quería…

—¿Querías robar en el mismísimo palacio? —dice Corrick—. Ni siquiera yo robo en el palacio, Tessa.

—No… Ya lo sé. No he pensado. No lo había planeado. He visto… a unas chicas. Criadas, supongo. Las he seguido. Creía con seguridad que los guardias me detendrían, pero… pero supongo que una chica con faldas artesanales es idéntica a cualquier otra. Y he entrado sin más.

Al oírme, Quint se sobresalta. El semblante de Corrick se oscurece.

—Me enteraré de quién hacía guardia frente al palacio. —Quint alza una mano antes de que yo añada nada más—. Te daré nombres durante la hora del desayuno.

No aparto la mirada del príncipe.

—¿Vas a matar al guardia que me ha dejado entrar?

—Está claro que no le voy a mandar una carta de agradecimiento.

No digo nada, pero quizá mi expresión horrorizada refleje mis pensamientos de todos modos, porque él suspira y aparta la mirada.

—Estoy al corriente de mi reputación, pero yo no ejecuto a todo el mundo, Tessa. —Hace una pausa—. Además, me sorprende que inviertas un solo segundo en defenderle. Si hubiera hecho bien su trabajo, ahora mismo estarías en el taller, rellenando frascos y cargando tu zurrón.

Oírlo hablar sobre el taller con una voz tan apagada hace que se me forme un nudo en la garganta. Como si fuera algo de lo que burlarse y no un lugar en que hemos compartido los momentos más importantes de mi vida de los últimos años. Tengo que apretarme los ojos con las manos para no derramar las lágrimas.

Cuando acompaso mi respiración y bajo los brazos, mientras intento parpadear para no echarme a llorar, veo que Quint me ofrece un pañuelo bordado, y su expresión no es desagradable. Me deja tan sorprendida que me quita una parte de las emociones que sentía. Lo acepto y lo agarro entre los dedos. Huele a canela y a naranja, y el tacto

es sedoso. Es bastante probable que se trate de lo más caro que he sujetado nunca, a excepción de los pétalos de flor de luna. Casi no quiero utilizarlo para secarme las lágrimas.

—Gracias.

Alguien llama a la puerta, pero Corrick no se mueve.

—Debe de ser la cena —dice—. Adelante —exclama.

Una criada que parece cansada y despeinada trae una bandeja. La coloca sobre la mesita antes de hacerle una reverencia al príncipe.

—Alteza. Intendente Quint. —Sus ojos se posan en mí, pero enseguida aparta la mirada—. ¿Van a necesitar algo más?

—No —dice Corrick.

—Sí —lo corrige Quint—. Prepara una habitación para nuestra nueva invitada. Asegúrate de que en el armario y en el cuarto de baño no falte nada. Que también haya ropa de cama limpia.

—Por supuesto. —La muchacha hace una nueva reverencia y sale por la puerta.

—Os dejaré cenar —dice Quint—. Hablaré con el capitán acerca de designar a otros guardias. Supongo que bastaría con cuatro para evitar que haya más…, digamos, personas deambulando por el palacio, ¿no? —Me mira directamente.

—Un momento. ¿Una habitación para mí? —gorjeo. Nada tiene ningún sentido.

—¿En qué estás pensando? —le dice Corrick a Quint, ignorándome.

—En que no debería quedarse en tus aposentos más de lo necesario. Es noche cerrada y los rumores todavía no han podido propagarse. Dijiste que había ajustado las dosis de vuestras rondas. ¿Quizá pueda aportar en el palacio una parte de sus conocimientos medicinales? Seguro que se nos ocurre algo mejor que el castigo de estar encadenada a tu cama.

—Seguro —asiente Corrick sin emoción.

Quint extrae una libretita de la chaqueta y toma notas.

—A mediodía habré redactado un anuncio para que lo repases.

Dicho esto, se marcha y, una vez más, me encuentro a solas con el

príncipe. Corrick se desplaza hacia la mesita, donde una gigantesca bandeja con platos humeantes me hace la boca agua. Huelo algo dulce y algo sabroso, y sin duda habrá pan recién hecho, porque el aroma de la levadura es divino. El estómago me recuerda que no he comido nada. No me apetece acercarme a él, pero inhalo hondo.

Corrick agarra una pieza de fruta y la coloca bajo la luz. La piel es de un rojo brillante.

—¿Quieres una manzana con miel, Tessa?

Se me pasa el hambre de golpe.

—Te odio —mascullo entre dientes.

Me la lanza y la atrapo de inmediato, pues la alternativa es dejar que me golpee en la cara.

—Como te he dicho siempre, es la mejor opción posible —me recuerda.

En el lado opuesto de la habitación, hay una mesa enorme y ornamentada. Al ver que no me movía, el príncipe Corrick ha servido dos platos y los ha dejado sobre la mesa, esmerándose en colocarlos frente a frente, y no el uno al lado del otro. Señala una de las sillas con la mano y me mira intencionadamente.

De verdad que me muero de hambre. Cada vez que tomo aire recuerdo lo poco que he comido en los últimos días. He tenido que echar mano de todo mi autocontrol para dejar la manzana en el suelo.

Me apoyo en la pared.

—No.

—¿Rechazas una invitación para cenar con el hermano del rey? —Finge sorpresa—. ¿Qué dirán los cocineros cuando tu plato les llegue de vuelta intacto?

—No creo que ahora mismo te apetezca dejar un cuchillo cerca de mis manos.

Mi comentario le provoca una sonrisa de lado y, durante unos instantes, se parece tanto a Wes que el corazón me da un vuelco antes

de hacerse añicos en millones de pedazos. A lo mejor se ha dado cuenta por mi expresión, porque sus labios ahora forman una línea.

—Siéntate. Come. Sé que estás hambrienta. ¿Qué ganas rechazando la comida?

Nada, en realidad. No tengo una buena respuesta que ofrecerle, y su pregunta parece desafiarme. Respiro hondo y me encamino hacia la mesa. Seguro que en la corte hay un protocolo que debería seguir, pero no sé cuál es, y, si cree que le voy a hacer una reverencia, que espere sentado. Mi corazón se acelera y debo recordarme que no es Wes, es el justicia del rey. No es un simpático forajido. Es un hombre cruel sin empatía alguna.

Me siento en la silla y él hace lo propio. Mi espalda es una barra de acero. No me puedo relajar. Agarro el panecillo de mi plato. Sigue caliente, y está espolvoreado con sal. Rompo un pedazo y me lo meto en la boca.

No es sal. Es azúcar, y es una delicia. Me apetece metérmelo entero en la boca y tragármelo de una sentada.

Noto que Corrick me está mirando, así que fijo la vista en cualquier otra cosa. En las filigranas que adornan los platos. En el mantel bordado. En el charquito de salsa espesa que acompaña a cuatro trozos de carne de ave.

Se me ocurren muchísimas preguntas, pero todas ellas dejarían al descubierto lo que siento por un hombre que no existe, y no pienso darle ese gusto al príncipe Corrick. Ya se ha llevado demasiadas cosas. Arranco otro pedazo de pan y digo:

—Quint sabe la verdad. Sobre ti. Y sobre mí.

—Sí. —Hace una pausa—. Es el intendente del palacio. Y es un amigo. Por aquí ocurren pocas cosas que escapen a la atención de Quint.

—Pero… el rey no lo sabe.

—No. —Corrick aparta la mirada—. Nunca he querido poner a Harristan en la tesitura de tener que verse obligado a negarlo.

—Por si te atrapan.

—Sí.

—Yo podría contárselo a todo el mundo —digo fulminándolo con la mirada, ahora sí—. Revelar tu secreto. El justicia del rey es un contrabandista disfrazado que roba a las élites reales.

—Adelante —dice suavemente—. No serías la primera prisionera en inventarse una historia así de curiosa. —Corta un trozo de carne—. Si decides que no quieres permanecer aquí, es una buena manera de ganarte un billete de ida al presidio.

—¿Si decido? ¿Es una broma?

—Yo no te he arrastrado hasta el palacio. —Su voz se ha vuelto áspera—. De hecho, cuando me vi obligado por ti, hice lo imposible para convencerte de que la situación era muy tensa y peligrosa, y que era mejor que te mantuvieras alejada una temporada del Sector Real.

«Cuando me vi obligado por ti». Cuando estábamos en el bosque y no quería ir a robar provisiones. Intentó persuadirme de lo contrario y yo me negué y exigí una revolución.

Una revolución de la que él jamás habría podido formar parte, ahora lo sé.

Por supuesto que tuvo que matar a Weston Lark. De ser él, yo seguramente también lo habría hecho.

—Y aquí estamos —susurro. En contra de mi voluntad, mis ojos se anegan de nuevo; reprimo las lágrimas y me meto otro trozo de pan en la boca—. ¿A quién colgaste en tu lugar?

—A un contrabandista de verdad —responde como si tal cosa—. Se salió con la suya después de robar los pétalos de flor de luna, pero se le ocurrió pasar unos minutos aprovechándose de una mujer, y el hijo oyó el alboroto y dio la voz de alarma. Me han dicho que el hombre le había dado una buena paliza a la mujer cuando lo descubrieron.

Me lo quedo mirando. No sé qué decir.

Corrick le da un sorbo a su vaso.

—No creerías que éramos los únicos que entrábamos en el Sector Real a robar medicinas. No me costó nada ponerle una máscara al tío.

Recuerdo las alarmas y las luces de la noche en que Wes no regresó. Yo creía que eran por él.

Me he quedado con la boca abierta. La cierro.

—Tú… me dijiste que trabajabas en las forjas. Me dijiste que eras de Ciudad Acero.

Se encoge de hombros y se pasa una mano por la nuca, avergonzado.

—Era un lugar tan bueno como otro cualquiera. La metalurgia me interesa, así que sé algo del tema.

Me cuesta recordarme a mí misma que no se trata de Wes. Su actitud ha vuelto a cambiar, y está más relajado ahora que estamos a solas y no lo golpeo en la entrepierna. Me preguntaba cómo era posible que tuviera dos caras, pero, después de verlo con distintas personas, creo que tiene una docena de caras, que muestra en función de las necesidades de cada momento. No sé cuál es la verdadera, pero sus maneras tranquilas me complican estar tensa y asustada. Si cierro los ojos, bien podríamos estar en el taller, sentados frente al fuego, hablando de trivialidades.

No. No puedo. No puedo olvidar que es el príncipe Corrick. Podría chasquear los dedos y conseguir que me ejecutaran aquí mismo.

Suelto un tembloroso suspiro.

—¿Qué…? —Tengo que aclararme la garganta—. Cuando estaba encadenada, cuando tú…, cuando la otra mujer ha intercedido por mí…

—La consulesa Cherry. De Solar. —Da otro bocado al plato, como si mis emociones no se estuvieran desmoronando delante de él.

Se me seca la boca. Trago saliva con dificultad. Ha sido muy duro con ella. Y por eso me cuesta tantísimo aceptarlo. Wes era muy amable y alegre.

Deja el tenedor y me mira a los ojos. Eso es casi peor. Sus ojos son muy penetrantes. Es lógico que los prisioneros rueguen por que los maten.

—Formula la pregunta, Tessa —dice al final con voz queda y familiar, sin rastro de hielo ni de acero en el tono.

—Sabías que era yo. —Suelto todo el aire—. Cuando estaba encadenada. Yo no te veía a ti, pero tú a mí sí. Tenías que saberlo.

—Lo sabía.

—Y… y has sido muy cruel. —Por más que intente armarme de valor, mi voz no es sino un suspiro. Necesito entenderlo. Necesito que me lo explique.

—Ya te lo he dicho. De mí se espera crueldad. De hecho, delante de la consulesa Cherry es hasta obligatorio. —Sus ojos vuelan hasta la puerta y luego regresan a mí—. Y delante de mis guardias, que chismorrean sobre todo lo que ven y todo lo que oyen.

Lo observo. Pienso en cómo me ha lanzado al suelo cuando el guardia ha entrado por la puerta. Pienso en cómo me ha puesto bien la tela sobre el hombro cuando la puerta estaba cerrada.

Al hombre de las puertas lo colgaron por ser un contrabandista, pero lo sorprendieron violando y pegando a una mujer. ¿No es lo que ha dicho Corrick? Esa parte no es de conocimiento público, solo el contrabando.

Mientras tanto, Corrick permite que la gente crea que está abusando de mí, cuando en realidad no me ha hecho daño desde que me he despertado en la montaña de cojines. Recuerdo la comida que tengo delante y que Quint está preparándome una habitación.

—¿Por qué ibas a querer que la gente creyera que eres una persona horrible? —digo.

Toma aire para hablar, pero entonces descarta lo que pensaba responder, porque niega ligeramente con la cabeza.

—Sé sincera, ¿por qué has entrado en el palacio? —pregunta en voz baja.

—Ya te lo he dicho. Esperaba… esperaba robar medicinas. Esperaba ayudar a las personas a las que dejamos vulnerables cuando Wes…, cuando tú…, cuando los dos lo dejamos.

—Has conseguido colarte en los pasillos de los criados para disponer de un mejor acceso a nuestras habitaciones. —Hace una pausa—. Ya sabes qué han encontrado en tu zurrón. ¿Pretendías matar al rey?

No digo nada. Se me ha secado la boca. El mero hecho de admitir que ese pensamiento me ha pasado por la cabeza es alta traición. Solo fue durante unos instantes, pero sí se me ocurrió.

Me pregunto qué pensaría mi padre de mí ahora mismo. ¿Le he fallado? ¿O he tomado la decisión correcta?

—¿Pretendías matarme? —añade Corrick.

Me humedezco los labios. No diré que sí…, pero tampoco puedo negarlo.

—No podría —susurro.

—No eres una asesina.

Asiento. Él sabe que no lo soy.

Su mirada vuelve a endurecerse, como dos cubitos de hielo bajo la luz de la luna.

—La amabilidad te vuelve vulnerable, Tessa. Hace años aprendí esa lección. Me sorprende que tú no lo hayas hecho.

Hace años. ¿Cuando murieron mis padres?

No, es absurdo. Eso a él no lo afectaría. Pero me doy cuenta de que he olvidado, una vez más, que es miembro de la familia real, y que ha debido soportar sus propias pérdidas.

En ese caso, ¿cuando murieron sus padres? ¿Qué significa eso? Ha cambiado de careta de nuevo, y no sé qué es lo que no me dará problemas admitir.

Corrick se limpia las manos con la servilleta.

—Cómete la cena. Te acompañaré hasta tu habitación para que puedas descansar un poco. Vas a necesitar dormir. Quint llamará a tu puerta cuando salga el sol.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Corrick No quiero llevar a Tessa a otra habitación. Quiero que se quede aquí, justo aquí, donde sé que nadie le hará daño. Donde no podrá hacer nada que me obligue a actuar.

Quiero sacarla del palacio a hurtadillas y descender la muralla con ella para regresar al taller, donde podemos ser Wes y Tessa sentados junto al fuego.

Donde pueda ayudar a mis súbditos, en lugar de hacerles daño.

Lo que yo quiera no importa nunca, así que la guío por el silencioso pasillo. Nuestros pies apenas hacen ruido sobre la alfombra de terciopelo. Ella está descalza, lleva el pelo largo y suelto sobre la espalda, y con una mano se aferra a la tela que le cubre el hombro. Mis guardias son lo bastante sensatos para mantener la vista al frente.

Quint ha escogido la habitación Esmeralda, que, contrariamente a lo que indica su nombre, está decorada con tonos rojos y rosados, desde el cubrecama de satén hasta las pesadas cortinas que flanquean las paredes. El único elemento verde de la estancia es la gigantesca joya que adorna el cuello de la mujer del retrato que hay encima de la chimenea. Mi bisabuela. Es una habitación agradable, no demasiado ostentosa para alguien que aparentemente es una prisionera, pero es

un claro indicio de que Tessa no es una muchacha que vaya a ir a parar al presidio.

Junto a la puerta están apostados cuatro guardias, lo cual me parece una exageración, pero recuerdo la facilidad con que se ha colado en el palacio y no digo nada.

Nos detenemos frente a la puerta de su habitación, y Tessa contempla a los guardias con los ojos bastante abiertos.

—No te van a hacer daño —le aseguro—. A no ser que intentes huir.

—¿Y ya está? —susurra.

—Si te despiertas temprano, los guardias pueden pedirte el desayuno.

—Me vas a dejar aquí. Sola.

—¿No debería?

Enseguida niega con la cabeza, y entonces atraviesa el umbral y se gira para mirarme, como si creyera que voy a agarrarle el brazo y tirar de ella hacia mí.

—Y puedo cerrar la puerta —dice.

—Te lo recomiendo.

Se me queda observando durante un buen rato antes de aferrar el pomo de la puerta y cerrarla con suavidad. Al cabo de unos instantes, oigo cómo la cierra con llave.

Contemplo al hombre que está más cerca de la puerta. No sé el nombre de todos los guardias, pero sí que conozco al teniente Molnar. Es mayor que los demás, tiene unos sesenta y pico, así como un cabello espeso y canoso. Sirvió a mis abuelos, y luego a mis padres, y ahora a nosotros. Es un hombre callado, pero sabe hacer su trabajo, y se le da bien. Acata las órdenes y no chismorrea…, y es lo bastante maduro para impedir que lo hagan los otros guardias.

—¿Tienes una llave? —le pregunto.

—Sí, alteza.

—Bien.

Debería regresar a mis propios aposentos, pero estoy demasiado nervioso, demasiado inquieto. Me da la impresión de que no volveré a

quedarme dormido jamás.

«Te odio».

Cuando se lo soltaba a Wes, Tessa no lo decía en serio.

Cuando se lo ha soltado al príncipe Corrick, he percibido el convencimiento en cada una de las sílabas. «Te-o-dio».

Dejo atrás mis aposentos, y los guardias me siguen por el pasillo. Por lo general no son mi sombra dondequiera que vaya, pero seguro que la repentina aparición de Tessa ha asustado a su capitán.

Me detengo delante de la puerta de Harristan. Sus guardias me informan que está dormido, pero soy la única persona a quien dejarán pasar sin protestar. Cruzo la puerta como un fantasma y la cierro con sumo cuidado para que el pestillo no emita ningún chasquido. La única luz que ilumina la estancia procede de la chimenea, que ha ardido hasta reducirse a unas meras ascuas. En la mesita hay una bandeja con tazas y platillos de té, pero veo otra en la mesa junto a la cama de Harristan. Bien.

Desde aquí oigo su respiración.

No pinta bien.

Me paso las manos por la cara y me siento en el sillón cercano al escritorio. Encima de todos los documentos hay un manuscrito, cuyo sello indica que viene desde Artis.

Lo levanto y lo desdoblo. Han solicitado una nueva petición de fondos, esta vez con las cantidades corregidas. Jonas no pierde el tiempo. Me aprieto el puente de la nariz.

—Cory.

Alzo la vista. Harristan me mira desde la cama.

—Deberías estar durmiendo —le digo.

—Tú también. —Hace una pausa—. ¿Qué le has hecho a la chica?

—Está durmiendo en la habitación Esmeralda. Bajo férrea vigilancia.

—No. —Me lanza una mirada—. ¿Qué has hecho?

—Nada. Le he dado de cenar y la he mandado a la cama.

Me observa. Yo también a él.

Quiero contárselo. Llevo años queriendo contárselo. Mi hermano

comprendería mi necesidad de salir del palacio, de salir del Sector Real. Fue él quien me enseñó a escabullirme, a trepar por la muralla y a abandonarme a los placeres de la Selva. Fue él el que siempre quiso la libertad que este lugar no le ofrece.

He sido yo quien ha disfrutado de ello, aunque solo fuera durante un breve período, y me parece injusto provocarlo con esa información.

Aunque ya se haya terminado. Lo voy a dejar.

De todos modos, es un comportamiento tan traicionero como cualquier otro que pudiera inventarme. He robado a nuestros súbditos. He actuado de forma contraria a sus órdenes, de forma contraria a las órdenes que se espera que cumpla. Si alguien se enterara, sería un escándalo sin precedentes.

La mirada de Harristan es intensa, como si fuera capaz de desentrañar mis secretos nada más que con los ojos, y al final debo girar la cabeza.

Se aclara la garganta.

—Me cuesta creer que le hayas mostrado misericordia a alguien que se ha colado en el palacio para matarme.

Lleva razón, pero hay una parte de la verdad que sí le puedo contar.

—Se ha colado para robar medicinas. No pretendía hacerle daño a nadie.

—¿Es una contrabandista?

—No del todo. —Pienso en los libros que llevaba en el zurrón, en la propuesta de Quint de que tal vez habría que darle una vuelta a la situación—. Tiene muchas teorías sobre cómo ajustar las dosis del elixir de flor de luna para que sea más efectivo. —No es mentira, pero a mí me lo parece. Hago una pausa—. Roba medicinas y las distribuye entre el pueblo. Para quienes no se la pueden permitir.

Mi comentario lo deja un buen rato en silencio, como sospechaba que ocurriría. A pesar de lo que piense la gente, Harristan no es un desalmado. El fuego menguante crepita en la chimenea.

—¿Crees que hay muchos haciéndolo como ella?

—No tengo ni idea. —Niego con la cabeza.

—Cuando los guardias me han dicho que alguien había entrado en el palacio, he pensado que al final nos había estallado la revolución.

Pienso en los auténticos contrabandistas que huyeron, en cómo la multitud hacía un llamamiento a la rebelión.

—Todavía es posible.

Vuelve a quedarse callado, pero esta vez le tiemblan los párpados.

—Duerme —le digo en voz baja. Me levanto—. Me marcho.

—Cory. —Su voz me alcanza antes de que llegue a la puerta.

—¿Qué? —Me detengo y me giro.

—Hay algo sobre la chica que no me estás contando.

Mi hermano casi nunca se obsesiona por los detalles, y normalmente le va bien así. Sin embargo, hay momentos, como ahora, en que algo llama su atención, y entonces es difícil que suelte la presa.

He estado callado durante demasiado rato, y el silencio se intensifica entre nosotros.

—Sé que la gente me oculta secretos —dice—. Pero no creía que fueras uno de ellos.

Si su tono fuera áspero o reprobatorio, se lo negaría. Pero Harristan casi nunca me habla así, en especial cuando estamos a solas. En el palacio hay muy pocas personas en las que él confíe por completo. Quizá yo sea el único. Durante un cortísimo instante, me pregunto si esta situación socavaría esa confianza.

—No oculto secretos que te pongan en peligro —le aseguro.

—Ya lo sé —responde, sereno.

Claro que lo sabe, aunque oírlo da cierta paz a mi mente.

—Me gustaría hablar con ella.

Me pregunto cómo se podría desarrollar el encuentro. Me imagino a Tessa pegándole un puñetazo a mi hermano o lanzándole una bebida en la cara. Hay un millón de cosas que podría soltarle y que la llevarían de cabeza al presidio… o algo peor. Hay un millón de preguntas que podría formularle Harristan… y un millón de respuestas equivocadas que pondrían en peligro a Tessa.

Pero es el rey y, por mucho poder que tenga yo, él tiene más. Asiento.

—Me encargaré de organizarlo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Tessa

Debería estar en una celda de la cárcel.

Siendo sincera, probablemente debería estar colgando de la muralla del Sector Real con puñales en los ojos, una advertencia hacia cualquiera que quisiera colarse en el palacio.

Pero resulta que estoy en una habitación que es seis veces más grande que la que alquilaba. Cuento con un cuarto de baño para mí, algo que no he tenido nunca, y está atestado de ropa de cama y de toallas, además de una docena de botes de jabón y de cremas y de trocitos de pétalos que huelen a lavanda y a rosas. Hay dos grifos en la bañera, y me quedo de piedra al descubrir que de uno de ellos sale agua caliente. En la pensión, si queremos darnos un baño, debemos hervir agua en una olla sopera y luego utilizar la bañera que hay detrás de la cocina.

La iluminación también es más potente de lo que estoy acostumbrada. Sé que en el Sector Real hay electricidad, pero verlo desde las sombras es distinto a estar sentada debajo de una lámpara eléctrica y saber que no se apagará ni requerirá más aceite. En la pared junto a la cama hay seis pequeñas palancas, y, al accionarlas con cuidado, reparo en que cada lámpara está conectada a su propio interruptor.

El armario no está lleno hasta los topes, aunque sí contiene ropa interior de lino, suaves prendas de seda y media docena de vestidos confeccionados con seda, encaje, brocado y satén. En el suelo hay una hilera de botas con cordones y zapatillas de terciopelo de tres tallas

diferentes. Todo apesta a riqueza y a extravagancia y, para mi sorpresa, a recato. Las mangas son elegantes y largas. Los cuellos de todas las prendas dejan a la vista tan solo un dedo de escote. Son preciosas, y las espaldas encorsetadas les permiten tener una forma definida, aunque no son en absoluto lo que esperaba después de que Corrick prácticamente me desagarrara el vestido delante de su guardia. ¿Las ropas las habrá seleccionado Quint? ¿Qué es lo que ha comentado?

«El rey nunca te permitirá que la alojes aquí como una especie de atormentada concubina».

Nadie lo esperaría tampoco. No con esas ropas, claro.

Con cada paso que doy, espero a que irrumpa un guardia en la habitación y me arranque los brazos. He cerrado la puerta con llave, así que por lo menos dispondré de unos instantes de aviso.

Como si esos segundos fueran a ayudarme a hacer algo que no sea entrar en pánico.

Me quito el vestido roto y me enfundo en uno de los camisones del armario, y a continuación me ato una bata por encima. Me tumbo en la cama y apago todos los interruptores. Me quedo mirando el techo, que titila con la luz dorada de la chimenea.

Aquí nunca me quedaré dormida. Me pregunto si alguna vez volveré a conciliar el sueño.

Debería estar pensando en todo de lo que me he enterado sobre Corrick y sobre ese retorcido secreto suyo que le permite torturar a su pueblo por el día mientras por la noche intenta salvarlo. Debería estar pensando en Karri y en la señora Solomon y en cómo van a reaccionar cuando vean que no regreso. Debería estar pensando en cuánto tiempo me van a encerrar en una habitación como esta antes de mandarme, a la larga, al presidio.

Debería estar pensando en una manera de escapar.

Pero no, mi mente de boticaria está pensando en el rey Harristan. En cómo ha empezado a toser y no ha podido parar. En el dejo de miedo que teñía la voz de Corrick al decir: «No está enfermo».

Aunque el cerebro me da vueltas por el terror, sé qué significa esa tos.

No debería importarme. No debería.

Pero no lo puedo evitar. En el palacio disponen de la mejor medicina que existe. Wes me dijo que se administraban tres dosis al día, y supongo que será verdad, ya que Wes es Corrick y era uno de los que recibían esas dosis.

¿Acaso el elixir ha empezado a fallar? ¿El rey es más vulnerable a la fiebre por alguna razón? ¿O alguien está alterando sus dosis de flor de luna con veneno? ¿O tal vez le estén vetando el acceso a algo que necesita? No tengo manera de saberlo y estoy segura de que nadie me dará las respuestas. Ya me he colado en el palacio. No es preciso que empiece a pensar en formas de hacer enfermar al rey.

Mi cerebro no deja de cavilar, sin embargo. Mi madre comentaba a menudo que tener demasiadas medicinas a veces era peor que tener pocas. ¿Y si el rey está tomando demasiada cantidad? Aunque aquí cuentan con los mejores boticarios y médicos. Seguro que sus dosis están muy bien controladas.

Si la medicina ha perdido eficacia… no quiero pensar en las consecuencias que tendría.

Y si el rey Harristan muere, entonces Corrick se convertiría en el rey.

Tampoco quiero pensar en las consecuencias que tendría. Tanto da lo que me dijera en sus aposentos o lo que hiciera como Weston Lark: sigue siendo responsable de muchísimo sufrimiento. Corrick no puede enmendarlo. Ya es lo bastante aterrador siendo el justicia del rey. Me he dado cuenta de que el rey Harristan tiene un límite. No le ha hecho gracia el modo en que Corrick había planeado… abusar de mí.

No tengo ni idea de cuáles son los límites del príncipe Corrick.

No sé si quiero descubrir cuáles son. No sé si alguien en Kandala quiere descubrirlo.

Tengo la barriga llena y esta habitación es muy tranquila y acogedora, un gran contraste con los minutos en que he estado clavada en el suelo, con el puño del príncipe aferrado firmemente a mi pelo. Me estremezco sin pretenderlo.

Pero luego se ha sentado a la mesa a cenar y hemos estado los dos

solos, y durante un breve momento es como si hubiera vuelto a ser Wes, un poco divertido y un poco feroz.

Me llevo una mano al pecho mientras mis ojos se llenan de lágrimas. Me duele el corazón con cada latido.

Wes no está muerto. Mi cerebro quiere alegrarse.

Pero Wes no era real. Una lágrima se abre paso.

—Señorita. —Una mano se apoya sobre mi brazo—. Señorita.

Me aparto y me incorporo. No esperaba dormirme, pero debo de haberme quedado frita. Mis extremidades se sienten pesadas y se toman su tiempo para activarse. La habitación está inundada por la luz del sol de la mañana; anoche no llegué a correr ninguna de esas cortinas. Sigo vistiendo un camisón y una bata, pero en ningún momento me tapé con una manta.

Frente a mí veo a una criada con un vestido azul y un delantal gris claro. Tiene el pelo negro carbón recogido en un apretado moño, piel aceitunada y ojos marrones. En ella hay algo que me resulta familiar, pero no consigo identificarlo. Quizá sea una de las chicas a las que ayer seguí hacia el interior del palacio.

—Discúlpeme, señorita —dice—. El intendente Quint me ha pedido que la vista y la prepare para las ocho y media. Le he llenado la bañera.

—Cerré la puerta con llave —comento.

—He llamado —responde—. Pero estaba dormida. —Hace una pausa—. Los guardias tienen una copia.

Todavía no estoy despierta del todo. Me la quedo mirando. Es joven, quizá incluso más joven que yo. Ahora veo que en la habitación hay dos guardias, apostados impasibles junto a la puerta. Tal vez han venido a comprobar que no pierda el control. Sin embargo, no se les ve demasiado preocupados. En todo caso, parecen aburridos. Supongo que no soy una durmiente muy entretenida.

—¿Cómo…? —empiezo a decir—. ¿Qué…?

—Son las siete y media —me informa la muchacha—. Me llamo Jossalyn. Tenemos poco tiempo.

—Pero… no voy a tardar una hora en bañarme.

—No, señorita. Pero se reunirá con el rey a media mañana, así que…

—¿Que qué? —Me froto los ojos con las manos. La ansiedad me forma un nudo en el estómago—. Un momento. ¿Has dicho… con el rey?

—Sí. —Titubea antes de retorcerse ligeramente las manos—. He pedido su desayuno. Si se mete ahora en la bañera, lo traerán justo cuando se haya secado.

No comprendo cómo es capaz de decir algo como «se reunirá con el rey» poco antes de ponerse a hablar de pedir comida. Me aparto el pelo de la cara.

—No puedo… —Se me quiebra la voz y me aclaro la garganta—. No puedo reunirme con el rey.

—Es una petición de su majestad —dice, como si eso lo explicara todo.

Echo un ojo a los guardias de la puerta. Están impertérritos, pero seguro que prestan atención a todo lo que digamos. Uno es mayor, y debe de tener más de sesenta años, pero el otro es más joven y me ha mirado largamente cuando he dicho que no podía reunirme con el rey.

No sé por qué, pero me parece obvio que me reuniré con el rey aunque deban arrastrarme por los dedos de los pies.

Mi corazón se detiene en mi pecho y tarda unos segundos en volver a activarse.

Wes. Ayúdame.

Wes no existe. Solo existe Corrick.

No esperaba sobrevivir a la noche, pero he conseguido llegar a la mañana. Me aprieto los ojos con los dedos y respiro hondo. Haría lo que fuera por abrirlos de nuevo y encontrarme en la tienda de la señora Solomon con la sonrisa torcida de Karri.

—¿Señorita? —me llama Jossalyn. Se inclina hasta que su voz es apenas más fuerte que su respiración—. A los guardias les han ordenado que me ayudasen si se niega a prepararse.

Doblo los dedos.

—Vale. De acuerdo. Voy a darme ese baño.

No me ayuda nadie a darme un baño desde que era pequeña, pero Jossalyn parece reacia a dejarme sola, y sospecho que debo elegir entre ella y los guardias, y sé qué opción prefiero. Hundo la cabeza en el agua y, cuando sobresalgo, empieza a frotarme el pelo.

—Puedo hacerlo yo —digo.

—Sí, señorita. —Pero no se detiene. Sus dedos recorren mis mechones enmarañados con una espuma que huele a vainilla y a leche. En cualquier otra situación, sería relajante: el agua asombrosamente caliente, los aromas calmantes, la suave presión de sus dedos. Pero es que estoy desnuda con una desconocida, hay guardias armados en la habitación de al lado y, dentro de unas horas, voy a reunirme con el rey Harristan.

En la Selva, mucha gente lo llama Harristan el Horrible. Me pregunto si lo sabrá.

En cuanto ese pensamiento cruza mi mente, me aterra la posibilidad de decirlo en voz alta. Delante de él.

«Como le lances un vaso de licor a mi hermano, tendré que cortarte las manos de verdad».

Noto cierta tensión en el pecho. Me quedo inmóvil mientras Jossalyn me vierte agua en la cabeza para aclararme el pelo, y supongo que me escuecen los ojos por el jabón y por nada más.

¿Qué quiere el rey? ¿Por qué iba a desear verme?

Jossalyn me ofrece un vestido de una tela más suave de lo que jamás he notado sobre la piel. El corpiño y la ropa interior son de un intenso morado, pero el material que los cubre es de un blanco puro. Flota con una docena de capas para crear un resultado parecido a la lavanda. El cuello se curva suavemente sobre mis clavículas.

Jossalyn me coloca una toalla sobre los hombros y me desata el pelo húmedo.

—Venga conmigo —me dice—. El desayuno la espera.

La comida resulta igual de deliciosa que anoche. Quizá más incluso. Aunque solo pruebo un poco de fruta porque se me ha

cerrado el estómago. En la habitación reina un silencio absoluto, mientras Jossalyn me peina el pelo mojado y los guardias permanecen junto a la puerta.

Parece casi peor que una prisión.

No. Qué idea tan absurda. El presidio sería espantoso. Probablemente.

—No olvide tomarse el elixir —dice Jossalyn, y mis ojos descienden hacia la tacita de cristal que hay al lado de mi plato. El color es de un ámbar oscuro, mucho más intenso que el que mezclamos en el taller, que apenas si llega a tintar el agua.

Le doy un sorbo. Nunca ha sabido bien, pero concentrado es más asqueroso que de costumbre. No me puedo creer que se lo beban tres veces al día. Espero que a mí no me obliguen.

Menudo desperdicio.

Jossalyn me entrelaza el pelo para formar una complicada trenza que me recoge formando una espiral en la parte de atrás de la cabeza. Luego no se inmuta por que esté comiendo y empieza a masajearme las mejillas con una crema. Me pregunto si está acostumbrada a preparar a mujeres del palacio que se dedican a cuestiones diarias como comer. Me da la sensación de que bien podría estar dando vueltas y manteniendo una conversación animada, y que ella seguiría junto a mí, aplicándome productos con paciencia.

Invisible, como lo eran las gentes que vi ayer por la calle.

La miro y procuro no moverme mientras trabaja. Técnicamente soy una prisionera, pero no me trata como tal. Me ha ahorrado cualquier trato duro de los guardias, que seguro que habrían provocado más problemas.

—Gracias —digo en voz baja—. Por tu amabilidad.

—Sí, señorita —responde, distraída, pero noto que su mano vacila, como si la hubiera sorprendido.

—¿Sabes…? —Me aclaro la garganta—. ¿Sabes si voy a… a reunirme con el rey a solas? —Sus ojos se clavan en los míos, extrañados, y me explico mejor—: ¿Estará Corrick?

Sus manos se quedan paralizadas, y entonces mira hacia los

guardias, y luego de vuelta hacia mí.

—No estoy al corriente de la agenda de su alteza, el príncipe Corrick. —Pronuncia las últimas cinco palabras con un ligero énfasis —. Aunque el intendente Quint seguramente sí, podrá preguntárselo en cuanto se presente. —Me roza los párpados con la punta de los dedos.

Su alteza, el príncipe Corrick. Nunca he debido lidiar con el protocolo real, y, aunque sé que Weston Lark no era más que una farsa, me cuesta recordar que no puedo llamarle simplemente Corrick. Trago saliva.

—Y… ¿cómo me dirijo al rey?

Jossalyn baja la voz y con un pequeño cepillo da golpecitos a un bote con polvo rosado.

—Se dirige a él como «majestad», aunque debería esperar a que él le hable primero. —Sus ojos se fijan en los míos durante unos instantes —. Nadie se dirige al rey por su nombre, a no ser que le hayan invitado a hacerlo.

Me apresuro a asentir.

Enseguida se acerca y baja la voz aún más.

—Es interesante que sea una boticaria. Las chicas se han pasado toda la mañana diciendo que ha traído noticias de un nuevo elixir.

—¿Que yo… qué? —Recuerdo las reflexiones de anoche de Quint, su necesidad de buscar una solución a nuestra situación.

—Obviamente, no es un secreto. Los guardias son los que más cotillean. Mi hermana dice que ganan una moneda extra por cualquier rumor que trasladan a su capitán.

No sé qué responder a eso. Cuando ayer seguí a las criadas, parloteaban sobre la consulesa Cherry y el cónsul Pelham, sobre un escandaloso viaje en carruaje.

Sorprendida, me doy cuenta de que conozco a la consulesa Cherry. Corrick la llamó Arella: es la mujer que intercedió por mí cuando el príncipe me estaba tratando con crueldad. Me pareció franca y resuelta, no el tipo de persona que se enreda en escándalos.

Pero, claro, hablaba en mi defensa, en defensa de una supuesta

contrabandista. Quizá aquí sea lo único que hace falta para generar un escándalo.

—Jossalyn —la llama el mayor de los guardias de la puerta.

Ella no se inmuta, se limita a seguir maquillándome los párpados de rosa.

—Sí, teniente.

—El intendente Quint se interesa por tus progresos.

—Ya casi estoy. —Deja el bote de polvos y agarra otro.

La puerta se abre de todos modos y Quint entra en la habitación. Porta lo que parece un cuaderno doblado. Esta mañana lleva la chaqueta abotonada casi hasta el cuello, pero sigue necesitando afeitarse y tiene el pelo rojizo un tanto despeinado.

—Tessa. Espero que hayas comido —dice.

—Yo… —Casi no he probado bocado—. ¿Sí?

Jossalyn se inclina hacia delante y me colorea los labios.

—Levántese —me susurra.

Me incorporo tan deprisa que derribo el taburete en el que estaba sentada.

—Lo siento. Su… —No. Un momento. Él no es de la realeza—. Ah… ¿Intendente? Quint.

El hombre arquea las cejas. Jossalyn suelta una risita y endereza el taburete.

—El trabajo que haces es espléndido, Jossalyn —la felicita—. Casi no parece una boticaria de la Selva.

La chica se agarra las faldas con las manos y le dedica una entrenada reverencia.

—Gracias, intendente Quint.

Creo que debería estar tomando nota. Quizá la chica podría acompañarme a ver al rey. Me apetece sujetarle la mano.

Sobre todo cuando Quint dice:

—Déjanos solos. Regresará a sus aposentos cuando se ponga el sol a prepararse para la cena.

Jossalyn hace otra reverencia y sale por la puerta.

—¡Gracias! —le grito, pero ya se ha marchado.

Los guardas intercambian una mirada y terminan siguiéndola, cerrando la puerta tras de sí.

Estoy observando a Quint. Jossalyn ha sido tan agradable conmigo que había empezado a olvidar que soy una prisionera. Este vestido es demasiado ceñido como para que me deje respirar con tranquilidad. Quiero echar a correr, abalanzarme sobre la puerta y salir disparada por el pasillo mientras rezo una oración. Me pongo una mano en el abdomen y suelto un tembloroso suspiro.

—Estate tranquila —me dice Quint—. La Tessa de la que he oído hablar era capaz de escalar las murallas del sector sin miedo y de forzar los cerrojos de las ventanas sin dejar rastro. Es imposible que yo sea tan intimidatorio.

No. No lo es. No comprendo cómo un hombre como él puede ser amigo de un hombre como el príncipe Corrick. Su voz es tan amable que se me llenan los ojos de lágrimas.

El intendente extrae un pañuelo y me lo tiende.

—No arruines el trabajo de Jossalyn.

Lo acepto, pero reprimo las lágrimas.

—Claro.

Y entonces reparo en lo que ha dicho. «La Tessa de la que he oído hablar».

¿Corrick le ha hablado de mí? Cada vez que creo que empiezo a entenderle, sucede algo que destroza la ilusión.

Quint abre el cuaderno que lleva. Las páginas están repletas de notas que parecen escritas con rapidez, y veo que tiene las puntas de los dedos manchadas de tinta.

—Como supongo que te habrá comentado Jossalyn, vas a reunirte con el rey a las nueve por petición suya…

—¿Por qué?

—Es el rey. No debe decir por qué. Pero probablemente para hablar de tus conocimientos medicinales. —Me mira a los ojos y casi me ahogo con mi propia respiración, pero me veo obligada a asentir—. A continuación —prosigue—, la consulesa Cherry ha pedido comprobar tu estado y, si el rey lo permite, que es probable, como esta mañana

pareces estar bastante bien…

—Un momento. Yo no…

—Tengo muchas cosas que hacer, querida. —Quint no levanta la vista—. A las diez, empezarás tus clases con la señora Kent…

—¿Clases? ¿Clases de qué?

Al oír mi interrupción, se detiene con un dedo sobre la página y me mira.

—De etiqueta.

Abro la boca. La cierro.

Quizá el presidio sería un destino mejor.

—Después, comerás en el salón —sigue diciendo— y luego la modista te recibirá en su habitación privada. Acto seguido, clases con el maestro Verity…

—¿Más clases? —rezongo.

— … acerca del actual clima político de Kandala. Si vas a quedarte en el palacio, es imprescindible que conozcas a los protagonistas principales. Cuando hayas terminado, regresarás aquí a vestirte para la cena, que probablemente será a solas con el príncipe Corrick, aunque ya le he advertido que debería ser en un lugar público…

Continúa contándome cosas, pero ya he dejado de escuchar.

«A solas con el príncipe Corrick. En un lugar público».

Se me ha secado la boca. Anoche ya fue horrible cenar en sus aposentos. Cuando estábamos a solas, no era tan espantoso, pero es como decir que un lobo famélico solo resulta menos aterrador porque está en pleno banquete.

Ya imagino cómo debe de ser Corrick en público, el justicia del rey en presencia de su pueblo.

Con un sobresalto, recuerdo que no hace falta que me lo imagine. Presencié la ejecución que terminó con gritos de rebelión.

No quiero cenar con ese príncipe Corrick.

—Tessa. —Quint me está observando. No sé cuánta información me he perdido, pero deduzco que mucha.

Me da igual. Me obligo a mirarlo a los ojos.

—¿Cómo puedes ser su amigo? —susurro.

Quint cierra la libreta y me contempla.

—Tú también eras su amiga, ¿no?

—No. Yo era… era amiga de un hombre que no existe. Un… un truco. Una ilusión.

—¿Tan segura estás?

Pues claro que estoy segura.

Pero entonces rememoro los instantes en que el príncipe ha sonreído o en que su voz se ha vuelto amable o en que no era violento, sino que me trataba de forma considerada. «Formula la pregunta, Tessa». Cuando la pose del príncipe Corrick parecía una máscara que Weston Lark hubiera ocultado.

No estoy segura de nada en absoluto.

A lo mejor me lo ve en la cara. Quint saca el reloj del bolsillo.

—¿Vamos?

Mi corazón quiere derrumbarse por el suelo.

—¿El presidio sigue siendo una opción?

—El presidio siempre es una opción. —Me ofrece el brazo.

Dudo. Sigo queriendo entrar en pánico y echar a correr. Si delante de mí estuviera Corrick, probablemente lo haría.

Quint se inclina un poco hacia mí.

—No te lo recomiendo —me murmura.

Así, pues, enderezo la espalda y lo agarro del brazo.

CAPÍTULO DIECIOCHO
Corrick

Estoy acostumbrado a levantarme sin problemas antes del alba. Durante años, he quedado con Tessa de madrugada para hacer nuestra ronda. Últimamente, me he despertado en la oscuridad al oír las sirenas, preocupado por que la patrulla nocturna la hubiera detenido.

Esta mañana, no me he despertado hasta que el sol ha salido del todo y la chimenea se ha enfriado por completo. Mi habitación está bañada de luz.

Tessa está aquí.

Me odia, pero está aquí. Está a salvo.

Es reconfortante, pero también espeluznante. Agarro mi reloj de bolsillo de la mesita de noche. Son casi las nueve.

¡Las nueve! Estará dirigiéndose a la reunión con Harristan. Debo hablar con ella. Debo advertirle qué decir. Cómo actuar. Cómo protegerse.

Cruzo la habitación y agarro el pomo de la puerta.

Allisander Sallister está ahí, discutiendo con mis guardias. Su voz es un siseo grave y mortífero.

—Me he enterado de la chica a la que ha apresado. Os aseguro que el príncipe no está durmiendo y vais a…

Calla de inmediato en cuanto abro la puerta de par en par. Veo que se fija en mi torso desnudo, en mis holgados pantalones de lino. Es evidente que necesito afeitarme, y en este preciso instante mi pelo seguro que está tan enmarañado como el de Quint.

—De hecho, estaba durmiendo —digo—. Y solo.

Se aclara la garganta y se yergue.

—Perdón. —Aunque me lo dedica a mí, no a los guardias a los que estaba riñendo—. Los vándalos han atacado nuestra caravana de provisiones. Los guardias que nos proporcionaste han conseguido refrenar el asalto. Han llevado a los delincuentes al presidio. Me gustaría ir contigo para interrogarlos.

Ah, le gustaría, claro que sí. Me paso una mano por la mandíbula. Cualquiera diría que es demasiado temprano para cuestiones de este calibre, pero en realidad no.

—Que me traigan el desayuno —ordeno a mis guardias—. Decidle a Geoffrey que estoy despierto. Haced que le manden un mensaje al rey y que le digan que debo ocuparme de unos asuntos en el presidio. —Miro a Allisander, que parece dispuesto a dar un paso adelante y esperar en mis aposentos mientras me visto, pero a los cinco minutos de levantarme no voy a poder aguantarlo tanto rato—. Espérame en el pasillo —le indico.

Toma aire para protestar. Le cierro la puerta en las narices.

Deberían preocuparme los contrabandistas que ha encerrado en el presidio o lo que vaya a decirme sobre anoche, pero solo puedo pensar en la reunión que mantendrá Tessa con mi hermano.

Es inteligente y espabilada y rápida. Espero que sea lo bastante sensata como para mentir. Si le cuenta toda la verdad, el rey no la creerá. Yo sé que no.

Espero que no.

Me cubro la boca con las manos y respiro entre los dedos. Tessa.

Se me ocurre una idea y corro hacia el escritorio para agarrar una hoja de papel. Tales son mis prisas para escribir que estoy a punto de volcar el tintero sobre la página. Doblo la nota y con ella me dirijo a la puerta. La abro de par en par como antes y, justo en ese momento, Geoffrey, mi mayordomo, se me acerca con un kit de afeitado.

Los guardias y él me miran sorprendidos.

Carraspeo y entrego el papel doblado al guardia que me queda más cerca.

—Dáselo a Quint. Dile que es para Tessa.

—Sí, alteza. —Acepta la hoja y me dedica un asentimiento.

Geoffrey se aclara la garganta.

—Me daré prisa, alteza. —Hace una pausa—. El cónsul Sallister me ha dicho que debe encargarse de unos asuntos.

Me tienta la idea de decirle a Geoffrey que vaya a afeitar la ridícula perilla de Allisander, pero me contengo. Ya se ha enterado de la presencia de Tessa y es obvio que no le hace ninguna gracia. Suspiro y retrocedo.

—No debemos hacer esperar al cónsul.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Tessa Quint debe de estar acostumbrado a llenar silencios incómodos. Me agarro a su brazo como si fuera lo único que me mantiene en pie, con la respiración entrecortada, mientras él se entusiasma hablándome acerca de la relevancia histórica de los pomos de las puertas.

—Como verás —me dice cuando nos encaminamos a la zona central del palacio—, a partir de aquí el material utilizado pasa del latón al acero chapado en oro. Gran parte de esta área fue devastada hace un siglo por un incendio, pero el sector de Ciudad Acero había empezado a florecer y el rey Rodbert ordenó que todos…

—Intendente Quint. —Un guardia ha aparecido en nuestro camino. Aprieto el brazo de Quint con los dedos.

Quizá el príncipe Corrick haya cambiado de opinión. Quizás este guardia me va a arrastrar por los pelos. Quizá me van a matar y a despedazar. Lo harán delante del rey. O en el escenario donde iban a ejecutar a ocho personas. O…

El guardia extiende la mano en la que sujeta una hoja de papel mal

doblada.

—De parte de su alteza, el príncipe Corrick.

—Gracias, Lennard. —Quint la acepta.

El guardia no me mira, pero añade:

—Ha pedido que se la dé a Tessa.

Quint me entrega el papel. Lo agarro con los dedos. No tengo ni idea de qué dice.

No es verdad. Sí que imagino qué dice. Seguro que Corrick promete romperme los huesos uno a uno si lo mando todo al garete. Quiero arrugar el papel sin leerlo.

Quint ha retomado la marcha y el guardia se hace a un lado para dejarnos pasar.

Mi mano sudada ha empezado a humedecer la nota, pero no quiero desdoblarla.

—¿No piensas leerla? —me pregunta Quint.

—Seguro que dice algo en plan: «Di algo inapropiado sobre mí y utilizaré tus extremidades como leña para el fuego». —Hago una mueca.

—Lo dudo. Seguro que esperaba que el guardia fuera a leerlo.

Su comentario me frena por completo. Nunca he pensado que tuviera que preocuparse por tal cosa. Aprieto el papel con los dedos y trago saliva.

—¿No sabes leer? —Quint ha bajado la voz.

—¿Cómo? —Giro la cabeza de golpe.

—No debes avergonzarte. Podré prepararte clases de forma secreta. —Sigue hablando en voz muy baja—. Un delegado de Tierras del Tratante se casó con una mujer que no sabía escribir ni sumar, y al cabo de unas semanas…

—¡Sé leer! —Por el amor de Dios. Desdoblo el papel de inmediato y observo las palabras escritas. Palabras que me detienen el corazón y que le convencen para que vuelva a latir—. No pierdas los nervios —susurro. Durante unos segundos, quiero llevarme la hoja al pecho.

Weston Lark no es real.

No lo es.

Pero, si no es real, entonces el príncipe Corrick me ha mandado exactamente las palabras que necesitaba oír en el momento preciso en que necesitaba oírlas. Unas palabras que bien podrían ser una advertencia o una amenaza o nada que tuviera consecuencia alguna.

Respiro hondo para tranquilizarme. Enderezo los hombros y doblo el papel en forma de rectángulo.

—¿Preparada? —dice Quint. Sus ojos me recorren la cara.

Por mucho que parlotee sin cesar, Quint es más perspicaz de lo que parece. Tomo nota mental para no olvidarlo en el futuro.

—Preparada —respondo, y, para mi sorpresa, me siento así.

—¡Maravilloso! Ahora, permite que te ilustre acerca de los tapices de las paredes…

El palacio es gigantesco, y aunque tardamos un rato en acercarnos al lugar donde espera el rey, resulta evidente en cuanto nos aproximamos. Hemos dejado atrás a guardias y a criados en los pasillos, y esta puerta está custodiada por ocho hombres armados: dos a cada lado y cuatro justo enfrente. Los guardias portan un adorno adicional en las mangas que no he visto en los demás lacayos, una corona bordada en oro rodeada por círculos morados y azules que se entrelazan. A su lado está también un sirviente con una lujosa librea. Los guardias no parecen moverse, pero noto que su atención está puesta en mí en el instante mismo en que aparecemos por el pasillo. Se me erizan todos los vellos de la nuca.

Mis dedos vuelven a apretar el brazo de Quint, pero mis pasos no vacilan.

—¿Estarás en la reunión? —jadeo.

—Si requieren mi presencia.

El mayordomo nos anuncia. Creo que nos harán esperar, pero desde el otro lado una voz exclama: —Adelante.

La puerta se abre y me quedo sin aliento. Quint me invita a avanzar. Es un miedo distinto al de anoche, cuando estaba segura de

que me iban a ejecutar. Este temor está envuelto en seda y adornado con lazos y marcas doradas.

La estancia es más pequeña de lo que esperaba, con suelo de mármol y una alargada mesa de cristal resplandeciente. Las ventanas van casi del suelo al techo, y las cortinas están corridas por completo, permitiendo así que la luz natural y la calidez inunden la habitación. De este modo, las paredes azul cielo cobran vida con las sombras. Junto a la pared hay macetas enormes con flores que llenan el espacio con aromas cálidos y seductores. En un rincón se alza un árbol de verdad, plantado en una maceta de la mitad del tamaño de la mesa, con vides trepando por el tronco y extendiéndose sobre la pared, por cuya superficie han brotado diminutas flores rosadas. Si pudiera disponerse un jardín en el interior de una casa, estoy bastante segura de que se parecería mucho a esta estancia.

En ese momento mis ojos se fijan en el rey, que está de pie junto al extremo de la mesa, y es mérito de la habitación que no haya reparado en él en primer lugar. Anoche lo vi, pero mi cerebro estaba nublado por el miedo, y tan solo pensaba en escapar y en sobrevivir —para no decir nada que fuera alta traición—. Ahora veo lo alto que es (creo que un poco más que Corrick), lo anchos que son sus hombros (quizá un poco menos) y el color negro de su cabello y el azul de sus ojos. Tiene unas cuantas pecas como su hermano, aunque su piel es más pálida y no hay atisbo alguno de sonrisa en sus labios, por lo que las pecas parecen pintadas por alguien en un intento por hacer que un hombre serio resulte más juvenil. Detrás de él se alzan cuatro guardias más, y en un rincón, al lado de una mesa con bebidas y apetitosos manjares, hay otro criado.

No sé si debería arrodillarme, hacer una reverencia o tumbarme en el suelo y suplicar clemencia. Tengo la boca seca. Ojalá Jossalyn estuviera aquí para que pudiera seguirla. Los ojos del rey están clavados en mí, y no me puedo mover.

—Majestad —dice Quint—. Le presento a…

—Ya sé quién es, Quint.

—Ah, claro. Y permita que le recuerde que no está al corriente del

protocolo de la corte y…

—No hace falta que me lo recuerdes. —Los ojos del rey se desplazan hacia mi izquierda—. Fuera.

Respiro hondo, pero el brazo de Quint se separa de mi mano antes de que pueda aferrarlo con los dedos.

—Sí, majestad.

Y se marcha, y me quedo a solas con el rey. La puerta se cierra con suavidad detrás de nosotros.

Da igual con cuánta elegancia haya cubierto Jossalyn mi cuerpo esta mañana: me siento como la desarrapada forajida a la que anoche vio en los aposentos de Corrick con ropa harapienta. Mis manos revolotean sobre mis faldas, no saben dónde colocarse.

Por entre mis labios quiere escapar un montón de palabras.

Perdóneme. No sé qué se supone que debo hacer.

No me mate, por favor.

No haga que Corrick me mate, por favor.

Pídale a Quint que vuelva, por favor.

Mándeme a casa, por favor.

En los oídos me zumba la advertencia de Jossalyn de que debo esperar a que él se dirija a mí primero. Me muerdo el labio por dentro hasta que noto el sabor de la sangre.

El antiguo rey fue muy querido por el pueblo. Kandala prosperó. Reunirme con el padre de Harristan y de Corrick habría sido un honor. No me habría inspirado terror. Me habría dejado boquiabierta. Sería la envidia de todo el mundo.

Pero, claro, con el antiguo rey no me habría colado en el ala de los criados. No habría robado medicinas del Sector Real. No estaría aquí.

Estaría en mejores circunstancias que ahora mismo, porque es evidente que el rey Harristan no es demasiado querido.

—¿Qué pensamiento acaba de cruzarte la mente? —dice.

—Eh… ¿Cómo? —Me sobresalto.

—Sé que me has oído. —Su expresión no se altera.

No puedo responderle que no le cae bien a nadie.

—Estaba… estaba… —Mi voz parece un susurro sibilante. Debo

aclararme la garganta, pero el gesto no me ayuda. El rey intimida tanto como Corrick—. Estaba pensando en que el rey Lucas fue muy querido por el pueblo.

Los ojos de Harristan barren mi rostro y su expresión cambia de un modo que me hace pensar que es capaz de leer los pensamientos que no verbalizo.

—Sí, lo fue. —Con una mano me señala una silla—. Siéntate.

Debo obligarme a dar pasos hacia allí. Me está observando, y por cómo ha dicho: «Sé que me has oído», no quiero hacerle esperar de nuevo. El rey toma asiento presidiendo la mesa y yo me siento tan deprisa en mi silla que debo agarrarme al extremo de la mesa para no volcarla.

Como si respondiera a alguna señal invisible, el criado se aleja del rincón de la estancia. Guardaba un silencio tan absoluto que casi me había olvidado de que se encontraba aquí. Coloca dos copas de cristal delante de nosotros, seguidas de dos tazas de porcelana sobre sendos delicados platitos. Primero el rey, luego yo. Vierte agua en las copas y luego té en las tazas. El té es de un gris oscuro y huele delicioso. El lacayo añade leche al té del rey y, acto seguido, una cucharadita de azúcar, antes de girarse hacia mí.

—¿Con leche y azúcar, señorita?

No tengo ni idea, pero imitar al rey no me parece un mal plan.

—Sí. Por favor. Señor.

En cuanto el hombre regresa al rincón, el rey Harristan recorre el borde de la taza con el dedo, pero no bebe.

—¿Conociste a mi padre?

Es una pregunta absurda pero sincera, así que niego con la cabeza.

—No. No, majestad.

—Es fácil amar a tu rey cuando todo el mundo está sano y con la barriga llena —dice—. Es más difícil cuando… no lo está.

No lo ha comentado con arrogancia. Más bien, como si fuera una reflexión. Es tan serio que la sensiblería me pilla por sorpresa. No sé qué responder.

Al final, le da un sorbo al té.

—Corrick me ha contado que robas medicinas y que las distribuyes.

Me quedo paralizada con la taza en la mano.

—Te has colado en el palacio y te hemos perdonado la vida —añade el rey Harristan—. No dudes en hablar sin tapujos.

—¿Me han perdonado la vida para… siempre? —jadeo.

—¿Para siempre? Creo que eso escapa a mi poder. Pero no te habría convocado aquí si quisiera que me mintieras por el miedo. —Hace una pausa—. ¿Mi hermano está en lo cierto con lo que haces?

No pierdas los nervios. Mi cerebro me proporciona imágenes antes de que esté lista para hablar. Wes en el taller, ayudándome a pesar y a medir las cantidades. Los niños a los que tuvimos que convencer para que se bebieran las medicinas. Las mujeres que lloraban en mi hombro cuando nos presentábamos en sus casas con los frascos, porque estaban muy preocupadas por la posibilidad de perder a toda su familia. Los hombres que quieren saltarse las dosis para que otros puedan ingerir más.

—Cuéntame —dice el rey.

No es una orden. Es una súplica.

Me lo quedo mirando, sorprendida. Mi cerebro me trae un recuerdo de anoche. Harristan y Corrick hablando en privado en voz baja e intensa. No les presté atención. Quería escapar. Pero mis pensamientos registraron sus palabras para reproducirlas después. Para reproducirlas ahora.

«Cory. Esto no me gusta».

Antes no me faltaba razón. El rey Harristan tiene un límite. No un límite cualquiera: tiene debilidad por su pueblo.

Regreso al momento en que estábamos delante de las puertas del sector, cuando iban a ejecutar a los ocho contrabandistas. El rey parecía una persona fría y distante. Yo creía que significaba que le daba igual nuestro sufrimiento, que estaba aburrido con nuestro castigo. Yo creía que significaba que era un hombre detestable, como piensan tantos otros.

Pero a lo mejor era frío y distante porque no quería estar allí en

absoluto.

¿Qué fue lo que me dijo Corrick? «La amabilidad te vuelve vulnerable, Tessa. Hace años aprendí esa lección».

El rey Harristan seguro que también había aprendido esa lección. También perdió a sus padres, y encima heredó un reino que estaba a punto de venirse abajo.

No quiero sentir amabilidad ni empatía por este hombre ni por su hermano. Son crueles y fríos, y han causado mucho daño. Pero cuando veo los cuerpos que cuelgan de las puertas es diferente que cuando el príncipe Corrick me cuenta los delitos que cometieron esas personas.

Suelto un largo suspiro.

—Corrick… Es decir, el príncipe Corr… O sea, su alteza…

—Ya sé a quién te refieres.

—Claro. Por supuesto. —Me detengo—. Está en lo cierto. Sí que robo medicinas. Pero no soy una contrabandista. Se las doy a la gente que no se las puede permitir.

—¿No crees que la gente que las ha adquirido legalmente tiene derecho a recibir sus medicinas?

Titubeo.

—Di la verdad, Tessa. —Sus ojos se clavan en los míos—. Como no me digas la verdad, te pasarás el resto de tu vida en el presidio, y al cuerno con los deseos de mi hermano.

Me lo quedo mirando. Delante de Wes, dije que había llegado el momento de iniciar una revolución. Dije que deberíamos salir de las sombras. Ahora he salido de las sombras. Estoy justo delante del rey… y me pide que le diga la verdad.

Así que se la digo.

—Sus dosis son demasiado altas —le aseguro—. Están tomando más de lo que necesitan.

—Es imposible que lo sepas.

—Sí que lo sé. Mi padre era boticario, y aprendí a medir las cantidades yo misma. La gente a la que nosotros tratamos está igual de sana tomando seis veces menos que ustedes. —Estoy hablando de más, pero, ahora que he empezado, ya no puedo parar—. Mi padre decía

que tomar demasiada medicina puede ser tan dañino como tomar poca. A veces me pregunto si podría curar a su pueblo por completo en caso de que ajustaran sus dosis más rigurosamente. Si añaden un poco de aceite de semillas de rosa al elixir…

—¿Tu padre y tú robáis juntos?

—Yo… ¿Qué? No. Mi padre… Mis padres están muertos. —Trago saliva—. Murieron hace dos años.

Para mi sorpresa, se ha sobresaltado. Se recuesta en el respaldo de la silla.

—Te acompaño en el sentimiento.

—¿De verdad? —me atrevo a decir—. La patrulla nocturna los mató. Su patrulla nocturna.

—Entonces, ¿tu padre era un contrabandista? ¿Un comerciante ilegal?

—¡No! —Es como si el rey me hubiera dado una bofetada en la cara. Me aferro al extremo de la mesa—. Mi padre… era… era un buen hombre…

—¿Hacía lo que haces tú?

—Sí.

—Que, en resumidas cuentas, es robar, ¿no?

—No es lo mismo. —Lo fulmino con la mirada.

—Para la patrulla nocturna sí es lo mismo. —Bebe un sorbo de té.

Quiero asestarle un puñetazo en la cara.

Puede que Corrick no me haya cortado las manos, pero me da la sensación de que los guardias que vigilan desde la pared lo harían.

—No tengo intención de importunarte —dice el rey Harristan—. Pero si vas a pensar mal de mí por lo que les ocurrió a tus padres, te sugiero que reflexiones sobre las decisiones que tomaron. Todos los contrabandistas cuentan una historia para justificar sus acciones. Los castigos son bien conocidos. ¿Cómo voy a hacer la vista gorda con un tipo de robos y no con otros?

Mis dedos aprietan tanto el cristal de la mesa que me duelen los nudillos. Está equivocado.

Pero… al mismo tiempo no lo está. Tuve la misma discusión con

Wes desde el otro lado. «Para el rey y para su hermano es lo mismo».

—¿Qué alternativa nos queda? —le espeto—. La gente está muriendo.

—Ya lo sé.

Me quedo paralizada. Vuelvo a percibir ese matiz en su voz. Sí que lo sabe. Sí que le importa.

—Quizá para la patrulla nocturna todo sea lo mismo —digo con aspereza—, pero es distinto cuando alguien tan solo quiere sobrevivir.

—Creo que la gente que compra las medicinas por los cauces legales también quiere sobrevivir.

—Si alguien se muere de hambre y roba una hogaza de pan…

—Sigue siendo un ladrón. —Su tono no cambia.

—¿Alguna vez usted se ha muerto de hambre? —me atrevo a pronunciar.

Entre nosotros se instala un silencio tenso y repentino. No se ha muerto de hambre. Claro que no.

—Si tienes esa teoría acerca de los pétalos de flor de luna y de las dosis, ¿cómo es que no la has dado a conocer? —Sus ojos no se apartan de los míos.

—¿A quién? —me intereso—. ¡Se la acabo de decir y no me ha creído!

Me mira impasible mientras pasa un dedo por el borde de la taza de té una vez más.

Avergonzada, me dejo caer sobre la silla.

—Su…, mmm, majestad.

—Has dicho «nosotros».

—¿Cómo? —Esta conversación me está dejando sin aliento.

—¿Te refieres a los benefactores?

—¡No! No sé quiénes son.

—Has dicho: «La gente a la que nosotros tratamos está igual de sana». ¿Quién es ese «nosotros»?

Frunzo el ceño. En los sectores hay gente que cree que el rey es un bobo tosco, vago y frívolo, pero sentada delante de él veo que no llevan razón. No me da la impresión de que sea fácil mentirle.

Y sí me da la impresión de que en realidad desea este tipo de diálogo sincero, que es más sorprendente que todo lo que he oído y aprendido desde que llegué al palacio.

—Cuando mis padres murieron, yo estaba allí. —Respiro hondo—. Lo vi. La patrulla nocturna… no es… Los guardias no son sutiles. La pena me cegó. Iba a correr hacia ellos. Pero de las sombras salió un hombre que me agarró y me escondió en la oscuridad. Creía que era un forajido. Y lo era. Pero… no era un contrabandista. Salvaba vidas con medicinas robadas. Me salvó la vida. —Para mi sorpresa, se me forma un nudo en la garganta. Es como si llorara la pérdida de Wes de nuevo, pero de un modo totalmente distinto—. Nos hicimos… amigos. Fuimos socios. Ayudamos a la gente.

—Y ¿qué le ha ocurrido a ese amigo tuyo?

Ojalá tuviera el pañuelo de Quint. Me froto los ojos con la punta de los dedos.

—La noche en que intentaron ejecutar a los ocho contrabandistas, él quería parar. Me dijo que era demasiado peligroso. Pero le rogué que siguiéramos. Él no… no… —Se me parte la voz. No puedo respirar. Me pongo una mano en el pecho y cierro los ojos.

No existía. Wes no existía. No murió en la muralla. No era una persona real.

—Lo atraparon —deduce el rey Harristan.

Trago saliva. Asiento. Respiro.

—Mírame.

Debo obligarme a abrir los ojos. Me está observando fijamente, pero su voz ha dejado de ser imperturbable.

—¿Qué hay de la gente a la que ayudabas? ¿Qué le va a pasar?

Me seco las mejillas.

—Enfermará y morirá —digo—. O quizá no. Lo mismo que le ocurre a cualquiera que no tenga el elixir.

—Finn —exclama, y tardo unos instantes en darme cuenta de que no se está dirigiendo a mí.

El criado se acerca desde la pared.

—Majestad.

—Ve a buscar a Quint.

El intendente no andaría muy lejos, porque hace acto de presencia al cabo de menos de un minuto.

El rey Harristan ni siquiera le da tiempo para hablar, pero Quint debe de estar acostumbrado, porque ya lleva un bolígrafo en la mano.

—Quiero reunirme con los doctores y boticarios del palacio para hablar de las dosis del Sector Real. Tessa mañana les va a presentar sus descubrimientos, y…

—¿Qué? —exclamo.

Quint deja de escribir para llevarse un dedo hasta los labios, y cierro el pico.

—Me gustaría ver un recuento de la medicina distribuida en cada sector por población, además de los registros de eficacia. Que Corrick lo repase. Redacta una declaración que diga que el error de seguridad ha sido un malentendido, que no se trataba sino de una ciudadana preocupada, una boticaria, que tan solo intentaba entregar un informe de sus investigaciones.

Estoy mirándolo sin pestañear.

El rey Harristan me mira gravemente.

—No puedo asegurarte que siempre estarás a salvo —dice—, pero sí puedo asegurarte que dispondrás de unos cuantos días para corroborar tu historia. Me interesa oír tus teorías con más detalle.

No sé qué responder.

—Está sobrepasada por la gratitud, majestad —tercia Quint.

El rey le lanza una mirada fulminante.

—Lárgate, Quint. Llévatela contigo.

—Enseguida. —Quint cierra el cuaderno y me ofrece el brazo.

—¿Gracias? —susurro. No sé si lo digo en serio. No sé si quiero decirlo en serio.

Quint me da una palmada en la mano que he colocado sobre su brazo.

—Vamos, querida. La etiqueta nos espera.

CAPÍTULO VEINTE
Corrick

No es frecuente que me llamen desde el presidio cuando el sol está alto en el cielo, y ahora es la segunda vez en la misma semana. Nunca ha sido un lugar especialmente agradable, pero por la noche suele ser un sitio frío, con lo cual el hedor resulta soportable, y silencioso, porque hasta los mayores delincuentes del reino deben dormirse en algún punto.

Durante el día, es un infierno.

—De verdad que tenéis que hacer algo con esta peste —dice Allisander con un pañuelo sobre el rostro a modo de máscara mientras atravesamos las puertas.

Quizá solo sea un infierno porque él está aquí.

O quizá sea un infierno porque estoy yo. Debería estar en el palacio. Debería estar cuidando de Tessa. No paro de pensar en la forma en que me lanzó el vaso de brandi, y me la imagino haciéndole algo parecido a mi hermano.

Es demasiado fácil de imaginar. Y a pesar de las pruebas que demuestran lo contrario, soy muchísimo más tolerante que Harristan. *Dios, Tessa.*

—No me has dicho nada sobre la chica —comenta Allisander.

La chica. Me enfurece su tono despectivo, y me cuesta ocultarlo. La chica es valiente. Brillante. Fuerte. Compasiva. La chica hace más por Kandala que el cónsul consentido que tengo delante.

—¿La joven que asumes que ha pasado la noche en mis aposentos?

Un guardia se adelanta para sujetarnos la puerta que lleva a las

escaleras.

—Pues… sí —contesta Allisander—. Según Arella, estabas…

—Ya sé qué cree Arella que estaba haciendo, igual que sé qué crees tú que estaba haciendo. —Lo taladro con la mirada, y tiene la decencia de aparentar sorpresa—. Está equivocada. Y tú también lo estás.

—Los rumores afirman que se coló en el palacio para matar a Harristan. —Me observa por encima del pañuelo.

En su tono percibo un trasfondo de preocupación que hace que me pregunte, durante unos instantes, si sigue viva la diminuta chispa de su amistad. Pero entonces añade:

—Puede que haya colaborado con los contrabandistas a los que he atrapado, y ahora le has permitido acceso al rey.

Ah. Claro. Mantengo la vista al frente y bajo las escaleras.

—Difícilmente seguiría viva ahora mismo si eso fuera cierto.

Me responde hablando entre dientes detrás del pañuelo.

—Bueno, obviamente no es corriente que metas en tu habitación a alguien que ha cometido contrabando…

—Cónsul, espero que no me hayas arrastrado hasta el presidio antes del desayuno para hablar de algo de lo que podríamos haber hablado en el palacio. —Llegamos al final de las escaleras y me lo quedo mirando. Necesito que deje de indagar para obtener información sobre Tessa; por lo menos hasta que me entere de qué le ha dicho a mi hermano—. Háblame de tus prisioneros.

Bufa durante unos segundos, como un bebé rabioso.

—Verás. Nos atacaron en la Selva. Entre el envío de Lissa y el mío, había seis carruajes llenos en total. Eran decenas de asaltantes, aparecieron todos al mismo tiempo.

Me detengo en el último pasillo antes de doblar hacia el nivel inferior. Una única lámpara cuelga de la pared y produce sombras sobre las mejillas de Allisander. Pocas cosas podría decir él que me hicieran dejar de pensar en Tessa, pero eso lo ha logrado.

—¿Decenas? —digo—. ¿Vuestras provisiones fueron atacadas por decenas?

—Sí. Muchísimas más personas que el grupito al que detuvisteis en

Ciudad Acero. —Se echa a toser, y supongo que detrás del pañuelo ha puesto una mueca—. No los pudimos capturar a todos, claro. Y Dios sabe con cuántos paquetes consiguieron huir…

—¿No hacéis inventarios?

—Por supuesto que sí. Pero es que prendieron fuego a uno de los carruajes…

—¿Le prendieron fuego?

—Sí. Disparaban flechas llameantes. Antorchas. Estaban organizados, y debían de saber que íbamos a pasar por allí. Habíamos autorizado el envío dos días antes, y por su envergadura poca gente sabía que estábamos de camino. —Suelta un chasquido de desagrado —. Sabía que la cosa no terminaría con aquellos ocho. Debe de haber cientos que esperan destrozar nuestras provisiones. Ponen en peligro a toda Kandala, Corrick. Debemos detenerlos.

—Estoy de acuerdo. —Y es así. Si Allisander y Lissa se asustan, dejarán de hacer envíos por completo. O exigirán que los sectores inviertan un dinero y un personal que no pueden desperdiciar para ir ellos mismos a por las medicinas. Me pregunto si alguno de los prisioneros estará entre los que escaparon durante el tumulto—. Los interrogaré. Descubriremos qué está sucediendo.

—Bien.

Giramos la esquina. El hedor es peor que de costumbre. También el silencio es mayor. Al ser media mañana, esperaba oír gritos y maldiciones procedentes de las celdas, pero no habla nadie. Hay cuatro guardias apostados aquí, y me saludan con un asentimiento, pero parecen… aburridos. Me detengo junto a los primeros barrotes y echo un vistazo al interior de la celda.

Frente a la pared, hay una mujer tumbada en el suelo. Lo primero que veo es su pelo castaño, que forma una montaña revuelta debajo de su cabeza. Estoy tan acostumbrado a buscar a Tessa entre los contrabandistas a los que encierran en el presidio que, durante unos instantes, se me cierra el estómago. No es ella. Sé que no. No puede ser.

La mujer no me mira enseguida. Es mayor que Tessa, tiene la piel

beis, unos tonos más oscura que la de ella. Un gran moratón le cubre la mandíbula, le sangran los labios agrietados. Una mosca revolotea sobre su boca y ella ni se inmuta; supongo que estará inconsciente o dormida. Uno de sus brazos está torcido en un ángulo que no es natural.

No puedo sacudirme la tensión que me embarga las entrañas.

No digo nada y avanzo hasta la siguiente celda. Esta vez se trata de un hombre, que debe de tener unos treinta años. Los ojos cerrados, la nariz rota y ensangrentada. Lleva la ropa hecha jirones y manchada de rojo oscuro en tantos sitios que no sé dónde se originaron sus heridas. Es obvio que le han roto los dos brazos.

Aprieto la mandíbula.

Siguiente celda. Otro hombre, esta vez veinteañero. Destrozado, ensangrentado y herido. También inconsciente. Con la pierna rota.

Siguiente celda. Un tercer hombre, unos años mayor. Tiene la barba salpicada de gris. Un lado de su cara está hinchado y lleno de cicatrices, y parece que una costra de sangre le obliga a mantener el ojo cerrado.

En la siguiente celda hay una mujer, cuya respiración es bronca e irregular. Tiene el rostro sucio pero intacto, y le sangran los pies, que lleva descalzos. Además, está embarazada. Mientras la observo, abre los ojos y tose sobre el suelo cubierto de paja. Ve que la miro y espero que aflore el miedo en sus ojos.

Pero no. Aflora la resignación.

—Supuse que morir aquí sería más rápido que por la fiebre —murmura antes de parpadear lentamente.

Allisander me ha dicho que estaban organizados, que fue un ataque planeado, pero estas personas no parecen delincuentes expertos. Me pregunto si estarán todos enfermos.

—Nos aseguraremos de que sea más doloroso —le espeta el cónsul. Da una patada al suelo y provoca una nube de polvo y arenilla que se adentra en la celda.

La mujer vuelve a toser y, entonces, escupe sangre sobre el suelo de piedra.

—Ya me lo imagino. Nos lo demostraste cuando nos rendimos.

Su comentario tarda unos instantes en calar. Me giro y miro a Allisander.

—¿Se rindieron?

—Pues claro. Contábamos con un buen destacamento de guardias. En cuanto nos dimos cuenta de que nos atacaban, pudimos acorralar a la mitad de ellos. Aunque la mayoría fue capaz de huir a la Selva.

—Gracias a los benefactores, volveréis a verlos. —La mujer sonríe, hay sangre en sus labios.

Me quedo paralizado. Recuerdo los gritos que se alzaron durante el alboroto que se formó frente a las puertas.

—¿Quiénes son los benefactores?

La prisionera cierra los ojos.

Allisander golpea los barrotes con una mano.

—Ya hablarás.

Por ahora, no.

Allisander toma aire como si se preparara para soltar más veneno por la boca, pero la mujer no piensa decir nada y él no se quedará satisfecho hasta que yo empiece a crearle pesadillas para obtener respuestas. Lo haré si es necesario, pero no para que se regodee él. Me encamino hacia la siguiente celda. Allisander cierra la boca y me sigue. Esta vez es un hombre. Está sentado en el rincón acariciándose la muñeca sobre el regazo, pero al parecer le pesan los párpados. Está pálido y sudoroso, y su respiración es demasiado acelerada.

Sorprendido, veo que es un hombre al que Tessa y yo solíamos llevarle medicinas. Su nombre es Jarvis y tiene una bonita esposa llamada Marlea. Me pregunto si la encontraré en una de las celdas. Viven en Artis, a las afueras de la Selva, y él trabaja de albañil, mientras que ella remienda ropa. Es un tipo alto y musculoso, pero también uno de los hombres más amables que he conocido nunca. Si bien la mayoría de la gente que depende de nosotros para acceder a las medicinas se apresura a condenar al rey (y a mí), Jarvis era de los que siempre decían: «Seguro que está haciendo lo que puede».

No me lo imagino atacando una caravana de provisiones.

Pero, claro, tampoco me imaginaba a Tessa colándose en el palacio.

Tessa. La tensión que me constriñe por dentro se intensifica. Miro hacia el cónsul.

—Si se rindieron, ¿por qué todos están tan gravemente heridos?

Allisander enarca una ceja, como si fuéramos camaradas y el detalle me pareciera divertido.

—¿Acaso importa?

—Sí. —Me niego a seguirle el juego.

La parte de la cara que le veo se vuelve seria. Me apetece arrancarle el pañuelo.

—¿Por qué? —pregunta.

—Porque no puedo interrogar a prisioneros que a duras penas están conscientes. —Hago una pausa—. Mis guardias lo saben. Si alguien se rinde, lo trasladan al presidio. Ileso. ¿Les diste unas órdenes diferentes?

Allisander duda. Está intentando interpretar mi expresión facial.

No le doy la oportunidad. Me giro para mirar hacia un guardia apostado junto a la pared.

—Stanton. Que el doctor de la prisión les cure las heridas. Dadles de comer a todos. Volveré esta noche.

—Sí, alteza —asiente.

Allisander por fin se aparta el pañuelo de la cara.

—No lo dirás en serio.

—Sí —afirmo—. Si quieres información, deben estar en condiciones de dártela. —Me giro hacia las escaleras. El cónsul no me sigue.

—Primero metes a una asesina en tu habitación y ¿ahora te preocupas por los prisioneros? ¿Por qué esa chica no está aquí en una celda también, Corrick?

Le ignoro y me dirijo a Stanton de nuevo.

—Que se presenten en el palacio los guardias encargados de vigilar la caravana. Me gustaría hablar con ellos. —En este momento, me acerco a Allisander y expulso de mi cabeza cualquier pensamiento relacionado con Tessa. Envío mis pensamientos al lugar sombrío que me recuerda cómo me sentí cuando mataron a mis padres delante de

mí—. ¿Quieres que te demuestre que no me he ablandado, cónsul?

Mi voz suena fría, pero él no se acobarda. Puede que fuera amigo de Harristan, pero es su relación conmigo la que siempre ha tenido más peso político. A veces creo que evita a mi hermano, como si todavía le escociera el rifirrafe que tuvieron hace tantos años, pero Allisander y yo siempre nos hemos encontrado en el terreno de juego. Pero ahora, por lo visto, quiere desafiarme, y eso es impropio de él. Me pregunto cuántos rumores se han esparcido ya a consecuencia de Tessa. Me pregunto si el hecho de que escaparan prisioneros durante el tumulto será considerado una debilidad por mi parte. Me pregunto si me veré obligado a hacer algo horrible solo para acallar los rumores.

Sin previo aviso, mi mente invoca la imagen de Tessa en el suelo de mi habitación, temblando aterrorizada. Ella siempre piensa en los demás. Yo también, pero no del mismo modo. Antes miraba a Weston, me miraba a mí, con gran devoción. Yo no me la merecía entonces y menos me la merezco ahora.

Esa conclusión es un golpe certero.

Algo debe de haberse alterado en mi rostro, algo que revela un destello de vulnerabilidad o de debilidad, porque Allisander da un paso adelante.

—Sí, Corrick. Es lo que quiero.

—Muy bien. Se te prohíbe la entrada al palacio hasta que recuerdes que soy el justicia del rey y tú, el cónsul de Prados de Flor de Luna. No vas a revocar las órdenes que les dé a los guardias que te he ofrecido para protegerte y no vas a…

—No puedes prohibirme la entrada al palacio. —Me mira como si quisiera estamparme contra la pared.

—¿Deseas que te busque una celda entre tus amigos? Creo que están todas llenas. Quizá podríais compartir alguna.

Ha apretado los puños y me mira con frialdad.

—No —responde entre dientes.

Arqueo una ceja.

—No —repite—, alteza.

—No lo olvides —le espeto—. El tuyo no es el único sector con

flores de luna. —Me doy la vuelta y me encamino hacia las escaleras sin esperar a ver si me sigue o no.

Llevo veinte minutos esperando a Harristan, y estoy a punto de arrancar el papel pintado de las paredes. En cambio, lo que hago es contemplar la montaña de hojas que se acumulan frente a mí: informes detallados de los repartos medicinales de todos los sectores, además del censo más reciente de las localidades, así como los registros de defunciones y de salud y de delitos. Más información de la que jamás llegaré a necesitar.

—¿Qué es todo esto? —le pregunto al paje que me trae otra pila a mis aposentos.

—Por órdenes del rey, alteza —dice antes de dedicarme una rápida reverencia y salir de mi habitación… para volver al cabo de unos minutos con más papeleo. Dubitativo, observa la mesa atestada.

Me apetece decirle que lo lance todo al fuego.

—Apílalos en el suelo —le indico.

Le he mandado un mensaje a Quint con la esperanza de que cruzara mi puerta con información acerca de la reunión entre Tessa y mi hermano, pero al parecer está resolviendo un problema que ha habido con el personal de la cocina.

No tengo ni idea de qué está haciendo Harristan… ni de por qué me ha mandado todo esto. A él también le he mandado un mensaje, y la respuesta de mi hermano ha sido un conciso: «Luego hablamos».

Me acerco a la mesita y me sirvo una copa de vino.

El paje regresa con una nueva montaña de folios. Dios. Devuelvo el vino a la botella y lo cambio por el brandi.

Me gustan los detalles y no me importa enterrarme en pilas de documentos, pero esto… es demasiado. Ni siquiera sé cuál es el propósito.

Quiero mandarle un mensaje a Tessa, pero no se me ocurre nada que no vayan a leerlo ni a comentarlo los demás… y necesito saber

cómo ha ido la reunión con Harristan para poder decidir cómo quiero que se interpreten nuestras interacciones.

Tampoco puedo dejar de pensar en esos benefactores y en lo que significan. ¿Hay alguien detrás de los ataques, de los asaltos? Que la gente se arriesgue tanto implica que alguien les proporciona fondos. O medicinas. De lo contrario, el riesgo es demasiado alto.

Si los ataques continúan ocurriendo, Allisander ralentizará sus envíos de provisiones. El peligro que correría Kandala es demasiado alto.

En mi última noche como Weston le pregunté a Tessa si sabía quiénes eran, y me dijo que no. A Wes no le habría mentido. Ojalá hubiéramos tenido una noche más, una oportunidad más para hablar con la gente.

Pero ahora ya me he quedado sin esa oportunidad, claro.

Me paso las manos por el pelo. Estoy agotado, y solo es media tarde.

En ese momento, vuelve el paje con más papeles.

—Basta —le suelto.

Se encoge y casi los deja caer.

—Déjalos en el suelo. —Suspiro—. Te avisaré cuando haya repasado lo que me has traído.

Dentro de un año, probablemente.

Al final, una agonizante hora más tarde, los guardias anuncian a mi hermano. Después de cómo me ha hecho esperar, espero a que irrumpa en mi habitación como un vendaval, pero Harristan cruza la puerta como si tal cosa y deja que se cierre tras de sí.

—Corrick. —Echa un vistazo a las montañas de hojas y frunce el ceño—. ¿Qué es todo esto?

—Dímelo tú. —Le doy un sorbo a la bebida—. Me lo han traído por petición tuya.

—Ah. Sí. La chica afirma que nuestras dosis del Sector Real son demasiado altas. ¿Puedes ver si hay algún dato que lo corrobore? Los médicos del palacio ya están en ello, pero a ti se te dan mejor estas cosas. —Señala las pilas con una mano.

Es decir, él no tiene la paciencia (ni el tiempo). Yo tampoco, en realidad. Me repiquetea el corazón por saber lo que le ha contado Tessa.

—Y ¿para cuándo quieres las conclusiones?

Se sienta en una silla delante de mí y levanta la cubierta de una carpeta antes de soltarla y dejar que se cierre sola.

—Para mañana.

—¿Un solo día, Harristan? —Me ahogo con el licor—. ¿Por qué no dentro de una hora?

—No pienso alojarla en el palacio si los motivos de su presencia no son legítimos.

Dejo el vaso y me lo quedo mirando. Él se me queda mirando también.

Anoche, en la silenciosa oscuridad de sus aposentos, dijo que yo le estaba escondiendo algo, pero no exigió saber de qué se trataba. Ahora tampoco me lo va a exigir, aunque su postura es clara.

Me sorprende y a la vez no me sorprende que Tessa haya sido de algún modo capaz de convencer a mi hermano de que los motivos que la han traído al palacio son legítimos. No solo legítimos, sino… ventajosos.

—Me pongo con los informes —digo con voz queda.

—Bien. —Alarga una mano para agarrar mi vaso de brandi y bebe un trago—. Eres consciente de que no vas a poder prohibirle la entrada a Allisander indefinidamente.

—No sabía que las noticias volaran tan rápido hasta ti. —Hago una mueca.

—Ha redactado una queja casi de inmediato.

—Desde las escaleras del palacio, supongo.

Harristan no me sonríe.

—De hecho, sí. —Duda—. Aunque nuestras dosis estén mal calculadas, no podemos enemistarnos con nuestro principal proveedor.

—Allisander se ha vuelto demasiado atrevido.

—Por mucho que Arella pida misericordia, su sector no es uno de los principales proveedores de Kandala. El de Roydan tampoco.

Lo sé. Él sabe que lo sé. Deja el vaso sobre la mesa y lo agarro.

—Colgar a gente de las puertas no ha detenido a los contrabandistas —digo—. Si acaso, se han vuelto más osados.

—Está claro. Una se ha colado en el palacio y ha llegado hasta la habitación de mi hermano.

—Dios, Harristan. —Vacío el vaso y aparto la mirada.

Durante unos instantes, creo que me va a presionar para sonsacarme más información. Mi hermano no es tonto. Sabe que con Tessa hay más de lo que le he contado. Él mismo lo admitió anoche.

Sin embargo, se limita a observar los papeles y se levanta.

—Tienes mucho trabajo por hacer. —Me da una palmada en el hombro antes de girarse hacia la puerta—. Yo me ocupo de Allisander.

—Gracias.

No puedo decirlo en voz alta, pero le doy las gracias no solo por tratar con un cónsul irritado. Le doy las gracias por su confianza. Por permitirme guardar secretos.

Por permitirme proteger a Tessa.

Él también lo sabe, porque me dedica una ligera sonrisa.

—De nada, Cory.

La sonrisa desaparece y, en ese momento, se encamina hacia la puerta.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Corrick Quint está despatarrado en una silla de mis aposentos, comiendo fresas mientras el sol se pone en la ventana que se alza detrás de él. Lleva veinte minutos hablando de nada en particular, y normalmente me da igual, pero tengo los nervios tan a flor de piel que estoy a punto de pedirles a mis guardias que lo saquen de aquí.

—Y entonces —dice— Jonas les contó a los guardias que la chica era su sobrina, ¿te lo puedes creer? No sé a quién pretende engañar.

Me peleo con los botones de oro de mi chaqueta y, acto seguido, me la quito de los hombros para lanzarla sobre la mesa junto a las demás que ya me he probado y he descartado.

—Seguro que en algún lugar del palacio hay algún asunto que precisa de tu atención.

—Es más que probable. —Agarra otra fresa y arranca el tallo—. Vuelve a probarte la negra.

Frunzo el ceño. Es la primera chaqueta que Geoffrey ha sacado de

mi armario… y creo que es la que espera que siga vistiendo. Me la he quitado cuando me he dado cuenta de que me recuerda demasiado a todo lo que hago por mi hermano, lo cual hace que me preocupe que la prenda le recuerde a Tessa todo lo que hago por mi hermano. Decido ponerme la roja.

—De ninguna de las maneras —opina Quint.

Suspiro y la descarto antes de pasarme una mano por la mandíbula.

Quint deja la fresa y camina por delante de la montaña de ropa de mi cama, rumbo a mi armario.

—En serio, Corrick. La chica te ha visto con ropa de lana. —Examina mis prendas durante unos instantes y selecciona una—. Toma.

La chaqueta es de un brocado azul marino con un ligero estampado de hojas de un tono un pelín más oscuro, cuello de seda negro y ribetes plateados. Los botones son de plata bruñida. Es suave y sencilla, y nunca me la he puesto; no es del estilo que suelo vestir.

—No —protesto.

—No quieres ser el príncipe. No puedes ser el forajido. Habrá que buscarte una nueva identidad, ¿no?

—Quint.

—Sabes que a estas horas el salón estará atestado de cortesanos. —Sujeta la chaqueta abierta como si fuera un ayuda de cámara—. ¿Quieres dejar a tu chica entre tanta víbora?

No. No quiero. Y tiene razón: tanto da lo que lleve. No puedo ser quien ella desea que sea. Suspiro y enfundo los brazos en las mangas.

—Todavía me detesta.

—Detesta que le hayas mentido. Es distinto. —Quint me rodea para observar mi aspecto. Me aparta la mano de los botones de un golpetazo y se afana en abrocharlos él.

—No tenía ni idea de que supieras abotonar una chaqueta —digo con fingido asombro.

—Chist. —Cuando termina con el último botón, sacude un polvo invisible de mis hombros y da un paso atrás.

Tiro de las mangas de la camisa y me fijo en que me está examinando. Es lo que mucha gente ignora de Quint: parece un tipo disperso y frívolo, pero en el fondo es un observador atento que lo ve todo y que no olvida nada.

—¿Qué? —le digo.

—Me he enterado de lo que ha ocurrido hoy en el presidio. Con el cónsul Sallister.

—¿Que le he prohibido la entrada al palacio? —Gruño—. Harristan ya me ha dado su opinión al respecto.

—No. Que ordenaste que dieran de comer y trataran a los prisioneros.

—Sallister hizo que a la mayoría los apalearan hasta casi matarlos, Quint. —Arrugo el ceño—. Si quiere descubrir quién está detrás de los asaltos a sus caravanas de provisiones, debe dejarme a alguien a quien interrogar.

No me responde.

Pongo los ojos en blanco y me giro hacia la puerta.

—¿Ahora no tienes nada que decir?

—A lo mejor Tessa está a salvo y a lo mejor no le gusta la verdad —murmura—. Pero aquí solo puedes ser el príncipe Corrick.

—Ya lo sé.

—Solo puedes ser el justicia del rey.

Quiero que sus palabras me irriten, pero no es así. Quizá necesitaba que alguien me lo recordara.

—No lo he olvidado. —Mi voz es tan queda como la suya.

—Por supuesto que no. —Quint se encamina hacia la puerta—. La velada te espera, alteza.

Quint tenía razón. El salón está atestado de cortesanos, sí. Diviso a Jonas Beeching en el rincón; el cónsul está bebiendo con una joven de cabellera negro azabache cuyos rizos le caen sobre la espalda. Debe de doblarla en edad, y me pregunto si es la «sobrina» que ha comentado

Quint. Jonas habrá reparado en mi mirada porque empieza a levantar la vista, así que giro la cabeza. Va a querer insistir en la necesidad de construir el puente de Artis y esta noche no me apetece jugar a la política.

Pero entonces, durante unos instantes, vuelvo a mirarlo al recordar que Allisander sugirió que la petición exagerada de dinero de Jonas quizá tuviera algo que ver con los benefactores que están financiando a los rebeldes. Le doy vueltas a esa idea en mi mente y no creo que encaje. Jonas está demasiado satisfecho de sí mismo, es demasiado feliz y querrá dejar que el mundo gire como siempre, porque no hay nada malo que lo afecte personalmente.

Barro la multitud en busca de Tessa y me pregunto si alguna de las mujeres le ha clavado las zarpas ya. Los chismorreos inundan el aire como si de una neblina se tratara, y, aunque bajan la voz cuando me acerco, oigo algunos comentarios diseminados al cruzar la estancia.

«Al parecer, es una boticaria».

«Me han dicho que ha pasado la noche con el príncipe».

«Me da igual lo que digan ciertas muchachas: mi médico recomienda cuatro dosis diarias».

«Más vale que tenga cuidado, no vayan a degollarla».

Pongo los ojos en blanco y agarro una copa de vino de un criado que pasa con una bandeja.

«Quizá el rey intentó colarla en el palacio».

«A lo mejor está embarazada con su bastardo».

Me atraganto con el vino.

Vaya. Eso sí que sorprendería a Harristan.

No veo a Tessa y debo hacer acopio de fuerza de voluntad para no sacar el reloj del bolsillo. Al otro lado de la estancia, Jonas parece que está reuniendo el aplomo para acercarse a mí. Si Tessa no aparece pronto, voy a tener que buscar a alguien con quien hablar, o de lo contrario me veré obligado a escuchar al cónsul.

—Alteza.

Detrás de mí me llama una voz suave, y al girarme me encuentro con Lissa Marpetta. Allisander y ella controlan las provisiones de flor

de luna de Kandala, pero no me resulta tan insufrible como él. Si soy sincero, no me resulta insufrible en absoluto. Casi me dobla la edad y tiempo atrás fue amiga íntima de mi madre. A veces me pregunto si por eso nunca nos presiona demasiado a Harristan ni a mí. Muchos de los cónsules creen que es una mujer pasiva que llegó a intimar con la familia real y que luego tuvo la suerte de amasar riquezas y poder. Harristan no está de acuerdo. Él cree que es una mujer muy inteligente. Mientras que Allisander no duda en tomar la palabra para decir lo que quiere, Lissa siempre prefiere que él emprenda las batallas en tanto su sector recoge los beneficios.

—Consulesa —la saludo—. Creía que habías regresado a Crestascuas.

—Me informaron de que ha habido novedades en el palacio, y Allisander me escribió para decirme que debería volver.

Cómo no.

—Es un malentendido —digo con amabilidad—. La chica nos trajo pruebas al palacio de que hay que repasar mejor nuestras dosis.

—¿Crees más en la palabra de una chica de la Selva que en la de tus médicos reales? —Me observa fijamente.

—Creo que debemos escuchar a cualquiera que nos sugiera que hay una manera de lograr que las medicinas sean más eficaces.

Lissa titubea.

—Con el debido respeto, alteza, te sugiero que procedas con sumo cuidado.

—¿Consideras que seré imprudente? —Bebo un sorbo de la copa.

—Considero que tus padres confiaron demasiado en la gente de fuera del palacio. —Guarda silencio durante unos segundos—. Quería mucho a tu madre. No quiero que tu hermano y tú sufráis el mismo destino que ella.

La miro a los ojos, y una parte de mis nervios se evapora. No es frecuente que uno de los cónsules muestre compasión por nosotros, sobre todo ahora. Asiento.

—Por supuesto, consulesa.

Se aleja y me termino la bebida. No hacía falta que me recordara lo

que les sucedió a mis padres. No hacía falta que me recordara que las teorías de Tessa son solo eso, teorías.

Un repentino silencio se instala en la habitación cuando alguien nuevo capta la atención de los presentes. Veo un vestido elegante, una figura esbelta y un montón de bucles, y mis ojos están a punto de interpretar a la recién llegada como otra cortesana… hasta que me doy cuenta de que se trata de Tessa.

Lleva un despampanante vestido de terciopelo carmesí, aunque las faldas se separan en un costado para dejar ver una franja de gasa de color crema cuando se mueve. Es un vestido sin mangas, si bien alguien le ha adornado los antebrazos con un complicado entramado de satén rojizo que le han atado por encima del codo. Su expresión es seria, sus labios no sonríen, sus ojos son de piedra. Acompañada por los guardias, fácilmente podría parecer una prisionera, pero, en cambio, parece una reina.

Sus pasos se detienen al entrar en la estancia y su mirada escruta las distintas caras.

Los susurros han vuelto. El semblante estoico de Tessa empieza a ceder, y sé que está oyendo algunos de los comentarios. Sus ojos comienzan a moverse de izquierda a derecha, ahora con una expresión menos seria y más asustada.

Doy un paso adelante.

—Tessa.

Se sobresalta un poco y me mira. Una criada le ha maquillado los ojos con tonos oscuros y le ha salpicado las mejillas de color rosa. Sus labios son de un rojo más claro que el del vestido y se abren ligeramente al sorprenderse.

Debe de haberse dado cuenta de que me está taladrando con la mirada, porque sus ojos se vuelven fríos y cierra la boca de golpe. Se sujeta bien las faldas y se inclina para hacer una reverencia que, en cierto modo, consigue ser tan elegante como beligerante. Es evidente que las clases de etiqueta le están yendo bien.

—Alteza.

Solo ella es capaz de convertir una reverencia en un gesto

desafiante.

Le contesto inclinando la cabeza y le ofrezco el brazo.

—¿Vamos?

Tessa vacila, la incertidumbre parpadea detrás de la valentía de sus ojos. Todos los asistentes están observando su reacción, a la espera de ver cómo actuará… y cómo responderé yo. La mitad solo siente curiosidad, pero el resto obviamente espera presenciar un feroz espectáculo, algo de lo que puedan chismorrear en cuanto me haya marchado. Algunos seguro que esperan que se derrame sangre.

Las advertencias de Quint suenan con fuerza en mi mente. «Solo puedes ser el justicia del rey».

Quizá Tessa haya advertido el cambio de mi expresión, puesto que su mano se posa liviana sobre mi brazo. Noto cómo le tiemblan los dedos.

Sigue teniéndome miedo. Esa certeza perfora todos los avisos de Quint.

Una parte de mí desea poder enmendarlo, pero no sé cómo enmendar todo lo que soy. Al pensar en la forma en que murieron mis padres, ni siquiera sé si quiero enmendarlo.

Las puertas se abren de par en par cuando nos aproximamos. El frío aire nocturno revolotea contra mi piel. La calle adoquinada que hay delante del palacio está muy ajetreada. Los caballos y los carruajes van y vienen, los criados y los mayordomos se apresuran. En algún lugar, un caballo relincha y un hombre llama a gritos a un botones.

Un lacayo se detiene delante de nosotros y hace una reverencia.

—Alteza. Su carruaje está listo.

—Un carruaje —susurra Tessa.

—¿Creías que iríamos andando? —digo mientras la acompaño a bajar las escaleras.

Durante el día, mi carruaje desprende un intenso color bermellón, pero bajo la luz de la luna parece negro. La plata centellea ante el resplandor de las farolas. Cuatro caballos aguardan con arneses brillantes y unas campanitas tintinean cuando mueven la cabeza. El mayordomo sujeta la puerta y le tiendo una mano a Tessa.

Me mira con los ojos entornados, ignora mi mano y sube al carruaje.

Estoy a punto de seguirla, pero en ese momento el capitán Huxley se detiene junto al vehículo.

—Alteza.

El capitán de la guardia del palacio es un hombre alto con pelo rubio, mejillas rubicundas y debilidad por los bombones y la cerveza amarga. Que yo sepa, es un hombre decente, pero es conocido por aceptar sobornos a cambio de chismes acerca de la familia real. Ha sido capitán desde que mi padre era rey, pero Harristan, al elegir a su guardia personal, lo descartó, un desaire que creo que Huxley no ha perdonado nunca.

Nosotros no le hemos perdonado nunca que fuera incapaz de mantener a salvo a nuestros padres, así que creo que estamos empatados.

Bloquea la puerta del carruaje casi por completo. Lo miro de reojo.

—¿Qué?

Al oír mi tono, titubea.

—No conocemos a esta chica. Yo debería ir con usted.

—Lo tendré presente cuando nos sigas al galope. —Me muevo para evitarlo.

—A pesar de las historias que cuenta, se coló en el palacio…

—Sí. Se coló. Pasó por delante de uno de tus guardias.

—Sí, bueno… Eso es… Alteza… —empieza a decir, arrogante.

—Tengo mucha hambre, capitán.

Duda antes de retroceder un paso.

—Como ordene.

Apenas subo al carruaje veo que Tessa ha ocupado el asiento delantero, así que cierro la puerta y me acomodo sobre los cojines de terciopelo del lado contrario. Sus ojos me observan fríos y oscuros, pero se retuerce las manos con los nudillos pálidos.

—El capitán Huxley se ha ofrecido a ir con nosotros —le digo con una sonrisa burlona—. Lo he rechazado.

—¿Le preocupa el puñal que he escondido entre mis faldas?

—Dilo un poco más alto y ya verás.

El conductor gorjea a los caballos y oímos el chasquido de un látigo, y de pronto empezamos a avanzar y a balancearnos sobre la calle adoquinada.

Una lamparita que cuelga sobre la ventana del carruaje ensombrece las mejillas de Tessa y hace que los matices rojos de su vestido resplandezcan.

—Dime. —Me recuesto en los cojines—. ¿De verdad llevas un puñal?

Tessa se gira para mirar por la ventanilla.

—No intentes tocarme o ya verás.

—Por mucho que me odies, no puedes estar enfadada por un viaje en carruaje y una cena en el establecimiento más exclusivo de toda Kandala.

—¿Que no puedo? —Arquea las cejas.

Dios, qué descarada es.

—Vale. A lo mejor, sí.

No dice nada. No digo nada. El silencio se enfría entre nosotros, interrumpido por el rítmico galope de los cascos contra los adoquines.

—Perdona —me disculpo—. Debería haber empezado diciéndote que te doy las gracias y que estoy en deuda contigo.

Gira la cabeza. Al parecer, creía que me estaba mofando de ella, pero, al ver que no es así, entorna los ojos.

—¿Por qué?

—Porque no le has contado a Harristan… lo nuestro.

—De hecho, sí que se lo he contado. —Devuelve la atención a la noche. Hace una pausa y flexiona los dedos—. Le he contado la verdad. Era la socia de un hombre al que consideraba mi amigo, hasta que la patrulla nocturna lo atrapó y lo colgaron de las puertas.

La verdad. Me pregunto si es la verdad que también se dice a sí misma. Que da igual que yo fuera Weston Lark porque está muerto. Ahora solo soy yo.

—Creía que, de todos modos, tanto daba. —Se aclara la garganta—. Porque nadie me iba a creer.

—Harristan sospecha que hay… algo entre nosotros.

—¿Cómo? —Sus ojos se clavan en los míos.

—No es propio de mí ser benévolo. —Me encojo de hombros—. No me está presionando para que le dé respuestas.

Vuelve a retorcerse los dedos, como si estuviera preocupada.

—¿Por qué no?

—Porque es mi hermano, Tessa.

—Da igual. —Mira por la ventanilla de nuevo—. No hay nada entre nosotros.

—Eso dicen.

El silencio vuelve a adueñarse del carruaje. Aquí la noche es muy oscura, pero más adelante hay un fuego que crepita en forma de círculo gigantesco que parece flotar por encima de la tierra. A pesar de la rabia que siente, Tessa se acerca levemente a la ventanilla para verlo mejor. Yo llevo toda la vida viéndolo, pero, aun así, de noche la ilusión es bastante espectacular. No es un círculo, sino una arcada en la que cuelgan cien antorchas que arrojan ceniza y chispas sobre un estanque brillante que refleja la luz. Los labios de Tessa se separan cuando nos aproximamos y la luz ilumina sus asombrados ojos.

Me desplazo al asiento delantero del carruaje para colocarme a su lado y verlo con la misma claridad que ella. Profiere un grito y se aparta un poco.

De verdad. Le agarro la muñeca.

—No montes un alboroto en el carruaje —le digo—. Lo del capitán iba en serio. —No le suelto el brazo y asiento en dirección a la ventanilla—. Mira antes de que lo dejemos atrás.

Tessa toma aire como si quisiera espetarme algo, pero nos hemos acercado lo suficiente como para oír cómo las chispas crepitan al caer sobre el agua, y el sonido llama su atención hacia el exterior. Está demasiado oscuro para ver las ramas que sostienen las antorchas, y las estrellas resplandecen detrás de las llamas suspendidas. Cada una de las chispas que caen centellea sobre la superficie del estanque antes de apagarse.

—Es el Arco del Martillo de Piedra —le informo—. Se ve desde el

palacio. Lo construyó mi bisabuelo como una declaración de amor hacia su novia. Decía que, siempre que las antorchas siguieran ardiendo, su amor por ella no se apagaría. Cuando éramos pequeños, Harristan y yo nos retábamos a escalarlo.

Retira la mano para soltarse de mí.

—Espero que te hayas caído muchas veces.

—Ni una sola. —Me inclino hacia ella.

—Te voy a apuñalar.

—No creo que lleves un puñal.

Se yergue en el asiento y en sus ojos la resistencia brilla más que las antorchas del monumento. Esta riña me recuerda a la forma en que nos provocábamos en el taller, y resulta desalentador y estimulante al mismo tiempo.

De pronto, sin embargo, su expresión cambia como si algo le doliera y se lleva las manos al pecho, como si le costara respirar.

Me enderezo, alarmado.

—Tessa…

—¿Cómo pudiste hacerme eso? —Me pega justo en el torso y noto en el golpe toda su pena. Se le rompe la voz—. ¿Cómo pudiste?

Me quedo paralizado. Durante unos segundos de oscuridad, me había olvidado.

Quizá sí que necesitaba que Quint me lo recordara.

A mi lado está tan tensa que me parece una crueldad permanecer aquí. Regreso a mi asiento del carruaje y me aliso la chaqueta. Las sombras que le caen sobre la cara me recuerdan a la máscara que solía llevar.

—¿Tienes alguna idea de por lo que he pasado? —susurra con voz débil y aflautada—. ¿Eh?

—No —murmuro—. Cuéntamelo.

Se queda inmóvil y me mira a los ojos.

—Moriste —susurra, como si no fuera evidente. Cierra los ojos y se estremece—. Eras mi mejor amigo. Estabas… Yo estaba… Estaba en… —Respira hondo—. Todo fue horrible. Solo quería ayudar a la gente. Tú también…, o eso creía yo. Y entonces… —Le tiembla un poco la voz

—. Trepaste… trepaste por la muralla por mí, y oí las alarmas… —Resopla y se roza los ojos suavemente—. Y entonces, cuando se hizo de día, vi…

Su voz se va apagando.

Ya sé lo que vio.

Vuelve a tocarse los ojos y fija la mirada en la ventanilla. El Arco del Martillo de Piedra se desvanece en la distancia. Nos estamos acercando ya al final de la calle privada que transcurre por detrás del palacio y pronto nos adentraremos entre las élites.

—Tessa.

Traga saliva con tanta dificultad que parece como si le doliera.

—No.

—Necesito que entiendas algo.

—Me trae sin cuidado.

Me doblo y apoyo los brazos en las rodillas.

—¿Sabes —digo con serenidad— que, cada vez que me llaman para ir al presidio, me preocupa que vaya a encontrarte en una de las celdas?

—Supongo que habría sido un final rápido a tu juego.

—No era un juego —le espeto.

—¿Qué era, entonces? —Por fin me mira—. Eres el justicia del rey. Eres el hermano del rey. Una sola muerte te separa del trono. Tienes más poder que casi cualquier persona de Kandala. —Alza las manos—. ¿Qué hacías? ¿Era una especie de penitencia? ¿Una manera de apaciguar la culpa? —Se le quiebra la voz otra vez—. ¡Has visto lo que le ocurre a tu pueblo! ¡Lo has visto con tus propios ojos! No puedo culpar a tu hermano. Está rodeado de gente que seguramente solo le dice lo que quiere oír. Pero tú has visto el sufrimiento, las muertes y la desesperación, y aun así colocaste a los prisioneros en el escenario y… y…

—Tessa. —Cada palabra es una piedra que me arroja. Noto un nudo en el pecho.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —susurra con la punta de los dedos sobre los ojos—. Enciérrame en el presidio con los demás y ya

está.

—No puedo. —Mi voz áspera y quebrada llama su atención.

Baja las manos para mirarme, pestañeando.

—No puedo —repito con los ojos clavados en los suyos—. No puedo, Tessa. No sabes cuántas veces deseé que el alba no llegara tan pronto. Cuántas veces quise quedarme contigo en lugar de volver a este papel. Cuántas veces deseé ser de verdad Weston Lark, y que el personaje inventado fuera el príncipe Corrick.

Se aparta con rabia una solitaria lágrima que le recorre la mejilla y señala el lujo que reviste el carruaje.

—¿No podías abandonar tanta elegancia?

—No podía abandonar a mi hermano.

Ese comentario la frena en seco.

—No podía llevármelo conmigo —prosigo—. ¿Cómo iba a hacerlo? Y aunque pudiera… ¿qué pasaría después? ¿Dejaríamos Kandala en manos de los cónsules? En las circunstancias actuales ya me cuesta negociar con Allisander Sallister para lograr un precio razonable por los pétalos de flor de luna. Es peor que su padre. Es un delicado equilibrio entre tenerlo contento y mantener a nuestro pueblo lo más sano posible. El cónsul procuraría adueñarse del poder, y, habida cuenta de lo mucho que tiene a su disposición, es probable que lo consiga. —Me detengo y me paso una mano por la mandíbula—. Sí. He visto el sufrimiento de la gente, Tessa, igual que tú. Pero si Allisander estuviera en el poder, las medicinas serían doblemente escasas, y las fiebres, mucho más mortíferas.

Ahora me está mirando fijamente.

—Ódiame si quieres —digo—. Dios sabe que todo el mundo me odia. Pero a esta parte de la historia no la conoces.

Se ha quedado petrificada. Las lágrimas parecen haberse congelado sobre sus mejillas.

No la culpo.

Pero no puedo tenerla prisionera. Siempre me odiará. Nunca se fiará de mí. Saber que en el palacio está a salvo no es consuelo alguno si no es más que una paloma encerrada en una jaula de oro.

Esa es mi vida, no la suya.

—No voy a matarte. No voy a encerrarte en el presidio. —Suelto un suspiro entre dientes—. Si quieres irte, pediré al conductor que pare el maldito carruaje. Saldré para hablar con el capitán y podrás escabullirte.

Me pongo una mano en la cintura y me desabotono el cinturón para liberar mi puñal. Se lo tiendo.

—No tengo un gancho triple a mano, pero puedes llevarte mi daga si quieres.

Me mira como si se me hubiera ido la cabeza.

—Me estás engañando.

—Nunca te he engañado. —Al oírme, pongo los ojos en blanco—. Bueno. En cualquier caso, ahora no te estoy engañando.

Observa el puñal, luego mi cara y finalmente por la ventanilla. Los dedos han vuelto a temblarle.

—Tessa —murmuro—. Dejé que creyeras que había muerto porque quería que te mantuvieras alejada del Sector Real. Quería que estuvieras a salvo.

Me arrodillo delante de ella y le coloco la daga en la mano.

Se la queda mirando y luego levanta la vista hacia mí.

—¿Me puedo ir? ¿Como si tal cosa?

Otro nudo me constriñe el pecho y respiro de forma superficial. Expulso a la fuerza las emociones de mi cabeza y me recuerdo qué y quién soy. El justicia del rey no se digna a sentir pena ni a lamentar una pérdida.

—Dirígete al sureste —respondo con brusquedad—. Hay una puertecita en la muralla donde la tierra se hunde. Parece vieja y polvorienta, y tiene un candado, pero las bisagras son de mentira y podrás levantarla para abrirla. ¿Me has entendido?

Perpleja, asiente.

—¡Capitán! —exclamo. El carruaje frena para detenerse.

Extraigo un saquito del bolsillo y se lo lanzo a Tessa en el regazo. La plata tintinea.

—Es suficiente cantidad como para empezar de cero.

—Espera…

No puedo esperar. Si espero, cambiaré de opinión.

—Dispondrás de cinco minutos —digo—. Estaremos de espaldas al carruaje.

Sin mirar hacia atrás, acciono la manecilla de la puerta y bajo de un salto.

CAPÍTULO VEINTIDÓS
Tessa

La puerta del carruaje se cierra y me quedo sola. El corazón me golpea el pecho. De nuevo, han ocurrido demasiadas cosas y me da la impresión de que hoy mi mundo se ha puesto del revés once veces ya. La bolsita repiquetea con las monedas cuando la agarro y la daga pesa bastante. Cuando la saco de la funda, la veo afilada y dispuesta. Intento no preguntarme si la ha utilizado con alguien.

No me fío en absoluto de Corrick, pero esto… no parece una trampa. ¿Cuál sería el propósito? ¿Qué iba a ganar él?

Soy rápida y segura de mí misma. El vestido que llevo es oscuro. Si el capitán y sus hombres están distraídos, podría escabullirme como un fantasma.

No podría regresar con la señora Solomon, pero sí encontrar trabajo en otra ciudad. Sobre todo con un saquito lleno de dinero.

Pero entonces recuerdo mi reunión con el rey Harristan. «Es fácil amar a tu rey cuando todo el mundo está sano y con la barriga llena. Es más difícil cuando no lo está».

Le importa su pueblo. Le pesa lo que está sucediendo en Kandala. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

A pesar de todo, también sé que le pesa a Corrick.

«Nunca te he engañado». Lo he tratado como al hombre al que todos temen, como si su vida entera hubiera sido un gran engaño. Pero desde el momento en que entré en el palacio no ha dejado de protegerme: me proporcionó comida y una habitación donde dormir, y asimismo me mandó una nota antes de que me encontrara con su

hermano. El príncipe Corrick ha hecho muchas cosas horribles, pero sus palabras son ciertas. Quizá yo no entienda la situación desde su punto de vista, igual que ellos no parecen entenderla desde el mío. Y quizá el rey haya estado dándole el gusto a su hermano al permitir que me reuniera con los boticarios reales, pero es una oportunidad para decirle a la gente importante que podrían hacer algo mejor con las provisiones que les entregan.

No puedo seguir robando para ayudar a los enfermos, pero quizá pueda ayudarlos de otra forma.

Quizá.

Son muchos «quizá».

Cuando Wes estaba delante de mí la última noche que pasamos juntos, le dije que debíamos parar de escondernos y provocar una revolución. Huir ahora sería como esconderme. Y no es el tipo de revolución que tenía en mente…, pero tal vez pueda provocar un cambio. Tal vez pueda mostrarle al rey hasta qué punto está sufriendo su pueblo.

Tal vez sea una oportunidad que nadie vaya a tener jamás.

Dejo en el asiento el puñal y el saco de monedas, y agarro el pomo de la puerta con una mano. La abro sin miramientos y bajo a la calle adoquinada sin procurar ser sigilosa.

La cabeza del capitán se gira hacia mí. La de Corrick también.

—Ay… Perdón. —Me falla la voz y debo carraspear—. ¿Alteza? —Hago una reverencia por si acaso—. Ha sido un día muy largo, y tengo bastante hambre. Y usted me ha comentado que también.

Corrick me mira desde los cuatro metros de oscuridad que nos separan, con sus ojos azules muy oscuros e inescrutables. Se ha quedado petrificado.

Mi corazón late tan fuerte que casi lo noto en la garganta. Espero no estar cometiendo un error.

—Así es —asiente al fin—. Hablaremos otro día del patrón que forman los focos, capitán.

Regresa hasta el carruaje y me mira bajo la luz de la luna. En la negrura es fácil recordarlo como Wes: la forma de moverse, la manera

en que las estrellas brillan en sus ojos. El brocado y la plata han sustituido la lana remendada y el cuero áspero, pero sigue siendo el mismo hombre. Esta mañana, le he dicho a Quint que mi amistad con Wes había sido una ilusión basada en un engaño, y me ha preguntado: «¿Tan segura estás?».

Como siempre, no estoy segura de nada.

Los ojos de Corrick escrutan mi rostro mientras el frío aire nocturno sopla entre nosotros.

—La cena nos espera —anuncia. Cualquier rastro de vulnerabilidad ha desaparecido de su voz.

Un criado se apresura a acercarse para abrir la puerta.

Corrick me ofrece una mano para ayudarme a subir al carruaje.

Esta vez, la acepto.

Volvemos a sentarnos el uno delante del otro. Un silbido y un chasquido de látigo más tarde, y traqueteamos sobre los adoquines. Corrick se acomoda entre los cojines, contemplándome. En su expresión ahora no detecto ninguna resistencia, solo me observa. Es obvio que espera a que le hable, a que me explique, pero la lengua se me ha enredado en la boca.

Al cabo de unos instantes, entrecierra ligeramente los ojos.

—¿Te has quedado porque es lo que quieres de verdad o porque no te fías de mí?

—¡Ah! —No se me había ocurrido. Sin embargo, verbalizar esas dos opciones me deja demasiado vulnerable—. He… he elegido quedarme. En el palacio tengo obligaciones.

—¿En serio? —Enarca una ceja.

—El rey me ha pedido que hablase con los médicos y los boticarios reales.

—Ah. —Lo dice cortésmente, pero sus ojos buscan los míos y sé que sabe que hay algo que no le estoy contando. Mis pensamientos son demasiado complicados como para plasmarlos en palabras.

Quizá los suyos también, porque no añade nada más.

Agarro la bolsita de monedas y se la lanzo. Ágil, la atrapa en el aire.

Mis dedos rodean la daga, sin embargo, y sin dejar de mirar a Corrick me la coloco dentro de la bota. Acto seguido, la tapo con las faldas.

—Esto no te lo voy a devolver.

Para mi sorpresa, me sonríe con los ojos brillantes al oír mi desafío.

—Considéralo un regalo.

En el centro del Sector Real se encuentra el Círculo, que en realidad no es ningún círculo, sino una tarima construida con mármol y granito en forma de octágono cuyos lados ocupan por lo menos quince metros de largo. Hace cientos de años, era donde el rey quería oír a su pueblo en persona. Cuando al trastatarabuelo de Corrick le clavaron un puñal en el cuello, se decidió que las peticiones de la gente debían entregarse escritas a mano y en las puertas del sector.

Con el tiempo, el Círculo se convirtió en un lugar conveniente para que los mercaderes vendieran sus productos. Se dice que, hace veinte años, un tabernero con iniciativa dispuso unas cuantas mesas y sillas delante de su establecimiento, en la tarima, y vistió a sus camareras con prendas elegantes. Al cabo de un año, se había apoderado de todo el estrado. Ahora se ha convertido en un lugar donde se reúnen las élites más ricas para chismorrear y para que las vean gastar monedas en cosas que no necesitan.

Solo he visto el Círculo a primera hora de la mañana, y siempre cuando corría por las calles desiertas del Sector Real con pétalos robados en mi zurrón. En la oscuridad, la tarima es grisácea, las mesas y las sillas son anodinas, y los tiestos están llenos de flores apagadas y sosas.

Cuando Corrick me ayuda a bajar del carruaje, me quedo de piedra al ver el aspecto tan diferente que luce.

Ahora, sobre las mesas hay macetas gigantescas con rosas amarillas y blancas que inundan el aire con un aroma embriagador. Por encima del entramado hay cables de los cuales cuelgan lámparas de cristal que

arrojan un brillo multicolor sobre el atestado lugar. No hay paredes que separen los comedores de las calles adoquinadas, pero veo decenas de carruajes en fila, con aburridos sirvientes que esperan junto a los caballos. En la Selva, se rumorea que las élites gastan el dinero de toda una semana solo para cenar aquí.

Miro a mi alrededor para observar las caras pintarrajeadas, las ropas elegantes, y creo que quizá sea cierto.

Todos los ojos nos siguen del carruaje a nuestra mesa.

Nuestra presencia debe de haberse organizado de antemano, porque nuestra mesa se encuentra en uno de los extremos de la tarima, apartada de las demás, con suficiente espacio como para que los guardias se coloquen entre nosotros y los demás comensales. Ya se ha servido vino y frente a nosotros hay un platito con pan humeante. Resulta privado y público al mismo tiempo. Si los guardias fueran barrotes de acero, sería una jaula. En plena noche, las conversaciones son estridentes, pero en el espacio que hay entre nosotros de nuevo reina un pesado silencio.

Corrick se sienta en la silla con la misma comodidad con que se ha apoltronado en el asiento de terciopelo del carruaje, y da un largo sorbo a la copa de vino.

Yo estoy sentada en el extremo de la silla y me apetece vaciar la copa de golpe y pedir doce más.

El príncipe me observa fijamente.

—¿Te lo estás pensando mejor? —me pregunta.

—Quint me comentó que sería una cena pública, pero… no me imaginaba que fuera así.

—Podríamos haber cenado en el palacio. —Eleva un hombro para encogerse con elegancia—. Pero habría sido peor.

—¿Peor? —Mis cejas dan un brinco.

—Aquí, poca gente se atreverá a acercarse a nuestra mesa. —Da otro trago al vino—. En el palacio, no habríamos tenido ni un segundo de intimidad.

—Y crees que ahora sí la tendremos. —Alzo la copa y me obligo a pegarle un solo sorbo.

—No tanto como me gustaría, pero Quint quiere que la gente te vea como a una potencial aliada del trono. —Su voz se vuelve bronca—. No como a la forajida que, según los rumores, se coló en el palacio para asesinar al rey.

Me atraganto con el vino. Mi temeraria decisión de entrar en el palacio es una pesadilla de la que ojalá pudiera despertar.

—Claro.

Corrick mira detrás de los guardias y su expresión se vuelve pétrea.

—Dios. —Apura el resto de la copa.

—¿Qué pasa?

—Nuestra velada va a dejar de ser tan íntima.

Sigo su mirada y veo a un hombre que zigzaguea entre las mesas.

Corrick me mira y sus ojos brillan malévolos. Ahora me recuerda a Wes. Baja la voz, como si estuviéramos conspirando.

—Si quieres lanzarle una copa a ese hombre, te doy todo el permiso del mundo.

—Un momento. —Parpadeo—. ¿Qué?

Pero ya se ha levantado, se ha alisado la chaqueta y su cara se ha transformado en el sombrío y seductor príncipe Corrick.

Si él se levanta, probablemente yo también debería. Me incorporo. Un hombre pasa entre los guardias sin vacilar, así que debe de ser alguien importante. No es mucho mayor que Corrick, quizá tenga la edad de Harristan, y lleva una perilla tan espesa que parece como si la hubiera pegado con pegamento. El vello no consigue esconder la mueca amarga que forma con los labios. Es un hombre que no es atractivo en absoluto pero que cree que sí.

—¡Cónsul! —exclama Corrick alegre, como si saludara a un amigo al que no ve desde hace tiempo—. ¿Has cenado ya? Siéntate con nosotros.

El hombre se detiene en seco. Entorna los ojos.

—Corrick. —Me lanza una mirada despectiva—. No quería interrumpir tu cena con tu… invitada.

Pronuncia «invitada» como si Corrick le hubiera propuesto cenar a una cerda que ha cedido su puesto a un charco de barro.

No quiero lanzarle una copa. Quiero lanzarle la daga de Corrick.

—Tonterías —dice el príncipe—. Tessa, tienes el honor de conocer al cónsul Allisander Sallister.

El cónsul Sallister. De Prados de Flor de Luna. El hombre que se apoderaría del poder si pudiera.

Una criada se presenta con otra silla. Otra llena la copa de vino de Corrick antes de desaparecer. Es invisible.

Ojalá yo también lo fuera. La tensión entre los dos es palpable. El corazón me tamborilea contra las costillas, pero me pinto una sonrisa en la cara y hago una reverencia.

—Cónsul. Qué honor.

—Harristan me ha hecho saber que la discusión que mantuvimos en el presidio fue un malentendido. —Ni siquiera me mira.

—¿Qué discusión? —Corrick parpadea como si no entendiera nada —. Allisander —dice con tono amable—, ¿de verdad pensabas que te iba a prohibir la entrada al palacio?

—Cuestiono tus acciones —responde el cónsul en voz baja y rabiosa, pero no lo bastante baja como para que las mesas cercanas no lo oigan—. Cuestiono tus propósitos. La semana pasada, tenías a ocho cautivos y tres de ellos escaparon. Hoy, te he traído a una docena de rebeldes y, en lugar de interrogarlos, los mimas. —Me lanza una mirada intencionada—. Si te soy sincero, me sorprende que no estén sentados a la mesa contigo.

Me encojo.

Corrick no.

—Me has traído a una docena de rebeldes inconscientes —dice sin emoción alguna—. Los interrogaré y los castigaré cuando llegue el momento. —Hace una pausa—. No pienso hacerlo mientras ceno, sin embargo.

Me estremezco ante la frialdad con la que habla.

El cónsul Sallister se le acerca.

—Me prometiste que mis caravanas de provisiones estarían a salvo…

—Te prometí guardias, y los recibiste.

— … y me prometiste poner fin a los asaltos…

—Algo que, como bien sabes, no te puedo garantizar.

— … y no has hecho ningún esfuerzo por detenerlos, si debemos hacer caso a las nuevas pruebas de la existencia de esos benefactores.

El silencio que se instala entre ellos podría cortarse con un cuchillo. Los ojos de Corrick son de un azul gélido. Las mejillas del cónsul están sonrojadas, sus hombros tensos. Me retuerzo las manos. Ojalá Quint estuviera aquí para hablarme sobre los manteles o sobre el diseño de las lámparas.

—Quizá… —intervengo, y mi voz suena débil. Trago saliva—. Quizá, si se corriera la voz de que sus boticarios podrían lograr que las medicinas sean más eficaces, los asaltos a las provisiones se reducirían.

Los ojos del cónsul no se desplazan hacia mí.

—¿De qué está hablando?

—La llegada de Tessa al palacio no fue ortodoxa, lo admito —dice Corrick—, pero le ha presentado pruebas a Harristan de que tal vez podamos ajustar las dosis para que sean más eficaces.

—O para que muera más gente —exclama el cónsul.

Una nueva tensión se apodera de mi pecho. No le falta razón. Mis teorías son solo eso, teorías basadas en la pequeña población que vive en la Selva. Podría morir más gente.

—O para que viva más gente —dice Corrick—. Y creo que es un resultado que todos deberíamos esperar con ilusión. —Su tono es frío y la ilusión está muy pero muy lejos de aquí—. ¿No estás de acuerdo, Allisander?

—Vas a contradecir a los médicos reales por… ¿por una chica? Te has pasado de la raya, Corrick. Como haya otro ataque, voy a detener las caravanas de provisiones hasta que hayas encontrado al culpable.

Me quedo sin aliento. Este hombre controla la mayor provisión de pétalos de flor de luna de toda Kandala. Si deja de proporcionarlos, la gente morirá.

No soy la única que lo piensa. Un murmullo recorre la multitud detrás de los guardias.

Corrick da un paso adelante. La noche está tan llena de posibles

peligros que me pregunto si va a pegarle al cónsul o si va a pedir a los guardias que le claven una flecha en la espalda.

Sin embargo, Corrick baja la voz hasta un nivel en que no lo oirá quien no esté junto a nuestra mesa. La crispación ha abandonado su tono.

—Ha sido un día muy largo para los dos. Hace un rato he dejado que me dominara la rabia. Me cabreaba que los benefactores fueran los que financian los asaltos, y no voy a obtener respuestas de unos ladrones que están inconscientes. No debería haber pagado mi frustración contigo. —Se detiene—. No dejemos que unas cuantas palabras airadas se interpongan entre nosotros. —Señala la mesa—. Siéntate y acompáñanos. Por favor.

El cónsul vacila, pero ahora parece más inseguro que furioso.

—Mis caravanas de provisiones…

—Allisander. —Corrick le da una palmada en el hombro como si fueran viejos amigos. Ahora ya no habla bajito y veo que la gente estira el cuello para captar sus palabras—. Te voy a proporcionar cuanto necesites para proteger a tu gente. Como siempre.

Allisander se aclara la garganta.

—Muy bien. —Echa un vistazo hacia la mesa—. No voy a entrometerme en vuestra cena.

—¿Esta noche te vas a quedar a dormir en el palacio? —le pregunta Corrick—. Quizá mañana por la mañana podamos echar una partida de ajedrez. Podríamos hablar de métodos alternativos para proteger tus envíos.

—Bien. —El cónsul Sallister se alisa la chaqueta y da un paso atrás —. Nos vemos mañana, pues.

—Qué ganas tengo de que llegue el momento —dice Corrick.

En cuanto el cónsul se marcha, espero que Corrick esté agitado, pero no es así. Tiende una mano hacia mi silla.

—Disculpa la interrupción. Por favor, siéntate. ¿Has probado el pan?

Me siento, pero me lo quedo mirando fijamente. De repente, es muy educado y formal. Es la faceta número cuatro del príncipe

Corrick. O quizá la número diecinueve. Ya he perdido la cuenta.

Debe de haber reparado en mi desconcierto.

—No quiero que nadie piense que me preocupa lo que acaba de ocurrir —dice en una voz muy baja que se dirige solo a mí, pero con la misma serenidad con que me ha hablado del pan—. El queso también está buenísimo. Pruébalo. Insisto.

—Ah… Claro. —Arranco un pedazo de pan e intento recordar de las clases con la señora Kent qué cuchillo era el adecuado para el queso.

Corrick levanta uno de los suyos y le da un golpecito con el dedo índice, así que agarro ese. Estos gestos amables que salen de él de la nada son inesperadísimos. Imito sus movimientos y unto el queso sobre el pan, y después le doy un mordisco.

Es una delicia. El queso se derrite sobre mi lengua, y casi olvido lo que acaba de suceder.

Ahora que hemos empezado a comer, los demás comensales regresan a sus platos. La conversación recupera el volumen casi de cacofonía previo a la discusión entre Corrick y Allisander.

Observo al príncipe. Es un gran enigma. Cada vez que piensos que lo entiendo aunque sea un poco, hace algo nuevo que no tiene ningún sentido. Ni siquiera sé quién ha ganado terreno… y quién lo ha perdido.

Corrick agarra otra rebanada de pan y la cubre con el queso.

—Me da la sensación de que te estás formulando varias preguntas.

—¿Quién ha cedido? ¿Has sido tú o él?

—Él —responde—. Pero parece que hubiera sido yo, que es lo que importa. No puedo permitir que todo el Sector Real crea que Allisander va a bloquear el acceso a los pétalos de flor de luna. Me sorprende que no haya iniciado un motín aquí mismo.

—¿Tanto poder tiene?

—Sí. Pero tampoco quiere dejar de hacer los envíos, porque en ese caso nos veríamos obligados a depender solo de Lissa Marpetta, y eso significaría que los precios de ella se incrementarían, y Allisander no quiere dejar de amasar ni una sola moneda de beneficios… ni quiere

perder la ilusión de tener el control. —Corrick suspira, irritado—. Pero si los forajidos siguen atacando sus caravanas de provisiones, no le merecerá la pena. Sobre todo si alguien con dinero está financiando los ataques.

Forajidos. Se me forma un nuevo nudo en el pecho.

—Has dicho que tenéis… prisioneros.

—Sí.

No dejo de pensar en las palabras del rey Harristan. «Para la patrulla nocturna es lo mismo». Debo obligarme a tragar la comida de la boca, porque se ha convertido en una masa insípida.

—¿Qué… qué les vas a hacer?

—Voy a interrogarlos y a enterarme de lo que saben. —Hace una pausa con los ojos clavados en los míos. No altera el tono—. Y entonces actuaré en consecuencia.

No lo dice como si quisiera retarme, pero me da la impresión de que me ha lanzado un guante igualmente.

El día de la ejecución frente a las puertas, recuerdo haber pensado en lo horribles que eran el rey y el príncipe. El príncipe Corrick estaba sobre el escenario, frío e indiferente. Deseé que un arquero les disparara a los dos para así poder liberar Kandala de su tiranía.

Pero en aquel momento no conocía al cónsul Sallister. Supongo que no debería importar cuando hay gente que muere…, pero, después de conocerlo, me doy cuenta de que sí que importa.

Mentalmente, repaso todo lo que ocurrió la noche antes de la ejecución que se transformó en un llamamiento a la revolución… y la mañana siguiente. Wes estaba inquieto. Preocupado.

«Creo que muy poca gente merece lo que le termina sucediendo, Tessa. Para lo bueno o para lo malo».

Le dije que él solo merecía que le pasaran cosas buenas, y apartó la mirada.

Me salvó la noche en que murieron mis padres. Me ha salvado en incontables ocasiones desde entonces.

También es el responsable de incontables muertes.

La voz del rey retumba en mis recuerdos.

«Todos los contrabandistas cuentan una historia para justificar sus acciones. Los castigos son bien conocidos. ¿Cómo voy a hacer la vista gorda con un tipo de robos y no con otros?».

Hay demasiados matices. Creía que era tan sencillo como decir que algo está bien o está mal, pero no es así. Vuelvo a sentir una presión en el pecho y empiezan a arderme los ojos.

Corrick alza la copa de vino.

—Si te pones a llorar, me veré obligado a consolarte.

Su tono deja claro que está de broma, pero que también lo dice en serio. Me ayuda a contener las lágrimas.

—¿Cómo vas a actuar?

—Bueno. Es obvio que tendré que hacer alguna auténtica aberración para no perder la reputación de desalmado.

Algo me dice que con ese comentario tampoco pretende bromear del todo. Se me secan todas las emociones. Una criada aparece con bandejas repletas de pedazos de carne rodeados por tubérculos y un círculo esponjoso de dulces bañados en miel.

Cuando la chica se aleja, miro hacia Corrick, que señala el tenedor con un dedo antes de levantarlo.

Imito sus movimientos con elegancia, y comemos en silencio durante unos instantes.

—¿De verdad piensas que los boticarios reales me van a escuchar? —me arriesgo a preguntar en voz baja.

—Es una orden de Harristan. Tendrán que hacerlo. —Pone los ojos en blanco—. Y me ha enviado una habitación entera de registros para que les eche un vistazo antes de mañana, a ver si encuentro algo que demuestre lo que has descubierto tú. Si lo consigo, nos será de ayuda.

—¿En serio? —Me enderezo.

—Sí. Entre eso y lidiar con los prisioneros de Allisander, seguramente me pasaré la noche entera ocupado. —Me dedica una mirada irónica—. No sabes cuánto te lo agradezco.

—¿Por qué debes hacerlo tú?

—¿Por qué no? Aunque te guste imaginártelo, no me paso todo el día viajando en carruajes de terciopelo y ordenando ejecuciones.

Está retándome de nuevo. No directamente, pero lo presiento.

En cierto modo, también así me recuerda a Weston Lark.

—No sientas demasiada lástima por mí. —Corrick corta otra tajada de comida.

—No siento lástima por ti. —Estoy sin aliento otra vez. Cada segundo que paso con él cambia la forma en que lo veo y la forma en que me veo a mí misma—. Si estás intentando averiguar una manera de lograr que la medicina sea más eficaz para toda Kandala, te voy a ayudar.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Corrick La Sala Blanca es uno de mis lugares favoritos del palacio. Se encuentra en la última planta y las ventanas son gigantescas y ofrecen las mejores vistas de todo el Sector Real. La luz del sol inunda la estancia durante el día, mientras que la luna y las estrellas resplandecen en una amplia franja de oscuridad durante la noche. Las paredes son blancas, pero decoradas con pinturas abstractas de todos los colores: círculos y trazos amarillos y rojos en una, destellos negros y sombras rosas en otra. Por encima de la chimenea pende un lienzo enorme con rayas grises, verdes y azules. La sala siempre parece producir

calma y silencio, un espacio para reflexionar en paz.

Cuando éramos pequeños y Harristan no gozaba de buena salud, lo dejaban sentado junto a la chimenea y nuestra madre pintaba con los colores que él le pidiera. Yo me aburría y suplicaba irme, pero él se pasaba horas ahí sentado.

Ahora Harristan casi nunca visita este lugar. Dice que la habitación le recuerda qué se siente al ser débil. Creo que lo que le hace sentirse débil es la verdad: que esta sala le recuerda a nuestra madre y lo que perdimos.

Tessa pasa una página y debo obligarme a concentrarme. He pedido a los criados que trajeran las montañas de papeles hasta aquí porque la mesa es muy grande y la luz, abundante; sin embargo, la incertidumbre ensombrece mis pensamientos, y ahora preferiría que nos hubiéramos quedado en mis aposentos.

Debería prestar atención a los documentos. A la diferencia entre las muertes de los sectores occidentales como Solar y las de los sectores ubicados más cerca del Sector Real, como Artis, Ciudad Acero y Tierras del Tratante. A las notas de Tessa, y a si seremos capaces de convencer a la gente para que ajuste las dosis. A las amenazas de Allisander, verbalizadas en voz alta en el Círculo. A los prisioneros, que esperan a que los interrogue.

Debería prestar atención a Harristan, y a si sus medicinas están funcionando de verdad.

En cambio, mi atención está puesta en Tessa, que se ha inclinado sobre una pila de papeles en la sala de dibujo. Varios mechones de cabello de color caramelo se han soltado de las horquillas con que se recoge el pelo. Mi atención está puesta en los diminutos pero precisos movimientos de su pluma al anotar la información a medida que va leyendo. Mi atención está puesta en el suave tono rosado de sus labios

y en la ligera curva de sus mejillas y en la mirada resuelta de sus ojos.

Mi atención está puesta en el hecho de que, de entre todas las diversiones disponibles del palacio, haya pedido leer documentos aburridísimos.

Mi atención está puesta en el hecho de que, en lugar de aprovechar para huir, decidiera quedarse en el carruaje.

Seguramente ninguna de esas decisiones ha tenido nada que ver conmigo.

Pero, aun así, se ha quedado aquí.

—Iríamos mucho más rápido si tú también te pusieras a leer —dice.

—Estoy leyendo. —Pero es mentira. No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde la última vez que he pasado una página.

—Ajá. —Su pluma sigue moviéndose.

No sé si estoy divertido o molesto.

—¿Me estás acusando de algo más?

Me ignora y hojea los papeles que ha revisado hace un rato.

—Solar recibe menos medicinas que los demás sectores.

—El sector de la consulesa Cherry está menos poblado.

—Y allí ha muerto bastante menos gente. —Frunce el ceño.

—Hay quien especula que las altas temperaturas en cierto modo repelen las fiebres.

—Pero allí ha muerto menos gente incluso durante los meses de invierno. —Vuelve a leer sus notas—. Si el calor tuviera algo que ver, habría menos muertes en todos los sectores durante los meses de verano. Por lo visto, Artis padece más en verano.

—No he dicho que fuera una especulación mía.

Se da un golpecito sobre los labios, pensativa. Casi puedo ver cómo giran los engranajes de su cerebro, y lo familiar del gesto me aprieta el corazón. Debo apartar de mí ese sentimiento.

Al cabo de unos instantes, levanta la vista de nuevo.

—La consulesa Cherry. Arella.

—Sí.

—Las chicas hablaban de ella y chismorreaban que estaba

buscando fondos adicionales para su sector.

—¿Chismorreaban? ¿Qué chicas?

—El día que me colé en el palacio. Las criadas. Dijeron que la consulesa Cherry y el cónsul Pelham debían de estar urdiendo un plan para sisarle dinero al rey. —Hace una pausa—. En ese momento yo no sabía quiénes eran.

Quiero poner los ojos en blanco al oír los chismes mundanos, pero algo se instala en mi mente para que lo examine más tarde.

—Todos los cónsules buscan fondos adicionales para sus sectores. Esperaban que Harristan aceptara una petición de financiación para que Artis construyera un nuevo puente, pero fue rechazada, así que imagino que todos van a unirse para hacer una solicitud conjunta.

—¿No queréis que Artis construya un puente?

—No uno que cueste cuatro veces más de lo que debería. —Se me seca la boca.

Tuerce los labios al comprender las implicaciones de eso, pero luego devuelve la mirada a los papeles que tiene delante.

—Veamos. En Solar muere menos gente, pero en Crestascuas y en Prados de Flor de Luna parece haber una población más sana…

—Porque controlan las medicinas. Allisander no puede custodiar toda su muralla con soldados moribundos.

—Me he pasado dos horas leyendo para llegar a las mismas conclusiones que ya conoce todo el mundo, ¿verdad? —Levanta la vista.

—No digas tonterías. —Saco el reloj del bolsillo—. Han sido tres horas.

Tessa mira hacia la oscura ventana, y acto seguido al candelabro de luz intensa que cuelga sobre nosotros.

—Me sorprende que en el palacio duerma alguien. Tú ahuyentas a la noche. —Reprime un bostezo.

—Deberías retirarte.

—Has dicho que haría falta toda la noche para revisar los papeles.

—He dicho que a mí me haría falta toda la noche. —Dejo los documentos sobre la mesa—. Te acompaño a tu habitación.

—¡No! —Se agarra a los reposabrazos como si fuera a levantarla del asiento por la fuerza—. Esto es importante.

—Ya lo sé.

—Tú sabías que aquí la gente tomaba más medicina de la que necesitaba. —Me mira con los ojos entornados—. ¿Por qué no hiciste nada al respecto?

—En primer lugar, no lo sé —digo—. No con seguridad. La boticaria eres tú, no yo.

—Sí que lo sabes. Lo has visto.

—Sí, lo he visto. —Me detengo—. Y también he visto cómo la gente sigue muriendo, Tessa.

Me mira fijamente y me da la impresión de que entre nosotros se ha formado una pared de hielo.

—No estoy cuestionando tus conocimientos —le aseguro—. Pero no bastaba. No tenía pruebas. Y ¿de dónde diría que las había sacado? ¿Crees que el justicia del rey puede, de repente, hacer sugerencias sobre dosis y aditivos? A diario recibimos cientos de mensajes en las puertas del palacio. Una buena parte de ellos afirma que las fiebres son una especie de plan ideado para someter al pueblo. Muchos prometen curas milagrosas. Ninguna funciona.

—La mía no es una cura milagrosa. —Entorna aún más los ojos—. Es una medicina mejor.

—Lo sé. Pero el Sector Real está racionado igual que los demás. Quien esté tomando más dosis de las que le tocan es porque las está pagando de su propio bolsillo. No puedo controlar en qué gasta la gente su dinero.

—Tu hermano sí.

—Ah, ¿eso crees? —Enarco una ceja—. No puedo aceptar una hipótesis, chasquear los dedos y hacer que mi hermano la convierta en un decreto real así como así.

Tessa frunce el ceño.

Me inclino sobre la mesa.

—¿Imaginas las protestas que habría si Harristan les dijera a sus súbditos que no pueden comprar tanta medicina como quieran?

¿Imaginas la reacción de Allisander? O… ¿la de cualquier persona? ¿El acaparamiento, el pánico? Todos los sectores tienen baúles con riquezas. Todos los cónsules compran más de las dosis asignadas. Ya hay demasiado miedo. Aunque seas capaz de demostrar que podemos conseguir distribuir más y mejor las medicinas, quizá no sea suficiente.

—Pero ¡tu hermano es el rey! ¿Por qué no obliga a Allisander a mandar más provisiones?

—La ley estipula que los cónsules establecen los precios de las exportaciones de sus sectores. Supongamos que Harristan anula esa ley y, de pronto, los pétalos de flor de luna son gratuitos. ¿Quién pagará a los cientos de personas que cosechan los pétalos en el sector de Allisander? ¿Qué motivará a Allisander para tener sus campos en buenas condiciones? —Hago una pausa—. Y, además, ¿qué impedirá que el resto de los sectores acapare sus bienes ante el temor de que también nos apoderaremos de ellos?

Veo su expresión y suspiro.

—Compramos lo que podemos con los impuestos que recogemos y lo distribuimos entre la gente. Pero nunca es suficiente: ni hay suficiente dinero ni hay suficientes flores de luna. Gobernar un país implica mucho más que repartir medicinas, Tessa. Debemos hacer concesiones. Jonas pidió demasiado dinero para construir su puente, pero seguro que lo sigue necesitando. Su gente está demasiado enferma para construirlo de manera eficiente.

—O sea que crees que esto es inútil. —Frunce el ceño todavía más.

—La enfermedad lleva años asolando Kandala. Si los médicos y los consejeros reales han sido incapaces de descubrir el patrón que explica a quién le afectan las fiebres, es poco probable que vayamos a averiguarlo en esta habitación en plena noche.

Tessa agarra el papel que estaba leyendo y suspira entre dientes.

—Bueno, ellos no han tenido que repasar todo esto.

He estado en esta sala y he revisado documentos parecidos en muchas ocasiones. He visto cómo el mismo destello de esperanza que le ilumina los ojos se apagaba en otros tantos. Si pidiera que los médicos y los consejeros acudieran ahora mismo, lo presenciaría de

nuevo.

Recuerdo que Harristan leyó todas y cada una de las peticiones de indulto el día que íbamos a ejecutar a los ocho prisioneros, recuerdo que me ha mandado todos estos documentos y recuerdo que le ha concedido a Tessa una audiencia con los boticarios reales. Pensaba que estaba cediendo ante mí al alojarla en el palacio, pero quizá haya algo más.

—Harristan no cree que sea inútil —digo.

—¿Cómo lo sabes? —Alza la vista.

—Porque tú estás aquí.

Se muerde el labio al reflexionar, pero a continuación deja los papeles y se frota los ojos.

—En fin. Como has dicho, no creo que la respuesta esté en estos documentos.

—Muy bien. —Después del modo en que se aferraba a la silla, no esperaba que se rindiera tan fácilmente. Me sorprende que yo no quiera que se rinda tan fácilmente—. Te acompañaré a tus aposentos.

—Ah, es que no he terminado. —Da un firme golpecito sobre la mesa—. Tengo que examinar un mapa.

Unos sirvientes adormilados nos traen media docena de mapas, así como una bandeja con té negro y magdalenas calientes, acompañadas de botes de miel, jarras de leche, mermeladas y bayas cortadas por la mitad y dispuestas alrededor de un pequeño jarrón con rosas y lavanda. Colocan tazas y platillos delante de los dos, pero Tessa lo ignora todo para concentrarse en el primer mapa. Lo extiende sobre la mesita y lo recorre con los dedos de punta a punta para analizarlo bien.

—Dime en qué piensas —la animo.

—Quizá no sea el clima de Solar lo que marque la diferencia. Son los que están más expuestos al océano. —Señala hacia el sector más al suroeste de Kandala y con el dedo indica la extensión de la frontera—.

Y eso me hace pensar si habrá algo en el océano que tenga una especie de… efecto preventivo.

—Crestascuas, Artis y Ciudad Acero también limitan con el océano —comento.

—Bueno, sí. —Hace una mueca y señala la frontera oriental, recorriéndola con el dedo—. Pero todo esto son acantilados a lo largo de la costa de Crestascuas y de Artis, ¿verdad? Por lo tanto, no tienen tanto acceso al agua.

—Es cierto. —Hago una pausa y observo el mapa—. Pero Ciudad Acero y Artis comparten un puerto donde el Río de la Reina desemboca en el océano. —Lo señalo—. Y el Río de la Reina transcurre por Crestascuas y por Artis. —Indico la zona oriental de Kandala—. Aquí, el río Llameante cruza Prados de Flor de Luna y la Región del Pesar, y también desemboca en el océano. Casi todos los sectores tienen acceso directo al agua.

—Menos el Sector Real. —Se me queda mirando.

—Para evitar un ataque marítimo. Pero el Sector Real también está asolado por las fiebres, a pesar de nuestras fuentes de agua. —Sin querer, mis pensamientos regresan a Harristan. Hoy casi no lo he visto, así que no tengo idea de si ha vuelto a toser. Una pequeña punzada de miedo entra en mi corazón y se instala allí.

Estaba bien cuando fue a mis aposentos. Ahora debe de estar bien.

Un criado se ha quedado y seca con suma lentitud una gota de té de la bandeja de plata. Con la esperanza de oír algún cotilleo, sin duda.

—Déjanos solos —le espeto.

Se sobresalta, hace una rápida reverencia y se marcha.

Vuelvo a mirar hacia Tessa.

—Continúa.

—No es necesario que seas tan cruel. —Leo reproche en sus ojos oscuros.

Me desplomo en una silla. La preocupación por mi hermano me ha agriado los ánimos.

—A ti no te he matado y Allisander ha amenazado con dejar de mandar envíos de flores de luna, así que permite que no esté de

acuerdo contigo.

Me fulmina con la mirada.

Yo la fulmino también.

—Continúa.

Tessa observa el mapa, y luego a mí. La censura no ha abandonado sus ojos.

—Yo hago reales las peores pesadillas —le suelto—. Si crees que una mirada sombría me va a afectar, enseguida te enterarás de que no es así.

Duda antes de suspirar.

—Quizá haya algo diferente en la vida marina, pues.

Tardo unos instantes en darme cuenta de que está hablando de Solar.

—La señora Solomon utiliza polvo de caracolas de mar en uno de sus tónicos para la fiebre —sigue diciendo Tessa—. Cuesta un riñón porque las caracolas vienen de muy lejos, pero es uno de los pocos remedios que prepara que parece tener algún efecto. Siempre he creído que se trataba de la corteza del sauce blanco, pero a lo mejor…

—Un momento. —Me yergo en la silla—. ¿Hay otra cosa, además de la flor de luna, que cure las fiebres?

—A ver…, no. Pero sí que parece que el tónico hace que las fiebres sean más manejables, y en ese caso el elixir de flor de luna es más eficaz. —Pone una mueca—. A lo mejor. En mi opinión, no hace más que vender una versión de esperanza más barata a los desesperados.

Desesperados. Como estaba yo. Me recuesto en el respaldo y me paso las manos por la cara. En la estancia reina tal silencio que oigo perfectamente cómo se desplazan las manecillas de mi reloj de bolsillo.

Debo moverme. Si sigo sentado aquí, la preocupación se transformará en histeria. Me levanto de la silla y me acerco a la ventana. El cielo está oscuro y repleto de estrellas, pero el Sector Real rivaliza con el resplandor gracias a las velas aleatorias y las luces eléctricas que titilan por toda la ciudad. El presidio es un edificio rectangular gigante, que se divisa sin problemas porque las antorchas están toda la noche prendidas junto a los guardias que lo vigilan. A lo

lejos, los focos serpentean por la muralla.

Las telas crujen cuando Tessa se aparta de la silla y se me aproxima.

—Estás preocupado por tu hermano. —Habla muy muy bajito.

—El rey no necesita que nadie se preocupe por él, y mucho menos yo.

—Alguien sospechará que está enfermo —comenta tras dudar unos segundos.

—No está enfermo. —Quiero que mi voz suene dura, quiero asustarla para que deje el tema, pero no lo consigo. Sueno engreído. Peor: sueno blando. Débil y temeroso.

Sin previo aviso, su mano se cierra sobre la mía y me da un ligero apretón.

Me la quedo mirando, sorprendido, pero sus ojos están dirigidos hacia las luces de la ciudad, y me suelta la mano con tanta delicadeza que me da la impresión de que he imaginado el roce.

Sobre todo cuando vuelve a concentrarse en lo que nos ocupa.

—¿Qué pasa con Ostriario?

—¿Cómo? —Parpadeo.

Ostriario es el reino que se encuentra al otro lado del río Llameante, que recorre la zona norte de Kandala. Se trata de un río bravo, rápido y ancho (en algunos puntos llega a abarcar más de veinte kilómetros), por cuya culpa sería difícil comerciar incluso en las mejores condiciones. Pero en la orilla opuesta el terreno de Ostriario está atestado de pantanos en el sur y de montañas en el norte, lo que lo convierte en un lugar de difícil acceso. Nuestras relaciones con Ostriario no son hostiles, pero por las dificultades del camino tampoco son demasiado buenas. Nuestro padre empezó a mandar emisarios a la región para ver si merecía la pena establecer rutas comerciales, pero al poco lo asesinaron y Harristan tuvo que lidiar con la muerte de la población.

—¿Las fiebres los afectan a ellos? —me pregunta Tessa.

—No lo sé —le respondo.

—¿No crees que vale la pena enterarse?

Tomo aire para negarme, pero no es una mala pregunta. La miro a

los ojos.

—Puede.

—Si la flor de luna aquí crece en el este, quizá allí también crezca en el este. Y si allí no están enfermos, quizá podrías conseguir que…

—Esos son muchos «quizá». —Hago una pausa y mentalmente calculo cuánto dinero sería necesario para fletar barcos que pudieran soportar la corriente del río y contratar a gente dispuesta a emprender la tarea de viajar a terreno desconocido y explorarlo—. Y también sería muy caro. No sé si Harristan podría justificar el gasto.

Dicho lo cual, a Allisander no le gustaría nada la idea. Y eso hace que me entren ganas de redactar una petición de fondos en este preciso instante.

Tessa suspira.

Yo suspiro.

Ojalá no me hubiera soltado la mano tan rápido. El gesto no ha significado nada, estoy convencido. Es la misma compasión momentánea que le mostraba a una madre preocupada cuando llevábamos máscaras e intentábamos asistir a los pocos a los que podíamos ayudar.

«No es necesario que seas tan cruel».

Tal vez sentía algo por Weston Lark, pero al príncipe Corrick lo odia.

—Vale la pena hablarlo —accedo.

Levanta la vista para mirarme sorprendida con los ojos iluminados.

—¿En serio?

Pone tanto el corazón en todo lo que hace que casi sonrío al ver su reacción.

—Ahora estás en la corte, así que no deberías ser tan transparente.

—¿Qué diablos significa eso?

—Deberías decir: «Si es lo mejor que puedes hacer, alteza». —Se lo suelto con una entonación que se asemeja mucho a cómo me burlo de Allisander para mis adentros—. O: «Supongo que con eso bastará», con un sonoro suspiro para dejar claro que no estás satisfecha.

Tessa cruza los brazos por encima del pecho y observa la ciudad de

nuevo.

—Menuda tontería.

Me echo a reír.

Se sobresalta y arruga el ceño.

Entre nosotros vuelve a caer un peso repentino y caliente. No sé qué acaba de pasar.

—Me recuerdas mucho a Wes cuando te ríes. —Tessa traga saliva con los ojos brillantes—. No sé quién es real y quién es la ilusión.

Sus palabras contienen tanto dolor que casi me encojo para acusar el golpe. Aguanto la respiración durante unos instantes.

Alargo el brazo y le toco la mano como acaba de hacer ella conmigo. Como la toqué cientos de veces en el bosque, cuando las noches eran demasiado complicadas.

Espero a que se aparte, pero no lo hace. Le rodeo la mano con la mía y nos quedamos contemplando las luces de la ciudad.

—Tú ves más allá de todas mis ilusiones —digo con voz ronca.

Se gira para mirarme y detesto ver que haya esperanza en sus ojos. Me recuerda demasiado a nuestra última noche en el bosque, cuando le prometí que volvería… y no volví. Estoy destinado a decepcionarla. Hay una prisión llena de contrabandistas que da suficiente fe de ello.

Aun así, no la puedo soltar.

Levanto la otra mano para acariciarle la cara, indeciso al principio pero más seguro después cuando no se retira.

—Me recuerdas lo que sentía al ser Wes.

Su respiración se entrecorta, y cierra los ojos.

—Te odio.

—Ya lo sé. —Le recorro la boca con el pulgar y ella separa los labios. Ahora estamos más cerca y compartimos el mismo aire.

En ese momento, abre los ojos y suelta un jadeo. Coloca la mano que tiene libre en el espacio que hay entre nuestras cabezas, las puntas de los dedos sobre mis labios. Sus ojos prenden fuego a los míos.

Quiero agarrarle la mano y apartarla. Quiero poner los labios sobre los suyos. Quiero poner las manos sobre su cintura, en su espalda, en cada centímetro de piel que este vestido deja al descubierto… y en

algunos centímetros que no. Quiero su aroma en mi cabeza y su sabor en mi lengua y sus brazos alrededor de mi cuello.

No me puedo mover. Quiero que ella quiera también todas esas cosas.

—Tú no eres Wes —susurra.

Sus palabras me golpean como una flecha, y me echo hacia atrás. La distancia que nos separa es, de pronto, inmensurable.

Al otro lado de la ventana estallan luces y ruidos, tan intensos y estridentes que la aparto del cristal. Retrocedemos un par de metros, pero nada se aproxima al palacio. En el presidio, a varias manzanas de aquí, se ha originado un incendio y las llamas ascienden en plena noche. Ya oigo gritos en distintas áreas del palacio, y la gente echa a correr por las calles.

—¿Qué… qué pasa? —empieza a decir Tessa.

—¡Guardias! —chillo. La puerta se abre de par en par y los guardias irrumpen en la sala.

Otra explosión en la ciudad hace temblar los ventanales. Cerca del presidio otra vez. Las llamaradas son tan altas como un edificio de tres plantas. Las alarmas del sector empiezan a tronar.

Otra explosión. Esta vez no me inmuto.

Otra.

Un guardia me está hablando.

—Alteza. Debería alejarse de las ventanas.

Pero no puedo. No puedo apartar la mirada.

El Sector Real está ardiendo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Tessa

La sala estaba muy tranquila y silenciosa cuando me encontraba a solas con Corrick, pero ahora es un caos de guardias y consejeros que entran y salen, llevando órdenes y mensajes. El rey Harristan se ha presentado a los diez minutos de la primera explosión. Es evidente que se ha vestido a toda prisa, porque solo lleva una camisa, sencillos pantalones de cuero y botas sin abrochar. Corrick y él están sentados a una de las mesas alargadas con Quint al lado. El intendente del palacio toma notas apresuradamente con las cuales se marchan los mensajeros en cuanto las arranca. A la sala también han acudido

varios cónsules, entre ellos el cónsul Sallister, la consulesa Cherry y la consulesa Marpetta, la mujer a la que vi junto a las puertas la mañana que entré en el sector a entregar el pedido de la señora Solomon. A los demás no los conozco. Enseguida han rodeado al rey para discutir si todo el sector estaba siendo atacado, cuál era la mejor manera de combatir los incendios, quién andaba detrás de las explosiones. Harristan ha escuchado los parloteos durante un minuto más de lo que habría aguantado yo y al final ha exclamado: —Basta. Si tan inteligentes sois, id a buscar un balde con agua y poneos a trabajar.

Todos han enmudecido. Ahora están sentados a la mesa más próxima a la chimenea. Sus voces son un grave murmullo, y sé que siguen discutiendo, pero son lo bastante sensatos como para haberse alejado del rey. Oigo susurros acerca de dinero y rebeldes y ataques planeados.

Yo estoy en un rincón, con la esperanza de que todos se hayan olvidado de mi presencia. La tensión de la estancia es palpable y me marcharía si no supiera que así llamaría más la atención.

Me cuesta imaginar que, hace un par de días, estaba sentada junto a una mesa de trabajo con Karri, moliendo raíces y hierbas sin esperanza, y que ahora llevo un vestido carmesí y estoy en la planta superior del palacio viendo por la ventana cómo el fuego avanza rabioso por la ciudad.

He oído lo suficiente para ser consciente de que se trata de un ataque coordinado al presidio, aunque las llamas han pasado a los edificios colindantes. Ha habido explosiones frente a las puertas delanteras, pero también junto a la parte posterior, con lo cual una pared se ha venido abajo. Las llamas son tan enormes que por lo visto a los trabajadores les está resultando complicado apagarlas. En un primer momento, se ha extendido la preocupación de que el palacio sería la siguiente víctima de un ataque, y por eso todo el mundo está en esta sala, ante cuyas puertas hay una docena de guardias armados. Pero no ha habido más explosiones.

Un joven aparece junto a la puerta con las mejillas encendidas y el pelo húmedo por el sudor. Tiene la ropa chamuscada y los dedos tiznados de hollín. El papel que aferra en una mano está arrugado y mojado.

—Majestad —dice sin aliento.

Harristan acepta la misiva y la lee. Al cabo de unos instantes, la deja sobre la mesa y se la pasa a Corrick. Cuando el rey toma la palabra, la resignación tiñe su voz.

—No ha sido un simple ataque al presidio. Ha sido una misión de rescate.

En la mesa cercana al hogar, el cónsul Sallister se levanta.

—¿Cómo?

Corrick se pasa una mano por la mandíbula.

—La mayoría de los prisioneros han escapado. Los han ayudado.

Si me encontrara en el taller con Karri y me enterara de lo sucedido, mi corazón daría un vuelco por el alivio al saber que la gente

ha huido de la cruel tiranía del rey y de su hermano. En cierto modo, mi corazón también da un vuelco aquí. Pero ahora sé con certeza que no se trata de algo tan sencillo en plan nosotros contra ellos, y sé que nadie de la sala interpretará lo ocurrido como un alivio.

Durante unos instantes reina el silencio en la sala, hasta que el cónsul Sallister se acerca a la mesa principal.

—Han escapado —dice en voz baja y furiosa—. Han escapado, otra vez. —Se pone rojo—. Corrick, dijiste que no estaban organizados. Dijiste que eran «simples trabajadores». Dijiste que…

—Cónsul —lo interrumpe el rey Harristan. No emplea un tono duro ni áspero, pero el otro calla de todos modos.

—Si lo han logrado es que estaban organizados —tercia la consulesa Marpetta. Habla en voz baja, pero firme—. Y alguien los ha financiado.

—Sí —espeta el cónsul Sallister—. Los han financiado unos simpatizantes conocidos como «los benefactores». ¿Qué sabes sobre ellos, Arella?

—¿Estás acusándome de algo? —le pregunta ella sin perder los estribos.

—¿Acaso necesitas confesar algo?

Los dos guardan silencio durante un buen rato, y desde donde estoy percibo el odio que se profesan.

—Las puertas están cerradas, supongo —interviene un anciano de la mesa que está sentado junto a la consulesa Cherry—. ¿La patrulla nocturna está recorriendo el sector?

—Sí —contesta Corrick. Echa un vistazo al papel arrugado—. Ya han capturado a dos.

—Pues ejecútalos —exclama el cónsul Sallister—. Ahora mismo.

Es tan frío. Tan despiadado. Como si no se refiriera a seres humanos. Como si estuviera hablando de reses.

El rey Harristan y el príncipe Corrick intercambian una abrumada mirada. Al parecer, mi corazón ha dejado de palpitar. Han cambiado muchas cosas desde que me colé en el palacio. Estoy esperanzada. Estoy aterrorizada. Estoy… No sé cómo estoy.

En ese momento, Corrick se levanta.

—Me encargaré personalmente —anuncia.

—¡No! —La palabra escapa de mi boca antes de que pueda evitarlo, y con ella llamo la atención de todos los asistentes.

Salvo la de Corrick. No me mira, no se gira, no busca mis ojos.

—Cónsul —dice sin emoción alguna. Se encamina hacia la puerta. El cónsul Sallister lo sigue. Al cabo de unos instantes, la consulesa Marpetta también va tras ellos.

Quiero ir tras Corrick. Quiero rogarle que se detenga. ¿Qué me ha dicho? «Me recuerdas lo que sentía al ser Wes».

Era Wes. No quiere hacer esto. Yo sé que no quiere.

Pero ha salido por la puerta. «Me encargaré personalmente».

Me aprieto los labios con los dedos. No puedo respirar.

Ahora ya no soy invisible. El rey Harristan me lanza una mirada y luego se dirige al intendente del palacio.

—Quint.

Quint se levanta sin dudar y se me acerca.

—Querida, debes de estar agotada…

—Por favor —susurro entre dientes—. Por favor. No puede hacerlo.

Sus ojos me dicen que puede y que va a hacerlo.

Qué tonta soy. Me he permitido pensar lo contrario durante un breve lapso, pero sé quién es. Sé de qué es capaz.

Debería haber echado a correr del carruaje cuando se me presentó la oportunidad. Debería haberle clavado el puñal. Debería haber hecho algo.

Y ahora estoy aquí de pie, mientras Quint me agarra por el codo.

Va a matarlos. Corrick va a ejecutar a personas ahora mismo.

Quiero correr. Quiero chillar. Quiero lanzarme a los pies del rey y suplicar piedad.

Nada de eso serviría.

Quint debe de ser capaz de ver el pánico que atraviesa mis ojos, porque me dice: —Ven conmigo, Tessa.

La consulesa Cherry se levanta y me mira antes de girarse hacia el rey.

—Seguro que el príncipe Corrick se enterará de muchas cosas cuando estén muertos. —Se dirige al anciano de la mesa—. Roydan. Me gustaría seguir nuestra conversación en privado.

—¿Una conversación que no podéis compartir con vuestro rey? —interviene Harristan.

Roydan parece dispuesto a decir algo conciliador, pero la consulesa Cherry se enfrenta a Harristan con valentía.

—No, majestad —dice—. No podemos. —A continuación, hace una reverencia y se encamina hacia la puerta.

El rey toma aire, pero antes de responder empieza a toser.

La consulesa Cherry y Roydan se giran para observarlo, alarmados.

En un santiamén, Quint me ha soltado el brazo y ha agarrado el de la consulesa Cherry.

—Arella. ¿Dónde os reuniréis Roydan y tú? —Su voz es más alta que de costumbre al acompañarlos a la puerta—. Ordenaré que os manden comida. ¿Quizá una botella de vino?

Cruzan la puerta. Un guardia la cierra de golpe tras ellos.

Harristan sigue tosiendo. Dos de sus guardias intercambian una mirada.

Quizá porque he visto a muchísimos ciudadanos preocupados mirarse del mismo modo delante de mí, pero lo cierto es que sé qué significa.

¿Está enfermo? ¿Deberíamos hacer algo?

La bandeja con el té y los platillos sigue intacta en el extremo de la mesa, así que me adelanto para servir una taza y le añado una cucharada de miel. En un jarrón estrecho hay lirios del valle y lavanda, y procuro no pensar en cuánto debía trabajar para comprar unos pocos pétalos para mi kit de boticaria, mientras que aquí los utilizan como mera decoración. Rompo varias hojas de cada clase, las trituro con las manos y las vierto en el agua. La cucharilla repiquetea contra la porcelana al remover rápido el líquido antes de llevárselo al rey.

Uno de los guardias me bloquea el paso con tal velocidad que suelto un grito y casi le arrojo el té por encima. Unas guantas gotas colman la taza por el lado.

—Son… son lirios del valle —tartamudeo, y de repente me doy cuenta de que estoy sola con el rey y los guardias—. Y miel. Para… la tos. Le hará bien.

—No —se opone el guardia.

—Sí —resopla Harristan.

El guardia parpadea. Se pone de lado para observar al rey, quien ha tendido una mano hacia mí para señalar la taza.

Se la dejo en la mesa justo delante de él y me pregunto si el guardia me va a cortar la mano. La taza tintinea sobre el platito. El rey le da un sorbo y vuelve a toser.

El guardia me fulmina con la mirada como si la tos se la hubiera provocado yo.

Pero entonces el rey Harristan se bebe la taza y deja de toser. El silencio que se instala en la sala es tan repentino que oigo cómo me martillea el pulso en los oídos. El guardia no se ha movido, sigue impidiéndome llegar hasta el rey, pero su expresión no es tan dura como hace unos instantes. Aunque es tan alto e intimidante como antes, con la piel de un marrón suave y el pelo al rape, y los brazos tan musculosos que seguramente podría destrozarme el cráneo con una sola mano.

En cuanto lo pienso, reparo en que no se ha movido porque espera a que el rey le diga cómo proceder. Corrick se ha marchado para ejecutar a los prisioneros. Por lo que me ha comentado, poca gente sospecha que el rey esté enfermo y yo acabo de presenciar uno de sus ataques de tos. Quizá este hombre sí que va a destrozarme el cráneo con una sola mano.

Al igual que la noche en que me desperté en los aposentos de Corrick, me embargan la rabia y el miedo al mismo tiempo, pero es la rabia la que gana la batalla.

Miro primero al rey y luego al guardia.

—Solo intentaba ayudar —me apresuro a decir con la voz envuelta en una furia que tiene más que ver con Corrick que con el hombre que tengo delante—. Nada más. No soy una cotilla y no sé nada. Puede matar a quien quiera, así que supongo que a mí también puede

matarme, pero no soy más que una chica, y matarme no va a…

—Basta.

El rey Harristan no lo dice con demasiado énfasis, pero en su tono hay suficiente autoridad como para que mis labios dejen de funcionar. La postura del guardia ha pasado de erguida a amenazante.

Trago saliva con dificultad y me obligo a mantenerme firme.

—Rocco —dice Harristan. Su voz es un tanto áspera, un poco débil, como si la tos le hubiera arrebatado algo y no quisiera demostrarlo—. Retírate.

El guardia se coloca junto a la pared y yo me encuentro delante del rey de Kandala, que está en mangas de camisa.

Me sentía un poco más valiente cuando había un guardia entre nosotros. Tal vez a su hermano y a él les hayan dado clases para intimidar sin siquiera moverse del asiento, porque a los dos se les da de maravilla sin esforzarse.

—No voy a matarte —me dice.

No sé cuál es la respuesta más adecuada a eso.

—¿Gracias? —dudo—. ¿Majestad?

Sus ojos brillan con algo que puede ser irritación o bien diversión. Espero que sea lo segundo, pero sospecho que es lo primero, sobre todo cuando me ordena: —Siéntate.

Me dejo caer en la silla que tengo más cerca y el rey levanta la taza de té, ya vacía.

—¿Es uno de tus remedios?

—Son… —Debo aclararme la garganta—. Son pétalos de lirios del valle. Son muy caros…, pero van muy bien para la tos. Mejor incluso que la cúrcuma.

Se limita a mirarme fijamente, así que empiezo a parlotear.

—En Artis, muchos de los constructores navales tienen seca la garganta por trabajar tanto con la madera, por lo que es un remedio rápido. A veces su trabajo provoca una inflamación que imita la enfermedad de las fiebres, y de ahí que siempre haya mucha preocupación en los muelles, pero un poco de jengibre y de cúrcuma suele eliminar los síntomas si no hay fiebre alta.

El rey contempla mi mano y me avergüenza comprobar que la había extendido hacia su frente.

—Ay… Lo siento. —Retiro la mano enseguida.

—¿Tengo fiebre, Tessa?

Me quedo petrificada. Qué pregunta tan malintencionada.

¿Está burlándose de mí? No me lo ha parecido.

¿Lo toco? ¿Le rozo la frente para verlo?

¿Y si resulta que tiene fiebre? ¿Le digo que sí? ¿Le digo que no?

Vuelvo a alzar la mano y detecto una chispa de desafío en su mirada.

La punta de mis dedos rozan suavemente sus cejas, pero no es suficiente para saber nada de nada.

No pierdas los nervios, Tessa.

Cállate, Wes. Corrick. Quienquiera que seas.

Aprieto los dientes y coloco la palma de la mano sobre la frente del rey.

No tiene fiebre.

Me llevo tal sorpresa que giro la muñeca para utilizar el dorso de la mano. Sigue estando frío. Y me asombra lo vulnerable que se le ve, sentado en la silla medio vestido y con mi mano en la cara. He estado tan fascinada por el hecho de que sea el rey que he olvidado que es un hombre solo unos pocos años mayor que yo.

—No —afirmo con sinceridad mientras me recuesto en la silla—. No tiene fiebre.

Durante unos instantes me da la sensación de que todos los que estamos en la habitación soltamos un suspiro. La oleada de alivio es así de potente. Hasta el mismísimo rey parece desprenderse de un poco de tensión.

Yo tampoco soy inmune a la situación: mi corazón se desacelera. Soy capaz de respirar hondo por primera vez en horas, creo.

Y entonces el rey me pregunta:

—¿Cómo conociste en realidad a mi hermano?

Y mi corazón quiere dar un salto y salir de mi pecho.

Harristan sonríe, pero es una sonrisa astuta.

—Eres tan transparente que dejas ver todo lo que sientes.

Me coloco las manos sobre las mejillas.

—Él también me lo ha dicho —susurro.

—¿Colaboras con la gente que ha atacado el presidio?

—¿Qué? —escupo—. ¡No!

—¿Quiénes son los benefactores? ¿Son los responsables de lo ocurrido?

—¡No lo sé! Solo oí hablar de ellos en la revuelta. Durante la ejecución.

—¿Qué me dices de los contrabandistas a los que habíamos capturado? ¿Tu misión era distraer al príncipe?

—¡No! Yo no… Nunca he…

—Te has llevado un disgusto cuando ha accedido a castigarlos por sus delitos.

—Porque no quiero que mate a nadie. No quiero que… —Se me quiebra la voz—. Suficiente gente está muriendo ya en Kandala. No deberíamos matar a nuestro propio pueblo. Sobre todo si la gente solo intenta sobrevivir.

Y en ese momento, para mi terror, me echo a llorar. Me echo a llorar delante del rey.

Una tela suave me acaricia la mano, y parpadeo. Me ha ofrecido un pañuelo.

Lo agarro con la punta de los dedos.

—Gracias. —Mi voz suena grave y nasal. Ahora no puedo mirarlo a la cara.

Cuando toma la palabra, habla en voz baja y casi amable.

—El justicia del rey no puede mostrar indulgencia a quienes atacan un edificio en el centro del Sector Real. —Hace una pausa—. Seguro que eres consciente.

Me llevo el pañuelo a los ojos. Sí. Sí que soy consciente.

Eso es lo peor de todo.

—Lo sé —susurro.

—Podrías haberme envenenado con el té —murmura Harristan.

También podría haberlo apuñalado, pero no se lo digo.

—No soy una asesina.

—Es obvio que no. —Hace una pausa y toma aire, pero lo que fuera a decir se queda en el limbo porque Quint cruza la puerta a toda prisa.

—Disculpe, majestad —dice—. He acompañado a los cónsules Pelham y Cherry a otra estancia… —Nos ve sentados y se detiene por completo— ¿Interrumpo… algo?

—Asegúrate de que los cónsules se enteren de que Tessa me ha ayudado a quitarme la tos. —El rey Harristan observa a Quint—. He tenido suerte de que estuviera aquí. Ha elaborado una tintura de acción rápida con un par de cosas…

—Solo era miel y… —empiezo a decir, pero Harristan me silencia con una mirada.

— … y estoy agradecido por su intervención —termina.

—Sí, majestad —dice Quint. Está alucinando.

Yo también.

—Acompáñala a su habitación —le ordena el rey.

Y, así, me despacha. Al cabo de unos instantes, mi mano se ha posado sobre el brazo de Quint y avanzamos por el pasillo en silencio. Para mi sorpresa, el guardia Rocco nos sigue a poca distancia. Supongo que para cerciorarse de que vaya donde debo ir.

Cada hora que paso en el palacio parece dar la vuelta a mis pensamientos hasta el punto de que ya no sé qué está bien y qué está mal. A lo mejor Quint lo ha percibido, porque no habla durante el trayecto.

O puede que esté tan cansado como yo.

No sé si quiero preguntarle si sabe qué les hará Corrick a los prisioneros, y antes de tomar una decisión ya hemos llegado a mi puerta. Rocco mantiene una breve conversación con los guardias apostados delante, y se dispersan.

Quint se gira hacia mí.

—Jossalyn te informará al alba del orden del día —me comunica.

La mera idea de seguir un horario es agotadora. Ya casi no recuerdo por qué he creído que había avanzado con Corrick al revisar los mapas, porque todo se ha desmoronado cuando han empezado los

incendios al otro lado de la ventana y el príncipe se ha ido a matar a los prisioneros. Igual que esta mañana, me entran ganas de tirar de la manga de Quint y rogarle que se quede, pero sé que ahora mismo hay asuntos mucho más urgentes.

Me obligo a dejar de valorar esa posibilidad y reprimo un suspiro.

—Gracias.

Asiente y se marcha.

Me detengo con la mano en el pomo de la puerta. Miro a Rocco, que ha ocupado el lugar de los guardias a los que ha despedido. Mis ojos se clavan en el emblema real que decora su uniforme. Puede que los guardias ordinarios del palacio estén muy ocupados buscando a los prisioneros fugados.

—¿Ahora es su turno de asegurarse de que no me escape? —le digo.

—¿De asegurarme de que no te escapes? —repite con las cejas arqueadas.

—Ha sustituido a los guardias. ¿Es mi nuevo carcelero?

—Ah. No. —Agarra el pomo y me abre la puerta—. Has actuado para proteger al rey —comenta—. Y, por lo tanto, te has ganado su favor.

Observo la puerta, su mano, el pasillo vacío.

—No… no lo entiendo.

—No eres una prisionera. No estás confinada en tus aposentos.

—¿Ah, no?

—No, señorita Tessa.

—Y entonces… —Titubeo. Mi cansado cerebro está demasiado liado—. Entonces, ¿qué hace usted aquí?

—Soy un guardia. —Me sonríe—. Estoy aquí para asegurarme de que nadie entre.

—Ah. —Contemplo la puerta de nuevo—. Ah. —Cruzo el umbral —. Gracias.

Asiente en mi dirección y cierra la puerta para dejarme en un completo silencio.

Me dirijo a la ventana. No veo el sector con la misma claridad que

antes, pero me da la sensación de que el fuego está bajo control. Las alarmas del sector han dejado de sonar y los focos ya no se mueven histéricos.

En algún punto de la oscuridad, Corrick está ejecutando a prisioneros. Me aparto de la ventana.

Debería odiarlo, pero no puedo. No sé qué dice eso de mí y no sé si estoy preparada para analizarlo con detalle.

Me pregunto qué pensaría mi padre del príncipe Corrick, del rey y de Allisander, y del enfrentamiento entre las élites que parece provocar un gran sufrimiento a los pobres, quienes no lo merecen.

Me pregunto qué pensaría mi padre de mí, protegida en el palacio mientras afuera el sector arde.

Me acerco al armario, me desato los lazos de los brazos y me quito el vestido por la cabeza, pero mis pensamientos están muy lejos de esta habitación. El día que la señora Solomon nos hizo presenciar la ejecución, recuerdo haber estado entre la multitud y haber deseado que Wes estuviera allí. En ese momento no lo sabía, pero estaba allí. Creía que el príncipe Corrick era una persona horrible, y en cierta manera lo es, pero quizá estaba tan consternado sobre el escenario como lo estaba yo.

«Pues ejecútalos. Ahora mismo».

Ni siquiera me ha dedicado una mirada antes de abandonar la estancia.

Jossalyn me ha dejado un camisón colgado de una percha en la puerta del armario; lo ignoro y tanteo en el interior hasta encontrar lo que debe de ser ropa de montar, pero que sin lugar a dudas es más cómoda que un vestido: suaves pantalones de cuero, un jersey de punto y un par de botas.

Tan pronto me lo he puesto todo, abro la puerta.

Rocco está al otro lado y enarca una ceja al fijarse en mi atuendo.

—¿No debo quedarme en mi habitación? —le pregunto.

—No. —Hace una pausa—. Puedo pedir comida si prefieres…

—No. Gracias. —Debo aclararme la garganta—. No tengo hambre. Quiero… —Mi voz se apaga en tanto lo miro a los ojos. Tal vez no sea

una prisionera, pero él sigue siendo el guardia del rey—. ¿Puede llevarme a un sitio? —murmuro—. Quiero decir…, fuera del palacio.

Frunce el ceño, un gesto que me hace pensar que se negará, pero se interesa: —¿A dónde?

Respiro hondo.

—Quiero que me lleve hasta el príncipe Corrick.

CAPÍTULO VEINTICINCO
Corrick

El suelo está cubierto de ladrillos chamuscados y de astillas de madera, y el remanente de humo forma una neblina alrededor de la única antorcha que sigue encendida en esta zona del presidio. Los guardias han sacado los cuerpos hace un rato, pero no han regresado. Esta área no está en buenas condiciones, y seguro que creen que me iré enseguida.

Allisander sí que se ha ido. No ha durado ni cinco minutos.

Me alegro. No quiero verlo aquí. No quiero ver a nadie aquí.

Cuando hemos entrado, los prisioneros estaban encadenados al suelo. Durante unos instantes, he pensado que los dos estaban muertos porque tenían la cara negra por el hollín y la ropa quemada. Este reducido espacio estaba inundado por el olor a carne chamuscada, nauseabundo y dulce al mismo tiempo. Era evidente por qué los han atrapado tan rápido. Probablemente no llegaran a salir del presidio.

Pero al cabo de poco he visto cómo subía y bajaba el pecho de uno, y el otro ha proferido un patético gemido.

Allisander estaba justo detrás de mí.

Ojalá estuvieran muertos. Ojalá hubieran escapado. Ojalá Harristan pusiera fin a esto de una vez, en lugar de dejarme demostrar lo malévolos que podemos ser. Ojalá yo fuera Wes, una persona libre de ayudar, en lugar de Corrick, una persona atrapada por las circunstancias.

Ojalá. Ojalá. Ojalá.

Y, entre tanto, Allisander esperaba.

No suelo ser yo el que empuña la espada, el hacha o la flecha. Doy la orden y otro ejecuta la acción. Pero esta noche mis pensamientos se habían dispersado y vuelto locos, y, si abría la boca para pronunciar una orden, me preocupaba desarmar todo lo que mi hermano se ha afanado por mantener unido.

Así que he agarrado la espada de un guardia y les he rebanado el cuello.

He blandido el arma en dirección al guardia para que la agarrara, pero con la mirada fija en el cónsul.

—¿Satisfecho? —le he preguntado. Mi voz sonaba áspera, mis manos estaban pegajosas por la sangre.

Allisander respiraba de forma entrecortada, las ventanas de su nariz aleteaban como si fuera un caballo aterrorizado. Quizá no esperaba que yo fuera tan veloz… ni tan brutal. Quizá esperaba que me acobardara y me negara a emplear la violencia.

—Sí —ha respondido.

—Bien.

Acto seguido ha vomitado, se ha marchado y los guardias han sacado los cuerpos.

Ahora estoy sentado en el suelo, apoyado contra la pared. Mis manos se han oscurecido por la sangre seca, espesa y negra que me rodea las uñas. El aire es espeso y cuesta respirar, pero quizá sea cosa mía, porque el temor me ha embargado el pecho desde el instante en que he oído gritar a Tessa para que me detuviera.

«Aquí solo puedes ser el príncipe Corrick. Solo puedes ser el justicia del rey».

Ya lo sé, Quint. Ya lo sé.

Me aprieto los ojos con los dedos. Como siempre, envidio a Harristan. No por el trono, sino porque ignora todo esto. Por su distancia. Por su privilegio.

Quizá todo ello sea una misma cosa.

No dejo de repetirme que por lo menos ocho de ellos escaparon, así que solo han sido dos. No dejo de repetirme que estos hombres no habrían vivido mucho más. No dejo de repetirme que les he mostrado

piedad y no crueldad, pero no lo sé con seguridad.

Ojalá mi cabeza estuviera vacía de pensamientos, ojalá pudiera encerrar mi mente en la oscuridad que me permite ser quien debo ser. Cada vez que lo intento, pienso en Tessa y en sus ojos oscuros por la censura.

Nunca me perdonará. Nunca dejará que vuelva a tocarla.

Nunca me libraré de esto. De ser quien soy. Esta será mi vida como el justicia del rey: Corrick el Cruel, el hombre más temido del reino, y en cierto modo también el más solitario.

Quiero reírme de mí mismo, pero para mi sorpresa me pican y me arden los ojos. Pestañeo con fuerza y me froto la cara. Es absurdo. No he llorado desde que murieron nuestros padres. No quiero llorar ahora.

Una lágrima se vierte de todos modos. Me paso una manga por el rostro. Está mojada, y me doy cuenta de que me he esparcido sangre por la mejilla.

«Yo hago reales las peores pesadillas», le he dicho a Tessa. Probablemente sea la personificación misma de una pesadilla.

En algún punto de la oscuridad, una bota golpea el suelo de piedra, y levanto la cabeza. Uno de los guardias debe de haber regresado.

Me pongo en pie entre tambaleos. Me froto la cara de nuevo. Aprieto los dientes contra las emociones que siento.

Un nuevo pensamiento entra en mi cerebro, casi peor que la pena y el miedo. Varios prisioneros han huido. Alguien ha atacado el presidio. Tal vez no se trate de los guardias. En un acto reflejo, busco la daga con la mano.

No está en su sitio. Se la he dado a Tessa.

La alarma sustituye a la angustia. Agarro una roca de los escombros y me oculto entre las sombras mientras asomo la cabeza en la penumbra y me pregunto si quedarme aquí ha sido una soberana estupidez.

Pero entonces la poca luz hace brillar un objeto de plata y una bota negra, y reconozco el uniforme de la guardia del palacio. Reconozco a Rocco, uno de los guardias personales de mi hermano.

Me quedo sin aliento. ¿Harristan ha venido a buscarme? ¿Ha venido al presidio?

El alivio me golpea de forma tan rápida y súbita que es como una ráfaga de viento invernal contra el ardiente pesar que me inunda por dentro. Casi emerjo de entre las sombras. Por una vez, no estaré solo aquí. No estaré solo… en esto.

Suelto la roca y echo a caminar. No sé qué voy a hacer, pero tantos sentimientos se han apoderado de mi garganta que me preocupa la posibilidad de ponerme de rodillas, aferrar las manos de mi hermano y suplicarle que me libere de todo esto.

Pero no es mi hermano quien sigue al guardia.

Me detengo por completo. Mi corazón parece querer estallar en mi pecho. Todos mis músculos se tensan. La fría ráfaga de alivio se convierte en una oleada de vergüenza y de vulnerabilidad.

Tessa también se ha detenido por completo, y sé por cómo se altera su expresión que no me faltaba razón: soy una pesadilla viviente. Separa los labios, abre los ojos como platos y suelta un jadeo.

—Ay —suspira—. Ay, no.

Quiero mostrarme indiferente. Quiero que no me afecte. Quiero muchas cosas que no puedo tener.

Miro hacia el guardia.

—¿Por qué la has traído? No debería estar aquí —le espeto.

—Se lo he pedido yo —responde Tessa. Y, por primera vez, la censura no tiñe su voz, sino… la calma. Avanza hacia mí.

Doy un paso atrás. No aparto los ojos de Rocco.

—Llévatela de vuelta al palacio. Ahora mismo.

—No. —Tessa da otro paso hacia mí—. Yo…

—Detente. —Me echo hacia atrás de nuevo. No puedo mirarla a los ojos—. No deberías estar aquí.

—Por favor. Será…

—Vete —le grito—. O te encerraré aquí para siempre.

—No, no lo harás.

Tiende un brazo para agarrarme y retrocedo. Mi bota tropieza con la roca que he soltado y doy un traspié con una viga de madera

astillada. Mis hombros se estampan contra la pared y aprieto los puños. Respiro fuerte, como un animal acorralado.

Tessa es lo bastante sensata como para dejar de perseguirme. Nos quedamos donde estamos bajo la luz de la antorcha titilante. Lleva el pelo suelto sobre los hombros, la cara limpia y una ropa tan sencilla que me sorprende que la haya encontrado en su armario.

Yo visto la misma chaqueta elegante de la cena, pero cada centímetro de mí está sucio por el polvo y manchado de sangre.

—Ahora ya no es una ilusión —digo.

—No —asiente con voz tranquila.

Fulmino con la mirada a Rocco, que espera a poca distancia de ella.

—¿Cómo has logrado que te trajera hasta aquí?

—Le he pedido que te encontrara.

—¿Dónde está Harristan? —Miro hacia el guardia, y una nueva preocupación se instala en mi corazón—. ¿Por qué no estás con el rey? ¿Qué ha pasado?

—Su majestad ha ordenado que asistiera a la señorita Tessa —responde, impasible.

—Tu hermano está bien —me informa Tessa con cuidado en la voz. Una vez más, ve más allá de mi persona—. Ha tosido un poco cuando te has ido, pero no…

—¿Que ha qué? —Me aparto de la pared.

—Está bien. No tiene fiebre. Le he dado un té con miel y lirios del valle. —Su mano se cierra sobre mi antebrazo y me da un ligero apretón—. Está bien.

En su caricia hay algo que me obliga a quedarme inmóvil. Mi respiración se ralentiza levemente.

Sus ojos son penetrantes, sin embargo, y me preocupa que vaya a preguntarme qué he hecho. Me lo preguntará y le contestaré y destrozaré cualquier resto de… de lo que sea que haya entre nosotros.

Estaba dispuesto a arrodillarme a los pies de mi hermano y suplicarle que me librara de esto.

Estoy dispuesto a arrodillarme a los pies de Tessa y suplicarle que me perdone.

Desliza la mano por mi brazo y entrelaza los dedos con los míos. No se inmuta al ver la sangre. El nudo de mi pecho se aprieta al pensar en que la está tocando.

Por favor, pienso. *Por favor, no me lo preguntes.*

Por favor, no me odies más.

Ya me odio yo bastante.

Empiezo a alejarme, a adentrarme en la oscuridad y las sombras. Su mano sobre la mía me obliga a detenerme.

—¿Vienes conmigo? —me dice.

Tomo aire para negarme. Quiero sentarme en la negrura y rezar por que la tierra me trague.

Al final, no obstante, asiento. Tessa empieza a caminar y yo la sigo, y salimos de la estancia derruida y ensangrentada para volver bajo las luces intensas del Sector Real.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Tessa

No sé dónde llevarlo, pero no podía permitir que nos quedáramos en aquel espacio tan diminuto. El olor a muerte y a sangre espesaba el aire. Ojalá pudiéramos salir de este sector y perdernos en la Selva, pero ya sé que no piensa abandonar a su hermano.

Decido guiarlo de vuelta al palacio. Las luces de la fachada son potentes y los adoquines resplandecen. A pesar de la hora, la calle adoquinada está repleta de caballos y de carruajes, pues envían mensajes acerca de la explosión y las élites van y vienen. Cuando el guardia de Harristan me condujo al exterior del palacio, los pasillos hervían de actividad, y dudo de que la situación haya cambiado demasiado.

No quiero pensar en lo que ha hecho Corrick. Está cubierto de sangre, así que sé que ha sido violento. Sus ojos están vacíos y turbados, así que sé que ha sido horrible. Cuando lo hemos encontrado en la sombría estancia del presidio, una parte de mí quería echar a correr gritando… hasta que he visto la angustia de su expresión.

—Rocco —lo llamo quedamente—. No podemos cruzar las puertas principales. No podemos entrar en el palacio así.

—Saben quién soy —dice Corrick. Sigue voluble, con los ojos un tanto inquietos, pero hay un dejo de resistencia en su voz. Me pregunto si así es como se convence para hacer las cosas que hace.

—¿Entramos por una puerta trasera? —le digo al guardia ignorando al príncipe.

—No —protesta Corrick.

—Podríamos entrar por el acceso de los criados —propone Rocco —. El personal del día ya no está. Hay cuartos de baño y ropa limpia.

—Que no. —Corrick parece haberse recompuesto, pero taladra a Rocco con la mirada, y no a mí—. No pienso entrar en el palacio a hurtadillas.

No sé qué parte hay de resistencia y qué parte hay de supervivencia. Sea como fuere, debería dejarlo hacer lo que quisiera. Es el príncipe y yo… no soy nadie. Pero llevo poco aquí y ya sé cuánto importan los rumores y las apariencias, y sé que ahora mismo no puede permitirse presentarse débil. Entrar en el palacio cubierto de sangre no es en absoluto una imagen de fuerza. Recuerdo el matiz de su voz cuando se ha dado cuenta de que era yo la que estaba con Rocco y no su hermano.

—¿El rey querría que te vieran así? —le digo.

—¿Tan mala imagen doy, Tessa?

Sí. Pero no de la forma a la que se refiere.

—Se te ve… desesperado.

Por lo visto, mi comentario lo ha golpeado como una flecha. La resistencia desaparece de su mirada.

—De acuerdo.

La entrada de los criados es el mismo pasillo por el que me interné cuando me colé en el palacio, y está tan desierto como lo encontré cuando llegué a las escaleras traseras. El cuarto de baño es gigantesco, con fluorescentes eléctricos, agua corriente y varias bañeras enormes. Veo pilas y pilas de ropa de cama doblada y una chimenea colosal, y me doy cuenta de que es una lavandería.

Bueno, claro. No esperaba que nadie del palacio frotara las ropas en el río ni colgara las túnicas para que se secaran al sol. En un rincón veo un vestido con un delantal de criada, además de varias mesas de costura y rollos de tela desparramados. En la pared hay un espejo rectangular y Corrick lo deja atrás para dirigirse a uno de los

lavamanos. Advierto que camina con paso inseguro y que aparta la mirada, pero no se detiene.

—Alteza —dice Rocco—. ¿Quiere que avise a un lacayo?

—No. Vigila la puerta. —Tira de los botones de la chaqueta con rabia.

Me quedo entre la puerta y el lavamanos. No sé si quiere que espere en el pasillo junto al guardia o si debería regresar a mi habitación…, o si debería quedarme justo aquí.

No sé qué quiero hacer yo.

—¿Por qué has ido a buscarme? —me pregunta. Su voz suena bronca pero también un poco enfadada—. ¿Creías que me ibas a detener?

—Sabía que no te detendrías ni tú mismo.

Sus manos se quedan paralizadas sobre los botones, y es entonces cuando me doy cuenta de que está temblando.

Me acerco a él y coloco los dedos sobre los suyos para desabrochar un botón.

—Para —me dice—. Sé desabotonarme la chaqueta.

Le doy una fuerte palmada en los dedos como si fuera un niño al que le han dicho que no tocase un horno caliente pero que lo hace igualmente. Creo que lo he pillado por sorpresa, porque baja las manos.

Suspiro y desabrocho el siguiente botón. La tela es pringosa y procuro ignorar el porqué concentrando los ojos en lo que estoy haciendo.

—Si sabes que veo más allá de tus ilusiones —digo con suavidad—, quizá deberías dejar de lanzarlas en mi camino. Sé quién eres. Sé lo que has hecho. —Levanto la vista y no sé si odiarlo o compadecerme de él… o algo totalmente distinto—. Te conozco. Sé lo que esto te está haciendo. Lo que te ha hecho ya.

Se queda inmóvil, pero su respiración es superficial. Parpadea y, para mi absoluto asombro, se le llenan los ojos de lágrimas.

Supongo que él también se ha dado cuenta, porque se aparta, da media vuelta y se apoya la palma de las manos en los ojos.

—Dios, Tessa.

Presenciar sus emociones invoca las mías, y noto un nudo en el pecho. En el presidio lo he visto descompuesto. Ahora lo veo descompuesto, como si una escasa fuerza de voluntad fuera lo único que impidiese que se desmoronara del todo.

Le toco el brazo y se sobresalta. Baja las manos a los lados y aprieta los puños como ha hecho en la estancia sombría de la prisión. Tiene los ojos rojos, aunque secos.

—Detente —murmura.

Una palabra que suena como una advertencia. Como una súplica.

Me detengo.

Es él quien ostenta todo el poder, pero me mira como si fuera al revés. No quiere admitir lo que ha hecho y yo no quiero averiguarlo, pero la pregunta cuelga sobre nuestras cabezas y alguien debe agarrarla con la mano. Tengo que aclararme la garganta para hablar.

—¿Has matado a los prisioneros?

No aparta la mirada y no vacila.

—Sí.

El silencio que sigue a su respuesta se adueña de la habitación hasta que no queda aire que respirar. Pienso en el cónsul Sallister, que ha sido muy cruel durante la cena, y en el control que ejerce sobre Corrick y Harristan. El control que ejerce sobre todo el país.

Pienso en la voz del rey Harristan al asegurar que el justicia del rey no puede ser indulgente cuando alguien bombardea la cárcel.

Matar a gente está mal. Lo siento en mis adentros. Yo no pude matar al rey cuando tuve la oportunidad… ni siquiera estando convencida de que se lo merecía. Pero, como decía el rey, los castigos para los contrabandistas son bien conocidos. Algunos de los prisioneros del presidio eran auténticos contrabandistas, pero otros no. Bombardear la prisión también ha estado mal.

¿Hay algo de todo eso que excuse las acciones de Corrick?

Sé que el príncipe cree que no. Porta la culpa como si fuera una capa. Creía que todo su poder residía en su papel, en el justicia del rey, pero no es así.

El único poder lo tuvo cuando era Wes en la Selva.

Y ahora se ha quedado sin él.

Trago saliva con dificultad.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ya has oído a Allisander.

—Sí. Lo he oído. ¿Qué ha ocurrido?

Tarda tanto tiempo en responder que creo que no lo va a hacer. Pero al final dice:

—Han sido gravemente heridos en la explosión. —Su voz es áspera, como si se hubiera tragado una llamarada—. A duras penas estaban conscientes. No los habíamos capturado. Es que no habían podido escapar. —Se pasa una mano por el pelo, y debe de tenerlo pegajoso, puesto que pone una mueca y la baja. Ahora no me mira—. No habrían sobrevivido a la noche.

—¿Por qué…? —Me falla la voz y respiro hondo para tranquilizarme—. ¿Por qué estás… estás…? —Señalo su ropa y me estremezco—. Hay muchísima sangre.

—Porque quería que fuera rápido. —Sus ojos se clavan al fin en los míos, y estoy convencida de que percibe el terror que reflejan—. Necesitaba que fuera rápido.

Hay un matiz en su voz que soy incapaz de identificar, pero mi corazón estará un paso por delante de mi cerebro, porque mi pulso empieza a relajarse y el pánico comienza a abandonarme el pecho antes de que lo entienda: Corrick no quería hacerlo, pero, si se veía obligado a ello, pensaba hacerlo lo más rápido y lo menos doloroso que pudiera.

De una forma que pareciera lo más brutal posible.

«No habrían sobrevivido a la noche».

Los ha ejecutado en un acto de compasión.

Me pregunto cuántas veces habrá tenido que hacerlo. Cuántas veces ha debido elegir entre el peor de dos males, porque la opción era ejecutar a un prisionero o ver a otra persona morir por la falta de medicinas. Es una decisión horrible. Una posición horrible.

Me retrotraigo al momento en que inspeccionábamos los mapas,

cuando en el aire se ha iluminado la chispa más diminuta de esperanza. Me pregunto si las explosiones la han apagado, si ya no queda nada.

—No sientas lástima por mí —dice Corrick—. Si quieres sentir lástima, siéntela por ellos.

—Ya —respondo. Pero por él también siento lástima. No puedo seguir odiándolo.

Corrick suspira y se apoya en la pared. Vuelve a llevarse las manos a los ojos.

—Déjame solo, Tessa.

Suelto un suspiro entre dientes y doy un paso adelante para sujetarle las solapas de la chaqueta con los dedos.

Se sobresalta y baja las manos.

—No pierdas los nervios —digo mientras me ocupo de los botones.

Parpadea. Frunce el ceño.

—Te he dicho…

—Me has dicho muchas cosas. A lo mejor podrías callarte un poco y dejarme pensar.

Corrick calla, pero yo no pienso. No demasiado. Tengo la vista clavada en lo que hago hasta que libero el último de los botones.

—Quítatela —digo mientras me alejo para accionar las manivelas que abren los grifos. El correr del agua ruge en el silencio—. Lávate las manos y la cara —le indico. Pongo el tapón y meto la mano en el agua para comprobar la temperatura. Se me había pegado un poco de sangre y de suciedad en la punta de los dedos donde lo he tocado, pero la mugre se esfuma como si nada. Empiezo a dar media vuelta—. Veré si puedo encontrar una to…

Me quedo petrificada. Todo el aire escapa de mis pulmones.

No solo se ha quitado la chaqueta. Se ha quitado la camisa también, y lo veo con el torso al desnudo y los pantalones bajos sobre las caderas. Ya no parece un villano empapado en sangre; parece un hombre cálido, en cierto modo vulnerable y fiero al mismo tiempo. Los músculos marcados de los hombros y de los brazos muestran varias cicatrices, desde lo que parece un pinchazo en el abdomen hasta lo que

debía de ser un cuchillo o una daga que le sajó el bíceps. Mis ojos reparan en el caminito de vello que empieza bajo su ombligo y que desaparece debajo del cinturón.

Corrick carraspea y levanto la vista. Me arden las mejillas.

—No pierdas los nervios —dice.

—Te odio.

—Ajá. Por lo visto, no demasiado. —Se acerca a mí y casi tropiezo con mis propios pies para apartarme de él, pero se ha limitado a moverse para frotarse las manos bajo el chorro de agua.

Qué idiota soy. No debo desearlo. Ni ahora ni nunca.

A mi corazón le da lo mismo. A otras partes de mi ser les da lo mismo. Todo mi cuerpo me traiciona.

—¿No decías que ibas a buscar una toalla? —me suelta intencionadamente.

—¡Ay! Sí. Claro. —Esta vez sí que tropiezo con mis pies. Pero encuentro una toalla y se la doy mientras hago un esfuerzo para no mirar hacia la alargada curva de su espalda ni hacia el lugar bajo las costillas donde se le estrecha la cintura ni hacia la extensa cicatriz que en parte está oculta por el cinturón—. Tienes muchas cicatrices —observo.

—En general, los contrabandistas no son gente demasiado agradable. —Se inclina sobre el lavamanos, moja la toalla y se frota la cara—. A veces intento hacerles preguntas y ellos tienen otras ideas.

Interesante.

Pero así mi cerebro dispone de algo a lo que agarrarse que no sea a la duda de cómo debe de ser tocar su piel. Mis mejillas siguen ardiendo, pero fijo la vista a lo lejos, en la pared del fondo.

—¿Tuviste ocasión de interrogar a los prisioneros que han escapado?

—No. Estaba ocupado leyendo mapas contigo y observando cómo el sector empezaba a arder.

—¿No habías interrogado a ninguno?

—No. ¿Por?

—El cónsul Sallister ha comentado algo sobre «simples

trabajadores». Todos los rumores cuentan que los contrabandistas de Ciudad Acero eran jóvenes y estaban desorganizados. —Reflexiono acerca de las explosiones que hemos presenciado—. Este ataque sí que parece organizado.

—Sí —asiente—. De algún sitio sacan el dinero. Esos benefactores deben de ser gente rica. Hay muchas teorías acerca de que el dinero les llega desde el interior del palacio. —Agacha la cabeza para echarse agua por la cara.

Recuerdo las conversaciones que mantuvimos siendo Wes y Tessa, cuando afirmó con vehemencia que no era un contrabandista y que no hacía lo que hacía en beneficio propio. En aquel momento lo vi turbado, y creí que era por las mismas razones que yo. Ahora conozco la verdad.

—¿Los interrogaste? ¿A los prisioneros de Ciudad Acero?

—Sí. Ninguno me dio que pensar que formaran parte de una trama mayor. —Con las manos se peina el pelo, que ahora está goteando agua sobre su pecho—. Reclamaban una revolución y… —Se encoge de hombros—. Tú estabas allí.

La ejecución se convirtió en un tumulto. Algunos prisioneros se fugaron.

Me pregunto cómo pensaba ejecutarlos Corrick. Me da miedo preguntárselo.

Eso apacigua una parte de mi fuego interno.

Acciona las manivelas para detener el agua y, acto seguido, se gira para volver a inclinarse sobre el lavamanos.

—Si hay una red subterránea de contrabandistas financiados por esos benefactores, se ocultan muy pero que muy bien. Nadie le confesará nada a la patrulla nocturna. Y, obviamente, nadie me dirá nada.

Es curioso que sea así cuando matas a todo el mundo. Las palabras aparecen en la punta de mi lengua, pero no las pronuncio. No creo que Corrick necesite que las pronuncie.

No quiero contemplarlo… Bueno, mis traicioneros ojos sí, pero no voy a sacar nada bueno observándolo. Me giro para agarrar una toalla

mullida de un estante y me doy la vuelta para llevársela.

Corrick está justo detrás de mí.

Me quedo sin aliento y se la pongo sobre el pecho.

—Toma.

—Gracias. —Pero no se mueve.

—¿Qué hará Allisander ahora? —pregunto.

Corrick sacude la toalla y se la pasa por encima de la piel.

—Ha vomitado en el pasillo del presidio, así que espero haberlo convencido de que actuaré con mano férrea si hay más ataques.

—Es decir que crees que habrá más.

—Sí. —Por fin me mira a los ojos—. Creo que habrá más. —Hace una pausa—. Y creo que, después de los de hoy, serán ataques más violentos e incluso mejor organizados. Enseguida se correrá la voz de que la misión de rescate ha sido un éxito. La gente se envalentonará. No se trata de rebeldes financiados. Si sufrimos ataques organizados a las caravanas de provisiones y por las calles hay llamamientos a una rebelión, en fin… —Su voz se va apagando.

—Crees que Allisander dejará de enviar flores de luna.

—No. Creo que estallará una revolución en toda regla.

¿Qué me dijo Harristan? «Es fácil amar a tu rey cuando todo el mundo está sano y con la barriga llena. Es más difícil cuando no lo está». No le falta razón. Pero ver las cosas desde este punto de vista lo complica todo muchísimo más. Una revolución implicaría más muertes; y no solo a consecuencia de la violencia, sino también por las fiebres, ya que las medicinas se restringirían.

Miro a Corrick a los ojos y recuerdo el momento en que nos rodeaba la oscuridad y supliqué que se iniciara una revolución. Le supliqué que se colocara conmigo en primera línea…, pero no disponía de ningún plan. No dispongo de uno ahora.

Acabo de comprender lo que pretendía decirme esa noche. *La rebelión no detendrá las fiebres, Tessa.*

Una revolución podría apartar a Harristan y a Corrick del poder, pero no pondrá fin a las enfermedades. No obligará a Allisander a proporcionar más medicinas. En todo caso, serán aún más difíciles de

conseguir.

Y si el rey está ocupado combatiendo una revolución, no será capaz de invertir dinero en buscar formas alternativas de curar las fiebres. Kandala se resquebrajará por completo.

—Roydan y Arella han empezado a reunirse en secreto —me informa Corrick—. Es posible que los otros cónsules también. Allisander y Lissa cuentan con un ejército privado. Si llega a iniciarse una revolución, quizá no sea solo el pueblo contra el trono.

—Quizá sea sector contra sector —susurro—. Que en realidad no serviría para nada.

Corrick asiente.

—Pero si detenemos los ataques…

—Eso no va a detener una rebelión. De nuevo, es un gran «y si». Ni ahora puedo detenerlos.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Y, como ha dicho antes, si los consejeros reales no han sido capaces de solucionar el problema, es poco probable que lo resolvamos en un cuarto de baño en plena noche.

La sangre ha desaparecido y el pelo de Corrick vuelve a estar peinado hacia atrás, pero la mirada turbada no ha abandonado su expresión. He visto cómo se le iluminaban los ojos al ver a Rocco en el presidio. ¿Esperaba que fuera Harristan? ¿El rey no se involucra en las tareas que debe llevar a cabo Corrick? ¿Se mantiene a cierta distancia a propósito o es que Corrick intenta protegerlo de eso? No sé cuál de las dos opciones es peor, pero hace nada se le han llenado los ojos de lágrimas, y creo que las dos opciones son espantosas.

—La patrulla nocturna será más despiadada ahora —murmuro.

Se me queda mirando durante una eternidad con rostro inescrutable. Al final, se pasa las manos por la cara y emite un sonido que es en parte exasperación y en parte angustia.

—No puedo impedirlo, Tessa. No puedo. Allisander dejaría de mandarnos provisiones. Harristan…

—Lo sé.

— … tal vez no estaría de acuerdo. Los rebeldes han incendiado el sector…

—Lo sé.

Se interrumpe con la respiración agitada.

—No sé cómo detenerlo —dice—. Ni siquiera he averiguado quién financia a los rebeldes… ni por qué. ¿Es un ataque dirigido a Harristan? ¿O es un intento por conseguir medicinas? ¿O las dos cosas?

Hay muchas preguntas y, como siempre, no hay ninguna respuesta. Me pongo un dedo sobre los labios para pensar. Hace una semana, podría haber luchado en el bando de los benefactores. Después de ver la destrucción que han causado, ya ni siquiera sé si es el bando correcto.

Pero Corrick está en lo cierto: si no es capaz de poner fin a los ataques, no tiene ningún as en la manga… y es imposible que detenga la violencia desde ambos flancos. Debemos descubrir quiénes son los benefactores.

En cuanto llego a esa conclusión, se me ocurre la manera de lograrlo.

—La gente habla —digo de pronto.

—Pues claro —asiente—. Todo el mundo habla.

—No. —Niego rápido con la cabeza—. Quiero decir que has enfocado el asunto desde el lado equivocado. Has interrogado a la gente siendo el justicia del rey.

—¿Dejo que lo haga Harristan? —Pone los ojos en blanco y da media vuelta—. Seguro que él resulta mucho menos intimidante.

—No. —Lo agarro del brazo y lo giro para que me mire a los ojos —. Harristan, no.

—Entonces, ¿quién?

—Tú y yo.

Al ver que es escéptico al respecto, sigo contándole mi idea.

—No como el príncipe y una… boticaria. —Respiro hondo—. Como forajidos.

—Como forajidos.

—Sí. —Hago una pausa y miro fijamente hacia sus ojos azules para recordar cómo eran cuando se ocultaban detrás de una máscara—.

Hablaremos con la gente como Weston Lark y Tessa Cade.

CAPÍTULO VEINTISIETE
Corrick

Ya casi ha salido el sol cuando me meto en la cama, pero eso no evita que los guardias llamen a mi puerta una hora después del alba para anunciar la llegada del cónsul Sallister.

—Tengo entendido que íbamos a jugar al ajedrez, ¿cierto? — exclama.

Ojalá pudiera ordenar que lo ejecutaran.

Pero acabamos jugando en mis aposentos mientras el fuego crepita en la chimenea, una criada nos trae pastas azucaradas y huevos duros, y nos sirve una taza de té negro tras otra. Esperaba que Allisander llegara con un sinfín de exigencias, en busca de promesas, pero guarda un extraño silencio. La tensión se adueña de la estancia, y no sé si es entre él y yo o si está todo en mi cabeza. Cada movimiento que hacemos sobre el tablero parece precursor de una batalla.

Pienso en los ojos reprobatorios de Tessa de anoche y debo sacármela de la mente. Por mucho que deteste a Allisander, le necesito. Kandala le necesita.

Por ahora.

Esa idea me acelera el corazón. Harristan no puede desautorizar a sus cónsules, pero si conseguimos detener los ataques y descubrir quién los financia, si logramos rebajar las tensiones entre sectores, quizá seamos capaces de construir un nuevo camino para avanzar.

Pero las tensiones son más intensas que nunca, y la patrulla nocturna está muy alerta. Si Wes y Tessa regresaran a la Selva, el riesgo sería inmenso.

Observo al hombre pagado de sí mismo que está sentado delante de mí. El riesgo es inmenso de todos modos. Los benefactores tienen que estar vinculados a alguien del Sector Real; de lo contrario, no sé quién dispondría de dinero para gastarlo en una revolución. Pero los cónsules son todos muy próximos a Harristan. No me imagino a ninguno de ellos pagando a ciudadanos para que inicien una revuelta si todos tienen ocasión de clavarle un cuchillo a mi hermano por sí mismos. Sería más barato. Más sencillo. Más rápido.

Rememoro la montaña de cartas que Quint entregó a Harristan el día que íbamos a ejecutar a los ocho contrabandistas. Casi doscientas misivas, mucha gente infeliz que pedía un cambio a gritos.

Arella entre ellos. Su opinión respecto de las ejecuciones ha quedado bastante clara. La consulesa nunca atacaría a Harristan.

Pero su punto débil es la gente, sobre todo la que sufre.

Y se ha reunido con Roydan en secreto.

Todos solicitan dinero cuando le denegamos fondos a alguien. Allisander implicó a Jonas Beeching, aunque Arella fue bastante veloz.

Me he adentrado tanto en mis pensamientos que me sobresalto cuando Allisander rompe el silencio.

—Me sorprende que tengas tiempo de echar una partida, Corrick.

—Te lo prometí —respondo alegremente.

—Prometes muchas cosas.

Mi mano se queda inmóvil sobre una pieza de ajedrez. En su voz hay un dejo que no consigo descifrar, y que hace que aparte la vista del tablero.

—Hago lo imposible por cumplir todo lo que prometo.

—¿De veras? ¿Lo que le prometes a quién?

Irradia… engreimiento. O algo muy parecido. La verdad es que el ajedrez se le da fatal, pero la última media hora lo he dejado ganar porque he pensado que sería buena idea subirle la moral.

Ahora me parece un buen momento para dejar de hacerlo.

—No sé a qué te refieres. —Muevo la torre para atacar a su rey—. Jaque.

Desplaza el rey un escaque a la derecha.

—He investigado a tu chica.

Se me congela la sangre, pero me encojo de hombros y contemplo el tablero.

—No es mi chica.

Allisander se inclina y me mira a los ojos con una furiosa intensidad.

—No es boticaria. Trabaja para una estafadora que vende remedios baratos para la piel.

Me quedo paralizado. No sé qué responder. Sabía que su nombre auténtico era Tessa, pero la tienda en la que trabaja está muy lejos de aquí. Nunca le preocupó que alguien a quien ayudábamos intentara identificarla, seguro.

O quizá nunca le preocupó porque no corría el mismo riesgo que yo.

Muevo la torre de nuevo.

—Independientemente de su trabajo, le ha sugerido teorías a Harristan. Teorías que tal vez…

—La dueña de la tienda comentó que Tessa se quedó consternada después de la ejecución fallida. Y que la chica le comentó a su amiga que estaba embarazada de un contrabandista.

De todas las cosas que podría haber dicho, esa fue la más inesperada. Casi me echo a reír.

—¿En serio, Allisander? ¿Crees que está embarazada de un contrabandista y que se coló en el palacio para… para qué, exactamente? Anoche en el salón la mitad de los cortesanos creían que estaba embarazada de Harristan, así que quizá deberíamos hacer una apuesta…

—No soy tonto, Corrick. —Habla con voz fría y firme.

Me incorporo y lo miro a los ojos. Se acerca demasiado a la verdad. Si la cosa fuera solo conmigo, lo echaría de mis aposentos a carcajadas. Pero no va conmigo. Va con Tessa.

—Arella y Roydan han dejado bien claro que discrepan con el tema de los contrabandistas —dice Allisander con el mismo tono—. El cónsul Craft oyó que compartieron un carruaje. Creen que la corona ha

adoptado una postura demasiado dura con respecto a los robos y a los delitos ilegales.

—No son más que chismes malintencionados, Allisander. La consulesa Cherry no ha ocultado en ningún momento lo que opina.

Desplaza la pieza de ajedrez una casilla a la izquierda antes de levantar la vista hacia la mía.

—Después de tu comportamiento en el presidio, sospecho que tú has empezado a opinar lo mismo.

Está sacando conclusiones tan malas… Pero lo peor es que no puedo hacerlo partícipe de las buenas. El corazón me golpea las costillas al recordar que anoche degollé a dos hombres. Comienzo a preguntarme si Allisander solo se quedará satisfecho cuando ejecutemos a todo aquel que lo mire con recelo.

—Anoche me viste en el presidio.

—Sí. Dabas la impresión de querer ponerte a llorar.

—Tú dabas la impresión de querer ponerte a vomitar. Ay, no, perdona. De hecho, vomi…

Golpea el tablero con una mano y las piezas tiemblan y se tumban. Mi rey cae al suelo. Allisander toma aire ferozmente.

Pero después se detiene.

La rabia de su mirada es lo bastante elocuente, sin embargo, y contengo la respiración, a la espera. No estoy seguro de qué iba a decir, pero espero que fuera algo tan sumamente traicionero que justifique llamar a un guardia para que lo atraviese con la espada aquí mismo.

Pero no abre la boca. Y yo no llamo a nadie. Nos quedamos sentados en medio de una cólera paralizada durante una eternidad, hasta que los guardias golpean a mi puerta para avisar de la llegada de Harristan.

Quiero desvanecerme por el alivio. Mi hermano podría pedirme que leyera todos y cada uno de los documentos del palacio haciendo el pino y lo haría encantado si ello me obligara a dejar de mantener esta conversación con el cónsul Sallister.

Harristan no espera a que responda; se limita a irrumpir en mis aposentos antes incluso de que los guardias hayan terminado de

anunciarlo.

Allisander se pone en pie y se alisa la chaqueta. Todo rastro de rabia se ha esfumado.

—Harristan.

No sé interpretar su tono. No sé si está contento por que mi hermano esté aquí… o decepcionado. Pero Harristan le devuelve la mirada y lo saluda con voz tranquila.

—Cónsul.

Durante un breve segundo, se me ocurre que Allisander va a provocarlo igual que me ha provocado a mí. Pero todavía debe de tener cierto respeto por mi hermano, porque asimila la lacónica respuesta y la frialdad de Harristan, y me mira con ojos malvados.

—Gracias por la partida, Corrick. En otro momento la retomaremos.

No sé qué contestar y él no espera a que le responda. Sale por la puerta y me deja a solas con mi hermano.

Me sorprende constatar que el aire entre nosotros es tan tenso como con Allisander. Debe de ser cosa mía: descontento mezclado con la decepción de que no fuera mi hermano quien acudiera al presidio. Es ridículo y absurdo que hubiera esperado tal cosa…, pero es así y, por lo visto, no puedo evitar sentirme de esta forma.

Y entonces mi hermano toma la palabra.

—Rocco me ha informado que anoche te encontró en una zona derruida del presidio, sin ningún guardia. ¿Qué estabas haciendo?

Es inesperado, y en absoluto lo que pensaba que me diría. Empiezo a recoger las piezas de mármol del ajedrez para guardarlas en la caja dorada de terciopelo.

—Tus guardias chismorrean más incluso que los míos, Harristan.

—No has respondido a mi pregunta.

No sé cómo responder a su pregunta. Ahora, precisamente ahora, no nos podemos permitir aparentar debilidad. Las piezas de ajedrez repican dentro de la caja hasta que Harristan se acerca a la mesa y cierra la tapa de golpe.

—Contéstame. —En su voz hay un tono autoritario, uno que estoy

acostumbrado a oír…, pero nunca dirigido hacia mí.

Dos piezas de ajedrez siguen en mi mano y me coloco una en cada palma. Lo miro de reojo.

—¿Estoy hablando con mi hermano o estoy hablando con el rey?

—Con los dos.

Quizá antes me haya equivocado. Quizá la tensión no se deba solo a mí.

Me incorporo y dejo las piezas de ajedrez sobre la mesa antes de dedicarle una florida reverencia.

—Discúlpeme, majestad. No sabía que se trataba de una reunión oficial.

—Corrick. —Me habla con firmeza.

No quería matar a los prisioneros.

No quiero seguir haciendo esto.

No quiero que me necesites para seguir haciendo esto. No es así como Padre habría querido que gobernáramos.

No puedo decir nada de eso.

—Después de los ataques, quedaban pocos guardias en el presidio —digo—. Y los pocos que quedaban tuvieron que sacar los cuerpos. —Hago una pausa—. ¿Tus guardias ahora son tus espías?

—¿Deben serlo?

—¡No! —No finjo lo ofendido que estoy por su pregunta.

—La chica no quería que mataras a los prisioneros…

—Arella y Roydan tampoco —le espeto—. Manda a tus guardias a espiarlos a ellos.

—Y le pidió a Rocco que la acompañara hasta el presidio para ir contigo. ¿Por qué?

Porque me comprende. Porque sabía que yo estaba a punto de desmoronarme. Porque su esperanza no se había quedado reducida a cenizas.

Tampoco puedo decir nada de eso.

Harristan da un paso hacia mí.

—Creía que era un simple coqueteo —me dice con voz grave—. Un capricho que te había dado. Estaba dispuesto a hacer la vista gorda.

Me dirijo a la mesita y descorcho el brandi. Quiero beberlo

directamente a morro, pero tengo la decencia de utilizar un vaso.

—¿Y tu guardia te ha convencido de lo contrario?

—Pasas mucho tiempo en el presidio hablando con los contrabandistas. Me parece una interesante coincidencia que, después de que la patrulla nocturna desmantelara a un pequeño grupo, la mitad de ellos fueran capaces de rebelarse y huir. Y, después de que Allisander detuviera a otro grupo, alguien prendió fuego al sector para rescatarlos.

Mi mano se queda paralizada sobre el vaso al asimilar lo que insinúan sus palabras. Aun así, no las puedo creer. Me giro.

—¿Qué me quieres preguntar, Harristan?

—¿Estás de alguna forma relacionado con los contrabandistas? ¿Sabes algo de los ladrones que han asolado el sector?

El mundo parece inclinarse sobre su eje, solo durante un brevísimo instante. Me dejo la piel por mi hermano y él no hace sino acusarme de traición.

Lo peor es que no está equivocado. No del todo.

Se me aproxima. Baja la voz.

—Dímelo, Cory. Si estás con ellos…, si te han prometido algo…

Toda la rabia que siento se incendia. Doy media vuelta, le pongo las manos en el pecho y lo empujo lo más fuerte que puedo.

—Márchate.

Con la sorpresa en la cara, trastabilla un paso hacia atrás. Después tose. Tose mucho. Se lleva una mano al pecho.

Durante un segundo, el pánico sustituye a la cólera. Mi hermano jadea y suena como si respirara bajo el agua.

—Harristan —susurro.

Se aferra al respaldo de una silla y se esfuerza por respirar.

He sido yo. He sido yo. Tessa me dijo que estaba bien, pero es obvio que no. Paso corriendo por su lado para llamar a un médico.

Harristan agarra mi manga y me frena por completo.

—Dímelo —resopla. Me mira con ojos oscuros e intensos.

Y un poco desesperados.

—No colaboro con los contrabandistas —digo—. Jamás te

traicionaría. Jamás te he traicionado. Te lo juro.

Se queda en pie, intentando respirar, hasta que la mano con que me sujeta la manga parece ser menos una exigencia y más bien una súplica.

—Te lo juro —repito más suavemente—. Te lo juro.

Por primera vez en lo que se me ha antojado una hora, respira hondo. Me suelta. Asiente y se yergue.

No se está muriendo. No lo he matado. El alivio es potente, pero una parte de mi ira regresa a mi pecho y vuelve áspera mi voz.

—¿Por qué lo pensabas?

—Porque me estás ocultando algo. —Vacila—. Y Allisander me ha dicho que está preo…

—Será hijo de puta.

—No lo culpo. En estas últimas semanas has cambiado.

Mi hermano sigue hablando con voz débil, un tanto aflautada. Lo miro a los ojos.

—Siempre he trabajado en tu beneficio, Harristan. Siempre. —Hago una pausa al recordar los instantes que pasé en la estancia desierta del presidio y en que deseé que apareciera mi hermano. Cuánto deseé que viera que esta situación me está destrozando con la misma eficacia con que la fiebre está destrozando toda Kandala.

Pero no se ha dado cuenta. No se da cuenta ni siquiera ahora.

Cuadro los hombros y no debo molestarme en teñir mi voz de remordimiento.

—Diles a tus guardias que me persigan si es necesario. Controla cada uno de mis movimientos. Presencia todos los interrogatorios. Ata tu caballo al mío si quieres. No suelo cometer grandes traiciones en el lavabo, pero si quieres quedar fuera de toda duda…

—Cory. —Toma aire, y luego titubea.

Me lo quedo mirando y me pregunto si es capaz de interpretar los sentimientos que irradian mis ojos. Recuerdo que, cuando éramos pequeños, huíamos a la Selva, él abría camino y yo lo seguía, pero siempre presentí que protegerlo era una obligación. Una parte de ello se debía al hecho de crecer junto a un hermano cuya salud vigilamos y

protegimos y que nos preocupó durante mucho tiempo. Una parte se debía al hecho de que un día sería rey, y yo no. Es una obligación que todavía siento, y que cala en todos mis actos. Creía que él lo sabía.

Por primera vez, me da la impresión de que es él quien me ha traicionado a mí.

Quizá sí se dé cuenta, porque suelta todo el aire muy lentamente. Me pasa un brazo por los hombros y me da un leve apretón en el brazo.

—Perdóname. Por favor.

Asiento.

Pero algo se ha roto entre nosotros.

Creo que él debe de haberlo presentido también, porque se queda quieto demasiado rato antes de girarse y encaminarse hacia la puerta.

Debería contarle lo de Tessa. Lo de Weston. Las palabras me queman la garganta.

Pero, entonces, tal vez confirmaría sus preocupaciones. *Sí que estoy cometiendo traición, hermano. Llevo años cometiéndola.*

Me trago las palabras. Me trago la rabia. Me trago la decepción. Cuando el rey se detiene junto a la puerta para mirar hacia atrás, es el justicia del rey quien le devuelve la mirada.

En cuanto se ha ido y voy hasta la puerta para mandarle un mensaje a Quint, veo que Rocco está vigilando la entrada de mis aposentos.

Pasan varias horas. Quint no se presenta.

No estoy lo bastante desesperado como para mandarle un mensaje a Tessa, porque cada palabra que escriba será analizada con lupa y redirigida a mi hermano, y no se me ocurre nada que decirle que no reafirme las sospechas del rey. Tampoco quiero salir de mi habitación con el guardia de mi hermano pisándome los talones, porque sé que daré pie a rumores: la gente pensará que corremos un mayor peligro a consecuencia de las explosiones del presidio o bien que Harristan está

haciendo exactamente lo que está haciendo.

No me gusta ninguna de las dos opciones.

Aunque soy lo bastante malvado como para que me guste la idea de que Rocco deba vigilar mi puerta durante horas interminables, puesto que es una tarea aburridísima.

Una más aburrida incluso que la de quedarme aquí sentado solo. Me he pasado la mitad del tiempo repasando los documentos que dejó Tessa, y no he descubierto nada nuevo. Ella tenía razón: nadie hablará conmigo así, pero sí que hablarán con Wes y con Tessa.

Estoy nervioso e inquieto por que llegue la noche.

Quint hace acto de presencia por fin justo cuando estoy decidiendo si voy a cenar en mis aposentos solo, como un prisionero.

Un guardia lo anuncia y abre la puerta de par en par.

—Quint —digo—. Ya era hora.

—Perdón, alteza —se disculpa—. El rey ha requerido mis servicios casi todo el día.

Su tono y su formalidad me dejan de piedra. Miro detrás de él hacia la puerta que se cierra lentamente.

—No hace falta que te disculpes —le aseguro—. Quería pedirte unos informes adicionales acerca de las fiebres…

La puerta se cierra con un clic.

—¿Qué pasa? —susurro.

No se mueve de donde está.

—Alguien le ha sugerido a tu hermano que estás involucrado con los contrabandistas. —Hace una pausa—. Que colaboras con esos benefactores o que incluso eres tú quien los financia. Que permitiste adrede que los prisioneros escaparan el día de la revuelta. Que no impediste los ataques de anoche.

Estoy paralizado. Es muy distinto oírlo de Quint que de mi hermano. Cuando Harristan hablaba de traición, era entre nosotros. Ahora… ya no.

—Alguien —gruño—. Es Allisander.

—Puede que no solamente él. —Quint se detiene—. Alguien ha sugerido que quizá me lo has confiado a mí.

Observo bien a mi amigo. Me doy cuenta de que, por primera vez, no está desaliñado. Lleva la chaqueta abotonada y el pelo peinado con esmero.

Sus ojos desprenden tensión e incertidumbre.

—¿Te encuentras mal? —le pregunto. Un destello de temor se enciende en mi pecho—. ¿Tessa se encuentra mal?

—Tessa está bien. —Guarda silencio, y al cabo de unos instantes se dirige hacia la mesa, pero se detiene antes de llegar a ella. Habla con voz muy baja—. Corrick… Te he guardado muchos secretos.

—Por los cuales cuentas con mi gratitud.

—Por los cuales me podrían ejecutar si los rumores son ciertos.

Lo fulmino con la mirada.

—Quint. —Si Harristan ha convencido a Quint… Se acabó—. Quint, ¿qué has hecho?

—No, Corrick. Qué has hecho tú. —Sus ojos penetrantes se clavan en los míos.

Nos quedamos mirándonos de punta a punta de la habitación, mientras el fuego crepita en la chimenea. La tensión me constriñe el corazón con mucha fuerza. Pienso en todo lo que le he contado a Quint, en todas las faltas que he cometido. Los nombres que le he dado de familias a punto de morir. Las veces que permití que se fugaran prisioneros. Los lugares en los que me colé para robar pétalos de flor de luna. El modo en que evitaba la patrulla nocturna o en que trepaba por la muralla. Todo cuanto sé sobre Tessa y todos y cada uno de nuestros actos.

Me enfadaba la posibilidad de que Harristan creyera un rumor semejante.

Es una sensación distinta pensar que lo cree Quint.

—¿Debería llamar a un guardia para que me rebane el cuello? —digo con frivolidad, aunque por dentro no me he repuesto del impacto —. Seguro que Rocco estaría encantado.

Se queda inmóvil, evaluándome. No es un buen presentimiento, porque sé cuánto ve. Sé cuánto sabe.

—Eras mi confidente, Quint. —Hago una pausa—. Más que un

confidente. Eras mi amigo.

—¿Era?

Tiro de las mangas de la camisa y evito mirarlo a la cara.

—¿Me has delatado a Harristan?

Por vez primera, la rabia se adueña de sus ojos.

—¿Crees que lo haría?

Doy un paso hacia él y debo hacer un gran esfuerzo para no alzar la voz.

—¿Crees que ayudaba a los rebeldes y a los contrabandistas mientras fingía distribuir medicinas entre quienes las necesitan?

Me contempla fijamente. Yo también a él.

Al final, suspira.

—No. No lo creo. —Hace una pausa—. Y no te he delatado a tu hermano cuando me ha preguntado.

—¿Qué le has dicho? —No me muevo.

Quint me mira de frente y se cruza de brazos.

—Le he dicho que en mi presencia no has hablado nunca de traición. Que has sido leal al reino en todos tus actos.

Tomo aire como me parece que hace horas no lo tomaba. Me coloco las manos sobre la cara y procuro no desmoronarme.

Quint arriesga la vida al guardar mis secretos. Siempre lo ha hecho, pero siempre he urdido coartadas para mis actividades matutinas. Mi hermano nunca me ha acusado directamente. Ninguno de los cónsules ha sospechado jamás de mí.

Ahora… el peligro es muy real.

—Vete —le digo, pero no con un tono descortés—. Solo hablaré contigo en público, y solo sobre cuestiones oficiales. No voy a…

—Corrick. —Descruza los brazos y se acerca a la mesita para servirse un vaso de brandi—. En serio. Conozco los riesgos que asumo.

—Me llevaré tu colaboración a la tumba, Quint —le aseguro.

—Bueno. —Quint apura el vaso, algo muy poco habitual en él—. Esperemos que eso no ocurra mañana.

—¿Confías en mí, pues?

—Siempre he confiado en ti. —Duda antes de mirar hacia la puerta,

y entonces baja muchísimo la voz—. Si estuvieras ayudando a los contrabandistas, sé que tendrías una razón. —Hace una pausa—. Creía que a lo mejor tú ya no confiabas en mí.

—A ti te lo cuento todo. —Mi tono se ha vuelto áspero. Hay días en que pienso que él es mi único amigo aquí, la única persona que ha sabido mis dos facetas—. Todo.

Se sirve otro vaso, y cuando creo que se lo beberá tan rápido como el primero, veo que me lo ofrece.

—Entonces, te pido disculpas por haber dudado de ti.

—Eres probablemente la única persona del palacio que no debe pedir disculpas por nada.

Se echa a reír.

—Lo dudo mucho. —Guarda silencio y deja de sonreír—. Deberemos ir con cuidado —dice—. Ahora mismo la situación es muy tensa.

«Deberemos». Nosotros. Es más de lo que merezco. Vacío de un trago el vaso que me ha dado.

—Tengo un plan —digo con voz ronca.

—Cómo no.

Percibo inquietud en sus palabras, y me hacen dudar.

—¿Prefieres que no te lo cuente, Quint? —Hago una pausa—. No es necesario que arriesgues el pellejo por mí.

—No es solo por ti, Corrick. —Sus ojos se fijan en los míos—. Cuéntame tu plan.

Le comento la sugerencia de Tessa de que vayamos a la Selva como forajidos para ver si la gente está dispuesta a hablar sobre lo que sucede y sobre quién anda detrás de los ataques.

En cuanto termino de hablar Quint se rasca la barbilla, pensativo.

—Deberéis convencer a la gente de que os habían encerrado en el presidio y que huisteis durante las explosiones. Eso explicaría vuestra ausencia. —Se detiene—. Tú podrás deslizarte por la ventana como siempre, pero las habitaciones de Tessa se encuentran junto a la muralla, y la verán.

Tampoco puedo invitarla a venir aquí, porque obviamente los

guardias de mi hermano se lo dirán.

—Veré si consigo distraer a los guardias un rato —reflexiona Quint —. ¿Es tan rápida y sigilosa como decías?

—Sí. —Se me acelera el corazón.

—Estad listos a medianoche. —Saca el reloj del bolsillo—. Me cercioraré de que lleve una máscara.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Tessa Ha sido un día repleto de vestidos y de rizos y de clases y de tantas reverencias que quiero presentar una queja.

No he visto a Corrick.

No he visto al rey.

Casi no he visto a Quint, y los momentos en que ha aparecido lo he visto tenso y distraído. Los ataques al sector nos tienen a todos en vilo…, a mí incluida. Rocco no ha vigilado mi puerta, pero los guardias que lo han sustituido llevan en el uniforme el mismo emblema real de color morado y azul.

A lo largo del día ha habido una sensación de inquietud. De espera. De que va a ocurrir algo.

Pero ahora ya es de noche y no ha sucedido nada.

No he hablado con los boticarios reales, aunque estoy segura de que ahora mismo el rey debe ocuparse de cuestiones más importantes. No tengo ni idea de si Corrick se arriesgará a volver a ser Wes. Anoche no me dio una respuesta, y he empezado a preguntarme si eso ya es una respuesta en sí misma, sobre todo conforme ha ido avanzando el día.

No soy una prisionera, pero hoy lo parece. Rocco accedió sin problemas a acompañarme fuera del palacio, pero no sé qué sucedería

si les pidiera a los guardias que me llevaran fuera del sector. Me imagino apareciendo en la tienda de la señora Solomon con uno de estos absurdos vestidos, lo sorprendida que se quedaría. Me imagino estrechando a Karri con los brazos. Ha sido muy buena amiga… y desaparecí de un día para otro. No sé qué pensarán de mí. ¿Se rumoreará en el sector que me colé en el palacio? De ser así, seguro que los acontecimientos de ayer por la noche habrán eclipsado el runrún. ¿Habrá otro ataque? ¿El cónsul Sallister dejará de enviar flores de luna a los sectores? ¿Podrá enviarlas si sus caravanas de provisiones siguen siendo asaltadas?

Tengo tantas preguntas que forman una maraña en mi mente y alejan de mí el sueño.

Hace horas que Jossalyn me ha desenredado el pelo y me ha dejado con una taza de té caliente y una bandeja con pastitas horneadas y espolvoreadas con azúcar. A su lado hay un frasco con el elixir, mucho más oscuro que los que mezclaba yo. Agito el líquido y me pregunto cuánta cantidad de este concentrado de flor de luna salvaría a familias enteras en la Selva.

Pero entonces recuerdo la tos de Harristan de anoche. No tenía fiebre, pero tampoco se encuentra bien del todo. Es el rey de Kandala, así que sin duda alguna recibe más dosis de las necesarias. No lo entiendo.

Cuando me acuesto en la cama, creo que no me quedaré dormida, pero supongo que sí, porque un ruido me despierta. La oscuridad se ha adueñado de mi habitación y el fuego ha quedado reducido a unas brasas.

Una mano se coloca sobre mis labios.

Tomo aire para ponerme a chillar, pero en ese momento oigo la voz de Quint.

—Tenemos menos de un minuto para que vayas a los aposentos de Corrick. No hay tiempo para preguntas. ¿Te ves capaz de correr?

Mis pensamientos dan mil vueltas, pero asiento contra su mano.

Me suelta. La puerta está abierta y no hay ningún guardia. Echo a correr.

Curiosamente, el pasillo está vacío, y lo atravieso a toda prisa como si fuera un fantasma. Este maldito palacio es demasiado grande, porque la habitación de Corrick parece estar a un kilómetro de aquí, y mis pies descalzos resbalan sobre la alfombra de terciopelo.

En ese momento, oigo una voz de hombre.

—Intendente Quint, no creo que me falte nada.

La puerta de Corrick se abre de pronto y me choco con él.

Me agarra por los hombros y me sujeta con firmeza.

—Silencio.

Estoy sin aliento.

—Pero…

—Silencio, te digo. —Me empuja hacia su cuarto y asoma la cabeza por el pasillo—. ¡Guardias! ¿Qué ocurre?

Mi corazón no deja de martillear. Espero que los guardias sepan qué pasa, porque yo no tengo ni idea.

—El intendente Quint creía haber visto una actividad sospechosa en la calle —responde una voz masculina.

—Anoche atacaron el sector. Ninguna puerta debería permanecer sin vigilancia —le espeta Corrick—. Regresad a vuestros puestos de inmediato.

—Sí, alteza.

Deja que la puerta se cierre sola y se gira hacia mí.

Todavía me falta el aire. Está vestido con ropas elegantes, de terciopelo y de cuero y de brocado, lo cual es una lástima después de haberlo visto sin camisa. Sus ojos son tan fríos y duros como la noche en que me colé en el palacio, y me entran ganas de retroceder.

Es obvio que no está preparado para hacer el papel de Wes.

Trago saliva y procuro calmar los latidos de mi corazón.

—¿Qué pasa?

—Quint te ha sacado de tu habitación. Será complicadísimo que vuelvas a entrar, porque los guardias no caerán en la trampa dos veces, pero ya nos preocuparemos luego de eso.

—¿Qué vamos a hacer?

Agarra dos zurrones de piel que aguardaban junto a la chimenea.

Me lanza uno y lo atrapo cuando me golpea el pecho. Acto seguido, sin pronunciar palabra, se dirige a la ventana, pasa una pierna por encima del alféizar y desaparece en la oscuridad.

Todo el aire abandona mis pulmones de una sentada. Me cuelgo el zurrón en un hombro y saco la cabeza por la ventana. Hay una cuerda gruesa y pesada atada a la tubería que pasa por debajo de la cornisa, una cuerda que cruje bajo el peso de Corrick.

Una vez más, me ha subido el corazón a la garganta.

Ha sido idea mía, pero me da muchísimo miedo.

—¿Recuerdas cómo bajar por una cuerda? —medio grita medio susurra.

—¿Crees que lo olvidaría en dos días?

Me sonríe y, en ese momento, Corrick el Cruel ha desaparecido y es Wes quien ocupa su lugar.

—Pues baja rápido. Tenemos una ronda que hacer.

El aire nocturno es frío, con un poco de viento que zarandea mis mechones de pelo y me los coloca sobre los ojos. El cielo oscuro está cubierto de espesas nubes, solo de un gris más claro a lo lejos para revelar la ubicación de la luna. La lluvia es una promesa lejana que quizá no se cumpla. A cierta distancia del palacio, las llamas restallan contra el cielo y se me para el corazón al pensar en los ataques, pero entonces recuerdo el arco de antorchas que divisamos durante el trayecto en carruaje. El Arco del Martillo de Piedra, la declaración de amor que hizo su tataraalgo.

«Espero que te cayeras muchas veces».

«Ni una sola».

Estoy descalza y con los pies cubiertos de rocío cuando me adentro en la negrura para seguirlo. No sé quién es esta noche ni qué personalidad va a mostrar cuando decida informarme de lo que piensa hacer. Se mueve con tanto sigilo que yo tampoco me atrevo a hacer un solo ruido. No tengo ni idea de qué guardias patrullan por aquí ni a

quién encontraremos.

Solo espero que no pretenda que represente el papel de forajida en camisón. Aunque él tampoco va vestido como Wes. En los zurrones debe de haber ropa.

Cuanto más nos alejamos, más oscura se vuelve la noche. La hierba y la tierra chapotean entre los dedos de mis pies y convierten a Corrick en una sombra, mientras que yo soy un fantasma con mi camisón verde claro. Hace rato que mi pulso acelerado ha recuperado un ritmo normal. Poco a poco, las luces del palacio son más pequeñas y las antorchas del arco arden más cerca, arrojando chispas al estanque.

—Ya está —dice deteniéndose al fin. Hemos guardado silencio durante tanto rato que su voz resuena fuerte en mis oídos. Se gira para mirarme y percibo tensión en sus ojos.

—¿Ya está el qué? —susurro.

—No es necesario que susurres. No hay guardias en la pared trasera del palacio porque vigilan la muralla que lo rodea. Pero quería que nos aproximáramos al arco en caso de que alguien estuviera mirando por la ventana.

—¿Quieres… que nos vean?

—Lo contrario, de hecho. —Se desabotona la chaqueta y se saca las mangas—. ¿No te has dado cuenta todavía de que, cuando miras a una luz, la oscuridad que la envuelve parece más intensa?

—No, nunca he… —El aire escapa de mis pulmones de golpe. Acaba de quitarse la camisa por encima de la cabeza.

—Quizá deberías concentrarte en cambiarte de ropa. —Los ojos de Corrick se dirigen hacia el cielo.

Me concentro en las sombras y en las líneas de su pecho en la penumbra.

—Cla-claro.

Me lanza la camisa a la cara y suelto una risita mientras me agacho para abrir mi zurrón. Hay una sencilla falda de un color oscuro, además de calcetines gruesos, botas toscas y una camisola gris. Me llevo una buena sorpresa al ver que es la ropa con la que me detuvieron. Recién lavada, obviamente, porque huele a rosas y a rayos

de sol.

Levanto la vista y veo que Corrick me está mirando. Se ha puesto una camisa negra, pero eso es todo. Soy incapaz de descifrar su expresión en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —Me yergo.

—Te has reído. No sabía si volverías a reír algún día.

Me ruborizo y aparto la mirada, contenta por que no pueda verme la cara.

—Bueno.

No sé qué otra cosa decir.

Bueno, es que ahora mismo no parezco una prisionera.

Bueno, es que había olvidado que Weston Lark era una ilusión.

Bueno.

Me he quedado callada y él también y el aire está cargado con… con algo. Me estremezco y sacudo la falda.

—Gírate —le digo.

—¿Por qué? —me pregunta a la ligera.

Será canalla. Le lanzo la camisa.

—Ya sabes por qué.

Me dedica una sonrisa lobuna, pero da media vuelta. Me visto con muchísimo cuidado de todos modos y me pongo la falda debajo del camisón antes de quitármelo por el cuello de la camisola. La ropa del palacio es lo más bonito que he vestido nunca, pero me reconforta volver a ser la vieja Tessa. Utilizo el camisón para secarme los pies y le doy la espalda a Corrick a la pata coja para ponerme los calcetines y atarme las botas. La tela cruje cuando él termina de cambiarse detrás de mí. Mantengo la vista al frente, hacia las titilantes antorchas del arco, contemplando cómo las ascuas se precipitan formando diminutas chispas que desafían a la noche antes de apagarse en el agua que hay debajo.

—¿Preparada? —dice.

Me giro. Vuelvo a quedarme sin aliento.

No está desnudo. No es el justicia del rey. Es… Wes.

Hace días que lo sé y en un momento dado me lo demostró, pero…

es como ver a un fantasma. Su máscara, su sombrero, su ropa. Es Wes. *Es Wes.*

Es demasiado. No lo puedo evitar. Me abalanzo sobre él y lo rodeo con los brazos. Con la respiración entrecortada, intento evitar que se derramen las lágrimas. No lo consigo.

Me agarra y, al principio, creo que me va a enderezar o a soltar un absurdo comentario acerca de que debería dejar de llorar sobre su hombro, pero no.

No dice nada. Se limita a estrecharme, mis brazos apretándole la espalda.

Al cabo de unos instantes mi respiración se acompasa, pero no levanto la cabeza. Es un hombre cálido y seguro de sí mismo y de carne y hueso, y su aliento susurra contra mi pelo.

—Perdóname —murmura con voz áspera. Vuelvo a cerrar los ojos. Su pulgar me recorre la mejilla—. Por favor, Tessa. Perdóname.

Respiro hondo, pero son demasiadas sensaciones. ¿Demasiadas? No lo sé.

Rememoro el instante en que incendiaron el presidio, en que estuvo a punto de besarme y lo detuve.

No es Wes, no del todo.

Aunque tampoco estoy preparada para dejarlo ir.

Al final, recuerdo que tenemos cosas que hacer y vidas que salvar. Me echo hacia atrás y miro hacia los ojos que conozco tan bien.

—No podemos quedarnos aquí.

Asiente, pero su mirada no se separa de la mía.

Parpadeo para expulsar las últimas lágrimas.

—¿Tienes…? —Debo carraspear para hablar—. ¿Tienes una máscara para mí?

—Sí. —Saca una del zurrón, además de un gorro.

Me lo coloco todo y trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

Ahora me está observando como lo he observado yo antes, y me veo obligada a apartar la mirada y a atar bien mi zurrón.

—¿Dónde…, mmm, dónde los dejaremos?

—Hay un baúl al otro lado de la puerta. ¿Te acuerdas de que en el carruaje te dije cómo escapar? Es por donde salgo.

Asiento y resoplo y me pongo el zurrón en el hombro antes de emprender la marcha a su lado. Sigilosos, avanzamos sobre la hierba.

La oscuridad y el silencio empiezan a resultar demasiado pesados, así que le digo: —¿Y si alguien va a tu habitación?

—Quint se quedará en mis aposentos y de tanto en tanto pedirá comida y vino hasta que regresemos, para que dé la impresión de que estoy concentrado en los informes. Mi hermano se retira pronto, así que seguramente ya estará dormido.

—¿Y si alguien insiste en hablar contigo?

—La única persona que de verdad puede exigir mi presencia es Harristan, y no suele ocurrir. —En su voz hay un matiz que deja clara la despreocupación con la que contesta—. De todas formas, Quint cuenta con un arsenal de respuestas. Me han llamado del presidio, me han pedido repasar una petición de fondos antes de entregársela al rey, me han pedido que medie en algo para lo que no es necesario mediar… —Se encoge de hombros.

—¿Cómo es que Quint te cubre las espaldas? —Lo miro a los ojos.

—Al principio, creo que fue porque convencí a Harristan de que le diera el puesto. Es joven para ser el intendente del palacio, y ya habrás advertido que mi hermano no soporta a la gente tonta. Pero Quint es más listo de lo que aparenta, y me sorprendió pillándome al volver al palacio a hurtadillas. No sé qué creía él que había hecho, y en primera instancia los dos recelamos, pero poco a poco empecé a tomarlo como mi confidente. —Hace una pausa—. Es un buen amigo.

La intensidad ha vuelto a su voz.

—Ha pasado algo —murmuro.

—No. —Me contempla antes de soltar una carcajada para burlarse de sí mismo—. Bueno, ya sabes lo que ha pasado.

—Cuéntamelo.

Calla durante tanto rato que empiezo a pensar que no va a contestar, pero cuando al fin toma la palabra es para decir: —Mira. La puerta.

Es justo como me la describió, y más pequeña de lo que me esperaba: mide un metro de alto y conduce a lo que parece un túnel oscuro. Hay un tablón de madera medio podrido y descompuesto, pero cuando Wes (Corrick, debo recordarme, avergonzada) lo aparta, el interior está seco y limpio.

El túnel está oscuro y nuestra respiración retumba en las paredes, y me alegro de que esté conmigo, porque este espacio tan estrecho me resultaría aterrador a solas. Algo se escabulle junto a mi bota y suelto un grito, pero Corrick me agarra la mano para tranquilizarme, y sigo avanzando.

—Antes era un túnel de espías —susurra, aunque su voz suena fuerte igualmente—. Hace cien años, había muchos por todo el Sector Real. Algunos se han derrumbado, pero quedan unos cuantos, como este, que han sido útiles para los príncipes que se transforman en forajidos. —Hace una pausa—. Harristan y yo los atravesábamos a menudo.

—¿Él también ha sido un forajido? —pregunto, anonadada.

—No. Cuando éramos pequeños. —Otra pausa—. Harristan enfermaba a menudo y nuestros padres lo sobreprotegían. Nunca le permitían hacer nada. Lo volvían loco. Me convenció de que huyéramos juntos a la Selva. Tardaba el doble que yo en escalar las murallas del sector, pero fue él quien me enseñó a hacerlo.

Visualizo al rey y al príncipe de niños, gateando por este túnel, susurrando nerviosos, retándose mutuamente, desafiando las órdenes y las reglas como hace Corrick ahora. Me cuesta imaginar a Harristan como un joven enfermizo, pero recuerdo sus ataques de tos y mi cerebro de boticaria se pregunta si tendrá alguna enfermedad persistente que se asemeje a las fiebres.

En la voz de Corrick detecto el mismo matiz de antes, pero por primera vez soy capaz de identificarlo. Anhelo. Pérdida. Tristeza. Arrepentimiento.

—Ha pasado algo con el rey Harristan —susurro.

—Cree que estoy colaborando con los contrabandistas —responde como si tal cosa.

—Un momento. —Ojalá pudiera verle los ojos, pero la oscuridad del túnel es absoluta y su expresión es un misterio—. ¿Qué?

—Ya me has oído. —Corrick suelta un largo suspiro—. Se acusa a gente desde que nos enteramos de la existencia de los benefactores, pero nunca esperé que alguien sospechara de mí. Allisander cree que tú también formas parte de la trama. Por eso no he podido ir a verte hoy. Harristan me ha acusado esta mañana. Sus guardias le informan de todos mis movimientos. Intentó que Quint se fuera de la lengua.

—Pero… —De repente, noto una presión en el pecho—. Pero ¡no es verdad! Tú no… no…

Me interrumpo. Tal vez no sea la clase de contrabandista que Harristan imagina, pero Corrick tampoco es completamente inocente.

—Tessa. Ya lo sé.

Avanzamos un rato en silencio. Nuestros pies se arrastran por las paredes del túnel hasta que al final salimos al bosque. Ha empezado a lloviznar y no reconozco dónde estamos, pero seguro que no es cerca del taller. Corrick no habría sido tan imprudente. No habría podido guardar el secreto tanto tiempo.

Sigo con un nudo en el pecho. Su hermano lo ha acusado. El rey lo ha acusado.

Y, aun así, aquí está él.

—No he conseguido demasiados pétalos —dice— porque no podía arriesgarme a que alguien informara a Harristan de mi petición. Pero Quint ha logrado los suficientes para hacer una ronda de dosis.

—Estás… —Me muerdo el labio—. Estás cometiendo alta traición.

—Siempre ha sido así, Tessa.

Pienso en todas las veces en que despotricamos del rey, del príncipe cruel, del modo en que ejecutaban a la gente por hacer lo que hacemos nosotros. Trago saliva.

—Estás arriesgando la vida —susurro.

—Sí. Tú también. —Me sostiene la mirada—. Hagamos que merezca la pena.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Corrick

Cuando éramos pequeños, Harristan y yo nos escapábamos por el túnel y dejábamos atrás nuestra vida real como si mudáramos de piel. Él quizá fuera más lento que yo corriendo y trepando, pero siempre tuvo un don para la gente. Los comerciantes a veces veían a un muchacho con demasiadas monedas en su haber e intentaban tomarle el pelo, pero mi hermano nunca se dejaba engañar. A menudo decía que crecer siendo un niño mimado, protegido y envuelto en mantas le había dado mucho tiempo para estudiar a la gente. Es un auténtico milagro que yo haya sido capaz de esconderle a Weston Lark durante tanto tiempo.

No. No fue un milagro. Fue confianza. Harristan confía en mí.

Bueno, confiaba.

No sé si algún día podré borrar de mi memoria la expresión de su cara al preguntarme si estaba colaborando con los contrabandistas. Es un momento grabado a fuego en mi mente, igual que cuando oí los pasos de una bota en el presidio y albergué la esperanza de que apareciera él entre el humo neblinoso.

Tessa me mira y siento la intensidad de sus ojos. Antes siempre me resultaba fácil olvidar todo lo que me esperaba en el palacio y perderme en el personaje de Weston Lark.

Hoy, no. Tessa sabe demasiadas cosas, y todo está en juego.

Supongo que para ella siempre lo ha estado.

—Si descubrimos quién está detrás de los ataques —dice lentamente—, ¿qué le harás?

—Depende.

Me lanza una mirada y yo me encojo de hombros.

—Es que depende. —Bajo la vista para fijarla en sus ojos—. No puedo dejar que sigan sucediendo. Lo sabes.

—Sí. Lo sé. —Pero traga saliva, y sé que es una cuestión que le preocupa.

—Aunque detengamos los ataques, eso no va a curar las fiebres —digo—. Pero ahora mismo Allisander tiene el derecho, y la excusa, de restringir el acceso a las flores de luna. No puedo hacer nada si se encierra en su sector. Si le demuestro que sus caravanas de provisiones están a salvo y que yo no soy un rebelde, podré meditar con Harristan para encontrar una manera más equitativa de distribuir el elixir, sobre todo si tú consigues demostrar que podemos hacer más con menos.

—Otra vez son demasiados «y si». —Suelta un largo suspiro que la estremece un poco—. Y quizá no frenemos la revolución.

—Tessa. —La miro fijamente y pienso en las preocupaciones que me ha trasladado Quint en mis aposentos. Si ella se marcha, me será casi imposible dar justificaciones, pero no pienso obligarla a hacerlo en contra de su voluntad—. Tengo una bolsa con monedas. Si quieres irte…

—No. —Niega ligeramente con la cabeza—. Quiero hacer lo correcto.

—Ya. —Observo hacia delante—. El problema es que todos tenemos ideas diferentes acerca de qué es lo correcto. —Suspiro—. Mi hermano incluido. Por no hablar de Allisander.

—Hay veces en que algo es lo correcto y punto —enfatiza—. No es justo que la gente muera si podemos ayudarla. No es justo que Allisander tenga tanto control por el mero hecho de contar con tierras y con dinero. No es justo que de ti se espere que…

—A Allisander lo mueve el dinero, así que seguramente lo ve muy justo.

—No me refiero a lo que espera de ti el cónsul Sallister. Me refiero a lo que espera de ti el rey.

Sus palabras son un jarro de agua fría, y no sé cómo contestar.

—No es una cuestión de expectativas, Tessa. —Sin quererlo, mi voz se vuelve áspera—. Es una cuestión de necesidades.

—Cuando estábamos en el carruaje, me dijiste que no podías abandonar a tu hermano. —Hace una pausa—. ¿Crees que es una persona débil?

Pienso en cómo Harristan lee todas las súplicas, en cómo parecen pesarle las muertes de nuestro pueblo. En cómo casi nunca desea oír los detalles de cuanto hago para mantener la ilusión del control.

Pienso en cómo se agachó para protegerme cuando asesinaron a nuestros padres.

O en cómo, al cabo de poco, aceptó su papel de rey.

—Jamás diría que es una persona débil —afirmo.

Tessa guarda silencio durante unos instantes, hasta que toma la palabra.

—¿Crees que, si ya no fueras el justicia del rey, tu hermano sería capaz de retener el poder? —pregunta con mucho tacto.

Tampoco sé qué responder a eso.

Supongo que es suficiente respuesta.

—Cuando murieron mis padres, no sabía cómo iba a sobrevivir —dice Tessa mirando hacia delante—. A duras penas me acordaba de comer. A veces creo que quedar contigo para… para esto… era lo único que me obligaba a salir de la cama. —Hace una pausa—. No quiero imaginarme tener que gobernar un país.

—A los cónsules les preocupaba que Harristan fuera demasiado joven. Intentaron firmar un documento para mandar en su lugar, pero no los amparaba ninguna ley, y tenía diecinueve años. Y después de que se descubriera que el cónsul Barnard estaba detrás de la trama que mató a nuestros padres, no nos fiábamos de ninguno de ellos. En todas las reuniones, en todas las interacciones, buscaban debilidad. Esperaban a que fracasáramos. Estábamos solos. —Se me forma un nudo en la garganta; ojalá esta conversación no invocara recuerdos que procuro mantener enterrados—. Nos teníamos solamente el uno al otro.

—¿Barnard no trabajaba con ninguno de los demás?

—No llegamos a recabar pruebas. —Me encojo de hombros—. Y entonces las fiebres empezaron a extenderse con mayor rapidez y… En fin, ya sabes cómo han afectado a Kandala.

—La mañana en que me reuní con Harristan, me dijo que es fácil amar a tu rey cuando todo el mundo está sano y con la barriga llena, pero que es un poco más difícil cuando no lo está. —Suspira—. Y sé qué haría el cónsul Sallister si estuviera al mando. Hablaba de los prisioneros como… como si no fueran ni seres humanos.

—Su padre no era mejor que él. Lissa Marpetta es avariciosa, pero nunca ha sido como Allisander. Sin embargo, está encantada de seguirlo para así mantener el control. Es una especie de socia silenciosa.

—Es todo tan… frío.

—Ya lo sé.

—Me has dicho que Harristan y tú solíais escabulliros cuando erais pequeños, pero en esa época nadie estaba enfermo. —Levanta la vista hacia mí—. ¿Por qué empezaste a repartir medicinas entre la gente de la Selva?

—No empecé con las medicinas. —La contemplo en la oscuridad y me fijo en las sombras que recorren sus rasgos—. Eso fue después.

—¿Cómo empezaste, pues?

Me encojo levemente de hombros, pero es un gesto más bien dedicado a ocultar mi propia incomodidad. Ninguno de esos recuerdos es agradable. Los más antiguos son los más dolorosos, como el día en que mataron a mis padres.

—Cuando Harristan me nombró justicia del rey, yo tenía quince años —digo en voz baja—. Sabía en qué consistía el papel, claro, pero al principio la gente no enfermaba demasiado. Nadie robaba pétalos de flor de luna. Nunca me vi obligado a hacer nada que fuera horrible. Creía que podría esquivar las crueldades si me ponía creativo, por ejemplo sentenciando a alguien a tallar mil ladrillos de la ladera de una montaña. Nunca tuve que ordenar una ejecución. Nunca quise ordenar una ejecución. —Me río de mi ingenuidad—. Recuerdo haber pensado que, si teníamos suerte, nadie haría nada que estuviera

verdaderamente mal.

Caminamos unos instantes en silencio. Tessa es paciente y espera a que le cuente el resto de mi historia.

Pero sabe dónde acabé. Quizá por eso me cuesta todavía más relatárselo.

—Más y más gente empezó a enfermar —prosigo— y se descubrió que la flor de luna curaba la enfermedad. De repente, se convirtió en un lujo. —Suelto un largo suspiro al recordar las peleas que se desataban en las calles al oír rumores de la ubicación de unos cuantos pétalos—. El país entero se estaba desmoronando. Se asaltaban casas, se distribuían falsos remedios, se robaban flores de luna. Los cónsules nos informaban a diario de la violencia que campaba por sus sectores, ya que la gente se enfrentaba para acceder a un remedio. —Sacudo la cabeza al recordar que en una de las cartas que recibimos había una mancha de sangre cuando consiguió llegar hasta el palacio—. Fue… horrible.

—Me acuerdo —susurra.

Por supuesto que se acuerda. Estaba en el ajo.

—Harristan tuvo que actuar.

—Es decir, tú tuviste que actuar.

Asiento. Quiero dejarlo aquí, pero todavía no he respondido a su pregunta.

—El primero… —Vacilo—. El primero… fue un hombre que había matado a una niña. Se llamaba Jarrod Kannoly. —No recuerdo los nombres de todos, pero ese estará para siempre esculpido en mi memoria—. Dijo que no había sido su intención, que fue un accidente, pero… —Me encojo de hombros y me paso una mano por la nuca—. Todo el mundo dice que no era su intención. Pero una mujer había comprado suficientes flores de luna para su familia, y el hombre se enteró. Agarró a la pequeña y dijo que le rebanaría el cuello como la mujer no le diera la mitad.

—¿Y lo hizo? —Tessa me mira fijamente.

Asiento.

—Ocurrió en el Sector Real, así que lo llevaron al presidio de

inmediato. Estaba cubierto de sangre.

Aún recuerdo el tono de Harristan cuando se enteró de lo sucedido. «Cory. Tenemos que hacer algo. Los cónsules exigen que tomemos cartas en el asunto. Debemos ponerle fin».

«Tenemos que hacer algo».

O sea, yo tenía que hacer algo.

—Fue espantoso —susurro. Desde entonces ha habido muchos casos, pero el recuerdo del primero siempre es el más duro. Quizá porque fue el primero. Quizá por lo que había hecho. Quizá por saber con seguridad que, independientemente de lo que le hiciera yo a él, aquella mujer jamás recuperaría a su hija.

Expulso las emociones de mi cuerpo.

—Esa noche me escapé del palacio —digo—. Una parte de mí quería echar a correr, perderme en la Selva. Pero no podía abandonar a Harristan. Ya lo sabes.

—Sí.

—Me llené los bolsillos de monedas y comencé a dejarlas donde me pareció que serían de gran ayuda. En las ventanas de las casas, en las puertas, en los bolsillos de las ropas puestas a secar al sol. Todas las monedas que me cabían. —Hago una pausa—. Nunca eran suficientes. Y vi cómo las élites compraban demasiadas medicinas, muchas más de las que necesitaban.

Me mira a los ojos. Yo también a ella.

Tomo una buena bocanada de aire.

—Y entonces hubo una noche en que vi a un hombre y a su mujer robando medicinas, y al principio me cabreé mucho. —Aprieto la mandíbula—. Creía que eran otros contrabandistas. No sabía qué iba a hacer, pero los seguí fuera del sector. Y entonces… se reunieron con una chica, una chica de mi edad…

Tessa se queda sin aliento.

—Estás hablando de mí. De mis padres.

—Sí —asiento—. Vi lo que hacíais. Até cabos. —Me detengo—. Yo quería ayudar. No sabía cómo ayudar.

Sigue mirándome a los ojos; ojalá pudiera ver aquella noche a

través de los suyos. Me mantuve a cierta distancia, siempre muy atento para no toparme con la patrulla nocturna, porque era consciente de que mis acciones hundirían a Harristan. Recuerdo cómo arrastraron al padre de Tessa, cómo se resistió él. Cómo se resistió su madre. Las flechas se dispararon antes siquiera de que pudiera llegar hasta ellos. Recuerdo que retuve a Tessa, le puse una mano sobre la boca, y nos escondimos detrás de una arboleda. Se revolvía contra mí y sus lágrimas me mojaban la mano.

—Hice lo que pude —le digo ahora, y casi se me quiebra la voz. Debo tomar aire, tembloroso—. Hago lo que puedo. Y día tras día lamento que no sea suficiente.

La luz de la luna brilla en sus ojos, pero no consigo descifrar su expresión. Nos quedamos en silencio, respirando el mismo aire.

Una ramita cruje y unas voces se alzan entre los árboles.

Suelto una maldición, le agarro la mano y la aparto del camino.

—Escucha.

Varias botas pisotean el sendero. Son hombres que hablan con voz grave. No sé si se trata de la patrulla nocturna, pero estamos en las boscosas profundidades de la Selva, así que es poco probable, aunque no imposible, puesto que hemos duplicado el número de guardias. Contengo la respiración al oír que se acercan.

Y en ese momento los reconozco. Dorry Contrel y Timm Ballenger. Dos hombres de mediana edad que trabajan en las forjas de Ciudad Acero. Están casados y entre los dos suman media docena de hijos. Son trabajadores que gruñen y se quejan del rey y de su hermano, pero que lo que más les preocupa es alimentar a sus familias y mantener a sus esposas e hijos sanos. Tessa y yo les hemos facilitado las medicinas en alguna ocasión en que no pudieron comprar comida y hojas de té con sus salarios mensuales.

Es extraño que estén aquí a estas horas de la noche.

Me acuerdo de Jarvis, el hombre que vi en una celda cuando visité la cárcel con Allisander. También me sorprendió que lo atraparan junto con los contrabandistas.

Procuro escuchar, pero no consigo captar casi nada de lo que están

diciendo, y las palabras que me llegan no resultan incriminatorias. Pasan por delante de nosotros, sin embargo, rumbo a sus casas.

En cuanto empiezan a alejarse, Tessa me mira en la oscuridad. El relato que le he confesado pesa entre nosotros.

—¿Por qué no están en sus casas a estas horas? —se limita a susurrar.

Niego con la cabeza.

—A ver si podemos averiguarlo.

No seguimos a los hombres hasta sus hogares. Si han salido para hacer algo inapropiado, no quiero asustarlos. Decidimos empezar por el norte del pueblo. La primera casa es minúscula, apenas más grande que nuestro taller. El tejado tiene goteras cuando llueve, pero Alfred y Tris, el hombre y la mujer que viven allí, casi han cumplido los ochenta años y son incapaces de trepar para repararlo. Hace meses, les llevé un pedazo de lona junto a la medicina y, al día siguiente, algunos aldeanos la habían clavado en los puntos más maltrechos del tejado. Tris me pagó con huevos frescos, que Tessa aceptó e hirvió para que la mañana siguiente los desayunáramos en el taller.

Hace semanas que no piso el pueblo, pero me da la impresión de que han transcurrido años. Noto un nudo en el pecho.

—Yo me quedo vigilando —murmura Tessa conforme nos aproximamos a la casa. Sus ojos están ensombrecidos detrás de la máscara, sus labios forman una pálida curva en la negrura. Debe de haberse fijado en mi expresión, porque la veo fruncir el ceño—. ¿Qué pasa?

Demasiadas cosas.

—Nada. —Niego ligeramente con la cabeza.

Me aprieta la mano y se adentra en las sombras. Llamo a la puerta con suavidad, tres golpes breves seguidos de dos más fuertes. Pasan unos instantes, pero al final la puerta se abre.

Es Tris. Parece haber envejecido diez años. Tiene menos pelo y las

mejillas más hundidas.

Su rostro se transforma en una radiante sonrisa cuando me reconoce. La alegría y el alivio de sus ojos revolotean a su alrededor y a mí me destrozan por dentro.

—Weston —susurra—. Hemos estado muy preocupados. —Da un paso adelante con los brazos abiertos. Nadie reacciona así a mi presencia en el Sector Real. Al poco, me rodea con los brazos, y es como si me abrazara un fantasma.

—Tris —murmuro—. ¿Has comido?

—De vez en cuando. —No me suelta—. Sin Alfred para recordármelo, a veces me olvido.

Me quedo petrificado. Sabía que nuestra desaparición tendría graves consecuencias, pero no esperaba que una de ellas me golpeara en la primera casa que visitáramos.

—Alfred se ha ido.

La anciana se aparta al fin y asiente. Se le anegan los ojos.

—Vamos —digo señalando hacia la habitación. Barro la estancia con la mirada y me pregunto si habrá algo que pueda darle de comer —. Siéntate.

Entra en la casa cojeando y frotándose los ojos. Se deja caer sobre una mecedora que hay junto a la cama.

Veo un cuscurro de pan sobre la mesa y se lo llevo, y acto seguido pongo el caldero en el fuego.

—Lo siento —murmuro. No me parece suficiente disculpa.

Nunca es suficiente disculpa, pero esta noche es aún peor.

—Ha pasado una semana —dice, y una lágrima le recorre la mejilla —. No quería que se fuera.

Me arrodillo delante de ella y saco una manzana del zurrón. Le pongo la fruta en las manos. En la Selva, la gente tiende a ayudarse mutuamente, así que seguro que no se ha muerto de hambre, si bien la despensa de la cocina está vacía.

—Intentaré traerte más comida la próxima vez que venga.

Me he metido de nuevo en mi papel de Weston Lark, como si no hubiera pasado el tiempo, así que pronuncio esas palabras de forma

automática.

Qué idiota soy. Puede que no haya una próxima vez.

—Siempre has sido muy amable. —Me aprieta la mano. Se seca una lágrima con el dorso de la mano—. A Alfred le dará pena no haberte visto. Yo pensaba que te habrían capturado, pero él siempre dice que tienes la cabeza bien amueblada. ¿La joven Tessa está contigo?

Un momento.

—¿Cómo?

—¿Tessa? Siempre he pensado que sería una buena compañía para ti. No la habrá detenido la patrulla nocturna, ¿verdad? —Se retuerce las manos.

—No, yo… Tessa está bien. Pero ¿has dicho que a Alfred…? —Me interrumpo. Debo de haberla oído mal.

—Le dará pena no haberte visto —asiente Tris—. Me preocupé mucho cuando me enteré de las detenciones de ayer durante las incursiones, pero Lochlan ha dicho que en el pueblo no falta nadie, y que Alfred no correría gran peligro.

—¿Alfred no ha muerto? —La miro fijamente.

—¿Qué? —Parpadea—. Ay, ¡espero que no! —Vuelve a retorcerse las manos—. ¿No te has enterado?

No sé si está confundida o si estamos hablando de temas diferentes.

—Tris —digo con la mayor suavidad posible—. ¿Alfred ha muerto por la fiebre?

—No, por Dios, no. Cuando accedimos a ayudar con las incursiones, Lochlan dijo que los benefactores nos darían suficientes medicinas para sobrevivir, y estaba en lo cierto. Es verdad que siempre nos falta un poco de comida, pero por ahora vamos tirando. Fue una bendición después de que Tessa y tú dejarais de venir. Mira. —Me entrega una bolsita.

Lochlan. Ese nombre se enciende en mi memoria, pero no consigo ubicarlo. Acepto el saquito y desato el nudo que lo cierra. En el fondo de la bolsa veo pétalos secos de color gris y blanco.

—Llévatelos —dice Tris—. Yo tengo un montón, gracias a Alfred.

—Wes. —Tessa silba desde la puerta—. La patrulla nocturna.

—Vuelve a la cama —le indico a Tris. Me guardo la bolsa de pétalos en el bolsillo—. Regresaré en cuanto pueda.

Salgo por la puerta y me adentro en las sombras con Tessa antes de respirar hondo. Mis pensamientos dan vueltas por lo que me ha dicho Tris, pero no logro encajar las piezas.

La patrulla nocturna avanza entre los árboles a poca distancia de nosotros, y nos agachamos en la oscuridad, recostados en la pared trasera de la casa junto a la chimenea. Siempre nos apiñamos al ocultarnos, pero esta noche soy muy consciente de la respiración de Tessa, del aroma de su piel, del modo en que su hombro roza el mío.

Debería apartarme. Debería endurecer la mirada y apagar las revueltas emociones que me inundan el pecho. Debería haberla dejado en el palacio y hacer esto solo.

No me lo creo ni yo. No me imagino haciéndolo sin ella a mi lado.

No me atrevo a hablar. Ojalá pudiera confesarle lo que pienso.

Perdóname.

Por favor, Tessa.

Lo daría todo por tu perdón.

—¡Ahí! —exclama un hombre, y doy un brinco y protejo a Tessa con la espalda apoyada en la pared de la casa.

Pero no nos han descubierto. Tres guardias apuntan con las ballestas hacia un muchacho con un zurrón a poca distancia de aquí. No debe de tener más de trece o catorce años, y de pronto veo que lo conozco. Se llama Forrest y vive con sus padres en las afueras del pueblo. Tiene los ojos como platos y las mejillas pálidas bajo la luz de la luna. Está donde termina una hilera de árboles, y supongo que se habrá topado con los guardias de frente.

Recuerdo a la señora Kendall llorando por Gillis, y me pregunto si en breve otra madre llorará la pérdida de su hijo y terminará muerta en la oscuridad al gritarle a la patrulla nocturna.

Uno de los guardias agarra la bolsa de Forrest y la abre sin miramientos.

—Eres un pelín joven para ser un contrabandista, ¿no te parece,

niño?

Detrás de mí, a Tessa se le entrecorta la respiración y sus dedos aprietan los míos con mucha fuerza.

Nunca me he entrometido con la patrulla nocturna siendo Wes. El peligro siempre ha sido demasiado alto. Tessa y yo nos escondemos y hacemos lo que podemos.

Esta noche, los riesgos me parecen distintos.

Forrest traga saliva y tartamudea.

—Yo no soy… Yo no soy… Yo no soy…

—Sabemos lo que eres. —Un guardia levanta la ballesta. Otro agarra al chico por el brazo.

Tessa jadea. Forrest chilla.

—¡No! ¡Papá! ¡Ayúdame!

Salgo de nuestro escondrijo.

—¡Quietos! —grito—. ¡Quietos!

Uno de los guardias mira en mi dirección, pero el otro no vacila. Aprieta el gatillo de la ballesta. Doy un salto hacia el muchacho.

Forrest cae al suelo cuando lo derribo, y durante unos instantes me preocupa haber llegado demasiado tarde y haber placado un cadáver. Pero me arde el brazo y Forrest grita al aterrizar sobre unos matojos.

Ignoro el dolor del brazo y me pongo en pie, pero veo que hay una ballesta apuntándome al pecho.

—Estupendo —gruñe el guardia—. Me ganaré un extra por haberos atrapado a los dos.

Y, en ese momento, aprieta el gatillo.

CAPÍTULO TREINTA

Tessa

Todo ocurre demasiado rápido. He agarrado una piedra con la mano y he echado a correr hacia la patrulla, pero mis pensamientos son una desordenada maraña de pánico y terror. Después doy un buen brinco y lanzo la piedra lo más fuerte posible. Oigo el chasquido de la ballesta y luego el golpe seco de mi piedra contra la cabeza del guardia. Cae al suelo.

Una sombra pasa por delante de mí y, de pronto, Corrick se ha apoderado de la ballesta del hombre caído y se dispone a cargar una flecha.

No será lo bastante rápido. Hay tres guardias más, y uno de ellos ya está apuntando, preparado para disparar.

—¡No! —chilla Forrest mientras se levanta y se impulsa del suelo para abalanzarse sobre el guardia.

El hombre retrocede unos cuantos pasos, pero el chico no es lo bastante grande para derribarlo. El guardia saca un puñal.

—Mocoso mugriento…

Corrick le dispara en la cara.

El hombre se convulsiona y se desploma. Suelto un grito y me quedo sin aliento.

Pero todavía hay otro, y ha logrado cargar el arma. Corrick procura colocar otra flecha, pero sus movimientos son lentos y torpes. No le va a dar tiempo.

Extraigo la daga de la bota, el regalo que me dio el príncipe durante el trayecto en carruaje. Sé cuáles son los peores lugares donde

asestar una puñalada y no me preocupo por apuntar con precisión. Clavo el puñal en el cuello del guardia. Se desploma.

El silencio es repentino y tenso.

Forrest jadea con rápidas y aterrorizadas respiraciones.

Puede que yo esté igual que él. Tengo los dedos pegajosos por la sangre.

Corrick termina de cargar la ballesta y se introduce otras dos flechas en el cinturón.

—Forrest —lo llama, y para mi sorpresa su voz suena muy baja después de lo que acaba de pasar.

Los jadeos del chico se han convertido en huecos resoplidos, y se aprieta fuerte la barriga con las manos.

—Forrest —repite Corrick con tono frío y autoritario. No debería sorprenderme, pero así es. Ahora sé por qué Wes siempre experimentó tanta tranquilidad al presenciar violencia. Le pone una mano en el hombro al muchacho—. Debemos incinerar los cuerpos. ¿Está tu padre en casa? Arráncales los uniformes y escóndelos. Si alguien ve el humo, di que han muerto por la fiebre…

—Yo lo ayudaré.

Una voz masculina se ha alzado detrás de nosotros, y Corrick se gira con la ballesta levantada.

Un joven ha emergido de entre los árboles, pero al ver la ballesta alza las manos. Lleva un abrigo con capucha, así que en la oscuridad no veo demasiado bien sus rasgos, pero tiene el brazo vendado y los dedos rígidos e hinchados. No se le ve asustado. En todo caso, resignado, como si estuviera acostumbrado a que lo apuntaran con armas.

—Vamos —le dice a Forrest asintiendo hacia el pueblo—. Ve a buscar a tu padre para que nos ayude a arrastrarlos hasta la pira.

El chico se apresura a asentir y sale corriendo.

Corrick no se ha movido. Levantada, la ballesta le ofrece una trayectoria mortífera.

—Soy Lochlan —se presenta el joven. Se encoge ligeramente de hombros—. Puedes bajar la ballesta. Aquí estamos todos en el mismo

bando. —Entrecierra los ojos—. ¿O acaso queríais robarle la bolsa al chico?

—No. —Corrick todavía no ha apartado la mirada, y su voz suena muy grave y queda—. Tessa. ¿Estás bien?

No he dedicado ni unos instantes a pensar en mí misma, y estoy paralizada por la tensión inesperada que parece haberse instalado en este pequeño claro del bosque.

—Yo… Sí.

—¿Tessa? —dice Lochlan, ahora ya relajado y pensativo—. Entonces, ¿tú eres Wes?

—Ayuda a Forrest a librarse de los cuerpos —responde Corrick—. Tenemos que hacer nuestra ronda.

Lochlan sigue con las manos en alto, pero se acerca y observa fijamente a Wes.

—He oído un montón de historias, pero se rumoreaba que os habían matado.

—Vivitos y coleando —dice Corrick. No baja la ballesta.

—Hay algo en ti… que me resulta familiar —comenta Lochlan—. ¿Nos conocemos?

—No. —Corrick ladea la cabeza para señalar hacia el bosque—. Tessa. Dirígete a nuestro escondite.

No entiendo qué ocurre, pero detecto la urgencia que tiñe su voz. Sin embargo, no quiero irme desarmada. No tengo ni idea de cómo se dispara una ballesta, así que voy a por el puñal y lo saco. La daga sale del cuello del guardia con un espantoso chapoteo.

—Qué puñal tan elegante. —Los ojos de Lochlan han seguido mi gesto.

En sus palabras hay algo que me parece peligroso.

—Es robado —contesto con rapidez.

Con demasiada rapidez. Sus ojos se entornan aún más.

Recuerdo la advertencia que me trasladó el príncipe en la estancia del palacio. «Eres demasiado transparente».

Lochlan da otro paso hacia nosotros. Su mirada se ha desplazado hasta Corrick y lo contempla con suma atención.

—Tessa —dice Corrick—. Vete. Ahora. Te seguiré.

No estoy segura de qué está sucediendo, pero no quiero dejarlo solo. Mi corazón late con fuerza en mi pecho.

Pero Lochlan se aproxima más y se aparta unos mechones rubios de los ojos. La tensión del ambiente desaparece.

—Idos —exclama—. Si no vais a robar la bolsa del chico, no tengo ningún problema con vosotros. —Observa los cuerpos y escupe a los guardias antes de volver a mirar hacia Corrick—. Yo me ocupo de vuestro desastre.

Corrick no se mueve.

Tiendo una mano hacia él y solo entonces me doy cuenta de que una amplia parte de su camisa es más oscura que el resto, y tiene la manga desgarrada. ¿Le han alcanzado? No diviso ninguna flecha. Pero ahora veo que le tiemblan las manos y que su cara está más pálida de lo que debería.

—Wes —le digo—. Wes, vámonos.

Durante unos segundos, no creo que vaya a seguirme. Al final, esquiva a Lochlan y dejamos que la oscuridad y los árboles nos engullan.

Corrick se muestra muy tenso y quisquilloso, y no deja de mirar hacia atrás, así que me mantengo en silencio y cerca de él. Sujeta la ballesta con seguridad, como si estuviera dispuesto a disparar una flecha en cualquier momento. Nunca lo había visto blandir un arma.

Nunca lo había visto matar a nadie, en realidad. No así.

Vi las consecuencias de lo que tuvo que hacer en el presidio, pero eso fue diferente. Esto es diferente. La patrulla nocturna habría matado a aquel muchacho. Nos habrían matado a Corrick y a mí también.

Trago saliva y noto el sabor de la sangre sobre la lengua. No sé si me he mordido el labio o si es el aroma que inunda el aire. Mis manos siguen pegajosas con la sangre del guardia.

Intento no pensar en el hecho de que yo también he matado a

alguien.

Intento expulsar la imagen de mi cerebro, pero no quiere abandonar mi cabeza. Se ha enredado demasiado con la voz del chico al llamar a su padre a gritos. ¿Hemos hecho mal? ¿Hemos hecho bien? No tengo ni idea.

Llegamos a un reducido claro del bosque y Corrick levanta una mano para que me detenga. Ya no estamos lejos del taller, pero soy lo bastante perspicaz para saber que cree que alguien nos ha seguido, por lo que guardo silencio y me quedo quieta mientras esperamos.

Pasan los minutos. Examino el desgarrón de su manga. Tiene el brazo cubierto de sangre, pero no ha soltado la ballesta, así que debe de ser una herida superficial. Aun así, es preciso que se la vende, y quizá que se ponga un cabestrillo. Recuerdo cómo le han temblado los dedos al levantar el arma.

En ese momento, me doy cuenta de que es una estupidez. No puede ponerse el brazo en cabestrillo. ¿Cómo lo explicaría el príncipe Corrick?

Todo ha ocurrido muy rápido. Demasiado rápido.

Al final, al cabo de una eternidad, Corrick asiente hacia mí, y cruzamos el claro. Lleva la ballesta en el costado ahora, con la mano del brazo bueno. Sus hombros ya no irradian tanta tensión. La luz de la luna recorre su cuerpo de punta a punta, sin embargo, y veo la presión de su mandíbula y que la inquietud no se ha esfumado de sus ojos por completo.

—¿Quién era? —le pregunto en voz baja, porque es obvio que Corrick y Lochlan se conocían.

—Un recluso del presidio —responde con poco más que un murmullo en la noche—. Le rompí la muñeca.

Trago saliva. Siempre que quiero olvidar quién es, el destino se encarga de recordármelo.

—¿Por qué?

—Intentó matar al cónsul Sallister. —Hace una pausa—. Es uno de los tres que escaparon. Durante la revuelta.

—Ah. —El ruido sale de entre mis labios con calma mientras

asimilo lo que me cuenta—. Y está contrabandeando de nuevo.

—He hablado con Tris. Alfred está haciendo algo por él. Y antes hemos visto a esos dos por el bosque. —Corrick suspira, turbado—. Quiero hablar con más gente, a ver si consigo enterarme de más cosas.

Rememoro cómo se me ha quedado mirando Lochlan al arrancar el puñal del cuello del guardia.

—¿Crees que te ha reconocido?

—Creo que ha estado a punto de reconocerme.

—¿Acaso importa? Me dijiste que nadie me creería si te acusara…

—No me preocupa que me acuse. —Se queda en silencio y se da un golpecito al ala del sombrero antes de poner una mueca—. Ya sabes quién soy, Tessa. Si los contrabandistas me atrapan…

—Te matarán.

—No. —Resopla—. Ojalá me mataran, pero no. Me torturarán y me utilizarán para doblegar a Harristan.

Lo dice como si tal cosa, pero un escalofrío me recorre la columna vertebral al imaginármelo. Ni siquiera se me había ocurrido esa posibilidad. Recuerdo la noche en que «murió», recuerdo que me comentó que le sorprendía que no lo esperara para denunciarlo a la patrulla nocturna. Una parte de él se preocupaba de verdad. Ahora entiendo por qué estaba tan tenso al creer que Lochlan nos había seguido.

—Me preocupa más lo que te harían a ti. —Corrick me mira a los ojos.

Un estremecimiento me recorre el cuerpo.

—No me gusta estar al aire libre —dice—. Vayamos al taller.

El taller está frío por culpa del aire nocturno, y hay una fina capa de polvo por todos lados. Es evidente que nadie lo ha tocado desde que nos fuimos por última vez. Corrick agarra leña de la pila y la lanza a la chimenea con una sola mano, lo cual me hace pensar que el brazo le está molestando más de lo que da a entender. Prende una cerilla y enciende el fuego mientras yo paso la escoba para quitar las telarañas grandes y el polvo.

Wes se apoya en la mesa con los ojos oscurecidos bajo el ala de su

sombrero. La ballesta está a su lado.

Wes no. Corrick.

Me aclaro la garganta y aparto la mirada.

—¿Quieres que le eche un vistazo a tu brazo?

—La flecha me ha rozado. Estoy bien. —Lanza un saquito sobre la mesa—. Tris me ha dicho que los benefactores están distribuyendo medicinas.

Lo agarro y lo vacío. En la madera caen pétalos grises y blancos, todos largos y curvados, aunque algunos son más cortos, con una terminación un poco más afilada en la parte superior. Frunzo el ceño mientras a mi lado Wes flexiona el brazo como si le doliera.

Pongo los ojos en blanco y me acerco a él, ignorando los pétalos.

—No seas tonto. Llevo veinte minutos viéndote evitar la herida con cuidado. —Ensancho el desgarrón de su camisa. La flecha le ha rozado entre el hombro y el codo, y es probable que necesite puntos, pero aquí no tengo las herramientas necesarias—. Quítate la camisa —le digo—. Te vendaré la herida con un pedazo de muselina.

Se quita el sombrero y luego la camisa por encima de la cabeza, y de nuevo está con el torso desnudo delante de mí. Es un espectáculo que ya he visto, pero ahora lleva la máscara y ahora es Wes el que se desnuda; durante unos instantes largos y extraños, mi voz se niega a funcionar.

Me concentro en la herida y voy a buscar agua del balde de la lluvia para limpiarle la sangre con suavidad. Lo oigo respirar y aspiro su aroma en la cálida cercanía del taller.

Es demasiado íntimo. Hay que llenar esta situación con palabras.

—¿Dónde aprendiste a disparar así? —pregunto.

—Soy el hermano del rey, Tessa. —Lo dice como si fuera divertido.

—Nunca antes te habías entrometido con la patrulla nocturna.

Mi observación lo detiene en seco, y aparta la mirada.

—Es… distinto ahora. —Hace una pausa—. Y en teoría no deben asesinar a gente en la calle. Eso explica en parte por qué estaba tan enfadado con Allisander por haber ordenado a sus guardias que apalizaran a los últimos cautivos. Que yo ordene un castigo es una

cosa, pero no torturo a gente por el mero placer de hacerlo. Mis guardias del presidio no son crueles. La patrulla nocturna tampoco debería serlo. Forrest es un niño. Podrían haberlo detenido.

—Bueno. Ya viste lo que le hicieron a la señora Kendall.

—Ella los atacó.

Intento recordarlo. Lo único que me viene a la cabeza es su dolor. ¿Eso importa? No lo sé.

Mis padres atacaron a los guardias. De eso sí que me acuerdo.

«Para la patrulla nocturna es lo mismo».

Le seco el brazo con cuidado y desgarro largos jirones de muselina para hacer una venda.

—Da igual lo que digas. Si tus acciones son crueles, los que actúan a tus órdenes también lo serán.

Espero que lo niegue o que me lo rebata de alguna forma, pero no lo hace.

—Ya lo he visto —se limita a decir.

Lo miro a los ojos. Un azul gélido me devuelve la mirada, en cuyas profundidades no hay malicia ni mentiras.

—Haces que quiera ser mejor —me suelta de pronto, y la emoción que envuelve su voz me deja de piedra—. Haces que desee que Weston Lark sea real, porque a mí nunca me mirarás del modo en que lo miras a él. No sé cómo enmendar todos mis errores, Tessa. No sé si puedo siquiera. Pero lo quiero intentar.

Yo tampoco lo sé. Y da igual lo que haga siendo el justicia del rey, porque no va a curar las fiebres. No va a garantizar acceso a las flores de luna. No va a detener los gritos que piden una revolución. Harristan y él han puesto en marcha algo que tal vez no pare nunca. O quizá se deba a la ejecución de sus padres. Sea como fuere, el pueblo de Kandala jamás volverá a ser lo que era antes de que ocurriera todo esto.

Sin embargo, en este momento me doy cuenta de que no pretende enmendar sus errores por los habitantes de Kandala.

Pretende enmendar sus errores por mí.

Aprieto la venda, pero mis dedos se resisten a abandonar el

músculo de su bíceps.

—¿Te duele? —susurro, y no solamente me refiero a la herida de su brazo.

—Muchísimo.

Él tampoco.

Levanto una mano y se la pongo en la mejilla. Su respiración se acelera, solo un poco. Su piel es cálida bajo mi palma, un pelín áspera. Mi pulgar recorre la curva de sus labios, y juraría que ha dejado de respirar. Mis dedos juguetean con el extremo de la máscara como han hecho en anteriores ocasiones.

Presiento que se apartará, que se esconderá, pero no se mueve. Mis dedos se cuelan debajo de la tela. La levantan un poco, luego un poco más hasta dejar ver un ojo azul maquillado con kohl.

Su mirada no abandona la mía. Sus labios se separan y sueltan un suspiro.

Y entonces alza una mano para quitarse la máscara por completo, y me encuentro delante del príncipe Corrick en la tirante calidez de nuestro taller.

La máscara cae sobre la mesa, al lado de la ballesta. Su pecho sube y baja deprisa, y sus manos parecen querer avanzar hacia mí, pero está esperando. Está esperándome.

Me he pasado muchísimo tiempo preguntándome cómo era posible que un hombre cruel como el príncipe Corrick invirtiera horas para ayudar en secreto al pueblo de Kandala, cuando debería haberlo interpretado al revés. Debería haberme preguntado cómo era posible que un hombre que quiere ser bueno y amable, que quiere hacer lo correcto, sea capaz de esconder las partes más auténticas de su ser para apoyar a su hermano y proteger a su gente.

—Hola —murmuro—, Corrick.

—Creo que nunca te había oído pronunciar mi nombre. —Una chispa le ilumina los ojos.

—Corrick —repito, y sus ojos se cierran unos instantes, mientras toma aire.

Vuelvo a ponerle una mano sobre la mejilla, y ahora no hay

ninguna máscara entre nosotros. Abre los ojos y, de pronto, está más cerca de mí. No sé si ha sido él o he sido yo.

—Corrick —susurro.

Una de sus manos se posa sobre mis caderas muy suavemente, muy cortésmente. La otra traza una línea sobre mi mejilla, y recuerdo que sigo llevando mi máscara.

Le da un pequeño tirón.

—¿Puedo?

Contengo la respiración y asiento.

Es lento y delicado, y es una tortura. Estamos lo bastante juntos y noto el calor de su cuerpo. Desata el nudo y mi máscara se desliza.

Se inclina para tirar de la horquilla que me sujeta la trenza, y el pelo me cae sobre los hombros. Su aliento me acaricia la oreja.

—Dilo otra vez —susurra.

—Corrick —exhalo. Su pulgar me recorre el labio inferior y mi respiración se entrecorta.

Está tan cerca que mis dedos dan con la piel desnuda de su pecho, que prende fuego en mi interior.

—¿Cory? —me atrevo.

Un gruñido escapa de su garganta.

—Dios, Tessa. —Su mano me aferra la cintura y sus labios buscan los míos.

Su caricia ha sido tan suave y medida que esperaba que su beso también lo fuera, pero su boca es firme y decidida. Cuando separo los labios, su lengua juguetea con la mía, y suelto un jadeo que él aspira. Sabe a canela y a azúcar, y mi mano repasa la vastedad de su pecho para rozar sus anchos hombros, su cuello alargado, sus brazos musculosos. Pensaba que me sentiría insegura, como en el palacio cuando estuvo a punto de besarme, pero no.

Porque esto es distinto. Es nuestro lugar. No es Wes, porque en realidad Wes no existe. Es Corrick. Siempre ha sido Corrick. Todo lo que hemos hecho juntos es una parte de su ser.

Sin avisar, sus manos se cierran sobre mi cintura con mayor firmeza y me levantan para colocarme sobre la mesa. Mis piernas se separan y

se inclina hacia mí. Mis faldas lo envuelven y sus labios encuentran los míos de nuevo. Ahora está más cerca y sus manos son más libres. Exploro la cálida extensión de su cintura, los cincelados músculos de su espalda. Sus labios bajan por mi mandíbula, sus dientes frotan la sensible piel debajo de mi oreja y me mordisquean el cuello. Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo están ardiendo, y quiero que se aproxime más. Mis manos se deslizan por debajo de la cintura de sus pantalones, donde la piel es más suave que la seda.

Una de sus manos se coloca sobre mi rodilla y sus dedos avanzan por la cara externa de mi muslo. Suelto un jadeo y tiro de él hacia mí, y entonces entierra el rostro en mi cuello para proferir un ruido que se parece mucho a un grave rugido. Nuestras cinturas se juntan y me aferro a él, mis dedos apretándole la piel. Su mano se eleva por mi muslo hasta que veo las estrellas y me estremezco. Esta vez, cuando me besa, es lento y seguro, mientras con un brazo me agarra con tanta fuerza que noto cómo late su corazón contra el mío.

—Tessa —susurra, y mi nombre suena a una súplica—. Ay, Tessa.

—Dilo otra vez —lo provoco, y siento su sonrisa sobre mis labios.

Las alarmas del Sector Real perforan la noche, y me quedo paralizada. Corrick también.

Su respiración empieza a temblar. Debo cerrar los ojos.

—Han atrapado a alguien —susurro.

Alguien con quien él tendrá que lidiar. Alguien a quien quizá tendrá que ejecutar. Le pongo las manos sobre el pecho.

Al cabo de unos segundos, los amables dedos de Corrick se posan sobre mis muñecas. Sus labios me rozan las sienes.

Suspira. Suspiro.

—Debemos terminar la ronda —dice. Busca la camisa y pasa los brazos por las mangas—. Nos dirigiremos hacia Artis, a ver qué podemos descubrir antes de que se haga de día.

Cuando salga el sol, habrá que regresar. Volverá a ser el justicia del rey.

No hace falta que lo diga. Él también lo sabe. La mirada desarmada ha desaparecido de sus ojos, y es el frío príncipe Corrick el que me

observa.

Me baja de la mesa y me deja en el suelo. Se lleva mi mano hasta los labios y me la besa. Acto seguido, agarra la máscara y se la pone.

—Tú también —me dice.

Me peino el pelo de nuevo y procuro ignorar el nudo que tengo en la garganta. Mis dedos tiemblan y se niegan a colaborar.

Quizá Corrick se ha dado cuenta, porque sujeta mi máscara y me la ata con suavidad.

—Tenías razón —dice—. Debería haberte hecho caso desde el principio. Si se desata una revolución, deberemos cabalgar en primera línea.

Abro los ojos como platos mientras la cabeza me da vueltas.

—¿Como forajidos?

—No. Como el príncipe Corrick y su brillante boticaria. Weston Lark no puede salir de entre las sombras. —Hace una pausa—. Pero el justicia del rey sí que puede.

Me da un vuelco el corazón.

—No te preocupes —murmura—. Seré mejor persona. —Dicho esto, deposita un último beso sobre mis labios—. Luego lo retomaremos —me asegura con ese tono entre rugido y gruñido, y me provoca escalofríos por todas partes. Me estremezco cuando se dirige hacia la puerta para abrirla de par en par.

Al otro lado, rodeado por ocho hombres, está Lochlan, quien apunta directamente hacia Corrick con su ballesta.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Corrick Sabía que debería haber matado a ese hombre cuando tuve ocasión.

Si hubiera estado solo, habría peleado. Habría echado a correr. Tengo un puñal y el gancho triple. Podría enterrar el arma en la barriga de Lochlan y huir por el bosque, y treparía por la muralla en un abrir y cerrar de ojos.

Pero no estoy solo. A mi lado, la respiración de Tessa es acelerada y superficial, y se ha movido para acercarse a mí.

Parece injusto que el destino me la haya puesto por fin en los brazos y, acto seguido, haya llevado a ese estúpido hasta nuestra puerta.

Contemplo la ballesta y luego miro hacia la cara de Lochlan.

—Has dicho que no tenías ningún problema conmigo.

—No tengo ningún problema con un samaritano llamado Wes. Sí que tengo unas rencillas con el justicia del rey, el príncipe Corrick.

—Ya somos dos —respondo tranquilo.

Lochlan resopla y sus ojos se desplazan de mí a Tessa.

—Sabía que me sonaba tu voz. He tardado un poco, pero ese puñal era demasiado elegante. Era imposible que no hubiera salido del palacio. —Su expresión se oscurece—. ¿Engañas a tus gentes para que piensen que alguien les está ayudando? Eres todavía más repugnante

de lo que creía.

Lo ignoro y miro a los demás hombres.

—Me conocéis bien. Nos conocéis bien. Bajad las armas y marchaos.

Los hombres intercambian miradas. Lochlan sabe quién soy, pero en el aire percibo la incertidumbre de los demás. Hace años que conocen a Wes y a Tessa. Un trueno retumba en el cielo y la lluvia empieza a derramarse sobre los árboles.

Lochlan mantiene la ballesta apuntada hacia mi pecho, pero mira hacia Tessa.

—¿Quién es?

—Es Wes. —Qué mal miente. Habla con voz susurrante y atemorizada—. Weston Lark.

—Dime la verdad o le disparo.

—¡Es Wes! ¡Te lo prometo, es Wes!

—Eres una mentirosa, y no eres importante. —Dirige la ballesta hacia ella.

—¡No! —grito. Sin pensármelo dos veces, lo derribo. Aunque tiene uno de los brazos heridos, es más fuerte de lo que me pensaba. Rodamos por la mojada hierba, forcejeando para tener el control, hasta que oigo chillar a Tessa.

Es la distracción que necesitaba Lochlan. Agarra la ballesta y se coloca sobre mí.

—La van a matar —me asegura—. Di la verdad de una vez.

La rabia me nubla la vista. Intento sacudirme a Lochlan de encima, pero me tiene clavado en el suelo. En algún punto detrás de mí, Tessa gimotea, y oigo el ruido de un puñetazo.

—¡Vale! —grito—. Soy el príncipe Corrick —mascullo entre dientes —. Soy el justicia del rey.

—No —jadea Tessa, y me pregunto si la estarán estrangulando. Pero luego añade—: Corrick, no.

Después de haber pronunciado mi nombre en distintas ocasiones, es ahora cuando me parte el corazón.

—Ríndete —dice Lochlan, y en sus ojos veo claramente la promesa

de todo lo que le harán a ella si no me rindo.

Levanto las manos, un gesto que me cuesta horrores hacer.

—Me rindo.

Nos obligan a caminar por el bosque, rumbo al este ahora, con lo cual no estamos regresando al pueblo donde hemos visto a Lochlan. Me han atado las manos y han apretado tanto la cuerda que me empiezan a hormiguear los dedos por más que los flexione contra las ataduras. La punta de una ballesta sigue pinchándome la espalda, y sé que es intencionado. Aprieto los dientes para no decir nada, porque en algún lugar tras de mí es Tessa la que camina obligada, y Lochlan ya me ha dejado muy claro que, si no hago lo que me ordene, la tomarán con ella.

Es él el que me clava la ballesta en la espalda.

Ahora la lluvia cae incesante entre los árboles haciendo que el camino sea resbaladizo y complicado, sobre todo en la oscuridad. Sobre todo con las manos atadas. Me late el pulso a un ritmo endiablado, y me manda ligeras punzadas de cólera y temor que me recorren la sangre. Rezo por que la patrulla nocturna nos encuentre.

Aunque quizá eso sería incluso peor. Ahora mismo no me parezco al príncipe Corrick, y no conozco a todos los guardias de Kandala. Iban a disparar a ese muchacho del pueblo. No me cabe duda de que me dispararían por haberme atrevido a hacerme pasar por el hermano del rey.

Y, si me creyeran, me costaría explicar que me han encontrado entre contrabandistas.

No sé por qué me molesto en pensar todo esto. Ya sé qué me harán los hombres como Lochlan.

—Es imposible que pienses en pedir un rescate por mí —le digo—. Harristan no se plegará jamás a tus exigencias.

—Los rescates me traen sin cuidado. —Me golpea con tanta fuerza que doy un traspié y estoy a punto de caer de bruces.

La lluvia se intensifica y comienza a diluviar, con lo cual me echo a temblar en contra de mi voluntad. Intento escuchar si Tessa está detrás de mí, pero el silbido de la lluvia entre los árboles impide que oiga nada que no esté justo a mi lado. Levanto la vista hacia el cielo y veo un firmamento oscuro de nubes y lluvia. Todavía faltan horas para que salga el sol, pero dudo mucho de que vaya a trepar por la cuerda para regresar a mis aposentos.

Espero que Quint haya vuelto a su cuarto. Espero que alegue ignorancia.

Espero que Harristan no acepte ni una sola condición de este hombre.

Espero que dejen marchar a Tessa.

Espero. Espero.

Mi padre me comentó un día que la esperanza es poderosa, pero inútil sin acciones que la acompañen. Si Lochlan no quiere dinero, ¿qué va a querer? ¿Un indulto? Seguro que sabe que así jamás lo conseguiría.

—Dime lo que quieres —mascullo.

—Quiero que cierres la boca.

—Nunca vais a conseguir nada del rey sin mi intervención.

Me asesta un puñetazo entre las escápulas y esta vez sí que me derriba. Me estampo de bruces contra el barro, tan fuerte que me hace vibrar la mandíbula. Ruedo de lado, pero ya me está apuntando de nuevo con la ballesta.

—Lo único que quiero es que el justicia del rey deje de condenar a la gente a morir. —Me fulmina con la mirada—. Creo que conseguiré lo que quería.

—¡Corrick! —grita Tessa, preocupada, desde algún lugar de la oscuridad que se alza tras él—. Corrick, ¿estás bien?

Escupo sangre en el suelo.

—Estoy perfectamente, gracias.

Lochlan me pega una patada en el estómago. No lo he visto venir, aunque eso no me habría ayudado en nada. Su bota se estampa en mi barriga y, de pronto, me quedo sin aire. Mi visión se llena de estrellas.

Ni siquiera he notado que Lochlan me ha agarrado la camisa hasta que me golpea de nuevo contra el suelo. Resoplo bajo la lluvia con sangre en la lengua.

Me sujeta con firmeza y sus ojos arden cuando me mira.

—Debería matarte ahora mismo —dice en voz baja y cruel.

—Yo debería haberte matado cuando atacaste al cónsul. —Lleno mi mirada de todos los fragmentos de promesas brutales que soy capaz de reunir—. Debería haberte matado en el estrado delante de la gente. Debería haberte matado en el pueblo hace una hora.

Espero a que dé un paso atrás y apriete el gatillo de la ballesta, o quizá a que me pegue otra patada, pero no lo hace. Entorna los ojos.

—¿Por qué no lo hiciste?

Porque no quiero ser un asesino.

No lo verbalizo. No creo que haga falta.

—Ey —exclama un hombre tras él—. Lochlan. ¿Qué haces?

Lochlan deja de apuntarme con la ballesta y se la coloca junto al costado antes de agarrarme con el brazo en el que no está herido.

—Levántate —dice—. Camina.

Me levanto. Camino.

He perdido el sombrero durante la pelea y tengo media cara empapada de barro. Algo debe de haberme desgarrado la piel, porque las gotas de lluvia me escuecen cuando se deslizan por mi mejilla. La máscara se ha retorcido un poco y me estrecha medio dedo el campo de visión. Es suficiente para añadir una nueva dosis de desgracia a la pésima situación actual.

—Dejad que Tessa se vaya —digo.

—Te he dicho que cerraras la boca.

—Algo debéis de querer de Harristan —insisto—. Si dejáis que se vaya, podré interceder por vosotros…

—Eso es lo que no entendéis los de vuestro sector —me espeta—. Pensáis que todo gira en torno al dinero. Pensáis que todo gira en torno a lo que podéis conseguir.

—A ver —digo—, que tú eres un contrabandista.

—Porque no tuve otra opción. Ninguno de nosotros tiene opción si

quiere sobrevivir.

—Ah, entonces habéis atacado los envíos porque vuestro corazón está lleno de bondad. ¿El dinero no ha tenido nada que ver?

Me golpea en la espalda con la ballesta.

—Cállate —me gruñe.

—Tanto da lo que me hagáis —le digo—, habéis asaltado demasiadas provisiones. Habéis asustado a los cónsules. Habéis atacado al sector. Van a dejar de enviar flores de luna. No vais a conseguir nada.

—Conseguiremos mucho. Todos conseguiremos mucho.

Hay un dejo de seguridad en su voz que me deja pensativo. ¿Quién financia esta trama? ¿Quién distribuye medicinas y dinero hasta el punto de que la gente está tan dispuesta a arriesgar la vida?

¿O quizá la gente se ha vuelto tan desesperada que no tiene alternativa?

Me quedo pensando en los hombres que caminan detrás de mí. Ni una sola de estas personas son expertos estrategas, ni siquiera Lochlan. Si lo fuera, habría planeado utilizarme para obligar a Harristan a hacer algo. Utilizarían a Tessa para obligarme a mí. Hace semanas, cuando lo capturaron, interrogué a Lochlan, y ni entonces me dio la impresión de que estuvieran bien organizados.

Sinceramente, no lo entiendo.

Debe de ser que me está llevando a ver a alguien. Alguien que sí lo ha planeado. Que lo ha financiado.

Alguien que tendrá un plan para utilizarme. Y, aunque sea uno de los cónsules, sabrá qué hacer con la ventaja que le da esta situación.

Esa idea debería helarme la sangre, pero en cierto modo me resulta reconfortante.

—¿Quiénes son los benefactores? —le pregunto—. ¿Qué os han prometido?

—No necesito que nadie me pague para hacer esto.

No me lo creo ni medio segundo. Procuro pensar quién puede estar detrás de todo. Pagar con dinero y con medicinas no debe de salir barato. Pocos cónsules serían capaces de lograrlo. Jonas estaba

desesperado por recibir fondos para construir su precioso puente, así que no me lo imagino invirtiendo dinero para financiar a los rebeldes. Leander Craft es el cónsul de Ciudad Acero, pero políticamente siempre ha sido bastante conservador y nunca se ha enfrentado a Harristan. No le agrada que cunda la inquietud, sobre todo porque sus trabajadores y forjadores proporcionan materiales a todo el país. Tiene el dinero para hacerlo, pero… no me parece ese tipo de persona. La verdad es que los únicos con el dinero y con los recursos para financiar las revueltas son Allisander Sallister y Lissa Marpetta, y me han insistido para que detuviera los asaltos a las caravanas.

Harristan y yo llevamos semanas viendo cómo dos cónsules muy distintos estrechan lazos, sin embargo.

Cónsules que pidieron más dinero.

Roydan y Arella.

Pero… ¿por qué? Hacerle daño a Allisander nos hace daño a todos. Es imposible que lo odien tantísimo. Es imposible que lo odien más que yo, y yo me las arreglo para evitar que las provisiones medicinales del reino sufran las consecuencias de mis sentimientos.

Un silbido rompe la noche. Entre los árboles parpadean lámparas. No sé dónde estamos, pero seguimos en la Selva.

—Soy Lochlan —grita mi captor—. Os hemos traído un regalo.

Me golpea en la espalda y trastabillo hacia delante, hacia un claro repleto de tiendas de campaña y de cobertizos en precario estado. Debe de haber decenas, si no cientos. Bajo la lluvia empieza a aparecer gente, algunos con lámparas, otros con nada más que palos o hachas, palas y escobas. Están sucios y cansados, por lo que veo, pero nadie tose. Nadie está enfermo.

Muchos me resultan familiares. Muchos.

—¡Es Wes! —exclama una niña llamada Abigale—. ¡Wes y Tessa! ¡No están muertos!

Su madre la levanta del suelo y le chista.

Más personas comienzan a emerger de las tiendas y de los cobertizos, hasta que nos rodean por completo.

Ni rastro de Roydan ni de Arella.

«Os hemos traído un regalo».

Empujan a Tessa para que se coloque a mi lado, y oigo cómo le tiembla la respiración.

—¿Estás herida? —le digo—. Tessa, ¿estás herida?

Sus ojos me miran desde detrás de la máscara, que está tan empapada como su pelo y sus ropas, pero no veo ninguna herida.

—No. No, no estoy herida.

Lochlan se acerca a mí y me arranca la máscara de la cabeza. Con ella se lleva sangre y un mechón de pelo. Otro de los hombres le quita la máscara a Tessa, pero no con la misma rudeza.

—Lo siento, señorita Tessa —dice con voz grave y arrepentida.

—No pasa nada —susurra ella, pero se equivoca, porque sí que pasa.

El corazón me martillea en el pecho. Lochlan me mira fijamente, y nada en su postura muestra arrepentimiento.

—Dime qué queréis —le digo.

Me escupe en la cara.

Tengo un límite. Me abalanzo hacia delante y le golpeo la frente con la mía.

Lochlan se tambalea. Alguien me agarra el brazo.

—¡Corrick, no! —exclama Tessa.

Un grito se alza entre la multitud.

Lochlan recupera el equilibrio y no pierde tiempo. Se precipita y me asesta un puñetazo en el estómago.

Mis manos siguen atadas, y encajo el golpe de pleno. Hace que me caiga de rodillas, pero alguien me aferra el brazo, así que no me desplomo del todo. No puedo respirar. Los árboles dan vueltas.

—Por favor —suplica Tessa—. Por favor, parad. Por favor.

—Ya la habéis oído —grita Lochlan hacia la muchedumbre—. Habéis oído su nombre. Sabéis quién es.

El grito de antes se transforma en un nervioso murmullo.

—Os ha estado tomando el pelo —chilla Lochlan—. Ha fingido ayudaros, y al mismo tiempo se aprovechaba de vuestra confianza para ejecutar a más de los vuestros.

—No —gruño—. No.

—¡No! —grita Tessa.

Lochlan me pega otro puñetazo. Juraría que he oído el chasquido de una costilla. No me doy cuenta de que me caigo hasta que mi cara se estampa contra las hojas mojadas del suelo. Toso y noto el sabor de la sangre.

—¿Quién ha perdido a alguien a manos de la patrulla nocturna? —grita Lochlan—. ¿Quién ha perdido a alguien en el presidio?

Entre la multitud suenan varios chillidos. Lochlan me patea en el hombro.

Qué idiota he sido. Estaba convencido de que todo esto formaba parte de algún plan superior.

Estaba convencido de que querían algo de Harristan. De mí.

Y es así, pero no es algo que yo vaya a disfrutar dándoles.

—Déjala ir —escupo—. Por favor, Lochlan. Ella no tenía ni idea.

—¡Ella no tenía ni idea! —grita—. ¿Alguno de vosotros se lo cree? ¿Alguien piensa que es inocente? Llevan años trabajando juntos.

—¡Para ayudar! —exclama Tessa—. ¡Para ayudar!

—Es el justicia del rey —vocifera Lochlan—. Todos habéis oído las cosas que ha hecho, ¿verdad que sí? Las cosas que les ha hecho a las personas a las que queréis. A las personas que os preocupan.

—¡Sí! —responden a gritos. El claro parece ahora más iluminado.

Se ha ganado a la muchedumbre.

Cierro los ojos. Quizá sea justo. Quizá sea lo que merezco.

—Ya sabéis lo que ha hecho —chilla Lochlan—. Así que le vamos a devolver un poco de la justicia que imparte.

La multitud ruge, y empieza el dolor.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Tessa

Cuando la multitud se abalanza hacia delante, estoy segura de que nos van a atacar a los dos, pero su objetivo es Corrick, solo Corrick. Tengo las manos atadas, los dedos entumecidos, y alguien me sujeta los brazos para mantenerme erguida. Me duele la garganta y no sé cuánto rato llevo chillando. Me duelen los oídos por los gritos. No le veo. Demasiados cuerpos se interponen entre nosotros. Los ruidos de los puñetazos y de las patadas, sin embargo, sí que los oigo. Los ruidos de la gente al clamar una rabiosa violencia.

Es peor que el tumulto que se desató delante de las puertas del Sector Real. Es peor que la ejecución.

¿Es porque se trata de Corrick? ¿Es porque le conozco? ¿Eso me vuelve débil?

Hace una semana, si el príncipe Corrick hubiera estado a mis pies, probablemente yo habría formado parte de la paliza.

Ahora no tengo ninguna forma de ayudarlo. Suplicar no ha servido de nada. Gritar no ha servido de nada. Saben lo que hacen.

Diviso a una mujer entre la multitud. Se llama Bree. Tiene cinco hijos, todos menores de diez años. Le daba miedo tomar la medicina que le llevábamos hasta que su marido murió por la fiebre y, al día siguiente, uno de sus niños empezó a toser.

Está detrás de algunos de los hombres con los puños apretados y los ojos nublados por el temor y la rabia.

—¡Bree! —la llamo, desesperada, y me mira sorprendida antes de apartar los ojos.

Le grito de todos modos.

—¡Bree! Detenlos. Wes te ayudó. El príncipe Corrick te ayudó. Dejaba que tus hijos lo lanzaran al suelo en el patio. Nos suplicaste medicinas cuando David murió, y no dudamos en llevártelas.

Ha vuelto a mirar hacia mí. Ha dejado de avanzar.

—Hizo lo que pudo —chillo. Busco a otra persona a la que reconozca—. Niall. Niall, para. Escúchame. Cuando el invierno pasado te rompiste el brazo, Wes se pasó dos horas cortando leña en la oscuridad porque se avecinaba una tormenta. El príncipe Corrick hizo eso por ti.

El hombre duda y sus ojos se clavan en los míos.

Busco a otro.

—¡Percy Rose! ¡Percy! ¿Recuerdas cuando tu mujer se pasaba la noche tosiendo, y Wes y yo nos quedábamos sentados contigo hasta que se sentía mejor? Era el príncipe Corrick. —Repaso la multitud—. ¡Yavette! ¡Te preocupaba no llegar con vida a tu boda! Wes y yo hicimos que tomaras la medicina a diario. El príncipe Corrick lo hizo. ¡Y ahora estás embarazada!

No sé si los gritos empiezan a menguar. No sé si estoy consiguiendo algo. Sigo buscando. Sigo implorando. Mis lágrimas siguen fluyendo.

—¡Zafra! El príncipe Corrick te llevaba pedazos de tela para tus edredones de invierno. ¡Norman! El príncipe Corrick te daba una dosis extra para tu pareja de Artis. ¡Warley! El príncipe Corrick te ayudó a arreglar la puerta cuando se oxidaron las bisagras.

—¡Papá! —exclama una vocecilla—. Papá, él detuvo a la patrulla nocturna.

Forrest. El chico al que rescatamos. Un sollozo se adueña de mi garganta.

Su padre es un corpulento forjador llamado Earle, y lo localizo entre la muchedumbre. Agarra el brazo de un hombre que estaba dispuesto a lanzar un puñetazo. Es lo bastante grande para abrirse paso entre la gente, para apartarla. Su voz es más potente que la mía. Es más alta que la mía.

—Él salvó a mi hijo —exclama con voz grave—. Y también ha salvado a muchos de los vuestros. Ellos dos.

Los gritos se han atenuado. Sigue lloviznando. Todo el mundo está cubierto de barro y respirando con dificultad.

Y mirándome fijamente.

No puedo buscar a Corrick. Me aterra lo que vaya a encontrar. Hay demasiadas personas, y él no es más que un hombre.

Me armo de valor.

—Sé… —Se me rompe la voz y tomo aire para volver a intentarlo —. Sé que el príncipe Corrick ha cometido muchas atrocidades, pero también ha sido bondadoso. Se arriesgó muchísimo para ayudaros. Para ayudaros a todos. No es un hombre terrible. Las fiebres son terribles. La situación es terrible. Esto… —Debo respirar hondo—. Esto…, lo que estáis haciendo…, es terrible. Él os ayudó. Yo os ayudé. Parad, por favor. Por favor.

—Desatadla —pronuncia alguien, y para mi sorpresa veo que es Lochlan.

Un cuchillo me roza la piel y las cuerdas se sueltan. Nadie me aferra los brazos.

No quiero mirar. Tengo que mirar.

Como si siguiera la dirección de mis ojos, la gente se aparta, y ahí está, un bulto en el suelo. Un bulto oscuro, sus ropas están desgarradas, la sangre contrasta con la palidez de su piel. La mitad de su cara está ensombrecida por el barro y la sangre y las heridas. Tiene un tajo en el puente de la nariz que por poco le llega al ojo y que le ha partido una ceja. La sangre se ha acumulado sobre sus pestañas. Yo pensaba que no sería posible verlo peor que cuando lo encontré en las ruinas derrumbadas del presidio, pero me equivocaba.

Corro hacia él y me pongo de rodillas en el lodo.

—Corrick. Corrick…

No se mueve. Tiene los ojos cerrados, pero respira. Gracias a Dios. Es un silbido bronco y áspero. Está medio aovillado, con el cuerpo retorcido de tal manera que me preocupa que se haya partido la columna, las manos aún atadas y las muñecas en carne viva y

sangrando. Tiene los dedos de un azul pálido y creo que está temblando.

—Desatadlo —grito—. Que alguien… Por favor…

—Voy. —Earle se arrodilla a mi lado con un cuchillo en la mano. Cuando libera las muñecas de Corrick, los brazos del príncipe se desploman inertes y golpean el suelo con un ruido espeluznante.

Le pongo una mano en la mejilla. Me tiemblan los dedos.

—Corrick. ¿Me oyes? Abre los ojos.

Sus pestañas aletean, y profiere un grave gemido, pero no abre los ojos y no se mueve.

No sé qué hacer. Me cuesta respirar. Levanto la vista hacia las caras que me rodean (algunas conocidas, otras no). Hay quien todavía blande un arma. La mayoría está perpleja, aunque veo a algunos arrepentidos. Algunos avergonzados. Algunos indecisos.

Algunos desconfiados, Lochlan incluido, y eso me paraliza la lengua y me impide pedir ayuda. No quiero darle a nadie una excusa para empezar a golpearle de nuevo.

No voy a poder llevarlo a cuestas hasta el palacio. No voy a poder llevarlo hasta el palacio de ninguna de las maneras. Así no.

Earle busca entre la multitud.

—Percy. Ayúdame a llevarlo. —Me mira a los ojos—. Aquí hay una muchacha que ha curado a mucha gente.

Hablan como si Corrick tuviera un pequeño rasguño y no estuviese a un paso de terminar en un ataúd, pero asiento.

Lo levantan con cuidado, y voy con ellos. Mi corazón sigue acelerado, esperando a verlos cambiar de opinión.

A nuestra izquierda alguien empuja a la multitud, y veo a una joven que se abre camino. Levanto las manos como si fuera a atacarme, pero en ese momento reconozco a mi amiga.

—¿Karri? —digo, y la sorpresa es lo bastante grande como para borrar una parte del miedo que siento.

—¡Tessa! ¡Ay, Tessa! —Me rodea con los brazos y, acto seguido, se aparta de mí. Sus ojos marrón oscuro escrutan mis rasgos, y no tengo ni idea de lo que ve.

Los hombres se alejan con el cuerpo de Corrick. Lochlan los sigue.

—Karri —digo, aunque mi voz es un auténtico desastre—. Karri, tengo que…, que…, que…

—Vamos. —Coloca una de mis manos en la curva de su codo y tira de mí para que la siga—. He traído provisiones. A ver qué podemos hacer.

—Un momento. —Mi cerebro se niega a procesarlo—. ¿Estás…?

—¿Colaborando con los rebeldes? Sí. —Mira hacia atrás de nuevo, y sus ojos están tan entusiasmados e iluminados como cuando trabajábamos frente a frente en la tienda de la señora Solomon. Su mirada se clava en los hombres que transportan a Corrick, y luego de nuevo en mí—. Igual que tú.

La espalda de Corrick no está rota, pero se le ha dislocado un hombro. Karri y Earle se lo colocan en su sitio, y es tan doloroso que Corrick recobra la conciencia lo suficiente para chillar e intentar librarse de ellos. Sus heridas deben de haberlo dejado agotado, sin embargo, porque enseguida pierde las fuerzas. Nos encontramos en un pequeño cobertizo en las afueras del pueblo, apenas más grande que el taller, pero hay un fuego y es un lugar seco y cálido. Contra la pared hay una cama pequeña, donde Earle deposita a Corrick con cuidado.

El príncipe no se mueve.

Me quedo junto a él y mi mano revolotea cerca de su cara, insegura de si debería tocarlo. Sus ojos ya están oscurecidos por los golpes y su respiración está demasiado acelerada, es demasiado rasposa. No quiero hacerle más daño.

Debo mantener la mirada fija en Corrick porque Lochlan está en la puerta, y si lo miro a él voy a despedazarlo con las manos.

Hace unas pocas horas Corrick me prometió que intentaría ser mejor, y ahora soy yo la que quiere ser violenta.

—Toma —dice Karri. Me trae un cazo con agua y un platito con unos cuantos recortes de muselina.

Hundo uno en el agua y toco la ceja de Corrick, donde el barro se ha endurecido mezclado con la sangre que mana del corte que tiene junto al ojo. Él se encoge, toma aire y pestañea en mi dirección antes de que vuelvan a cerrársele los párpados.

—Tranquilo —murmuro—. Soy yo. Soy yo.

Asiente, y es un gesto diminuto, un gesto de confianza diminuto. Esta vez, cuando atiendo el corte, se queda inmóvil.

—Hay que darle puntos —dice Karri desde detrás de mí.

Lo sé. Ya lo veo.

—Si quieres lo hago yo —se ofrece—, ahora que apenas está despierto.

Los ojos de Corrick se abren ligeramente y se clavan en los míos antes de cerrarse.

—Yo me ocupo —digo—. ¿Tienes una aguja?

He cosido heridas una docena de veces, pero esta es diferente. No me fío del todo de las personas que hay en esta habitación, y, aunque soy muy consciente de que Earle y Karri están ayudándonos, Lochlan no se ha ido, y no tengo ni idea de quién estará esperando al otro lado de la puerta. Me concentro en enhebrar la aguja mientras escucho la respiración de Corrick.

Karri se queda a mi lado y se afana en limpiarle las heridas menos graves con los retales de muselina.

—Entonces, ¿él es el padre? —susurra.

—¿Cómo? —Casi se me cae la aguja.

Observa primero mi barriga y luego mi cara.

—¡Ah! —Había olvidado por completo la historia que le conté a la señora Solomon—. No. Eso… No. No estoy embarazada. Nunca lo he estado. —Hago un nudo con el hilo—. Fingió que lo habían capturado y matado. Yo no sabía que era el príncipe. Para mí siempre fue Wes.

—Para nosotros también siempre fue Wes —comenta Earle.

—Bueno, pues siempre ha sido Corrick el Cruel para mucha gente —tercia Lochlan.

Lo miro a los ojos.

—Cierra la boca o te la cierro yo con la aguja.

—Venga, inténtalo, valiente. —No parece impresionado.

—Basta —dice Karri. Lanza una mirada hacia el umbral de la puerta, donde se encuentra Lochlan, y a continuación presiona el paño húmedo en la mejilla de Corrick para retirarle la suciedad de los pequeños cortes que tiene.

—¿Cuánto hace que colaboras con ellos? —le pregunto en voz baja.

—Unas cuantas semanas. —No me mira.

—¡Karri!

Se encoge de hombros.

—Después de los primeros tumultos, mis padres se enteraron de una oportunidad para conseguir suficientes medicinas para toda la familia. —Se gira para fijarse en mis ojos—. Siempre hemos tenido dinero para comprarlas, pero… nuestra vecina se rompió la pierna y no podía ir a trabajar. Ayudó a mi madre muchísimo cuando éramos pequeños. De hecho, para mí siempre ha sido como una abuela. —Devuelve la atención a los cuidados; limpia la tela y se dedica a las quemaduras de la cuerda en las muñecas de Corrick—. Mis padres nunca han sido rebeldes, nunca han ido más allá de criticar al rey, y estaban demasiado asustados para hacer nada. Pero yo… Era evidente que tú te habías enamorado de un rebelde, y eres una de las personas más amables que conozco, así que se me ocurrió intentar echar una mano. Y aquí estoy. —Sus ojos se clavan en los míos—. No paraba de oír hablar acerca de Wes y Tessa, de que habían desaparecido, y todo el mundo creía que la patrulla nocturna os había detenido. Te vi tan preocupada en la tienda de la señora Solomon que empecé a preguntarme si Wes era el hombre del que no querías hablarme.

—Ay, Karri. Lo siento. Yo… —Trago saliva con dificultad. Se lo habría contado. Debería habérselo contado.

—Yo no soy mis padres —dice. Limpia otra herida con sumo cuidado—. Creo que tardé un poco en darme cuenta. —Asiente hacia la aguja que sostengo en la mano—. Hazlo antes de que se despierte.

Vuelvo a mirar hacia Corrick. Sus ojos están cerrados y su respiración se ha tranquilizado.

No quiero hacerle daño.

Karri me observa con atención.

—Si quieres lo hago yo —me murmura.

—No… No pasa nada. —Coloco los dedos sobre la herida y junto los dos extremos. Corrick no se mueve, ni siquiera cuando le clavo la punta de la aguja en la piel. Me muerdo el labio y la meto más, haciendo así que fluya más sangre. Cierro un punto en un santiamén y hago un nudo con el hilo, que Karri corta con un cuchillo—. O sea, ¿hacéis lo que hacíamos nosotros? —le pregunto mientras me dispongo a poner el segundo punto—. ¿Robáis para dar a los que no tienen nada? —Quiero mirar hacia Lochlan. Corrick me dijo que era uno de los hombres que atacaba los envíos de provisiones. ¿Él también se ha estado dedicando a eso?

—Sí —asiente—. Un hombre y una mujer ricos han repartido dinero y pétalos de flor de luna entre cualquiera que estuviera dispuesto a asaltar las caravanas, pero no desean las medicinas. Solo quieren los ataques.

—¿Por qué?

—Están muy resentidos con el trono. —Corta el siguiente trozo de hilo de forma automática—. No sé quiénes son, pero mucha gente los llama los benefactores.

—Karri —interviene Lochlan con advertencia en su tono grave—. Es el justicia del rey.

—Está medio inconsciente —responde mi amiga.

—Me da igual.

Cierro otro punto, pero me fijo en que sobre la frente de Corrick se ha formado un poco de sudor, y sus dedos están aferrándose a la sábana. No se ha movido, pero no está inconsciente.

Está… escuchando.

No sé si es valiente o idiota. Seguramente las dos cosas. Apoyo la aguja en su piel de nuevo, pero titubeo. Noto la palma mojada. No puedo hacerlo si está despierto. No puedo.

Intento no pensar en el hecho de que ya le he dado varios puntos así.

—Lleva años ayudándonos —comenta Earle—. Me han contado las

cosas que ha hecho en el palacio, pero también sé lo que ha hecho por nosotros aquí. —Hace una pausa—. Y la gente a veces se pasa de la raya.

—En los dos bandos —protesta Lochlan.

—¿Terminas o qué? —me pregunta Karri, y casi doy un brinco. Introduzco la aguja y uno de los músculos de la mandíbula de Corrick se tensa. No tengo ni idea de cómo es capaz de estar callado durante el proceso, pero procuro hacerle el favor de ser rápida. Cierro el punto y ato el hilo, que ella corta.

Agarro la muselina que sujetaba Karri y limpio la sangre. Corrick no se mueve. Ha dejado de aferrarse a la sábana. No sé si se ha desmayado de nuevo o si siente alivio por que no le vuelva a clavar una aguja en la ceja.

—Bombardeasteis el presidio —digo.

—Un grupo de Tierras del Tratante trajo materiales de las minas —me informa Karri.

—Karri —la abronca Lochlan.

—¿Cómo entrasteis? —digo mientras aclaro la muselina y la estrujo para quitarle el exceso de agua—. Los guardias de las puertas registran…

Una mano se cierra sobre mi brazo y los dedos me aprietan los músculos.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Lochlan. Está a mi lado. Me sobresalto e intento apartarme.

—No estoy… No estoy…

—Suéltala —le espeta Karri.

—Lochlan —dice Earle—. Déjala en paz.

Lochlan se me aproxima más hasta que parece que se cierne sobre mí. No es tonto.

—Que qué estás haciendo.

Ojalá tuviera en la mano la aguja y no este inservible pedazo de muselina. Estoy a punto de pegarle un puñetazo en la entrepierna, pero de pronto suelta un grito y me libera. Da un paso atrás y choca con la mesita. Un cuenco se vuelca y se hace añicos en el suelo.

Numerosos pétalos blancos aletean incontrolados, y algunos de ellos terminan en la cama junto a Corrick.

Corrick ha agarrado la muñeca rota de Lochlan, que estaba cerca de la cama, y la está retorciendo. Sus ojos están doloridos y agotados, pero son tan maliciosos y apasionados como siempre.

—No le vas a volver a poner una mano encima —le espeta, y su voz suena como si estuviera hablando a través de un vidrio esmerilado.

Lochlan se dobla sobre sí mismo. Está jadeando y emite ruidos cortantes con cada respiración.

Karri y Earle se han acercado y sus ojos van de un lado a otro mientras intentan decidir a quién ayudar.

—Corrick. —Tengo que aclararme la garganta—. Corrick. Suéltalo.

Lo suelta, y Lochlan cae de rodillas apoyándose el brazo en la barriga. Cuando levanta la vista hacia Corrick, sus ojos están en llamas.

La mirada de Corrick es peor; sus ojos azules parecen de hielo y reflejan la promesa de todos los pensamientos crueles que consiguen abrirse paso en su cabeza. Me había olvidado de que podía poner esa expresión.

Karri se agacha para colocar los pétalos de flor de luna en un nuevo cuenco. Me recuerdan a los que utilizábamos en el taller, a los que Wes aceptó de Tris. Algunos son más finos de lo que estoy acostumbrada, y, aun en medio de lo que está sucediendo, mi mente de boticaria no puede evitar preguntarse por qué. ¿Los han cortado? ¿De dónde han salido? ¿Los benefactores tienen acceso a nuevas provisiones, a una nueva cura? La posibilidad me llena de esperanza y de temor al mismo tiempo.

Corrick apoya una mano en la cama y se incorpora. En cuanto está sentado, se pone las manos sobre las rodillas y aprieta la mandíbula. Sus ojos se han oscurecido de tal forma que es evidente que mañana tendrán sendos moratones, y se le ha hinchado la mandíbula en la zona izquierda. Está inclinado hacia delante, y me pregunto si se ha roto alguna costilla.

Earle agarra a Lochlan del brazo y lo ayuda a levantarse. Por primera vez desde que nos ha ayudado, se le ve inseguro. Karri regresa a mi lado con una taza de té, y el aire se vuelve espeso por el aroma de las hierbas que ha añadido. Jengibre y cúrcuma, además de un poco de limón y de romero.

—Para el dolor. —Duda unos instantes, y luego se muerde el labio —. Alteza.

Corrick acepta el té. Ya no se parece a Wes en nada; se parece al justicia del rey con los ojos sombríos y cerrados, a pesar de las heridas.

—Gracias —responde no obstante.

No le da un sorbo. No se fía de ella. No se fía de ninguno de ellos.

Yo probablemente tampoco debería, pero hace muchos años que conozco a Karri y no creo que intente envenenarlo; aunque tampoco esperaba que fuera a colaborar con los rebeldes. He vivido toda la vida en la Selva y he trabajado en Artis codo con codo con esta gente. Pero aunque en este preciso instante nos están ofreciendo su ayuda, Lochlan nos secuestró a Corrick y a mí. La multitud ha intentado matar a Corrick sabiendo quién era.

De pronto, es como si tuviera un pie en cada uno de los dos mundos, y no sé cómo seguir adelante.

Por la expresión que veo en los rostros de Earle y de Karri, no creo que sea la única.

Pensaba que la situación ahora nos favorecía, que había cambiado la opinión de la gente, pero olvidaba, otra vez, que Wes nunca fue tan solo Wes y que Corrick es…, en fin, el hermano del rey. Pueden curarlo, pero no van a borrar lo que ha hecho.

La voz del rey Harristan fue muy agradable cuando habló conmigo después de la explosiones del Sector Real y me dijo: «El justicia del rey no puede mostrar indulgencia a quienes atacan un edificio en el centro del Sector Real. Seguro que eres consciente».

Sí que soy consciente. También soy consciente de que el justicia del rey no puede mostrar indulgencia con quienes lo han secuestrado y casi lo matan a golpes. Quizá esté de acuerdo con la rebelión, y quizá esté dispuesto a cambiar las cosas desde dentro, pero eso no significa

que vaya a pasar por alto todo lo que ha sucedido aquí.

Y, aunque quisiera, dudo de que estos rebeldes lo creyeran.

Yo he detenido el ataque, pero no he detenido lo demás. Siguen siendo rebeldes. Para la gente, él sigue siendo el príncipe cuyo deber es castigarlos. El pulso se me acelera y me ruega que haga algo, pero no puedo hacer nada. Pongo una mano sobre la suya.

Lochlan y Earle intercambian una mirada.

Karri no me mira a los ojos.

Corrick fulmina a Lochlan.

—Ve a buscar una ballesta. Hazlo ahora. —Su vista se desplaza hacia Earle—. Sacad a Tessa de aquí.

Mi cerebro es incapaz de soportar la repentina oleada de emociones.

—Un momento. Corrick. Corrick, no…

—Vamos, Tessa. —Earle me agarra del brazo. Me habla en voz baja y triste.

Lochlan ya ha salido por la puerta. Me revuelvo contra las manos de Earle. Mis ojos están clavados en Corrick, destrozado y ensangrentado, pero sentado por su gran fuerza de voluntad.

—Para —le digo, y, para mi sorpresa, estoy llorando—. Corrick, no. ¿Qué vas a hacer? —De repente, me libero del agarre de Earle y rodeo al príncipe con los brazos.

Corrick gime, y sé que le he hecho daño, pero no me importa.

—Lo siento —digo—. Por favor… Por favor, no…

—Tessa. —Me habla al oído, su voz es solo para mí, y me obliga a quedarme quieta. Tiene un plan. Debe de tener un plan. Pero al final añade—: Ya te he dicho lo que me harán.

«Me torturarán y me utilizarán para doblar a Harristan».

Sí que me lo ha dicho. Lo sacrifica todo por su hermano. Esta situación no es distinta.

Me quedo sin aliento. No puedo soltarlo. No puedo. Entierro la cara en su hombro.

Al cabo de unos instantes, sus brazos me estrechan, y noto que está temblando.

Sus labios me rozan la mejilla.

—No pierdas los nervios, Tessa.

Se me entrecorta la respiración y me echo hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—No puedo perderte una segunda vez.

—Perdóname. —Se encoge.

La puerta se cierra de golpe, y me sobresalto. Lochlan ha regresado. Earle vuelve a agarrarme del brazo.

Me aferro más fuerte a Corrick y él hace una mueca de dolor.

—Tessa. Por favor.

—Puedo dispararos a los dos —dice Lochlan.

—¡No! —salta Karri.

—Por favor, mi amor —me susurra Corrick al oído—. Por favor.

Me aparto. En sus ojos ahora ya no hay frialdad alguna.

Si él va a ser tan valiente, yo también. Permito que Earle me aleje de la cama.

—No pasa nada —le digo, y me tiembla la voz—. Puedo caminar.

Me suelta, pero me equivocaba. No soy valiente. No puedo respirar. No puedo caminar.

De pronto, se alza un grito fuera del cobertizo. Y luego otro. Y luego un estridente silbido.

—¡La patrulla nocturna! —chilla alguien.

Lochlan suelta una maldición. Levanta la ballesta.

—¡Espera! —exclama Corrick.

Me abalanzo sobre Lochlan. No es como he hecho antes en el claro, cuando hemos salvado al pequeño Forrest. No tengo una piedra en la mano. Pero el arma dispara feroz y la flecha se clava en el techo.

Lochlan se revuelve para recuperar el control del arma, pero solo puede utilizar un brazo, y yo los dos. Le arrebato la ballesta. Fuera de la casita, más y más gente empieza a gritar. Oigo pisadas de cascos y a un oficial profiriendo órdenes.

Lochlan me empuja y sale disparado por la puerta. Karri y Earle ya se han marchado. Noto los latidos de mi corazón en la garganta.

Corrick ha salido de la cama y está en pie, pero muy pálido.

Sostiene todo su peso en una sola pierna.

—Tessa.

—Estoy aquí. —Me acerco a él—. Apóyate en mí.

Me pasa un brazo por los hombros. Debe de estar más herido de lo que deja entrever, porque lo noto temblar.

Por la puerta entran varios hombres armados apuntando con ballestas, y doy un brinco. No es la patrulla nocturna: es el ejército real.

Reconocen a Corrick, pues bajan las armas casi de inmediato.

—Alteza —dice uno, y suena sorprendido.

—Teniente —lo saluda Corrick. Su voz es más débil de lo que debería—. No podrías haber llegado en un mejor momento.

—¡Comandante Riley! —exclama otro—. Hemos encontrado al príncipe.

Otro hombre cruza la puerta. En los hombros lleva galones de color azul y morado. Sus ojos vuelan de Corrick a mí y de mí a Corrick.

—Alteza. —También suena como si estuviera boquiabierto.

—El príncipe está herido —le informo—. Necesita a un médico.

—Sí, señorita. —Sus ojos se entornan ligeramente—. ¿Eres… Tessa?

—Sí.

—¿Por qué? —pregunta Corrick.

—Discúlpeme, alteza. —El comandante Riley vacila—. No esperábamos encontrarlo aquí. Pero ya que es así… Tengo órdenes de detenerlos a los dos.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Corrick creía conocer el presidio desde todos los ángulos.

Esta es la primera vez que lo veo como un prisionero.

Me han encerrado en una celda del nivel inferior, donde normalmente están los contrabandistas y los mercaderes ilegales. Es una ironía o bien justicia poética, no me decanto por ninguna opción. Quizá sea mera necesidad, después de que la mitad delantera de la cárcel quedara dañada por los bombardeos. Los pasillos están iluminados con antorchas, pero las celdas están en penumbra y, como de costumbre, el olor deja mucho que desear. El suelo de piedra está cubierto de una fina capa de paja, pero las paredes están manchadas con todos los fluidos corporales que cabe imaginar.

Creía con seguridad que nos llevarían al palacio, donde debería enfrentarme a las acusaciones de mi hermano. En cambio, nos han traído aquí, donde uno de mis guardias tartamudeó al leerme los cargos de los que se me acusa. No paraba de levantar la vista para mirarme y para mirar al comandante Riley, como si esperara que el oficial me quitara los grilletes y le dijera que era una broma.

«Contrabando. Sedición. Traición». Son palabras que he oído a diario, pero nunca habían acarreado tanto peso.

A mi lado, Tessa temblaba, encadenada, con la respiración agitada y superficial.

—No te van a hacer daño —le murmuré—. Son buena gente. Haz

lo que te digan.

—Nada de hablar —me espetó el guardia, pero acto seguido palideció un poco y añadió—: Alteza.

Ahora Tessa se encuentra en una celda en el otro extremo del pasillo y en el lado opuesto. Los guardias no han sido desagradables con ninguno de los dos y no quiero darles ningún motivo, así que no he intentado gritarle nada. Casi puedo sentir sus preocupaciones desde aquí.

O quizá lo que sienta sean mis propias preocupaciones.

No sé qué va a hacer Harristan.

Sé qué esperaría que hiciera yo, y eso no me consuela demasiado.

Nunca me había dado cuenta, pero la paja del suelo de las celdas es una auténtica tortura. No consigue en absoluto evitarme la fría dureza de la piedra y se me clava a través de la ropa cuando me muevo. Noto fuertemente todas y cada una de mis heridas. El hombro no ha dejado de dolerme y la herida sobre el ojo que Tessa me ha cosido me late, solo igualada por el dolor palpitante de mi hinchado tobillo. Mi estómago lleva un rato reclamando que le dé el desayuno. Sin la luz del sol, no hay modo alguno de precisar el paso del tiempo, así que los minutos se vuelven horas. Sé que el cambio de guardia sucede a mediodía, pero cuando al fin ocurre me sorprende de todas formas, porque en cierta manera me parece una hora más temprana y, a la vez, más tardía de lo que esperaba.

No creo que me vaya a dormir, pero mi cuerpo opina distinto. Cabeceo a ratos y me despierto con un sobresalto cada vez que oigo una bota pisar la piedra, pero nadie se acerca a mis barrotes. Ni comida, ni agua, nada.

Cuando llega el momento del cambio de guardia de la noche, estoy preparado para suplicar.

Apoyo la frente en el suelo y me muerdo el labio mientras cierro los ojos con fuerza. He sobrevivido a la paliza del pueblo; puedo sobrevivir a un día sin comida ni agua.

Pero me equivocaba con lo de la paja. La sed es peor. Me palpita la cabeza ahora, y la voz titubeante del guardia resuena en mi recuerdo.

«Contrabando. Sedición. Traición».

En mis aposentos, le juré a Harristan que no estaba involucrado. Y no lo estoy. No del modo que él cree.

¿Qué fue lo que me dijo acerca de mi fingida amistad con Allisander?

«Lo único que importa son las apariencias».

Se me forma un nudo en la garganta. Estoy acostumbrado a que la gente me odie, pero esto es completamente diferente.

No estoy acostumbrado a que mi hermano me odie.

He dejado de albergar la esperanza de que me llamara y he empezado a sentir temor ante esa posibilidad. La idea de que esté decepcionado me pesa más que todas las heridas que me han infligido los rebeldes. Después de cuanto he hecho para protegerlo, me lo he cargado todo por puro egoísmo. No era necesario que abandonara el palacio. No era necesario que pasara horas en la Selva mañana tras mañana. ¿Qué es lo que hice? ¿Ayudar a que unas cuantas personas retrasaran lo inevitable?

Y ahora Tessa está en el presidio. La única cosa que siempre esperé evitar.

Me pregunto a quién escogerá Harristan para impartir el castigo. ¿Quién me sustituirá como el justicia del rey? El círculo de confianza de mi hermano no es amplio.

Un nombre perfora mis pensamientos como si de una aguja se tratara.

Allisander.

Harristan no se fía de él más que yo, pero me imagino al cónsul utilizando su estatus para doblegar la mano de mi hermano. Así Allisander se convertiría en la segunda persona más poderosa de Kandala. Podría hacerles lo que quisiera a los contrabandistas, algo que lleva meses deseando. Mi corazón tamborilea a un ritmo veloz.

Allisander querría dar ejemplo conmigo. No me cabe ninguna duda.

Quizá ya esté en ello. Quizá por eso no me han traído comida ni agua. Yo nunca he dejado morir de sed ni de hambre a mis prisioneros,

y es una cuestión sobre la cual él ha expresado muy claramente su opinión.

La idea de que Allisander ocupe mi lugar me constriñe el pecho, y me cuesta tragar saliva. Me he pasado la vida intentando proteger a mi hermano, pero Allisander se pasaría la vida intentando minar a Harristan a cada momento. En contra de mi voluntad, me escuecen los ojos.

En el pasillo resuenan pasos, y procuro tranquilizar mi acelerada respiración. Otro cambio de guardia. Debe de ser medianoche. La vergüenza anida en mis entrañas, y me entran ganas de adentrarme en las oscuras sombras. Con cada nuevo guardia llega un nuevo momento de contemplar boquiabierto el espectáculo: el temido príncipe, reducido a un impotente cautivo.

Me aprieto los ojos con los dedos. Justicia poética, sin duda.

—Corrick.

Aparto las manos. Harristan se encuentra al otro lado de los barrotes, flanqueado por sus guardias. Me mira frío e inmóvil. Impenetrable.

No estoy delante de mi hermano. Estoy delante del rey.

Espero a que diga algo más. Pero no.

Eso no me tranquiliza. Un temblor me recorre de los pies a la cabeza, un nudo tirante se instala en mi pecho. Intento obligarme a levantarme. Llevo horas tumbado sobre el suelo helado y ninguna de mis articulaciones quiere colaborar. Cuando por fin consigo ponerme de rodillas, estoy mareado y respiro con suma dificultad. Harristan me contempla impasible.

No sé si quiero llorar o si quiero suplicar por mi vida. Cuántas veces deseé que mi hermano acudiera al presidio para presenciar lo que yo me veía obligado a hacer.

Ahora está aquí, y ojalá estuviera en cualquier otro lugar.

—Majestad —digo, y se me quiebra la voz. Mi respiración no se tranquiliza. No puedo mirarlo a la cara.

Mi hermano dirige la vista hacia el guardia del rincón.

—Abre la puerta.

El hombre se da prisa. Cuando Harristan entra en la celda, dos de sus guardias entran con él, como si yo fuera una amenaza. Uno de ellos es Rocco.

Quizá mi hermano hará que me ejecuten aquí mismo. Se me acelera el corazón en el pecho, pero mantengo la mirada clavada en la paja, en las botas de los guardias.

Cuando los dedos de Harristan me tocan la barbilla, el gesto me resulta tan inesperado que doy un brinco, pero se limita a alzarme la cabeza.

—Estás herido —dice, y el tono en que lo dice es interesante, como si no lo hubiera sabido hasta este preciso instante. Lo cual es posible.

Barre la celda vacía con la mirada.

—Has equipado tu prisión con bastante austeridad. ¿No hay sillas?

—¿Cómo? —Frunzo el ceño.

—Que traigan comida. —Mira hacia Rocco.

—Sí, majestad.

Para mi sorpresa, Harristan se agacha para mirarme fijamente a los ojos. Está tan fuera de lugar aquí, resplandeciente con un brocado verde y brillantes botones de plata, mientras que yo estoy cubierto de suciedad que se queda pegada a la sangre seca y al sudor. Seguro que mi cara es una máscara de heridas y de cortes, mientras que la suya luce una inmaculada perfección.

Sigo sin ser capaz de interpretar su expresión, y durante un buen rato nos observamos en silencio.

—Me lo juraste —exclama al fin.

Aparto la mirada.

—Y te lo juré de corazón. —Pero mis palabras suenan vacías. Sé dónde me encontraron. Sé lo que parece.

—Desde que ha salido el sol que tengo a Allisander encima de mí, insistiendo en que tú estás detrás de los ataques a sus caravanas de provisiones. En que tú has financiado a los rebeldes.

—¡No! —Giro la cabeza—. Harristan, yo…

Levanta una mano y me callo de inmediato.

—No estabas en tus aposentos —dice—. No estabas por ninguna

parte. Por eso mandé a los soldados a la Selva.

Donde me hallaron.

Trago saliva y me da la impresión de que tengo la garganta llena de papel arrugado. Tal vez habría sido mejor que Lochlan me hubiera matado.

—No he colaborado con los rebeldes —murmuro con voz áspera y temblorosa—. Por favor, Harristan. —Hablo igual que todos los prisioneros que han implorado a mis pies—. No tengo nada que ver con los ataques a las caravanas de provisiones de Allisander.

No responde, tan solo me contempla en silencio.

En ese momento, reaparece Rocco.

—Majestad. —Lleva una bolsa de piel y un odre lleno de agua. Tengo tantísima sed que casi la huelo—. Es del almacén del presidio. ¿Pido más comida desde el palacio?

—Todavía no.

Harristan agarra el odre de agua y me lo ofrece.

Bebo a toda prisa, desparramando el agua como si en la vida hubiera probado una gota, pero estoy demasiado sediento como para que me importe. Cuando finalmente lo aparto de mis labios, se lo devuelvo a mi hermano. No tengo ni idea de cuándo me darán más, así que debo hacer acopio de toda mi voluntad para decir: —¿Podrías darle un poco a Tessa, por favor?

Me observa durante unos instantes antes de asentir y entregarle el odre a Rocco, y el hombre se va de la celda.

Harristan mira hacia el otro guardia por encima del hombro.

—Retírate hasta el pasillo. Que los guardias de la cárcel mantengan la distancia.

Lo obedecen. Yo contengo la respiración casi sin querer.

En cuanto se han marchado, Harristan se sienta sobre la paja, delante de mí, y me indica con un gesto que lo imite. Me quedo mirando a mi hermano, que jamás ha puesto un pie en el presidio; ahora está sentado en el suelo de una celda. Creo que ni siquiera yo me he sentado nunca en el suelo de una celda.

Hasta hoy, claro.

Extrae de la bolsa un pedazo de pan, seguido de unas peras demasiado maduras y una loncha de queso que parece un tanto mohoso.

Parte el pan por la mitad y lo observa dudoso, pero luego me entrega un trozo.

—Toma. Come, Cory.

Arranco un fragmento con los dientes.

—Podrías haber ordenado que me llevaran al palacio.

—Estaba demasiado enfadado contigo.

—¿Lo sigues estando?

—Quizá. —También parte el queso—. ¿Te acuerdas del día en que esos chicos de Musgobén nos retaron a una carrera hasta el río?

—Sí. —Hace años de eso. Yo tenía doce o trece, así que Harristan debía de tener dieciséis o diecisiete. En las afueras de la Selva había un establo enorme donde alquilaban ponis, y los chicos los sacaban de allí y galopaban por el bosque al alba. Nosotros solo habíamos montado los caballos esbeltos e impecables de los establos reales, animales bien entrenados y de pura raza que jamás daban un paso en falso. Los ponis estaban gordos y eran muy peludos e irascibles, pero Harristan es muy competitivo, y los dos montamos sobre uno con nada más que un ronzal y una cuerda. Salimos disparados del establo antes siquiera de que los otros chicos hubieran saltado la valla.

Recuerdo haberme aferrado a la espalda de mi hermano, haber recibido los latigazos de las ramas y las hojas, y haberme reído a carcajadas cada vez que el poni intentaba agachar la cabeza para corcovear, porque Harristan se la levantaba y maldecía con expresiones poco dignas de un príncipe.

También recuerdo que Harristan se dirigió a una zanja estrecha que cualquier caballo del establo real habría superado sin dudar, pero ese condenado poni se detuvo en seco, aunque Harristan y yo no. Salimos volando y caímos de bruces sobre el barro. Tuvimos que contarles a nuestros padres que habíamos trepado por los árboles del huerto y habíamos caído al suelo.

—Fue la última vez que te vi herido —me comenta Harristan.

—Soy un afortunado.

—Maldito poni —añade.

—Malditos príncipes, más bien —digo yo. Me meto el queso en la boca y está asqueroso, pero me da igual.

—¿Los guardias te han hecho esto? —murmura.

Arranco otro pedazo de pan.

—No. Esos rebeldes a los que crees que estaba ayudando.

Respira hondo y se yergue. Lo miro a los ojos.

—Me alegro mucho de que mandaras a los soldados —digo. A pesar de todo, lo digo de corazón.

Me sostiene la mirada durante un buen rato, y percibo todas las preguntas que no está verbalizando.

—Quint tampoco me ha dejado tranquilo en todo el día —dice con tono reflexivo.

Me he preocupado por Quint desde el instante en que me encerraron en esta celda, pero me ha dado demasiado miedo susurrar su nombre incluso.

—Habrás disfrutado enormemente de su compañía, seguro.

—Insiste en que jamás ha pasado por tu cabeza ni un solo pensamiento de traición.

Solo a Quint se le ocurriría la forma perfecta de soltárselo a Harristan así, porque todas las palabras son totalmente ciertas.

—Tiene razón.

—Dice que todos los secretos que ocultas son para protegerme.

Debería doblarle el sueldo a Quint… si algún día salgo de la cárcel. Vuelvo a sentir un nudo en la garganta y, para mi absoluto terror, noto una lágrima que avanza por entre la suciedad de mi mejilla.

—En eso también tiene razón.

Harristan espera, pero no añado nada más. Me limpio la lágrima y ninguna otra se atreve a seguir su camino.

Mi hermano suspira, y entonces tiende una mano para revolverme el pelo como si yo fuera un niño pequeño.

—Ay —murmuro.

Se detiene con la mano sobre mi cabeza y me mira fijamente a los

ojos.

—Cuéntame la verdad.

Dudo durante unos segundos.

—Creo que Arella y Roydan están financiando a los rebeldes. Eso explicaría sus reuniones secretas…

—Corrick —me interrumpe—. Me refiero a la verdad sobre ti.

—Ya sé a qué te refieres. —Pero la verdad no le servirá de nada, y sin duda a mí tampoco me servirá de nada contársela.

—No seas estúpido. No podré mandarte de regreso al palacio si no sé qué estás haciendo.

—Me han detenido en una zona rebelde —digo. Me entran ganas de zarandearlo. Y se pregunta que por qué le oculto cosas—. Harristan, no vas a poder mandarme de regreso al palacio de ninguna de las maneras. ¿Cómo ibas a aplacar a Allisander? ¿Cómo?

Un músculo de su mandíbula le tiembla mientras me observa, sentado, pero supongo que debe de haberse dado cuenta de la verdad de mi afirmación, porque baja los hombros y se pasa una mano por la cara.

—Muy bien. Pero me cercioraré de que te den de comer. —Se fija en el corte que tengo sobre el ojo—. Y de que te curen. —Vuelve a contemplar la celda—. Y de que a lo mejor te pongan una silla, como mínimo.

—Los prisioneros blanden los muebles como si fueran armas.

Se queda sorprendido, y me encojo de hombros.

Cuando se levanta, yo hago lo propio, y lo acompaño cojeando hasta la puerta. Harristan titubea, pero yo cierro de golpe la reja entre nosotros.

Se queda mirando el cerrojo y luego levanta la vista hacia mí.

—Te dejaré con Rocco para asegurarme de que nadie te haga daño.

—¡Ah! Mi mejor amigo.

Me lanza una mirada.

—Madre y Padre también intentaban protegerme —dice.

—Me acuerdo. Igual que el poni.

—A lo mejor piensas que eres el listo y el valiente, hermanito, pero

no lo olvides. —Me sonríe—. Siempre he encontrado la manera de salirme con la mía.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Tessa

Cuando Rocco hace acto de presencia junto a los barrotes de mi celda con un odre de agua, creo que los ojos me están jugando una mala pasada. El suelo de piedra está helado, y, aunque he intentado formar una montaña con la paja, llevo horas temblando. Miro al guardia y parpadeo una, dos, tres veces, como si mis ojos se negaran a creérselo.

—Señorita Tessa —dice mientras pasa el odre entre los barrotes.

—Rocco. —Tengo la boca seca. Me pongo en pie, y me cuesta más de lo que debería. Mis articulaciones están doloridas y entumecidas, y la cabeza me da vueltas. Debo sujetarme a los barrotes para aceptar el odre de agua que me entrega.

No sé por qué ha venido, y ahora mismo me trae sin cuidado. Vacío el odre en cuestión de un minuto y, acto seguido, apoyo la frente en los barrotes, jadeando.

Tardo unos instantes en darme cuenta de que en el pasillo hay otros guardias reales. Parece que la puerta de la celda de Corrick está abierta, pero a él no lo veo. No sé qué le está pasando.

Mi corazón se detiene, y luego se reinicia a un ritmo el doble de rápido.

—¿Qué ocurre? —le pregunto a Rocco.

—El rey está hablando con el príncipe.

—Hablando, hablando o… o… —Mis palabras se apagan porque no quiero dar voz a todo lo que me sugiere la imaginación.

—El rey está hablando con el príncipe —repite Rocco, y me doy

cuenta de que es la única respuesta que voy a obtener.

Trago saliva con dificultad. Corrick me ha dicho que su hermano lo acusó de traición antes de que nos marcháramos del palacio. Llevamos en la prisión casi un día entero, y no me cabe duda de que el rey Harristan lo ha sabido desde el primer momento. Nada de eso puede ser bueno. El olor que inunda esta celda me ha dado una pista sobre lo que han hecho entre estas paredes, y no quiero pensar en ello. No quiero pensar en que Harristan pueda ordenar que le hagan cosas parecidas a su hermano.

El agotamiento y el miedo me embargan por completo. Se me agarrota la garganta aun sin quererlo, y cierro los ojos y tomo aire recostada en los barrotes.

«Por favor, mi amor».

Una lágrima se desliza por mi mejilla y no hago amago de limpiármela. ¿He retrasado lo inevitable? ¿Lo he salvado en el pueblo para verlo afrontar aquí un destino peor?

Oigo unas botas que pisan el suelo de piedra y abro los ojos. Rocco ha dado un paso atrás, en posición de firmes, y para mi sorpresa absoluta me encuentro delante del rey.

Debo de haberme quedado sin habla durante un rato demasiado largo, porque el rey Harristan me mira de arriba abajo antes de dirigirse hacia Rocco.

—Quédate con Corrick. Enviaré provisiones y nuevas órdenes. —Se gira hacia mí—. ¿Puedes caminar?

No tengo ni idea. «Quédate con Corrick. Enviaré provisiones y nuevas órdenes». ¿A qué se refiere? ¿Qué ha hecho? Se me ha vuelto a secar la boca y me aparto de los barrotes.

—Yo… Yo…

El rey mira a otro de sus guardias.

—Thorin. Llévala en volandas.

Abren la puerta, y yo levanto las manos antes de que el otro guardia me toque. No sé qué está pasando, pero no quiero que me lleven en volandas hacia allí.

—Un momento. No hace falta. Puedo… puedo caminar.

—Bien —dice el rey Harristan—. Ven conmigo.

No sé a dónde esperaba ir, pero ese guardia, Thorin, me sube a un carruaje que está justo delante del presidio. He perdido completamente la noción del tiempo, porque pensaba que saldríamos a plena luz del día, ya que nos encerraron al alba, pero el cielo nocturno es negro carbón y brilla con las estrellas. El rey debe de haber tomado un carruaje separado, porque en este solo estamos Thorin y yo. No es tan agradable como Rocco y está sentado delante de mí con expresión pétrea.

Con los dedos aprieto las faldas, que están polvorientas y manchadas con la sangre de Corrick.

No sé si Thorin me hablará, pero este silencio está tan lleno de tensión que creo que me va a desgarrar por dentro.

—¿A dónde vamos? —le pregunto.

—Al palacio.

Quiero saber por qué, pero recuerdo cuando Quint me reprendió: «Es el rey. No debe decir por qué».

En cuanto llegamos, imagino que me tirarán al suelo como la noche en que me detuvieron en el pasillo de los criados, pero para mi sorpresa me llevan a mi habitación, donde espera una Jossalyn de ojos adormilados para prepararme un baño. Thorin se queda junto a mi puerta; para comprobar que obedezco, supongo.

Jossalyn me ignora y me analiza la cara, y luego la ropa, y frunce el ceño.

—¿Dónde está herida?

—No estoy herida. —Trago saliva—. No es mi sangre.

La muchacha mira hacia el guardia antes de asentir en mi dirección.

—Entonces…, quitémosle esas ropas, señorita.

Me da la sensación de que llevo días sin dormir, así que, cuando Jossalyn me frota la piel, se lo permito. Ojalá hubiera comida aquí,

porque el odre de agua ha despertado mi apetito con furia, pero no hay. Jossalyn me seca el pelo bruscamente con una toalla y me lo peina, aún mojado, para formar una trenza complicada que no he sido capaz de imitar. No sé qué hacer. No sé qué decir.

¿Qué ha pasado entre el rey y Corrick? ¿El rey lo ha torturado? ¿Me va a torturar a mí? No sé a quién preguntárselo. No sé cómo preguntarlo. Ojalá pudiera hablar con Quint, pero no lo he visto desde la noche en que me ayudó a llegar hasta los aposentos de Corrick. Estoy cansada y hambrienta, pero al cabo de menos de treinta minutos llevo un vestido real azul y me escoltan hacia la sala donde Corrick y yo vimos arder el presidio mientras los cónsules discutían y los mensajeros y los guardias iban y venían.

Esta noche, no hay nadie más que el rey Harristan. Está de pie junto a los ventanales, recortado contra el cielo estrellado. En la mesa del centro de la estancia hay comida, y deben de haberla preparado hace poco, porque todo echa humo. Aves asadas y hortalizas, pastas espolvoreadas con azúcar, rebanadas de pan acompañadas de tarros de mermelada y de miel. Hay incluso un pequeño cuenco con pétalos de flores de luna, una cantidad más que suficiente para media docena de personas, además de un mortero y una tetera humeante. Ya han servido un plato y la cubertería aguarda lista al lado de copas llenas de agua y de vino.

Se me hace la boca agua casi de inmediato, y debo tragar saliva y apoyarme las manos sobre la barriga. No sé si es la falta de comida o la presencia de los manjares en la sala, pero lo cierto es que me noto mareada.

Detrás de mí la puerta se cierra de golpe, y me sobresalto. Para mi sorpresa, estoy a solas con el rey Harristan.

Me observa desde la otra punta de la estancia, pero no vacila.

—Siéntate —me indica. Aunque no hay calidez en su tono, no resulta descortés—. Come.

Barro la habitación con la mirada, como si hubiera alguna trampa escondida, pero solo estamos él y yo. Ni siquiera hay un guardia ni un lacayo. El rey no se aleja de la ventana.

Me siento ante la mesa y agarro el tenedor.

A lo mejor otras personas tengan una mayor fuerza de voluntad, pero yo no. Me muero de hambre. Me meto en la boca una cantidad de carne poco decorosa. A continuación, medio rollito de hojaldre, seguido enseguida del otro medio. Pincho hortalizas con el tenedor hasta que ya no caben más.

Cuando se acerca a la mesa, me apresuro a soltar el tenedor y me limpio los labios antes de obligarme a levantarme.

Harristan alza una mano.

—Siéntate —dice. Se dirige hacia la silla que hay delante de mí y me señala el plato con una mano—. Continúa.

No puedo. Ahora no.

Debe de querer algo de mí.

—¿Qué le ha hecho a Corrick? —pregunto, y mi voz suena tan endeble y asustada que quiero empezar de nuevo.

Sin embargo, el rey parpadea, sorprendido.

—¿A Corrick?

Para mi desgracia, se me llenan los ojos de lágrimas, que me emborronan la visión con un temor que rápidamente se transforma en rabia.

—Me dijo que usted lo acusó de traición y sé…

—Tessa.

— … dónde nos encontró, pero no es un traidor. No es un contrabandista. —Debería detenerme, debería cerrar el pico, pero ahora que he empezado a hablar y a llorar, las palabras surgen de mi boca por iniciativa propia—. Corrick no es malvado. Está…

—Tessa.

— … intentando protegerlo, pero usted tiene que saber que lo está destrozando. Y ahora… ¿qué? ¿Qué le ha hecho? ¿Lo está torturando? ¿Le va a…?

—Basta. —Su voz afilada es como una bofetada—. No voy a permitir que me acuses.

Me quedo inmóvil. Sus ojos son fríos y duros. Mis manos aferran los cubiertos con fuerza. Le tengo miedo a él y estoy enfadada con él y

esperanzada y preocupada y con un montón de sentimientos quebrados que me dejan un tenso nudo en el estómago.

—No está aquí —susurro—. Yo sí. ¿Qué le ha hecho? —Mi voz tiembla con las últimas palabras—. ¿Qué le ha hecho?

Se me queda mirando durante unos instantes, y entonces suspira y se recuesta en el respaldo. Se pasa una mano por la cara.

—Dios, Tessa. Es mi hermano.

Al hablar, en estos instantes el rey se parece tanto a Corrick que me quedo de piedra y olvido mis lágrimas. Lo dice como si eso lo resumiera todo, y en cierto modo así es. Recuerdo la noche en que viajé en carruaje con Corrick, cuando exigí saber por qué no abandonaba esta vida si tanto la detestaba.

«No podía abandonar a mi hermano».

—No le he hecho daño —prosigue Harristan—. No se lo haría aunque se lo mereciera, y es probable que se lo merezca. —Hace una pausa—. Me he ofrecido a sacarlo del presidio, pero se ha negado. Cuando Thorin te ha traído hasta aquí, le he mandado comida y cosas a Corrick.

—¿Se ha… negado? —Frunzo el ceño.

—Dice que el cónsul Sallister no aceptaría su liberación. —Se detiene—. Y no anda desencaminado.

Vuelvo a contemplar mi plato. Lo peor de todo es que me imagino perfectamente a Corrick diciendo eso. Se quedó tumbado en la cama y me dejó coserle la herida de la ceja para escuchar más información. Por supuesto que preferiría una celda fría antes que hacer rabiar a un cónsul que podría poner en peligro a todo el país.

—No me ha dicho gran cosa —comenta Harristan, precavido—. Pero te he traído aquí con la esperanza de que tú sí.

Levanto la vista y lo miro a los ojos.

—¿De que yo sí qué?

—De que me cuentes lo que ha estado haciendo.

Se me paraliza todo el cuerpo. Esta es la trampa.

Harristan me observa con atención.

—No te pido que lo traiciones.

Aparto la mirada.

—Hay muy poca gente de la que me fíe —asegura—. Pero Corrick es uno. Él se fía de ti. Para mí eso es importantísimo.

No sé qué decir. Sigue pareciéndome una traición.

Harristan se inclina sobre la mesa. Su tono es suplicante.

—Tú misma acabas de decir que tengo que saber que esto lo está destrozando. No lo sé. Debería saberlo. —Hace una pausa—. Ayúdame a saberlo.

Lo dice en serio. Lo percibo en cada una de sus palabras. Corrick no quiere ser cruel. Este hombre tampoco.

Una lágrima se precipita de mi ojo, pero esta vez no hay rabia tras ella. Solo pesar. *Ay, Corrick.* No sé cuál es la decisión correcta.

—Si se esfuerza tanto en protegerme —añade Harristan—, quizá yo debería tener la oportunidad de hacer lo mismo por él.

Su comentario me golpea como si fuera una flecha. Clavo los ojos en los suyos.

—Yo solo puedo contarle la mitad —digo con voz bronca e insegura.

—¿La mitad?

—Mi mitad —asiento—. Si quiere conocer toda la historia… —Respiro hondo y espero no estar tomando la decisión equivocada—. Pues entonces debe pedirle a Quint que venga.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Corrick

En cuestión de una hora, en mi celda hay un colchón, sábanas gruesas y no una, sino dos sillas. También me han traído una muda limpia, así que ya no es necesario que siga llevando esta lana raída manchada con mi propia sangre. En un rincón me han dejado una cesta con botellas de agua y de vino, además de cuñas de queso, manzanas con miel y peras en el punto de maduración justo, hogazas de pan que todavía están calientes del horno y carne en salazón; más comida de la que podría zamparme en una semana. Seguro que las ratas se pegarán un buen banquete con la mayoría de los alimentos antes que yo,

pero agradezco el detalle de mi hermano. Probablemente sea más de lo que merezco.

También estoy relativamente acompañado por Rocco, que permanece en las sombras del pasillo, apoyado en la pared que se alza justo enfrente de mis barrotes.

No sé si debería estar aliviado por que Harristan haya sacado a Tessa de aquí… o preocupado. Es obvio que espera interrogarla para enterarse de lo que he estado haciendo.

Debería interrogar a Arella y a Roydan. Debería encerrarlos en sus aposentos y leer todos los mensajes que mandaran. Debería organizar una reunión con los cónsules para que se exigieran cosas unos a otros.

Sigo pensando en la petición de Jonas para un puente en Artis, la que Harristan denegó. Jonas odia a Allisander, así que me lo imagino atacando a las caravanas de provisiones por principios, pero no cuenta con dinero a espuertas. Artis lo pasa mal si la fiebre campa a sus anchas entre los estibadores. La mayoría de ese sector depende de quienes trabajan junto al agua.

Arella hizo una solicitud unas horas más tarde, no obstante. También redactó una petición formal de indulto para los prisioneros antes de la ejecución que no llegó a tener lugar. No sé por qué Roydan y ella iban a querer detener las caravanas de provisiones de Allisander, pero su necesidad de conseguir más dinero se explicaría si resulta que está pagando a gente corriente. Solar y la Región del Pesar lindan con Tierras del Tratante, y el cónsul de ese sector fue el responsable del asesinato de mis padres. Roydan y Arella han suavizado sus fronteras para compensar la falta de cónsul en Tierras del Tratante. ¿También se han puesto en nuestra contra? ¿Hay algo en ese sector que despierte insatisfacción hacia la corona? No lo sé.

Asimismo, la chica que colabora con los rebeldes comentó que los explosivos procedían de Tierras del Tratante.

Ojalá me encontrara en el palacio. Ojalá tuviera mis informes y un mapa. Ojalá tuviera a Quint aquí; no dejaría de soltarme chismorreos, pero lo sabe todo de todo el mundo.

A quien tengo, en cambio, es a Rocco.

Cojeo hasta los barrotes y le ofrezco una manzana.

—¿Un tratado de paz?

—¿Estamos en guerra, alteza? —No se mueve de su sitio junto a la pared.

—Eres un espía de mi hermano. Dímelo tú.

—Yo no soy un espía de nadie. —Me mira de forma impasible—. El rey hace preguntas y yo se las respondo.

No debería irritarme. Conozco a todos los guardias de mi hermano y sé a quién le deben lealtad. Es que es la primera vez que me encuentro enfrente de ellos. Le lanzo la manzana.

—¿Responderías a las mías?

—Sin duda. —Atrapa la manzana sin problemas.

—¿Qué órdenes te han dado?

—Que debo asegurarme de que no le hagan daño.

—Los guardias del presidio no me harán daño.

—Será una noche tranquila para mí, pues.

—¿Arella y Roydan siguen en el palacio? —digo—. ¿Hoy han vuelto a reunirse en secreto?

—No lo sé. —Arruga el ceño—. No he empezado mi turno hasta que ha anochecido, y he estado desde entonces con el rey. Solo se ha reunido con el cónsul Sallister.

—¿De qué han hablado?

—No estoy al tanto de su conversación.

Le lanzo una mirada. Me la devuelve, y después da un mordisco a la manzana.

Suspiro y apoyo la frente en los barrotes. No sé qué estoy haciendo. Como cuando Tessa me cosía la herida de la ceja, anhelo obtener información, y no sé qué puedo hacer con la que consiga. Antes, me

esperaba la muerte, y ahora me espera… ¿qué? ¿Una eternidad en el presidio? Harristan no me va a sacar de aquí hasta que no descubramos quién está verdaderamente detrás de los ataques. Aun entonces, ya se habrá corrido mucho la voz. Me encontraron con los rebeldes. No importa lo que me estuvieran haciendo: solo importa que Harristan envió al ejército a buscarme, y que dio conmigo en la Selva.

Veo luces en las escaleras y oigo voces de hombres. Me pregunto si acaso ha regresado mi hermano, o puede que sea Tessa, pero en ese momento veo a Allisander doblar la esquina.

Me aparto de los barrotes de inmediato, pero no hay a dónde ir. Ese es el problema de una celda.

Allisander se detiene delante de mí, a pocos dedos de los barrotes. Se cubre la cara con un pañuelo, como de costumbre.

—Tenía que verlo con mis propios ojos —dice.

Por primera vez en mi vida, no hago amago de esconder mi animadversión hacia él.

—Allisander, creía que habías aprendido la lección de no ponerte tan cerca de los barrotes.

—Creía que tú habías aprendido la lección de no contrabandear. —No se mueve.

—No soy un contrabandista.

—Tus nuevos aposentos sugieren lo contrario. —Sus ojos recorren las paredes.

—¿Qué quieres?

—Le has robado a tu pueblo, Corrick, mientras lo castigabas por hacer lo mismo que tú. Quiero que tu hermano dé ejemplo contigo.

—No estoy detrás de los asaltos a tus caravanas de provisiones.

—Da igual si lo estás o si no. Los habitantes de Kandala deben presenciar una demostración de fuerza. Deben ver que el rey no va a soportar una insurrección, y todos sabemos que Harristan no va a hacerte nada a ti. Hay que hacer algo, y es evidente que tu hermano y tú ya no sois quienes deberíais hacerlo. —Se detiene durante un largo y rabioso segundo—. Muchos de los cónsules están de acuerdo. —Chasquea la lengua, burlón—. Quizá deberíais haberle concedido a

Jonas los fondos para el puente.

Una helada punzada de temor me recorre la columna. Tengo que hablar con mi hermano. Me he pasado mucho tiempo preocupado por una rebelión de los sectores, cuando debería haber prestado atención a lo que ocurría con los cónsules. Pienso en Arella y en Roydan, y no me puedo creer que mis opciones sean unirme a ellos o unirme a este hombre.

—No todos los cónsules.

—Los suficientes. Y tenemos suficiente fuerza para hacer lo que consideremos necesario.

—No muchas personas serían lo bastante valientes como para admitir una traición delante de mis guardias, Allisander. —Lo fulmino con la mirada.

—¿Traición? Kandala está al borde de una revolución. Las élites se despertaron hace dos noches con explosiones en las calles. Los rebeldes han formado bandas en la Selva. Se ha descubierto que el justicia del rey es un hipócrita traidor, y el mismísimo rey esconde una tos que día tras día empeora. Nadie está a salvo. Proteger a nuestro pueblo no es ninguna traición. —Se coloca justo delante de los barrotes—. Sobre todo cuando es obvio que tu hermano y tú ya no lo podéis proteger.

Le asesto un puñetazo en la cara.

Se tambalea hacia atrás y la sangre empieza a manar libre de su nariz.

—¡Guardias! —grita—. ¡Guardias, castigadlo!

Los guardias no se mueven. Ni siquiera miran hacia nosotros.

Junto a los barrotes, flexiono los dedos.

—No parece que ahora mismo estén demasiado dispuestos a ayudarte.

Allisander se limpia la sangre de la cara y se abalanza hacia delante con las manos apretadas en sendos puños.

Rocco lo agarra desde detrás.

—Cónsul. Manténgase a cierta distancia.

Allisander me fulmina con la mirada. En la mejilla tiene un rastro de sangre.

—Está bien. Suéltame.

Rocco me mira.

Niego con la cabeza.

—Enciérralo en una celda —digo fríamente—. Está conspirando en contra del trono.

Allisander se revuelve contra el guardia. La nariz empieza a sangrarle de nuevo.

—No te servirá de nada. Te veremos colgar de una soga, Corrick —espeta—. Lo haré yo mismo…

Rocco lo empuja hacia una celda y otro de los guardias del presidio cierra la puerta.

—¿Sabéis quién soy? —chilla—. Acabaréis colgados de una soga. Este hombre ya no tiene ningún poder. Es un delincuente…

Lo ignoro.

—Rocco —me apresuro a llamarlo—. Es necesario que vuelvas al palacio. Es necesario que le digas a Harristan lo que has oído. No debemos fiarnos de los cónsules. No sé qué es lo que pretenden, pero debes regresar de inmediato.

Rocco permanece delante de mi celda.

—Me han ordenado que lo mantuviera sano y salvo.

Suelto una maldición y golpeo los barrotes, que repiquetean con un sonido metálico ensordecedor.

—¡A la mierda lo que te han ordenado! ¡Tienes que proteger al rey!

—Sí, alteza. Lo haré. —Mira hacia uno de los guardias del presidio —. Abre la puerta.

—¿Cómo? —susurro.

—¿Qué? —exclama Allisander, que no está precisamente en silencio—. ¿Qué hacéis?

El guardia mete una llave en el cerrojo, y observo a Rocco.

—¿Qué haces?

—Volver al palacio, como me ha pedido, pero usted debe venir conmigo. —El cerrojo cede, y la puerta se abre de par en par.

—Vais a morir por esto —dice Allisander—. Es un traidor.

Contemplo a Rocco como si se tratara de una trampa.

—Su majestad me dijo que me asegurara de que nadie le hacía daño a usted —me informa—. Alteza, en ningún momento me dijo dónde.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Tessa

El rey es un público intimidante, aunque tenga a Quint a mi lado. No me ayuda que el intendente del palacio muestre los mismos nervios que siento yo. Al principio hablo con voz vacilante y el crepitar del fuego enfatiza mis palabras, pero el rey Harristan no dice nada cuando le cuento de nuevo la historia de mis padres, cómo fueron asesinados por la patrulla nocturna… y que Corrick evitó que a mí me ocurriera lo mismo que a ellos. Le cuento lo del taller, y la gente a la que ayudamos, y que yo no sabía quién era el príncipe Corrick de verdad hasta la noche en que me detuvieron en el palacio.

El rey lo escucha todo con paciencia. Cuando finalmente guardo silencio, toma la palabra.

—¿Cómo acabasteis en la zona de los rebeldes?

—El cónsul Sallister amenazaba con retener las medicinas si Corrick no ponía fin a los ataques que sufrían sus caravanas de provisiones. —Trago saliva—. Oímos rumores sobre los benefactores, y se me ocurrió… —Se me seca la boca—. Se me ocurrió que la gente a lo mejor hablaría con nosotros si volvíamos a disfrazarnos de forajidos.

Asimila mi respuesta durante unos segundos.

—Y ¿cómo lograsteis salir del palacio sin que os vieran?

Mis ojos se desplazan hacia Quint sin que pueda evitarlo.

El rey sigue mi mirada.

Quint toma aire como si fuera a darle la vuelta a la situación, pero el rey Harristan lo observa obstinado, y acaba suspirando.

—Yo los ayudé.

—Y no es la primera vez, supongo —dice Harristan—. Si no, Tessa no habría pedido que vinieras.

Quint me mira.

—No, majestad —confiesa.

—Lo siento —susurro.

—No es momento de disculpas —tercia Harristan. Sus ojos se clavan en Quint—. ¿Durante cuánto tiempo has estado al corriente?

—Durante… años.

—Durante años —repite Harristan. Frunce el ceño—. ¿Por qué, Quint?

—Al principio…, bueno, pues porque el príncipe Corrick es el justicia del rey. —Lo dice como si eso lo explicara todo, y en cierto modo sí—. No servía de gran ayuda si hacía la vista gorda durante sus misteriosas ausencias por la mañana. Pero llegó un día en que no se presentó a un desayuno con uno de los cónsules. Fui a preguntar y sus guardias me aseguraron que no había salido de sus aposentos. Cuando llamé a la puerta, me hizo pasar, y lo vi… desencajado. Estaba sucio, con las manos llenas de ampollas. Había visto morir a una niña. Un bebé que tosía tan fuerte que no podía respirar.

—Me acuerdo —murmuro. Como si fuera hoy. La madre había padecido las fiebres durante todo el embarazo, pero siguió tomándose los tés que le llevábamos, y el bebé nació con una salud de hierro. Sin embargo, al cabo de una semana contrajo las fiebres, y la pequeña sucumbió a las toses justo delante de nosotros. Trago saliva con dificultad—. Estaba sucio porque ayudó al padre a cavar una tumba.

—Sí —asiente Quint—. Me lo contó. Me lo contó todo. —Mira hacia Harristan—. Estaba ayudando a su pueblo, majestad. ¿Cómo va a ser eso traición?

La tensión de la estancia es potente.

Harristan se pasa una mano por la nuca.

—Me da mucha rabia que no me lo haya contado.

—No podía…

Harristan me silencia con una mirada.

—Lo sé —comenta—. Sé cuánto se arriesgó. —Observa a Quint—.

Deberías habérmelo dicho.

Quint no responde. No se le ve asustado. Se le ve resignado.

—No resulta fácil decirte nada —le suelto al rey mirándolo fijamente.

—Tessa —jadea Quint.

—Y no me refiero solo a Quint —continúo—. Me refiero a Corrick también. Dices que sabes cuánto se arriesgó, pero lo dudo. Dejó que los rebeldes casi lo mataran a golpes porque no quería que lo utilizaran para chantajearte. Estaba dispuesto a sacrificar la vida para protegerte. No quiere ser cruel. No quiere matar a nadie. Hace todo eso para evitar que debas hacerlo tú. Quiere ser una persona honesta y quiere ser una persona justa y quiere ser una mejor persona. No solo por ti. Por toda Kandala. Y tú… Tú eres…

—Tessa.

No es Quint el que pronuncia mi nombre. Es Corrick. Se encuentra junto a la puerta, con Rocco a la espalda. Está un poco pálido, las heridas de su cara resaltan bajo la luz artificial del palacio. Se agarra al marco de la puerta con una mano y sus nudillos están blancos allá donde aferra la madera.

—Corrick —suspiro.

Cojea hasta la mesa y me levanto para ayudarlo, pero se detiene a mi lado. Me roza la mano con la que no tiene ninguna herida y entrelaza los dedos con los míos, provocando que me dé un vuelco el corazón. Aunque sus ojos están fijos en el rey.

—Deberías interrogar a Arella y a Roydan, en lugar de indagar en mis aficiones.

—¿Qué ha pasado? —Harristan mira a Corrick y luego a Rocco—. ¿Por qué has venido?

—Allisander se ha presentado en mi celda. Dice que tiene intención de obligarte a dar ejemplo conmigo, y que él y los demás cónsules se alzarán contra ti. Asegura que cuenta con la suficiente fuerza para lograrlo.

—Se ha vuelto demasiado atrevido. —La expresión del rey se oscurece.

—Estoy de acuerdo. Por eso está encerrado en una celda.

—¡Corrick! No deberías…

—Esto va más allá de ser atrevido, Harristan. Es una revolución, y procede de todos los flancos. No sé con quién colabora, pero ha mencionado un intento para arrebatarte el poder. Los rebeldes de la Selva tienen explosivos de Tierras del Tratante. No sabemos cómo fueron capaces de conseguir entrar la suficiente cantidad en el sector para atacar el presidio, y eso quiere decir que podrían atentar contra cualquier otra zona del sector, incluido el palacio. No sabemos qué cónsules se aliarán con Sallister ni si nos apoyarán contra una revolución.

Mi mirada va del príncipe al rey.

—Me dijiste que el cónsul Sallister dispone de su propio ejército.

—Exacto —asiente Harristan—. La consulesa Marpetta también cuenta con una buena milicia para proteger Crestascuas, pero Lissa siempre ha estado conforme con el *statu quo*. —Observa a Quint—. ¿Qué cónsules están en el palacio?

—Casi todos —contesta Quint—. Lissa Marpetta es la única que ha regresado a su sector.

—La gente de Artis está sufriendo —intervengo—. No me consta que haya una fuerza militar, y cuando trabajé para la señora Solomon nos habríamos enterado.

—El cónsul quería dinero para un puente —dice Corrick—. Allisander me ha dicho que deberíamos habérselo dado. ¿Recuerdas cuando me dijiste que lo único que importa son las apariencias? Te referías a Allisander y a mí, pero ahora creo que los dos fingían odiarse. Creo que Jonas colabora con él.

El rey lo mira a los ojos.

—Pero en ese caso… —Se interrumpe para echarse a toser. Sus dedos aferran el extremo de la mesa.

Todos los hombres intercambian una mirada, y a Harristan no se le escapa el detalle.

—Basta —le espeta a Corrick—. Ya te he dicho que no necesito… —Vuelve a toser.

—Espera —digo. Voy a por la tetera y sirvo agua caliente en una taza de porcelana, y luego le añado miel. No tengo una balanza, pero pongo unos cuantos pétalos en el mortero y los muelo. En cuanto veo los pétalos contra la piedra, sin embargo, vacilo.

Harristan tose de nuevo.

—Tessa —me apremia Corrick.

—Un momento. Necesito pensar. —Levanto la vista y examino la bandeja de comida. Esta vez no veo lirios del valle, pero sí unas ramitas de tomillo en el borde de uno de los platos.

Sacudo las hojas sobre el oscuro mantel de la mesa, muelo el tomillo y lo meto en la taza junto a la miel.

—Toma —le digo a Harristan—. Bébetelo. —Acto seguido, me concentro en los pétalos blancos.

—¿Qué haces? —se extraña Corrick.

—Los pétalos son diferentes. —Me apresuro a repartirlos entre los presentes—. Fijaos —indico—. Esas son claramente flores de luna. Esas otras…, no estoy segura.

—Se parecen mucho —opina Quint. Hasta Rocco se acerca a echar un vistazo.

—En la zona de los rebeldes había pétalos como estos también —digo. Me da la sensación de que estoy a punto de descubrir algo, pero todavía no he llegado a la conclusión—. Son los que recibieron de los benefactores.

La expresión de Corrick es muy seria.

—O los que obtuvieron de los robos de los envíos. —Hace una pausa—. Son casi idénticos, Tessa. Podría ser un desarrollo anómalo o…

—¡No! Tú nunca fuiste el que molía y calculaba las cantidades. Pero no ha habido ningún… ningún desarrollo anómalo. —Me detengo—. Corrick, un día me dijiste que nunca robabas al palacio. Tal vez… Tal vez… —Mis pensamientos tropiezan y trastabillan mientras intento encajar las piezas—. Necesito mis libros. Mi padre solía registrar las nuevas hierbas que encontraba.

Harristan vuelve a toser, pero ya no tan fuerte.

—¿A qué te refieres?

—Aquí bebéis el elixir tres veces al día. Y si… —Mis pensamientos se zarandean unos a otros—. ¿Y si alguien se hubiera dado cuenta de que no era necesario tanto? Si cuando eras pequeño enfermabas a menudo, quizá tú sí que necesitas más cantidad para mantener a raya las fiebres, pero si alguien está alterando vuestras provisiones… —Dejo que mi voz se vaya apagando.

—Despertad a los cónsules —exclama Harristan duramente—. Debemos averiguar de qué envío proceden estos pétalos. Debemos averiguar si el envío fue contaminado o si alguien…

Un grito suena en el pasillo, y el rey se queda paralizado. Otro grito, seguido de un crujido, y luego el ruido de la madera al astillarse. Acto seguido, una mujer chilla.

Harristan y Corrick intercambian una mirada. Rocco se dirige hacia la puerta.

Una explosión sacude el palacio provocando que el suelo tiemble y que la porcelana tintinee. Las luces adoptan un brillo cegador antes de apagarse por completo para sumir la estancia en una repentina penumbra, con los únicos destellos del fuego de la chimenea. En el pasillo se suceden los gritos y los aullidos antes de que haya otra explosión, esta más cerca, que estremece las ventanas.

—¡Guardias! —chilla un hombre, pero mis latidos suenan tan fuertes en mis oídos que todo me llega amortiguado. Apenas soy consciente de que una mano se cierra sobre mi muñeca y me empuja entre las sombras. En algún punto algo empieza a arder; hay un aroma distinto al de la madera quemada y noto un regusto amargo en la boca.

Otra explosión, y las ventanas se hacen añicos. Doy un salto y me pongo a gritar.

Unas manos me agarran y tiran de mí.

—Tessa. —Es Corrick, que me habla con voz grave y apremiante—. Tessa, tenemos que huir.

Y entonces oigo las voces, los gritos del pasillo. Muchos son de miedo, de gente aterrorizada por las explosiones.

Otros no.

—Buscad al rey —chilla un hombre. No sé por qué estoy segura, pero sé que no es un guardia.

—Disparad a todo el que veáis —grita otro.

El humo inunda ya el pasillo y oigo cristales rompiéndose. El grito de una mujer se interrumpe abruptamente. Corrick me aprieta la mano, y lo sigo hacia la oscuridad.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Corrick

Sabía que nos estallaría una revolución.

No esperaba que fuera tan pronto.

No esperaba que fuera desde todos los flancos.

En el sector resuenan las alarmas, pero no tengo idea de si han atacado algo más que el palacio. Después de los comentarios de Allisander, ni siquiera sé si este ataque está causado por los rebeldes o por los cónsules.

Los pasillos están llenos de humo y a oscuras, pero detecto movimiento y oigo los gritos y los enfrentamientos. Contamos con la ventaja de la invisibilidad, aunque ellos también. Con la espalda apoyada en la pared, me dirijo hacia la derecha, lejos del ruido. He perdido de vista a Rocco y a los guardias del pasillo, pero Harristan y Quint están en algún punto más adelante. Tessa me agarra fuerte la mano.

—Este guardia lleva el emblema del rey —exclama un hombre—. Debe de estar cerca.

Me quedo paralizado. Los dedos de Tessa se hunden en mi palma. No me atrevo a pronunciar el nombre de Harristan.

Las voces callan, y sé que no es buena señal. Pretenden utilizar la oscuridad en nuestra contra. El humo me hace cosquillas en la garganta e intento respirar de forma superficial.

Harristan se pone a toser.

—¡Por allí! —grita un hombre, y oigo el silbido de una ballesta. La flecha se clava en algo, pero no sé de qué se trata. Un hombre suelta un

aullido delante de mí.

Unos pasos en la oscuridad me informan de que un enemigo se ha acercado, y me inclino hacia delante para derribarlo. Un codo se clava en mis costillas, y mis heridas previas me chillan sin parar. Nos caemos al suelo, y soy consciente de que no voy a ser lo bastante rápido para hacer nada que no sea morir.

Pero, en ese momento, el cuerpo se aleja de mí, y oigo el inconfundible ruido de un filo adentrándose en la carne, seguido por el golpe seco de un cuerpo al desplomarse. Un hombre gime. Hay una refriega, y ruedo por el suelo antes de que una bota se clave en mi hombro. Algo, o alguien, se estampa contra la pared con un chasquido espantoso.

Apoyo las manos en la pared mientras espero alguna pista para saber qué acaba de pasar.

—¿Corrick? —La voz de Tessa surge de la oscuridad—. Corrick.

Una palma me roza el hombro, y me aparto enseguida. Ha sido un gesto demasiado rápido, y debo poner una mano en el suelo. Inhalo una bocanada de humo y toso.

—¿Alteza? —Es Rocco. Su voz suena muy cerca, y veo que es su espada la que me ha rescatado, su mano la que me ha encontrado en la negrura.

—Estoy bien. ¿Y Harristan?

No responde, pero lo oigo toser fuerte.

—Tenemos que salir del pasillo —grita Quint, y su voz suena más lejana.

Me apoyo en las rodillas y luego en la pared de nuevo.

—Id a mis aposentos —chillo. Mi habitación se encuentra junto a la pared trasera del palacio, que espero que no haya recibido tantos impactos como la parte delantera. En un baúl tengo cuerdas para descender por la ventana, pero no quiero gritarlo en plena oscuridad.

Gatear entre el humo parece llevarme una hora, aunque no vuelvo a oír más gritos que perforen la negrura. Cuando mi mano encuentra la familiar silueta de un pomo, nos abalanzamos para atravesar la puerta.

Al principio no estoy del todo seguro de que sean mis aposentos. Las luces de aquí están apagadas como las del resto del palacio, y, aunque el humo no sea tan denso como en el pasillo, en la estancia hay una especie de neblina, y veo que en la chimenea arde un fuego. Los ojos me escuecen, pero empiezan a adaptarse y diviso mi mesita, mi cama, el alargado arcón junto a la pared.

Veo a Harristan, que ya no está tosiendo, aunque oigo sus resuellos desde aquí. A Quint, que ha apoyado una mano en la pared. A los guardias Rocco y Thorin, que ya están colocando una cómoda delante de la puerta.

A Tessa, cuyos ojos están repletos de preguntas que no puedo responder.

—¿Quién? —dice Harristan entre resoplidos.

—No lo sé —respondo con sinceridad. Miro hacia los guardias—. ¿Vosotros?

—Eran hombres —contesta Thorin.

—Con ballestas —añade Quint, y en su voz percibo una tensión que me obliga a mirar hacia él. La mano que ha colocado sobre la pared está dejando una mancha oscura, y lleva desabotonada la chaqueta, que deja al descubierto una mancha que se extiende cerca de su cintura.

—¡Quint! —exclamo, alarmado. Recuerdo el ruido de la primera flecha al clavarse en algo cuando tosía Harristan.

—No es nada. —Me hace un gesto con la mano.

El pomo de la puerta se zarandea y Thorin y Rocco intercambian una mirada justo antes de que algo muy pesado se estampe contra la madera. La cómoda cede medio dedo antes de que los dos guardias se apoyen en ella.

—¿Podemos volver a salir por la ventana? —Tessa me mira a los ojos.

Cojeo hasta la pared trasera y echo un vistazo hacia la oscuridad. A lo lejos, el Arco del Martillo de Piedra resplandece contra la noche, pero las tierras del palacio están envueltas en la negrura más absoluta. Las alarmas del sector son estruendosas e incesantes, y el humo llena

el aire dondequiera que mire.

La cuerda que Tessa y yo utilizamos para escapar sigue enrollada en el suelo junto a la ventana, atada con un nudo triple a la tubería que corre debajo del alféizar.

Un objeto pesado vuelve a estamparse contra la puerta. La madera cruje y la cómoda se desliza por el suelo. Rocco suelta una maldición.

—¿Podrás bajar? —Tessa está a mi lado.

—Sí —asiento, confiado. Pero… es probable que no. Aunque fuera capaz de soportar la presión de la cuerda alrededor de mi bota, mi hombro no va a poder sostener mi peso. Eso sí, prefiero precipitarme por la ventana que recibir una flecha en la cara, una opción bastante probable si no salimos de aquí.

Mi hermano también ha cruzado la habitación y tose de nuevo mientras observa la oscuridad conmigo. A continuación, inhala una honda bocanada de aire nocturno.

—Harristan, ¿recuerdas cómo trepar…?

—Fui yo quien te enseñó a ti, Cory —jadea. Agarra la cuerda con ambas manos.

—Uno de nosotros debería ir primero, majestad —exclama Rocco. La madera se astilla cuando los rebeldes vuelven a golpear la puerta.

—Pues deprisa —digo. Me dirijo hacia la cómoda y apoyo el hombro. No sé cuántos hombres hay al otro lado, pero debe de haber media docena—. Ve, Thorin.

—¡No! —grita Harristan.

—Tú eres el rey —protesto—. Vete. Sal de aquí.

Thorin desaparece por la ventana, seguido enseguida por mi hermano. Tessa y Quint están frente a la ventana.

—Idos —les digo. Otro golpe en la puerta. Esta vez por la rendija han metido paños incendiados, que aterrizan sobre la cómoda y la prenden casi de inmediato.

—No —chilla Quint—. Corrick, eres el…

—¡Vete! —le grito. El tobillo herido sigue amenazando con ceder, y debo recolocar el hombro contra la cómoda. Presiento que las llamas están cerca, y me da miedo ver cuán cerca. Aprieto los dientes para no

sentir el dolor ni el calor—. Vete ya, Quint. Vete, Tessa.

Los rebeldes atacan la puerta de nuevo. Más madera se astilla. La pared ha empezado a arder detrás de mí. Oigo gritos.

Quint y Tessa saltan por la ventana.

Miro hacia Rocco, recostado contra la cómoda igual que yo. El sudor le empapa el pelo y le gotea por las mejillas.

—Corra, alteza —dice—. Le conseguiré algo de tiempo.

—Ve tú —resoplo mientras intento sujetar con fuerza el mueble, que empieza a desplazarse por el suelo—. Síguelos. Harristan va a necesitar otro guardia.

Me fulmina con la mirada, pero antes de que diga nada añado:

—Es una orden, Rocco.

—No puedo dejarlo aquí.

—Bueno, no puedo correr. —Suelto una hueca risotada. La cómoda cede otro dedo y me quedo sin aliento—. Y no puedo trepar. —Un dedo más, y apoyo la frente en el cajón superior. La estancia se está llenando de humo, y sé que no voy a poder defender la puerta mucho más—. Por favor, Rocco.

—Muy bien, alteza.

Suelta la cómoda, que se desliza casi un palmo, y empiezo a chillar. No tenía ni idea de que el guardia de mi hermano estuviera haciendo tanta fuerza. Al otro lado de la puerta, los hombres gritan victoriosos. No voy a poder aguantar mucho más así, pero dará lo mismo, porque van a entrar por la abertura.

Debería haberle dicho a Rocco que me dejara un arma.

Aunque, bueno, quizá cuanto más rápido mejor.

Un brazo pasa por debajo del mío y me aleja de la cómoda. Me levanta y me arrastra hacia atrás. Doy un traspié antes de darme cuenta de que es Rocco quien lleva mi peso, casi en volandas por la habitación.

—Te he dicho que te fueras —le digo.

—Ya me ejecutará luego. —Se aferra a la cuerda—. ¿Puede sujetarse a mí?

La puerta estalla hacia dentro. Rocco no espera a que le responda y

nos balanceamos sobre la cuerda; durante unos aterradores segundos, el mundo da vueltas ferozmente y el arco llameante gira sin parar ante mí. La cuerda me rasguña los dedos y me agarro con la mano buena para intentar sostener una parte de mi propio peso, pero estamos descendiendo demasiado rápido. Las piernas de Rocco golpean la pared del palacio al bajar haciendo rápel.

Oigo el silbido antes de identificar el ruido, y en la oscuridad inferior Tessa suelta un grito. Un hombre está asomado a la ventana con una ballesta.

—¡Corre! —grito—. ¡Tessa, corre! —Debería haberse ido con Harristan. No debería estar aquí.

La cuerda se mece, y Rocco maldice por lo bajo. Nos chocamos contra la pared de nuevo.

Y entonces la cuerda cede por completo.

Nos estrellamos en el suelo. El dolor es espectacular. Intento rodar, como si así en cierto modo fuera a dolerme menos, pero no lo consigo.

—Corrick. —La voz de Tessa, baja y desesperada, me habla al oído —. Corrick, tienes que levantarte.

Otro silbido. Noto el vuelo de una flecha cerca de mi cabeza, pero no me puedo mover. Oigo una ballesta muy cerca y me encojo de dolor, pero parpadeo y veo que se trata de Thorin y de Rocco, que se defienden a su vez. Los hombres de la ventana están discutiendo y gritándose para saber quién ha cortado la cuerda.

En ese momento, alguien vuelve a alzarme. Alguien me ha pasado un brazo por debajo de la axila. Mi visión se llena de puntitos y de luces resplandecientes. En una docena de ventanas de la pared trasera del palacio han estallado llamaradas. Las alarmas siguen tronando, y quiero tumbarme. No sé quién me transporta, pero si es Rocco voy a tener que dejar de odiarlo.

Y entonces oigo la voz de Harristan en mi oído, bronca y sibilante.

—A ver quién llega primero a la puerta.

Es una broma de cuando éramos niños. Su voz baja está tan cerca que tiene que ser él el que me está arrastrando. Parpadeo. Su rostro está tiznado de hollín, pero sus ojos están oscuros por la preocupación.

—Esta vez vas a ganar tú —le digo.

—Venga, Cory —insiste, y da un paso adelante mientras sostiene mi peso y jadea por el esfuerzo—. Será un empate.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Tessa

El taller siempre fue diminuto para Wes y para mí. Siendo cuatro, está hasta los topes. Es arriesgado después de que los rebeldes nos encontraran aquí la última vez, pero estamos fuera del sector, y no sé dónde ir si no. Los guardias vigilan el exterior, Rocco junto a la puerta y Thorin dando vueltas al perímetro. El rey no quiere que nos arriesguemos a prender un fuego, pero tenemos unas cuantas velas que Quint enciende sobre la mesa, así que no estamos atrapados en una completa oscuridad. Corrick está sentado erguido en una silla, pero respira de forma superficial y se ha puesto un brazo sobre la barriga como si le doliera todo. Me da la impresión de que hace semanas que nos besamos en esta casita, sus manos y su boca calentándome de la cabeza a los pies, y solo ha pasado poco más de un día.

Las alarmas del sector no han dejado de sonar, pero desde aquí no se oyen tan altas, y no me producen temor, ya que la única persona por la que me preocupaba está entre estas cuatro paredes.

Coloco un taburete bajo junto a la silla de Corrick y tomo asiento a su lado.

—Todavía tengo unas cuantas hierbas aquí —digo suavemente mientras le acaricio una mano—. Pero no puedo preparar un té sin fuego.

Corrick niega con la cabeza, pero sus dedos se entrelazan con los míos. Sus ojos siguen cerrados.

Harristan mira hacia la puerta, y luego por la ventana. Se pasa una

mano por la cara y contempla a su hermano durante un buen rato.

—Debería habértelo contado —dice Corrick, como si sintiera la mirada del rey. Habla con palabras lentas e intensas—. Lo siento.

—Yo también —concede Quint. Está apoyado en la pared del rincón.

Sé que no están pidiendo disculpas por sus acciones, solo por haber guardado el secreto, pero yo no lamento nada de lo que ha ocurrido. Volvería a hacerlo todo igual, sin dudar. No podíamos ayudar a toda Kandala, pero ayudamos a los que pudimos; y lo hicimos sin hacerle daño a nadie.

—Bueno. —Harristan suspira—. Más allá lo que hicierais, vosotros no habéis provocado esta revolución.

Corrick no responde, y me pregunto si se habrá quedado dormido. Las sombras debajo de sus ojos parecen más oscuras. Me ha dicho que no creía que se hubiera roto el tobillo, pero no ha podido apoyarlo en el suelo en la caminata hasta el taller, y ya había empapado de sudor casi toda la ropa cuando los guardias lo han ayudado a cruzar la puerta, así que sé que está más herido de lo que da a entender.

Harristan también lo observa. Con otro suspiro, libera los botones de la chaqueta y se la quita. Cubre a su hermano con la prenda antes de retirarse para sentarse junto a la chimenea. Guardamos silencio durante una eternidad, un silencio que cae a plomo, espeso por la preocupación. No sé cuánta gente había en el palacio ni cuánta ha sido asesinada; tampoco cuánta ha logrado escapar. Corrick ha dicho que la rebelión ha surgido desde los dos bandos.

Me pregunto si Karri ha formado parte del ataque. O Lochlan. O Earle. Todas las personas a las que llegamos a ayudar.

Pienso en lo que le hicieron a Corrick, y el ataque al palacio no parece muy distinto.

La mano de Corrick deja de apretar la mía, y miro su rostro, alarmada, pero su respiración se ha vuelto más profunda. Se ha dormido.

—Quint —murmura Harristan, interrumpiendo así mis pensamientos.

—¿Majestad?

—Todavía estás sangrando.

—Ah. No es nada. —Pero la voz de Quint es más débil de lo que recuerdo—. Es por el esfuerzo.

Harristan ya se ha levantado de la chimenea y se detiene delante de Quint. El intendente del palacio estaba con los brazos cruzados, pero ahora me doy cuenta de que estaba apretándose una herida con la mano.

—Quint —susurro. Debería haberme fijado. Debería haberlo visto. He estado muy concentrada en Corrick, y ahora me embarga una oleada de culpabilidad—. Tendrías que haber dicho algo.

—El príncipe Corrick estaba muchísimo más…

—Enséñamelo —dice Harristan, y como de costumbre su tono no deja margen para la discusión.

Quint titubea antes de bajar los brazos y retirarse la chaqueta. Todo el lado izquierdo de su camisa está oscurecido por la sangre. El rey lo analiza durante unos instantes, y luego se gira hacia mí.

—¿Tenéis útiles aquí?

—Nada para coser heridas —contesto—. Tengo muselina para vendar. —Voy a buscar el rollo de tela que utilicé para envolver el brazo de Corrick, además de las tijeritas que nos servían para cortar bolsas de pétalos secos de flores de luna.

—De verdad —insiste Quint—. No es más que un rasguño…

—Siéntate —dice Harristan—. Quítate la chaqueta.

Quint se sienta. Obedece.

Espero que Harristan se aparte para que yo pueda ocuparme de la herida, pero el rey se limita a tender una mano para que le dé las cosas.

Tomo aire para decir que puedo hacerlo yo, pero luego me lo pienso mejor y le entrego lo que me ha pedido. Harristan desenrolla un largo pedazo de tela y lo corta a la perfección.

Quint observa la escena. Acto seguido, me mira y luego se vuelve hacia Harristan.

—Usted es el rey —empieza a decir—. Si me permite…

—Sé quién soy, Quint. —La voz de Harristan no es impaciente

como le he oído antes. Suena… pensativo. Levanta el extremo de la camisa de Quint, y pongo una mueca al verlo mejor. Una flecha le ha hecho un tajo en el abdomen, una herida de por lo menos medio palmo de largo. No sé lo profunda que es, pero ha sangrado lo suficiente para saber que no se va a curar si no la cosemos. Es probable que tenga razón y que el esfuerzo la haya empeorado.

Harristan enrolla la muselina para presionar la herida con fuerza, y Quint suelta una exhalación. Pero el rey es más rápido de lo que me esperaba, y rodea la cintura de Quint en un santiamén fijando la venda en su sitio. Sus dedos se mueven veloces y seguros al dar una segunda vuelta con la tela, antes de atarla con un nudo impecable.

—Se te da muy bien —digo de corazón.

—De niño enfermaba muy a menudo. —Harristan me mira a los ojos—. Me pasé muchísimo tiempo con los médicos del palacio. —Se dirige ahora a Quint—. Debería aguantar hasta que podamos tratar la herida adecuadamente.

—Gracias, majestad. —La expresión de Quint pasa a ser un fruncido.

—Gracias a ti. Esa flecha iba dirigida a mí. —Harristan lo dice como si tal cosa, y después se enrolla la muselina restante en una mano y me mira—. ¿Quién más conoce este lugar?

—El rebelde Lochlan —respondo—. Y los hombres que vinieron con él.

—Y ¿qué es lo que quieren?

—No sé a qué te refieres. —Lo observo.

—Han atacado el palacio, Tessa. —Hace una pausa—. ¿Qué quieren de mí? ¿Quieren dinero? ¿Medicinas? ¿Un indulto total?

Recuerdo a todas las personas que atacaron a Corrick. Él estaba seguro de que lo utilizarían para chantajear a Harristan, pero no fue así. Solo querían vengarse.

—No sé quiénes son los benefactores, pero la gente solo… —Trago saliva—. La gente solo quiere dejar de morir.

El rey aparta la mirada y, cuando al fin habla, es en voz baja.

—Yo también lo quiero.

Percibo la verdad que hay detrás de cada una de sus palabras. La percibí desde el primer momento en que me encontré delante de este hombre en el palacio. La he visto en el modo en que ha vendado la herida de Quint. Su hermano y él han pasado años haciendo lo que creían necesario para sobrevivir, y en el proceso se han destrozado a sí mismos.

—Corrick ha acusado a Arella y a Roydan —tercia Quint.

—Sí. —El rey se pasa una mano por la mandíbula—. Los ha acusado. Y, aunque me imagino a Arella tomando una posición radical, no veo a Roydan aceptándola. Pero, bueno, tampoco veía a los cónsules alzándose claramente contra mí, y es obvio que lo han hecho. —Niega con la cabeza—. No puedo quedarme aquí. No pienso esconderme en las sombras mientras se incendia el Sector Real.

—No puede regresar, majestad —dice Quint—. Es demasiado peligroso.

—Creo que me he pasado demasiado tiempo dejando que los demás hicieran lo que consideraran mejor. —Harristan me mira a los ojos—. ¿Qué opinas tú? ¿En qué lado estás?

—Yo también quiero que la gente deje de morir. —Le sostengo la mirada.

—No puedo curar las fiebres, Tessa. Lo haría si pudiera. —Se detiene—. ¿Dónde te encontrarías en esta revolución si mi hermano no te hubiera engañado?

Engañado. Tomo aire y pienso en la última conversación que mantuve con Weston Lark. Mi voz suena baja pero firme al hablar.

—Estaría prendiendo la mecha de los explosivos.

El rey sonríe, pero es una sonrisa mínima.

—Es mucho más fácil iniciar una guerra que ponerle fin. —Hace una pausa y sus ojos me repasan el cuerpo para escrutarme con frialdad—. Los rebeldes torturaron a Corrick, pero a ti no.

—¿Crees que he tenido algo que ver? —Lo fulmino con la mirada.

—No. —Da un paso hacia mí, y sus ojos se vuelven tan gélidos como pueden volverse los de Corrick—. Algún día seguramente podremos mantener una conversación que no termine en acusaciones

—dice—. Me refiero a que no te han hecho daño. —Hace una pausa—. No confiaban en el justicia del rey. Pero confían en la forajida Tessa.

Me quedo sin aliento. Sí. Confían en mí. Recuerdo la mano amable de Earle en mi brazo cuando Corrick le suplicaba a Lochlan que acabara rápido con su vida. Hasta el propio Lochlan fue más amable conmigo al pedirle a uno de los hombres que me soltara las manos después de que los convenciera para que dejaran de pegarle a Corrick.

—¿Qué quieres decir? —susurro.

—Digo que una guerra civil va a matar a más gente que las fiebres. Estoy convencido de que mis soldados ya han empezado a defenderse. Es probable que la gente esté muriendo por las calles ahora mismo. De ambos bandos. Si no restablezco el orden, la situación trascenderá el Sector Real. —Se detiene—. Me he plegado a las exigencias del cónsul Sallister durante demasiado tiempo. Me he plegado a las exigencias de las élites durante demasiado tiempo. Ahora voy a escuchar a mi pueblo.

Lo miro a los ojos.

—No sé qué le puedo prometer a la gente —advierte—. Los cambios nunca son inmediatos ni fáciles. Pero me gustaría intentarlo. ¿Me ayudarás?

Se me ha secado la boca. Observo a Corrick, que está dormido como un tronco. No sé qué responder. Puede que los rebeldes no me odien, pero quizá a mí tampoco me hagan caso. Tampoco estoy segura de fiarme del todo de Harristan. A lo mejor quiere que su pueblo deje de morir, pero tenemos ideas muy distintas de cómo lograrlo. Sé que no va a poder chasquear los dedos y cambiarlo todo, pero no soy tan ingenua como para pensar que lo haría si pudiese.

Pienso en mi padre, que actuó desafiando al trono. ¿Él lo haría? ¿O le decepcionaría que yo ahora no esté corriendo por las calles con los rebeldes?

El rey Harristan me contempla, y sé con certeza que interpreta todas las emociones que me atraviesan la cara. Su expresión es más astuta y calculadora que nunca.

—Tal vez debería empezar preguntándote qué es lo que quieres tú.

Me seco las palmas sudadas en las faldas.

—Quiero… —Mi voz vuelve a ser débil, y me aclaro la garganta. Quiero que la gente deje de morir. Pero eso lo queremos todos. Me tomo unos instantes y lo miro—. Quiero indultos para los rebeldes. O… —Busco la palabra adecuada—. O amnistía. Las dos cosas. —Observo a Corrick de nuevo, dormido bajo la chaqueta de su hermano. Debo armarme de valor para añadir—: También para los que le hicieron daño a él.

El rostro de Harristan se endurece, y me apresuro a seguir:

—No te van a escuchar si creen que los vas a ejecutar por haberle hecho daño al justicia del rey.

—Muy bien —concede—. ¿Qué más?

No me puedo creer que esté negociando con el rey. No sé qué más pedir. ¿Medicinas para todo el mundo? Sé que eso escapa a su control. Y entonces se me ocurre algo.

—Quiero que dejes que Corrick renuncie a ser el justicia del rey —murmuro.

Al oírme, Harristan frunce el ceño.

—No le obligué a aceptar el papel. No está obligado a ejercer como tal.

—Ya lo sé. Ya lo sé. —Respiro hondo—. Pero… —Mi voz va perdiendo fuelle.

—Si me permiten —tercia Quint—, aun a riesgo de interrumpir las negociaciones…

—Por favor —digo, justo cuando Harristan salta:

—No.

Me cruzo de brazos.

Harristan sonríe y, por primera vez, la sonrisa llega hasta sus ojos. Me pregunto si sabe ocultar lo que siente tan bien como Corrick.

—Adelante, Quint.

—El príncipe Corrick quizá no necesite su permiso —dice Quint—, pero creo que sería muy importante para él saber que lo tiene.

—De acuerdo —dice Harristan. Sus ojos no se separan de los míos —. ¿Algo más?

Reflexiono.

—No.

—¿Nada para ti? Lo que te he pedido no es una nadería, Tessa.

Durante medio segundo, mis pensamientos dan vueltas. Es el rey. Pero nunca he hecho nada de esto para ganar dinero, y no quiero exigir una contrapartida económica para acceder a ayudarlo a negociar la paz. En ese momento, recuerdo a la señora Solomon y que me he quedado sin empleo.

—Necesitaré un trabajo —digo—. Y un alojamiento. No hace falta que sea…, que sea lujoso, claro. Pero pensabas darme la oportunidad de ayudar a mejorar las dosis. —Dudo y me pregunto si estaré pidiendo demasiado—. Me gustaría tener esa oportunidad. Cuando todo haya terminado.

—Hecho —responde. Acto seguido, se endereza—. Quint, quédate con Corrick. Dejaré a Rocco a vuestra disposición.

Quint se levanta con cara confundida.

—Pero, majestad…

—Estás herido, y él también. Si este lugar es tan remoto como parece, aquí estaréis más seguros. —Me mira a los ojos—. ¿Estás preparada para hacer de intermediaria?

Noto cómo la sangre me abandona la cara. Habría sido lo bastante valiente como para prender la mecha que encendiera la llamarada. Por alguna razón, apagarla me resulta mucho más aterrador.

Pero el rey me tiende la mano y, como Corrick, puedo decidir qué voy a hacer.

Extiendo el brazo y se la estrecho.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Tessa Me había imaginado que treparía por las murallas o que regresaría por el túnel con el rey, pero Harristan escoge adentrarse en las profundidades de la Selva en lugar de encaminarse hacia el Sector Real. Dice que quiere ingresar en el sector por las puertas, para así contar con más guardias a su espalda antes de entrar en la contienda. Ha dejado la chaqueta con su hermano y se ha quitado los anillos, y también ha cambiado la daga engarzada en joyas que llevaba en el cinturón por el puñal más sencillo de Quint. Thorin blande sus armas, pero va en mangas de camisa porque Harristan no quería que nadie viera el

emblema real. En la oscuridad, nadie lo conocerá. Con un poco de suerte, nadie nos mirará un par de veces.

He recorrido estos caminos un millón de veces con Corrick, pero andar junto a Harristan es totalmente distinto. Los cuernos del sector han parado de sonar, pero veo los focos que avanzan por la muralla a intervalos regulares. No dejo de mirar hacia atrás al rey como si fuera a desvanecerse, como si hasta este momento todo hubiera sido un sueño. Una sombra de barba ha empezado a cubrirle la mandíbula, y en cierto modo lo hace parecer más joven y menos intimidatorio. Al pensar en Lochlan y en algunos de los demás, no sé si es buena señal. Cuanto más caminamos, más consciente me vuelvo de su respiración, un resoplido que no es del todo una tos, pero que suena como si necesitara toser.

—¿Necesitas descansar? —le pregunto con tiento, y enseguida añado—: ¿Majestad?

—No. —Me mira a los ojos—. ¿Y tú?

Arrugo el ceño, pero sigo avanzando.

—Y no me llames así —dice—. Aquí, no.

—Claro. Lo siento.

—¿Qué nombre adoptaba mi hermano?

Me entran ganas de no decírselo, porque durante un breve instante me preocupa que quiera llamarse igual, y la personalidad secreta de Corrick es algo valioso que solo me pertenece a mí. Pero es una estupidez y estoy demasiado cansada para pensar en una buena mentira.

—Wes. Weston Lark.

—¿De verdad? —El rey se sobresalta y suelta una suave carcajada —. Supongo que no debería sorprenderme.

—¿Por qué?

—Porque así se llamaba cuando huíamos a la Selva de pequeños. —Guarda silencio unos segundos, probablemente recordando su infancia—. ¿Sabes que…? Bueno, imagino que no. Weston y Lark eran los nombres de los sabuesos de Padre.

—¿Se puso el nombre de dos perros? —Me echo a reír aunque no quiera.

—Exacto.

—¿Cómo te llamabas tú?

—Sullivan, por el caballo más rápido del establo. Corrick solía acortarlo y llamarme Sully.

El caballo más rápido del establo. Suerte que consigo contenerme, porque me iba a burlar. Vaya par.

Esa idea, cuando me golpea, por algún motivo me sorprende. Lo he visto una docena de veces desde que me colé en el palacio, pero la cercanía que comparten sigue siendo asombrosa. Es el rasgo más humano de los dos. Es el rasgo más… amable de los dos.

—Dime en qué piensas —tercia Harristan, y le respondo porque no lo ha verbalizado como si fuera una orden.

—Estaba pensando en que el pueblo podría quererte —murmuro —. Aunque enferme.

Me mira fijamente y no responde.

Con las mejillas coloradas, mantengo la vista al frente.

—Estaba pensando en que no sois dos personas horribles, en realidad no. Y él no es cruel. No sé qué supuso para vosotros perder a vuestros padres, pero sé qué supuso para mí perder a los míos. No me imagino tener que… que gobernar un país después de eso. Cuando mis padres murieron, odié a la patrulla nocturna. ¿A quién odiabais vosotros? ¿A todos los del palacio?

—Sí —contesta. Sus ojos ahora están en la sombra, pero el recuerdo de la pérdida es casi palpable en el aire nocturno—. Bueno. A casi todos.

A Corrick, no.

Alargo el brazo y le toco la mano para darle un empático apretón.

Es un acto reflejo, lo que le haría a Corrick… o a cualquiera, de hecho.

Pero el rey me mira sorprendido, y lo suelto.

—Perdona, maj…, digo, Sully. Sullivan.

Trago saliva con dificultad.

El rey no dice nada. Thorin, que camina detrás de nosotros, no dice nada.

Cuando mis padres murieron, yo tenía a Corrick. En cierto modo, él tenía a Quint y luego me tuvo a mí.

Corrick le ocultó muchísimas cosas a su hermano. Para protegerlo, sin duda, pero los secretos alzaron una barrera entre ellos. Cuando sus padres murieron, me pregunto a quién tenía Harristan. Me pregunto si tenía a alguien.

En cuanto lo miro de nuevo, veo que sigue contemplándome.

—Soy el rey —exclama—. No merezco darle lástima a nadie.

—No me das lástima.

—Qué mal mientes, Tessa. —Niega con la cabeza y mira hacia delante, pero se detiene tan en seco y tan de repente que Thorin desenfunda una espada detrás de nosotros.

Pero el rey se limita a observar. Hemos llegado al claro que hay delante de las puertas. Está desierto…, lo cual no es sorprendente siendo noche cerrada. Del interior del sector, más lejos, oímos gritos y aullidos. Pero aquí las puertas no se encuentran sobre sus goznes: están en el suelo, tumbadas como dos moles de acero. El puesto del vigía está vacío.

Los cuerpos que antes colgaban de las puertas han desaparecido, y han sido sustituidos por unas sábanas blancas gigantescas con una palabra pintada.

«Sublevación».

—Esperaba que hubiera guardias —dice el rey Harristan. Se gira hacia Thorin—. Consejo.

El guardia no invierte ni un segundo de más en reflexionar.

—Podemos ir por calles laterales, aunque no sabemos cuánto daño habrán hecho al sector. Quizá haya saqueadores. —Hace una pausa—. No me gusta la idea de ir a pie. Podríamos ir a buscar caballos a la

caballeriza Fosters, pero no queda lejos del palacio y sería arriesgado si los rebeldes han llegado antes que nosotros.

—No creo que los rebeldes vayan a por los caballos —digo, y los dos se me quedan mirando—. En la Selva poca gente sabe montar. Y en ninguna de las zonas rebeldes en que he estado he visto indicios de caballos. —Me detengo—. A mí no se me ocurriría conseguir un caballo. Los de la Selva estamos acostumbrados a hacerlo todo por nuestra cuenta. También caminar.

El rey asiente.

—Hacia la caballeriza Fosters, pues.

CAPÍTULO CUARENTA

Corrick

Cuando me despierto, me late la cabeza tan fuerte que me entran ganas de arrancármela. La boca me sabe como si algo hubiera muerto dentro. Estoy desorientado, mi visión está un poco borrosa, pero reconozco las paredes del taller. Sobre la mesa hay tres velitas encendidas, y cuando me incorporo veo que Quint está medio dormido junto a la sombría chimenea.

Pero no hay nadie más.

—Quint —digo.

Se sobresalta y se yergue de inmediato, pero pone una mueca como si le doliera algo y se lleva una mano al costado.

—Corrick. Rocco nos ha traído agua del barril. Deja que…

—¿Dónde está Tessa? ¿Y Harristan? —Parpadeo en su dirección y procuro que mi cerebro se active—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás herido?

—Se han ido —me informa—. Tu hermano se ha ido a negociar con los rebeldes.

Me lo quedo mirando. Me obligo a pestañear dos veces.

—¿Sigo dormido o acabas de decir que mi hermano se ha ido a negociar con los rebeldes?

—Tessa se ha marchado con él para ayudarlo.

Me llevo una mano a la cara.

—¿Que qué? —Mis pensamientos se niegan a concentrarse—. ¿Nos ha dejado aquí solos?

—No, nos ha dejado con su guardia Rocco, que…

—¡Rocco! —lo llamo.

La puerta se abre casi de inmediato.

—¿Alteza?

—¿Sabes a dónde ha ido mi hermano?

—A intentar detener los ataques de los rebeldes.

—Lo que yo decía —rezonga Quint.

Debo frotarme los ojos. Al poco, por fin veo bien al guardia.

—Rocco, tenemos que volver al sector. Tenemos que ayudarlo.

Durante un breve instante, creo que se va a negar. Es miembro de la guardia personal de mi hermano, y jamás hará nada que pueda molestar a Harristan. Pero quizá esté tan preocupado por el rey como yo, porque responde: —Sí, alteza.

Me obligo a levantarme y la cabeza me da vueltas. Debo agarrarme a la mesa.

Rocco se acerca para sujetarme.

—Siento mucho que no vayas a disfrutar de la noche tranquila que esperabas. —Lo miro.

—No lo esperaba.

—Ah, mejor —digo—. Quint, ¿vienes con nosotros? Vamos a tener que encontrar caballos.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Tessa

No estaba equivocada. La caballeriza está intacta. Aquí las calles están desiertas, pero el olor a humo espesa el aire. Veo un resplandor rojizo detrás de los edificios más cercanos. Los focos han dejado de moverse por completo. Esperaba que la patrulla nocturna barriera las calles, o que hubiera soldados, pero quizá se han dirigido todos hacia el palacio. No hay nadie, ni siquiera en los establos.

—La gente tiene miedo —dice Harristan cuando se lo comento.

Es la gente más rica de Kandala, pero se esconde de los más pobres. Todo este tiempo he creído que los que vivían en este sector eran los más poderosos, pero a lo mejor no es así. Todos tenemos poder.

No sé montar, pero Harristan pasa una pierna por encima del lomo de un pequeño palafrén negro y me levanta para que me siente detrás de él. No quiero hacer nada que sea inapropiado, pero el rey espolea al caballo y nos lanzamos hacia delante, así que le agarro la cintura en un gesto automático.

—No dejaré que te caigas —me asegura, pero no es ningún consuelo al ver que nos precipitamos por las calles adoquinadas a una velocidad de vértigo. Levanto la vista.

Thorin galopa delante y es casi invisible sobre su caballo. Tal es la oscuridad. Solo llevo unos pocos días en el palacio, pero ya casi me había olvidado de qué aspecto ofrece el Sector Real en plena noche. Todo es de un silencioso gris, sin colores. No estamos demasiado lejos de las murallas, y tardo unos segundos en darme cuenta de que no nos estamos dirigiendo hacia el palacio.

—¿A dónde vamos? —digo.

—Vamos a acercarnos al palacio desde el norte —responde el rey—. Rodearemos el Círculo rumbo al puesto militar. Es nuestra mejor opción para encontrar guardias y soldados.

—¿Crees que te van a escuchar si te presentas acompañado de un ejército?

—¿Crees que me van a escuchar si estoy muerto?

Quiero mostrarme en desacuerdo, pero no puedo. Estaba en el palacio cuando atacaron. El rey y su hermano quizá hayan cometido atrocidades, pero el asalto al palacio no es mejor.

Pienso en todas las personas inocentes del palacio. La gente invisible. La amable sonrisa de Jossalyn se ilumina en mi cabeza, y se me entrecorta la respiración.

Sé que los rebeldes pelean para lograr un cambio, pero ya tienen la atención de Harristan. Ahora es el momento de construir un mejor camino. No… esto.

—No llores todavía —dice Harristan, pero su voz es más prudente que amable—. Hemos llegado hasta aquí.

Me recuerda al tono jocoso de Corrick la noche en que cenamos en el Círculo. «Si te pones a llorar, me veré obligado a consolarte».

Los gritos se han intensificado, y Harristan detiene al caballo. Alarmada, levanto la vista, pero esta calle está tan desierta como las demás.

Y entonces veo los cuerpos, y me quedo sin aire. Un hombre y una mujer, desplomados en el umbral de una casa. Por el aspecto de sus ropas, son ricos. La sangre ya ha formado un charco sobre los adoquines. La mujer abraza al hombre de tal manera que me hace pensar que estaba intentando protegerlo… o salvarlo. Les han rebanado el cuello.

Thorin mira hacia el rey y Harristan alza una mano y hace un gesto circular. El guardia asiente y se dirige hacia las sombras. La oscuridad enseguida lo engulle.

El rey no ha proferido ni un ruido, así que yo tampoco. Seguro que oye mi temblorosa respiración, así como yo oigo los regulares latidos

de su corazón o cómo a sus pulmones les cuesta tragar cada bocanada de aire. Estamos tan quietos y callados que, cuando el caballo de Thorin regresa trotando por una de las calles laterales, doy un salto y suelto un gemidito, con lo cual nuestro palafrén da un respingo y cabriola. Fiel a su palabra, Harristan no pierde el control del animal, pero yo redoblo el agarre con que me sujeto a su cintura.

—Los rebeldes han tomado el Círculo. —La voz de Thorin es un susurro—. Han capturado a rehenes. Varios de los cónsules y media docena de cortesanos y consejeros. El ejército no puede acercarse.

—¿Cómo defienden el espacio? —se interesa Harristan.

—El fuego los rodea. Tienen pequeñas armas que parecen explotar con trozos de metal y cristales cuando las lanzan. Las bajas son numerosas.

Cierro los ojos y procuro tragar saliva.

Sé lo que he dicho acerca de prender la mecha de los explosivos, pero ojalá pudiera retirarlo.

Quiero volver a la Selva. Quiero volver con Corrick.

Quiero que volvamos a ser Wes y Tessa.

Pero todo el mundo estaba enfermo. La gente moría. Todo parecía estar mal.

Esta situación no es mejor.

Respiro hondo y enderezo la espalda.

—Paremos esto —le murmuro al rey.

—Vamos. —Se aferra al caballo y echamos a galopar.

Oír hablar a Thorin sobre la carnicería era radicalmente distinto a verlo con mis propios ojos. Los cuerpos se acumulan en el suelo a medida que nos acercamos al Círculo. Las llamas son gigantescas y llenan el aire de luz y de humo. Los rebeldes no dejan de avivarlas, con lo cual el fuego escupe chispas al aire nocturno. Las lámparas que tan bonitas me parecieron cuando Corrick y yo cenamos allí están encendidas, y proyectan colores estridentes sobre los rostros de los rebeldes subidos

a la plataforma. Hay cientos de ellos.

En el extremo de la tarima, hay dos docenas de personas de rodillas. Muchas están heridas o sangrando.

Todas ellas están atadas y tienen una espada o la punta de una ballesta apoyada en el cuello.

Es una macabra recreación de la ejecución que Corrick esperaba llevar a cabo.

Cientos de soldados aguardan fuera del alcance de los explosivos.

—Nos vais a traer al rey —grita uno de los rebeldes. Lanza algo que resplandece bajo el fuego pero que explota cuando se estrella en el suelo, y que provoca una lluvia de cristales y de acero llameante. Los soldados que están más cerca a ellos retroceden.

—¡Al rey y a su hermano! —chilla una mujer.

Harristan guía al caballo bien lejos de las llamaradas. En cuanto los soldados reparan en nuestra presencia, una docena de ballestas se dirigen hacia nosotros.

—Quietos —les dice Thorin, y no habla en voz alta, pero lo suficiente para evitar que alguien apriete el gatillo—. Estáis en presencia del rey.

Las armas bajan de inmediato. Los soldados nos miran y luego contemplan las llamas.

—Empezaremos matando a los cónsules —grita el rebelde, y me doy cuenta de que parece Lochlan—. Nos vais a traer al rey.

—Si empezáis a matar a los cónsules —brama un soldado—, nos quedaremos sin motivos para no atacar.

—¡Traednos al rey! —chilla otro rebelde—. ¡Traednos al rey!

Enseguida todos entonan el cántico. Más explosivos vuelan por los aires.

Un soldado da un paso hacia nosotros.

—Majestad —dice—. Permítanos que lo llevemos a un lugar seguro. Pretenden matarlo.

—No lo han ocultado en ningún momento. —Harristan pasa una pierna por encima del cuello del caballo y baja al suelo—. Traedme una armadura. —Me tiende una mano—. Y otra para Tessa también.

—¿Una armadura? —pregunto. Sin embargo, los soldados están acostumbrados a acatar órdenes, y ya me están colocando una plancha de acero sobre el pecho para ponérmela en su sitio. El calor del fuego es intenso y las gotas de sudor me caen sobre los ojos. La armadura no ayuda. Me tiembla la respiración.

Los rebeldes no han dejado de cantar. «¡Traednos al rey! ¡Traednos al rey!».

—¡Os he avisado! —grita Lochlan.

Una ballesta dispara una flecha. Uno de los prisioneros se convulsiona antes de desplomarse. Me quedo sin aire.

—Es Craft —dice uno de los soldados—. El cónsul Craft.

Los demás rehenes empiezan a chillar. Muchos, a suplicar.

El ejército parece tomar aire al unísono, los hombres están preparados para repartir violencia.

—¡Esperad! —grita Harristan.

Esperan, pero se remueven descontentos.

La expresión del rey es tan dura como el granito, y sus ojos, de hielo. Me mira.

—¿Amnistía, Tessa? ¿En serio?

—¿Quieres que te perdonen o no? —Trago saliva con dificultad.

Me observa fijamente, y entonces recuerdo cuando me dijo: «Para la patrulla nocturna es lo mismo».

—No todos los rebeldes merecen el perdón —digo—. Pero no todos los cautivos merecían el castigo.

—¡Traednos al rey! —gritan los rebeldes—. ¡Traednos al rey!

Harristan aprieta la mandíbula, pero finalmente asiente.

—He aceptado tus términos. Ven. Hagamos que nos crean.

Cuando echa a andar, yo camino a su lado. Los hombres de su ejército se separan para dejarnos un camino libre. El rugido de los rebeldes es potente y me retumba en los oídos paso tras paso.

Tan pronto como llegamos a la primera fila de los soldados, Harristan se detiene. No me imaginaba que el calor pudiera llegar a ser más intenso, pero me equivocaba. El fuego rabia alrededor de los rebeldes, y veo gotas de sudor en las caras de los rehenes. Reconozco a

la consulesa Cherry y al cónsul Pelham, de quienes Corrick sospechaba, pero están aterrorizados. No reconozco al resto de los rehenes…, pero sí a muchos de los rebeldes. Se me atasca el corazón en la garganta.

—¡Traednos al rey! —chillan los rebeldes.

—¡Aquí estoy! —responde Harristan a gritos.

La conmoción es palpable, incluso entre el ejército. Es evidente que no todos los soldados se habían dado cuenta de que estábamos aquí. Los rebeldes guardan silencio durante un buen rato, y luego exclaman vítores.

Y el cántico que entonan cambia.

—¡Matadlo! ¡Matadlo! ¡Matadlo!

—Si me matáis, no os podré ayudar —grita él.

Arrojan una de las bombas relucientes, y el rey me aparta varios pasos antes de que estalle en el suelo. Los cristales y las esquirlas de acero se desparraman sobre los adoquines.

—Te toca. —Harristan me mira.

Se me detiene el corazón en el pecho. No sé cómo hacerlo. No soy nadie. Esto es distinto a cuando atacaban a Corrick. Entonces éramos él y yo. Esto es… una revolución. No sé cómo parar una revolución.

Pienso en lo que me ha dicho el rey: «Es mucho más fácil iniciar una guerra que ponerle fin».

Respiro hondo para tranquilizarme y doy un paso adelante.

—¡Por favor! —grito—. ¡Por favor, escuchadle! Me conocéis. ¡Sabéis lo que he hecho por todos vosotros!

«¡Matadlo! ¡Matadlo! ¡Matadlo!».

—¡Por favor! —chillo—. Está dispuesto a ofrecer amnistía. Está dispuesto a indultaros a todos. Está dispuesto a ofreceros un cambio.

—¡Matadlo! —siguen bramando.

—¡Ha venido aquí para dialogar! —Jadeo y me atoro con los latidos de mi corazón, consciente de que ahora hablo entre lágrimas. Hay rebeldes con ballestas apuntadas hacia nosotros, pero doy otro paso adelante—. Por favor. Por favor, parad esto.

Un hombre baja de la plataforma y se detiene justo al otro lado de

las llamas. A través de la neblina de humo y fuego, distingo sus rasgos. Es Lochlan. Lleva una ballesta y me apunta directamente.

Levanto las manos y respiro hondo entre temblores.

—Por favor —le digo—. Por favor, Lochlan. Ha venido aquí de buena fe. Por favor.

—Ha venido aquí porque estamos matando a sus cónsules.

—Como matéis a alguno más, mi propuesta de amnistía quedará revocada —dice Harristan detrás de mí.

—Menuda sorpresa. —Los ojos de Lochlan no se apartan de los míos—. Ya está cambiando las condiciones.

—Está intentando evitar que matéis a más gente. —Me aproximo a las llamas—. Que es lo que tú dijiste que querías conseguir.

—¿Entonces? ¿Volvemos a la Selva y él vuelve al palacio y todos seguimos muriendo? Va a ser que no. —Su mirada se desplaza hacia Harristan—. No me fío de él.

—Pero sí que te fías de mí —digo, desesperada—. Sé que te fías de mí. —Miro hacia la multitud que se agolpa detrás de él—. Porque ellos se fían de mí. Y se fiaban de Corrick.

Se queda observándome a través del fuego. Por todos los delitos que ha cometido y por todo lo que le hizo a Corrick, debería odiarlo. Pero no puedo. Somos caras opuestas de la misma moneda.

—Demuéstralo —le dice a Harristan mientras se yergue.

—¿Cómo?

—Retira a tu ejército.

—Libera a vuestros rehenes.

—No.

—Pues no. —La voz de Harristan es como el acero.

Me giro para mirar hacia el rey.

—¿No puedes concederles nada? —le siseo—. ¿Por qué no le pides al ejército que se aleje un poco?

—He venido de buena fe, Tessa. Debemos llegar a un acuerdo.

—No te está disparando.

—No es idiota. Si me mata, el ejército los masacrará a todos. Depende de mi deseo por salvar a los cónsules. De hecho, es la única

ventaja con la que cuenta. —Harristan mira hacia Lochlan y alza la voz —. Haré que mi ejército se retire cincuenta metros si liberas a un rehén.

—Tienes arqueros —argumenta Lochlan—. Cincuenta metros no son nada.

—¿Estamos en un callejón sin salida? —Harristan extiende las manos—. Estoy dispuesto a escuchar vuestras exigencias.

—Queremos medicinas —dice Lochlan—. Medicinas para todo el mundo. Queremos sobrevivir.

Harristan titubea.

Siempre ha sido el quid de la cuestión. Lochlan no lo entiende. Yo no lo entendía.

—¿Eso es un «no»? —pregunta Lochlan.

—No puedo prometeros medicinas —dice Harristan—, pero…

—No vas a mover a tu ejército. No vas a prometernos medicinas. —Lochlan da un paso atrás y mira hacia los rebeldes que custodian a los rehenes—. Disparad a otro.

—¡No! —chillo, pero es demasiado tarde. La flecha ya ha rasgado el aire.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Corrick Conseguimos encontrar caballos en las afueras del Sector Real, pero el ejército nos detiene antes de que nos acerquemos a Tessa y a Harristan.

Oímos sus gritos a los rebeldes.

Oímos el silbido de la ballesta cuando Lochlan dice:

—Disparad a otro.

El ejército se adelanta, pero Harristan les dice que se estén quietos. La tensión de su voz es intensa. Antes he visto caer a Leander Craft, el cónsul de Ciudad Acero. Esta vez es una joven con camisón, y tardo unos instantes en reconocerla. Es la «sobrina» que Quint vio con Jonas Beeching, dato que se confirma cuando Jonas chilla de rabia.

Es un golpe calculado. Otro rehén muerto, pero no un cónsul.

Tiro de las riendas de mi caballo y miro hacia Quint y Rocco. Quint está un poco pálido y se agarra el costado. Me dirijo hacia uno de los soldados.

—Ayuda a bajar del caballo al intendente Quint. Necesita a un médico.

—Sí, alteza.

Quint no protesta, algo que me dice que está más herido de lo que aparenta.

—Vamos —le indico a Rocco.

—¿A dónde?

—Harristan no va a conseguir ningún avance así. Necesita algo tangible que ofrecerles.

—¿Qué les puede ofrecer? Los cónsules ya han sido tomados como rehenes.

Espoleo a mi caballo.

—No todos.

Muchos de los guardias del presidio han abandonado sus puestos, ya sea por miedo o por necesidad, pero unos cuantos permanecen ahí. La cárcel está oscura y silenciosa cuando bajo las escaleras cojeando hacia el nivel inferior, donde Allisander está encerrado en una celda.

En cuanto me ve, enseguida se levanta.

—Corrick —me espeta—. Qué ganas tengo de verte colgando de una soga.

—Lo mismo digo —respondo—. Rocco. Entra en la celda y pártele los brazos.

Allisander se tambalea para alejarse de los barrotes tan deprisa que tropieza con sus propios pies y cae al suelo. Debo de haber sonado muy convincente —o quizá sea la evidente predisposición de Rocco—, porque el cónsul no deja de arrastrarse hacia atrás por la paja.

—Basta —digo, y Rocco se detiene con una mano en la puerta de la celda.

Allisander se queda petrificado y luego se pone en pie. Si sus ojos mataran, ahora mismo yo estaría muerto.

Pero recuerdo que Tessa y Harristan están enfrentándose a los rebeldes y quiero romperle los brazos yo mismo. Me aferro a los barrotes de la celda y le sostengo la mirada.

—Has dicho que te habías aliado con otros cónsules para derrocar a Harristan. ¿Con quién?

—No pienso decirte nada.

—¿Te acuerdas de que me preguntaste si torturo a los prisioneros

durante los interrogatorios? —le pregunto, y siento la familiar brisa fría que me revuelve los pensamientos, el viento que me permite hacer cuanto debe hacerse. Con Allisander, casi no la necesito—. ¿Te gustaría comprobarlo?

Da un paso hacia delante como si fuera a golpear los barrotes, pero Rocco ya ha cruzado la puerta y lo detiene antes de que me dé tiempo a parpadear siquiera.

Le retuerce a Allisander el brazo izquierdo en la espalda, probablemente empleando un poco más de fuerza de lo necesario, pues el cónsul jadea y suelta una exhalación entre dientes.

Al ver la cara de Rocco, no creo que yo sea el único que no soporta a este hombre.

—Dímelo —insisto.

—No.

Mis ojos se clavan en Rocco.

—Pártele un dedo.

El guardia se mueve y Allisander suelta un grito antes de poder tomar aire. Una capa de sudor le perla la frente.

—Voy a colgarte de mi propia puerta, Corrick.

—Pártele otro. —No aparto los ojos de él.

Esta vez, el crujido es audible. Veo sangre en los dientes de Allisander. Debe de haberse mordido la lengua.

—Que me lo digas.

Me fulmina con la mirada, mientras respira de forma acelerada e irregular.

—Otro —le indico a Rocco.

—¡Ya vale! —grita Allisander. Casi se ha puesto de rodillas—. ¡Con Leander Craft! ¡Con Lissa Marpetta!

Lo de Lissa no me sorprende en lo más mínimo. Leander está muerto sobre la tarima del Círculo, así que tampoco me preocupo demasiado por él.

—¿Qué sabes sobre Arella y Roydan? —prosigo—. ¿Qué están haciendo?

El cónsul resopla, y me pregunto si Rocco le está aplicando presión

en otra extremidad.

—No lo sé —se apresura a responder—. No lo sé.

—Rómpele otro dedo…

—¡No! —jadea—. Corrick, lo juro. Te lo juro. Arella ha repasado algunos documentos de Tierras del Tratante con Roydan.

—¿Qué clase de documentos?

—Registros de envíos. Es lo único que sé.

Registros de envíos. No me parece tan importante como para proceder a reunirse en secreto.

—¿Son ellos los que financian los ataques?

—¡No! —Gime antes de tragar saliva—. O sea… No lo sé.

—La consulesa Cherry no frecuenta demasiado al cónsul Sallister —puntualiza Rocco.

Es cierto. Arella y Allisander obviamente no son amigos.

—¿Sabes qué ha ocurrido mientras tú estás aquí encerrado? —le digo.

—No. —Nuevas gotas de sudor aparecen sobre su frente.

—Los rebeldes han atacado el palacio. Han tomado como rehenes a los demás cónsules. Harristan está intentando negociar con ellos para que los liberen.

Su reacción… no es lo que esperaba. Me mira consternado.

—¿Han atacado el palacio?

—Sí. Leander Craft está muerto. La sobrina de Jonas Beeching también. Seguro que han muerto más mientras seguimos aquí de cháchara. —Hago una pausa—. Deberías darme las gracias por haberte encerrado.

—Se suponía que no iban a atacar el palacio.

El impacto de esas palabras tarda unos instantes en golpearme.

«Se suponía que no iban a atacar el palacio».

—Allisander —le espeto—. ¿Qué has hecho?

No me responde. Rocco hace un gesto y el cónsul suelta un grito.

—Por favor —gimotea—. Se suponía que iban a atacar las caravanas de provisiones. Leander era un buen hombre. Se suponía que no iban a llegar hasta el Sector Real.

—Tú… —Me lo quedo mirando fijamente—. ¿Has estado colaborando con los rebeldes? ¿Para atacar tus propias caravanas de provisiones?

—Unas cuantas medicinas por aquí y otras por allá —dice—. Harían lo que fuera para conseguirlas, Corrick. En realidad, fue fácil, y luego…

—Pero… —Quizá estoy demasiado cansado o demasiado herido o demasiado sobrepasado por la situación, pero mi cerebro no le encuentra ningún sentido—. Pero ¿por qué?

—Porque Harristan no aceptaría un incremento de los precios si mis envíos no corrieran peligro.

Debo dar un paso atrás para alejarme de los barrotes.

Me entran ganas de matarlo con mis propias manos.

—¿Lo has hecho por dinero?

—No. Lo he hecho porque esta vez sí que podría obligarlo a que me diera lo que le pedía.

Me quedo petrificado.

—He visto cómo manipuláis a los cónsules —me dice—, nos obligáis a pediros fondos. Lo vi cuando era un muchacho y pedimos una parte de las tierras de Lissa.

—¡Era tu amigo, Allisander!

—No. No era mi amigo. Un amigo no me habría humillado delante de media corte. Un amigo habría encontrado una manera de salvarme el culo delante de mi padre. Harristan no es amigo de nadie, Corrick. Ni siquiera tuyo. De lo contrario, no te habría dejado pasar un día entero en la prisión.

Mis dedos aferran los barrotes con fuerza.

—¿Sabes cuánto tuve que convencerlo para que te acusara? —me suelta. Se inclina y su voz se vuelve malvada—. No tardé nada.

Tengo que sacarme de encima las dudas que me está metiendo en la cabeza. Sé cuál es mi papel. Sé lo que he hecho.

Y empiezo a ver con claridad lo que ha hecho Allisander.

Pienso en los prisioneros que íbamos a ejecutar, los que lideraba Lochlan. No paré de decir que no estaban organizados, porque no lo

estaban. Eran personas inocentes metidas a contrabandistas por culpa de Allisander, un hombre que desde el otro lado exigía que se les castigara.

Le ha dado dinero y medicinas a gente desesperada. Los ha apremiado a rebelarse cuando menos necesario era que los apremiara. Y les ha proporcionado los medios para ello.

Pienso en los pétalos que repartió Tessa antes de las explosiones del palacio. Me pongo las manos sobre la boca y obligo a mi cerebro a atar cabos.

—Ni siquiera les has dado a los rebeldes medicinas de verdad —murmuro.

—¿Por qué iba a desperdiciar medicinas de verdad? —argumenta —. Lissa lleva muchos años enviándoos esas otras al palacio.

Sobresaltado, doy un paso atrás. Lissa, la que nunca exige nada. Lissa, la que siempre está contenta de mantener el *statu quo*.

Lissa, la que en el salón intentó convencerme para que no me fiara de Tessa. No tenía nada que ver con que fuera una chica de la Selva.

Tenía que ver con sus conocimientos, y con la información, y con el acceso a todo lo que Lissa ha hecho mal.

Es justo lo que comentaba Tessa antes de que los rebeldes atacaran el palacio. Las dosis que recibimos no son completas. Normal que en el palacio debamos tomárnoslas tres veces al día.

Normal que Harristan siempre haya estado a punto de caer enfermo.

—Tú iniciaste esta revolución —le digo a Allisander—. Por mezquindad y por venganza.

—Todos hemos ayudado a iniciar esta revolución —me espeta—. Tú también, alteza. Tú, el justicia del rey. Yo les he dado los medios. Tú les has dado los motivos.

Me encojo. No puedo evitarlo.

Pero entonces respiro hondo y lo miro a los ojos. No puedo enmendar lo que ya se ha hecho, pero quizá sí que puedo ayudar a poner fin a lo que está ocurriendo.

—Los rebeldes no van a ceder ante Harristan. El rey no puede

prometer acceso a las flores de luna, no cuando tú te niegas a hacer envíos que corren peligro.

—Me trae sin cuidado si Harristan cae por los rebeldes o por los cónsules —dice Allisander—. De una forma o de otra, tu hermano no ostentará el poder mucho más tiempo.

Golpeo los barrotes y el sonido metálico reverbera por toda la cárcel.

—¿No me has escuchado? —le digo—. ¿No me has entendido? Van a matar a los demás cónsules. Han prendido fuego al palacio. Si no encontramos una manera de resolver el desastre que has ayudado a crear, no habrá Sector Real que gaste dinero en tus preciosos envíos.

Allisander palidece al oírlo.

—No pienso negociar con los contrabandistas —afirma.

—Ya lo has hecho. Y no quiero negociar. Quiero medicinas, y muchas. Harristan debe poder ganar algo de tiempo.

—Rotundamente no. No vais a recibir ni un solo pétalo…

—Cierra el pico. —Miro hacia Rocco—. Tráelo.

Rocco saca a Allisander de la celda a rastras. El cónsul grita y se retuerce durante todo el camino, pero el guardia es impasible y permanece impertérrito, incluso cuando nos disponemos a subir las escaleras.

Pienso en Tessa y en Harristan, que están enfrentándose a los rebeldes. Pienso en Arella Cherry, que a menudo rogaba misericordia, aunque eso cada vez le hiciera ganarse la enemistad de los demás cónsules. Pienso en Jonas Beeching, que suplicaba más dinero, y en cómo Allisander lo acusó de engañar al sistema para comprar más medicinas.

Y en todo ese tiempo Allisander intentaba inflar los precios.

Debería decirle a Rocco que lo lance por las escaleras.

Cuando salimos de la cárcel, Allisander se calla. No sé si es por el humo del aire o por el hecho de que ha visto que el ala este del palacio sigue en llamas, pero me alegro de que algo le haya cerrado la boca.

—¿Lo han hecho ellos? —pregunta con voz entrecortada.

—Con los medios que les has dado tú —le espeto.

Rocco le ata las manos mientras yo monto en mi caballo, y en ese momento agarro la cuerda y le doy un tirón, con el que estoy a punto de derribar a Allisander.

—Camina —le digo.

—De ninguna de las maneras…

—Tú mismo. —Hago un nudo con la cuerda en el borrén de la silla de montar y espoleo al caballo. La cuerda se tensa de inmediato.

Allisander suelta una maldición, trastabilla y casi cae al suelo, pero debe de pensar que es mejor caminar que ser arrastrado.

—¡Es una extorsión! —me grita, enfadado.

—Medicinas —me limito a repetir—. ¿Cuántas puedes proporcionar?

—Ni una.

Miro hacia Rocco.

—¿Te apetece echar a galopar? —Levanto las riendas y el caballo empieza a cabriolar, impaciente.

—Vale —chilla Allisander—. Una semana de medicinas.

—Ocho semanas.

—No puedo proporcionar ocho semanas de medicinas para toda Kandala… —Pero calla al pasar junto a un par de cuerpos tendidos en la calle. Dos miembros de la patrulla nocturna. Uno ha recibido una flecha en el pecho, mientras que el otro parece que haya sido objeto de un golpe de hacha en la cabeza. Los tejidos y los huesos resplandecen bajo la luz de la luna. Allisander se da cuenta de que está pisando sangre y seguramente otras cosas, y se aparta enseguida.

Su respiración se ha vuelto dificultosa y superficial. Es probable que eche de menos su adorado pañuelo.

—Hay más —le informo. Una decena de metros más adelante, nos encontramos con tres más. Una mujer, dos hombres. Una amplia mancha de sangre recorre una pared, negra en la calle sombría.

—Dos semanas —dice Allisander, y da la sensación de que las palabras se han visto obligadas a salir despedidas de entre sus labios.

—Seis —contraataco.

—Cuatro.

—Seis.

—¡Cuatro, Corrick! No puedo conseguir más que eso, y lo sabes.

—Sí. —Lo miro a los ojos—. Sí que puedes.

—Aceptaré seis si la consulesa Marpetta se compromete a lo mismo.

—Lissa suele hacer lo que tú… —Me callo. ¿Qué dijeron Lochlan y Karri en la cabaña cuando Tessa me estaba cosiendo la herida? «Un hombre y una mujer. Mucha gente los llama los benefactores». Creía que eran Arella y Roydan. Y Lissa fue una de los pocos cónsules que se marcharon del palacio antes del asalto al palacio—. Allisander, ¿Lissa está contigo en esto también? —exijo saber.

No responde. No hace falta.

—Seis semanas —le digo—. Y tendrás suerte si Harristan te perdona la vida cuando pase ese tiempo. —Doy un fuerte tirón a la cuerda—. Date prisa. Tenemos que detener una guerra.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

Tessa

Hemos retrocedido para colocarnos entre el ejército. Los rebeldes no han matado a más cónsules, pero parecen contar con un arsenal interminable de explosivos de cristal, porque se los lanzan a cualquiera que se les acerque. Han avivado las llamas para que se alcen aún más y sus cánticos pasan de «Matad al rey» a «Queremos medicinas» y viceversa.

Me he apartado un poco, mientras que el rey está rodeado de consejeros.

—Los arqueros podrían abatir a algunos —le está diciendo un capitán del ejército—, pero matarían a los cónsules antes de que pudiéramos salvarlos a todos.

Harristan se pasa una mano por la mandíbula. Su mirada luce dura y cansada.

No es necesario que lo diga, pero de todos modos soy consciente de la verdad. Si el ejército se abalanza sobre la plataforma, los rebeldes matarán a todos los rehenes.

Me quedo mirando el Círculo. Veo las sombras de la gente que pasea por la tarima. Deben de estar igual de cansados… y de asustados.

Me pregunto si Karri estará allí.

Me alejo del ejército, y nadie me detiene. Avanzo en silencio sobre los adoquines para detenerme delante de las llamas donde sé que espera Lochlan.

Una bomba de cristal sale volando entre el humo, y salto para

esquivarla. Aun así, varias chispas me golpean las faldas.

—¡Eh! —chilla un soldado, pero levanto las manos y me enfrento a las llamas.

—¡Lochlan! —grito—. Lochlan, por favor. Por favor, habla conmigo.

Las sombras se mueven y cambian de lugar, y entonces lo veo, aunque a duras penas.

—No tengo nada que ofrecerte —exclama.

—El rey quiere encontrar una solución —digo, desesperada—. Por favor. No quiere que se desate una guerra. Quiere ayudar.

—Ya ha tenido tiempo de ayudar.

—Os va a matar —grito—. ¿No lo entiendes? Os ha ofrecido todo lo que puede.

—Ya nos está matando —dice Lochlan, y oigo la correspondiente emoción bajo sus palabras—. Ya lo sabes, Tessa.

—Lo sé. Lo sé. —Y sí que lo sé. Ese ha sido siempre el problema. Nunca hay suficientes medicinas para todo el mundo—. Pero… a lo mejor…

—¿A lo mejor qué? —grita Lochlan—. ¿A lo mejor los ricos se saldrán con la suya y volveremos a lo mismo de antes? No, Tessa. No.

—No —grita una voz masculina detrás de mí, y debo mirarlo un par de veces para asegurarme de que se trata de Corrick. Está a caballo y lleva a un hombre atado a una cuerda.

Y entonces debo mirarlo tres veces, porque ese hombre es el cónsul Sallister.

—Tendréis medicinas —dice Corrick—. Ocho semanas. Proporcionadas por el mismísimo Allisander Sallister. Ha prometido ayudarnos a encontrar la forma de lograr que los pétalos de flor de luna estén al alcance de todos.

—He dicho seis —masculla Allisander, y Corrick le da una patada en el hombro.

—Díselo —lo urge Corrick—. Diles que garantizas ocho semanas de medicinas para todos los ciudadanos si aceptan el alto al fuego.

—Sí —grita Allisander—. Garantizaré ocho semanas de medicinas

para todos los ciudadanos.

Unas cuantas personas se han aproximado para sumarse a Lochlan en el extremo de la plataforma. Una se parece a Karri, y se acerca. Veo que entrelaza los dedos con los de él.

Vaya. En eso sí que no me había fijado.

—Ya estamos recibiendo medicinas —dice Lochlan—. De parte de los benefactores.

—¡Están contaminadas! —grito—. Están mezcladas con otra cosa. Os han engañado.

Un murmullo se alza entre la multitud, tanto entre el ejército que aguarda detrás de mí como entre la gente de la plataforma.

—Mientes —dice Lochlan, pero por vez primera le falla la voz.

—Seguro que os habéis dado cuenta —añado—. La misma Tris lo dijo, que la gente se ha vuelto más desesperada. —Se me quiebra la voz—. Las fiebres se han extendido aún más, ¿verdad? —le digo—. ¿Verdad?

Otro murmullo recorre la muchedumbre.

Un par de botas pisan los adoquines, y el rey en persona aparece a mi lado.

—Ocho semanas de medicinas. De medicinas de verdad. El tiempo suficiente para urdir un nuevo plan. Un plan mejor. —Hace una pausa —. Y no solamente me reuniré con mis cónsules. No sois los únicos a los que han engañado. Me reuniré con vosotros también. Con un consejo del pueblo.

Lochlan no se ha movido. No está mirando al rey. Me está mirando a mí.

Observo al rey.

—Amnistía —susurro.

Harristan respira hondo.

—Si liberáis a los rehenes y accedéis a marcharos del Sector Real en son de paz, retiraré a mi ejército. Os ofrezco amnistía hasta este mismo momento, pero ni un segundo más.

Lochlan mira a Karri y luego de vuelta a mí.

Pero sigue sin ceder.

Las sombras de la tarima se mueven al otro lado del fuego. Alguien se ha acercado a Lochlan. Al cabo de unos instantes, veo que se trata de Earle, acompañado por el pequeño Forrest. Me da un vuelco el corazón. Aquí hay demasiada violencia, demasiado peligro.

—Tessa —me llama Earle. Su voz retumba por encima de la multitud—. Cuando defendiste a Wes…, al príncipe Corrick…, comentaste todas las cosas que ha hecho por nosotros.

—Sí —asiento—. Sí, lo hizo por vosotros.

—En todo ese tiempo, seguía siendo el justicia del rey.

—Sí. —Debo tragarme el nudo que se me ha formado en la garganta. Se me rompe la voz. Percibo la súbita tensión que se ha apoderado del ejército. La situación volverá a salirse de madre. No tienen motivos para fiarse del rey Harristan ni del príncipe Corrick—. Sí. Lo sé.

—Pero tú no —dice Earle.

—¿Cómo? —Contengo la respiración.

—Tú eras… solo Tessa.

Una mujer se aproxima a ellos, y estoy a punto de no reconocerla por el hollín que le mancha las sudorosas mejillas. Es Bree, la joven viuda.

—Tessa. —Su voz no suena tan alta como la de Earle, así que me inclino para oírla—. Comentaste las cosas que ha hecho Wes. Pero… pero no te referiste a las cosas que has hecho tú. —Le falla la voz—. Le curaste el brazo a mi hijo cuando se lo rompió al caerse de un árbol. Me enseñaste a preparar una cataplasma.

—Salvaste a Forrest —añade Earle—. De la patrulla nocturna.

—Me cosiste la mano cuando me la corté con el hacha. —Otro hombre da un paso adelante.

—Me trajiste mantas cuando los ratones royeron las mías. —Una anciana.

Uno a uno, más rebeldes se acercan al borde de la tarima, cada cual anunciando algo que he hecho para ayudarlo.

—Nos diste medicinas.

—Me ayudaste a que naciera el ternero. Pensaba que iba a perder a

la vaca.

—Me enseñaste a aliviar una quemadura.

Me quedo sin habla y una lágrima me recorre la cara, pero los rebeldes prosiguen.

—Nos enseñaste a preparar las medicinas.

—Nos ayudaste a salvarnos.

—Aquí somos muchos. Y estamos aquí gracias a ti.

Alguien avanza por la calle adoquinada y se coloca junto a mí, y al desplazar la vista veo que es Corrick quien está a mi lado. Sus ásperos dedos agarran los míos.

—No os fiais de mí —exclama—. No espero que os fieis de mí. —Me mira con esos ojos azules embargados por la emoción—. Pero os fiais de Tessa.

—Yo me fío de Tessa —dice Earle.

—Yo me fío de Tessa —dice Bree.

Poco a poco, se convierte en un salmo que me constriñe el pecho y por cuya culpa me cuesta respirar. Tienen muchísima fe en mí… y están a punto de ser masacrados por el ejército si no bajan las armas.

Lochlan sigue observándome fijamente.

—Te fías del rey —me grita.

—Antes no me fiaba. —Hago una pausa—. Pero ahora sí. —Trago saliva—. Lochlan. Por favor. Aquí hay muchísima gente. No los pongas en peligro a todos, por favor.

—¿Amnistía? —dice Lochlan mientras mira al rey—. ¿Y ocho semanas de medicinas?

—Os doy mi palabra —asiente el rey Harristan—. Los cónsules son testigo.

—De acuerdo. —Suspira—. Espero que no hayamos sido dos idiotas. —Baja la ballesta. Los demás rebeldes hacen lo propio.

Durante un aterrador instante, Harristan no dice nada, y me pregunto si ha sido una trampa, si el ejército va a empezar a disparar a los rebeldes uno a uno.

Pero en ese momento el rey se gira hacia su ejército.

—Retiraos. Dejad que se marchen.

De repente, estoy mareada por el alivio. Me giro para mirar hacia Corrick. Sus ojos están llenos de dolor, y me doy cuenta de que no se apoya en la pierna herida y de que el corte de encima del ojo le está sangrando.

—No deberías estar aquí —le digo—. Estás herido.

Sus manos se colocan sobre mi cintura y tiemblan ligeramente, contradiciendo así la confianza de que hace gala.

—Alguien me dijo un día que deberíamos estar en la primera línea, no escondidos en las sombras. No podía dejar que solo Harristan y tú os lo pasarais en grande.

Se inclina para posar los labios sobre los míos, pero tan solo durante un breve instante antes de tirar de mí hacia él. Sus brazos me rodean la espalda con calidez y seguridad, pero noto que está agotado. Detrás de nosotros, el ejército se retira mientras las llamas se apagan y los rebeldes liberan a los rehenes.

La tensión inunda el aire que nos rodea, pero, por primera vez, una incierta esperanza la debilita.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Corrick El ala este del palacio ha sufrido daños por el fuego y por el humo, y es inhabitable, pero la zona oeste ha aguantado mucho mejor. Ha habido numerosas víctimas, pero, por la hora tardía del ataque, gran parte de los trabajadores del palacio ya se habían marchado a casa. Cuando regresamos al palacio con Tessa y los cónsules, me sorprende ver que Quint ya ha dado órdenes y ha preparado habitaciones antes de desplomarse en una chaise longue del salón, tenuemente iluminado.

Los cónsules van hacia sus cuartos, pero Harristan vacila en el pasillo. Está observando a Quint, dormido como un lirón hasta el punto en que casi babea y todo.

—Lo despierto —digo.

—No. Déjalo dormir. —Harristan me está mirando ahora.

No sé interpretar su expresión, si bien sus ojos son penetrantes. Puede que hayamos detenido a los rebeldes (de momento), pero hay muchas cosas que no nos hemos dicho. Quiero tumbarme junto a Quint en el sofá, pero me armo de valor.

Harristan toma aire, pero Tessa levanta una mano.

—Mañana —susurra.

Mi hermano cierra la boca y su mirada se clava en ella.

Tessa está a punto de titubear, pero al final se pone recta.

—Mañana, majestad. Por favor. Si…, mmm, si puedo añadirlo a mi lista de condiciones.

—Puedes, puedes —accede él.

Me la quedo mirando. Aun desgastada por la batalla y cansada por el viaje, está más guapa que nunca.

—¿Tu lista de condiciones?

Se ruboriza, y luego se muerde el labio.

Antes de que me responda, Harristan me da una palmada en el hombro.

—Ya la has oído, Cory. Mañana.

El mañana llega, pero Harristan no se presenta en mis aposentos. Tampoco al día siguiente. Me manda un mensaje para que descanse, me recupere, espere. Los guardias me han comentado que está reuniéndose con cada uno de los cónsules en privado a fin de hablar de los planes para pasar página. Lissa Marpetta se ha confinado en su sector y Harristan ha enviado un regimiento del ejército para que la traigan al palacio y para que responda por los pétalos de flor de luna fraudulentos.

El cónsul Sallister intentó marcharse, pero lo detuvieron en las puertas. Todos los mensajes que manda se examinan con lupa. Todos los envíos de pétalos de flor de luna se inspeccionan bien antes de

distribuirlos.

En los sectores, las tensiones no se han relajado. La gente tiene miedo de los rebeldes y teme que dejen de llegarle las provisiones de medicinas. En la ciudad hay un zumbido nervioso que no se parece al de antes.

Pero no oigo hablar de ataques. No oigo alarmas.

Tampoco oigo que hayan encerrado a nadie en el presidio. Nadie emplaza al justicia del rey.

Quint no me visita mucho, pero es porque está tan ocupado como mi hermano gestionando a los obreros y a los carpinteros y a los forjadores para reconstruir el ala este.

Tessa me visita a menudo. En cada pausa que hace en el tiempo que pasa con los médicos del palacio, en cada cena, en cada minuto libre. Le he enseñado a jugar al ajedrez y ha tardado poquísimo en ganarme una partida. Me ha contado que el boticario del palacio murió en el ataque, pero que se rumorea que colaboraba con Lissa Marpetta.

Me empapo de todos los chismorreos y me preocupo por mi hermano. Me preocupo por Kandala. Me preocupa que no encontremos la manera de pasar página, que lleguemos al final de las ocho semanas sin habernos acercado a una solución.

A Tessa le preocupa lo mismo.

Le mando a mi hermano mensajes, peticiones, preguntas.

Exigencias.

Su respuesta es siempre la misma: «Mañana».

Al principio, me ha agradado descansar.

En el séptimo día, ya no me duele el tobillo y la mayoría de mis heridas se han curado. Estoy dispuesto a ponerme la máscara y el sombrero para salir a los bosques como Wes, solo para hacer algo y dejar de aburrirme.

Cuando recibo otra negativa en mis aposentos —«Mañana, Cory, si hay tiempo»—, arrugo la nota y la lanzo a la chimenea.

Acto seguido, salgo al pasillo y me dirijo a su habitación.

Rocco está trabajando. Aunque los guardias de mi hermano nunca me han impedido entrar en los aposentos de Harristan, no sé si ahora

las cosas serán diferentes.

Pero Rocco me saluda con un asentimiento.

—Alteza. El rey está cenando con el intendente Quint.

—Estupendo. Me uniré a ellos. —Agarro el pomo de la puerta y la abro.

Harristan está hablando y Quint está escribiendo cuando irrumpo en la estancia. Los dos alzan la vista, sorprendidos.

—Alteza. —Quint se levanta de inmediato.

—Corrick —dice Harristan—. Te he mandado un mensaje para que nos reuniéramos mañana.

—Ajá. —Me acerco a la mesita y me sirvo un vaso de brandi—. Eso ya me lo has dicho varias veces.

—¿Debería irme para que pudieran hablar a solas? —pregunta Quint. Empieza a recoger los papeles.

—Sí —contesto.

—No —salta Harristan—. Corrick, nos veremos mañana…

—Soy el justicia del rey —le espeto— y la mitad de los cónsules han participado en una trama para cometer alta traición contra ti, Harristan. Debería estar presente en tus reuniones. —Me acerco y golpeo la mesa con el vaso—. Debería estar interrogándolos. Debería estar repasando sus registros y sus dosis y sus…

—Basta. —Harristan levanta una mano—. Tienes razón. El justicia del rey debería hacer todas esas cosas. —Hace una pausa, y no hay censura en su voz—. Pero, por lo que sé, ese papel te hacía infeliz.

Mi hermano habla en tono quedo, pero lleno de significado. La habitación parece inclinarse durante un segundo.

No sé qué decir.

No sé qué quiero decir.

Para mi desagrado, se me tensa el pecho y debo apartar la mirada.

Quint termina de recoger todos sus papeles.

—Pediré que traigan otro plato. —Al encaminarse hacia la mesa, sin embargo, se detiene a mi lado—. Antes de que fueras al Círculo con Tessa, te dije que solo podías ser el justicia del rey. —Hace una pausa —. Me equivoqué. Deberías ser Corrick. —Mira hacia Harristan y

luego de nuevo hacia mí—. Sobre todo aquí. Sobre todo ahora. Has hecho demasiado ya.

—Gracias, Quint. —Tengo que tragar saliva.

—De nada.

Y se marcha, y me encuentro a solas con mi hermano.

Respiro hondo y luego vacío el vaso de brandi de un trago. Me dirijo a la mesita para ponerme otro.

Harristan aparece a mi lado y me arrebata la botella de las manos.

—Cory.

—¿A quién vas a escoger en mi lugar? —digo, y mi voz suena más áspera de lo que pretendía—. ¿Sabes? Rocco es mucho más astuto de lo que pensaba, y no se inmutaría ante la violencia…

—No voy a sustituirte.

—Ah, entonces ¿vas a dejar que me pudra en mis aposentos?

—No. —Suspira—. Intentaba ver si era capaz de entender en qué consiste lo que haces.

—¿A qué te refieres? —Me quedo paralizado.

—Me refiero a que he interrogado a los cónsules. He ido al presidio. He estado…

—¿Has ido al presidio?

—Sí. Tenías razón: los prisioneros blanden las sillas como si fueran armas.

Aunque no quiera, su comentario me hace reír.

—Te lo dije.

No me sonríe. Sus ojos buscan los míos.

—No te voy a sustituir. Pero no quiero volver al *statu quo.* No quiero esconderme detrás del justicia del rey.

—Nunca te has escondido, Harristan.

—Padre sí lo hacía. —Se detiene—. Y me pregunto si en parte por eso los mataron. —Hace otra pausa—. Hay muy pocas personas en el palacio en quienes confíe. Nunca te sustituiría.

Esa frase no parece completa, así que enarco una ceja.

—¿Pero…?

—Pero… no quiero pensar que debas ocultarme lo que quieres

hacer de verdad. —Su tono se vuelve más afilado—. No quiero pensar que vas a mentirme.

Trago saliva y aparto los ojos. Recuerdo el momento en el presidio cuando Allisander afirmó que mi hermano no era mi amigo, que me había dejado pasar un día entero en la cárcel. No le faltaba razón en eso, pero las decisiones que me llevaron a la prisión no las tomó Harristan. La culpa era solo mía.

—Perdóname.

Mi hermano duda y luego alarga un brazo para revolverme el pelo, como lo hizo en el presidio.

—Estás perdonado.

Pongo los ojos en blanco y me aparto.

—Entonces…, ¿ya no quieres que vuelva a ser Corrick el Cruel?

—Hay demasiados rumores y demasiada inquietud. —Pone una mueca—. Si una mínima parte de lo que se dice es cierto, creo que tendrás un montón de oportunidades para ser Corrick el Cruel. Pero… nos hemos concentrado en los delitos de quienes tienen poco, de quienes cometen esos crímenes movidos por la desesperación. La verdadera insurrección se estaba gestando aquí, en el Sector Real. Entre nosotros.

—¿Se te ha ocurrido alguna idea?

—Se lo estaba contando a Quint antes de que entraras como un vendaval. —Suspira y se sirve un vaso de brandi, y luego me da una palmada en la mano cuando intento agarrar la botella—. Sigo sin saber por qué Roydan y Arella se han reunido en secreto para repasar registros de envíos. Y habrá que hacer algo con el sector de Leander Craft. No puede haber dos sectores sin cónsul. Los explosivos salieron de Tierras del Tratante, así que deberemos averiguar cómo los sacaron de allí. Sospecho que hay más traidores entre nosotros, no solo Allisander. —Se pasa una mano por el pelo—. Habrá que designar a alguien para que supervise…

Llaman a la puerta.

—Majestad. La comida que han pedido —anuncia un guardia.

Sonrío a mi hermano.

—Pongámonos a trabajar.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Tessa Una semana después de la rebelión, el rey Harristan me acompaña hacia una nueva habitación del palacio.

—No es demasiado lujosa —dice cuando un guardia abre la puerta —. Como me pediste.

Casi se me salen los ojos de las órbitas. Es más lujosa que cualquier sitio en que haya vivido, incluida la pequeña estancia donde me he quedado desde que los rebeldes bombardearan el palacio. Está muy cerca de la habitación de Corrick, y ya solo el pasillo es tan ostentoso que me da la impresión de que por aquí siempre tengo que susurrar. El cuarto es tan gigantesco que no soy capaz de verlo entero de una sentada. Mármol resplandeciente y madera brillante y cuadros lujosos y una cama del tamaño de un océano. Es tres veces más grande que la habitación Esmeralda, donde pasé la primera noche después de colarme en el palacio. Es demasiado suntuosa. Demasiado grande. Demasiado todo.

Obviamente demasiado grande, y bien que lo sabe el rey.

O… quizá no. Tal vez esa sea una parte del problema. No solo suyo. También de los miembros de las élites.

—Es preciosa —digo con voz vacilante—. Es decir, es…

—Corrick y yo hemos hablado sobre los cónsules, la rebelión y cómo proceder a partir de ahora. Sospechamos que Allisander y Lissa no son los únicos que estaban urdiendo un plan contra la corona, así

que no pienso invitar a ningún otro cónsul a quedarse en el palacio. Todavía no hemos detenido la revolución, Tessa. Tan solo… la hemos retrasado un poco.

—Sí, majestad. —Lo miro a los ojos.

—Como no nos podemos fiar de los cónsules —continúa—, cuando no estés trabajando con los médicos reales, confiaré en ti para que seas mi consejera personal en lo que tenga que ver con Lochlan y los demás rebeldes. —Palidezco, y añade—: Querías que te diera trabajo también, ¿no es así?

Y sí, supongo que sí.

Dicho lo cual, me deja en el pasillo, boquiabierta, y se marcha.

—¿Gracias? —susurro, pero ya se ha ido.

Como ocurre con la habitación, es un papel demasiado grande. Pero quería formar parte del cambio y quería estar en primera línea.

He desayunado con Corrick y con Quint todos los días. El intendente del palacio es un libro de chismes acerca de los cónsules y de su lealtad, acerca de Allisander y sus insultos apenas disimulados hacia Harristan y Corrick, acerca de quién es de fiar y quién no. Aunque en el aire hay esperanza, también hay miedo, y es obvio que la guardia del palacio ha sido reforzada.

Mis días están llenos de reuniones, pero mi momento favorito del día es cuando se pone el sol y paseo junto a Corrick bajo las estrellas, y la luz de la luna arroja sombras sobre sus rasgos.

Esta noche ha refrescado, el cielo se ha oscurecido en un azul tan intenso que es casi negro. Nos acercamos al arco llameante y vemos el crepitar de las chispas antes de que se precipiten al estanque que hay debajo.

Me estremezco, y sin pronunciar palabra Corrick se quita la chaqueta y me la pasa por encima de los hombros.

—Gracias —le digo.

—De todos modos, a ti te queda mejor —responde, y le sonrío.

Él, a mí, no.

Sé que se ha reunido con Harristan, y dice que se comprometen a mejorar la situación de Kandala. Pero eso no significa que hayan

arreglado la situación entre ellos. Recuerdo haber caminado con Harristan por la Selva, cuando me dijo que el rey no merece la lástima de nadie.

Me pregunto si Corrick también lo piensa.

—Te veo preocupado. —Entrelazo los dedos con los suyos.

—Harristan dice que no quiere esconderse detrás del justicia del rey.

Espero a que diga algo más, pero guarda silencio, y frunzo el ceño.

—Creo que es una sabia decisión.

—Yo no creo que se escondiera, Tessa. Nunca escondimos quiénes éramos. —Duda—. Hay mucho en riesgo. Allisander y los demás iban a intentar derrocarlo. Me preocupa que, si ya no hay justicia del rey, lo vuelvan a intentar.

Me detengo y me lo quedo mirando.

Debe de haberse fijado en mi expresión.

—¿Qué pasa? —pregunta, casi con un tono engreído—. Es lo que les ocurrió a nuestros padres.

—¿Eres consciente de lo que acabas de decir?

—Que si no hay justicia del rey…

—¡No! Has dicho: «Nunca escondimos quiénes éramos». —Me entran ganas de zarandearlo—. ¡Corrick! Escondiste todo lo que eres. Creo que Harristan también.

Se sobresalta, y luego suspira. Parece que va a reanudar el paso, pero lo sujeto para que se quede quieto. Me mira con ojos profundos e intensos.

—El pueblo quería a Wes y a Sullivan —susurro—. Dale tiempo para que quiera a Harristan y a Corrick.

—Recuerda que también querían a Tessa Cade. —Me recorre el contorno de la boca con el pulgar.

—Podéis lograrlo —murmuro.

Niega ligeramente con la cabeza antes de rozarme los labios con los suyos.

—Podemos lograrlo.

A continuación, sus manos se colocan sobre mi cintura, y me

zambullo en sus ojos e inhalo su aliento. La oscuridad se cierra a nuestro alrededor hasta que ya no queda nada salvo la calidez de sus manos y el sonido de su voz, baja y provocadora, en mi oído. Hay muchísimo que hacer, muchas cosas que esperar.

Pero durante unos instantes cierro los ojos, me inclino para sentir sus caricias y recuerdo cómo era cuando solo estábamos él y yo contra la noche.

AGRADECIMIENTOS

Desde que vi por primera vez la película *Robin Hood* de Disney (de la que me enamoré), siempre me han encantado las historias sobre supuestos «forajidos» que actúan en favor del pueblo en secreto. Crecí viendo y leyendo todas las historias parecidas que encontraba, desde *Robin Hood* de Kevin Costner hasta los viejos episodios en blanco y negro de *Zorro*, pasando por las novelas de joven adulto como *Jackaroo*, de Cynthia Voigt, o *La suerte de los ladrones*, de Lynn Flewelling. Cuando me imaginé a los personajes de Tessa Cade y Weston Lark robando medicinas para ayudar al pueblo de Kandala, supe desde el principio que sus caminos irían por los derroteros correctos, y terminé el primer borrador de *El elixir de flor de luna* en otoño de 2019. Después tuve que concentrarme en *Una promesa audaz y mortal*, así que, cuando en enero de 2020 me llegaron las primeras impresiones de mi increíble editora, se quedaron en la bandeja de entrada de mi correo hasta que terminé *Una promesa audaz y mortal.*

Y entonces, en marzo de 2020, se desató la pandemia de la COVID-19.

Como *El elixir de flor de luna* cuenta la historia de un reino que sufre una misteriosa enfermedad, sé que probablemente surgirán comparaciones, y ya preveo que me preguntarán si se trata de un «libro pandémico». Si has llegado hasta aquí sabes que no lo es, pero la forma en que la COVID-19 afectó al mundo cambió por completo mi modo de ver el reino de Kandala y las responsabilidades que tienen los gobernantes hacia los ciudadanos, sobre todo en momentos

complicados y desafiantes. Mi editora y yo hicimos varias rondas de revisiones para crear lo que es ahora el libro terminado que tienes en las manos, y, como de costumbre, Mary Kate no me dejó parar hasta que fue una versión perfecta.

Y por ahí es por donde voy a empezar. Mary Kate Castellani, mi extraordinaria editora de Bloomsbury, siempre lleva mis obras al siguiente nivel, y luego de alguna forma percibe más potencial y todavía las eleva más. Siempre te voy a dar las gracias por tus consejos y por tu apoyo, y me alegra que en el futuro vayamos a trabajar con ilusión en más libros.

Quiero darle las gracias a mi marido Michael, que es probablemente el más comprensivo del mundo. Nunca olvidaré el día en que empecé a buscar agentes literarios y me preguntó: «¿Piensas de verdad que tu estilo es lo bastante bueno como para que la gente vaya a pagar dinero para leerlo?». Fue una pregunta vital en un momento vital, y reflexioné durante un segundo antes de responder: «Sí. Sí que lo pienso». Se limitó a asentir y dijo: «Vamos a por ello, pues». Desde ese día, me ha apoyado al ciento por ciento, y doy las gracias por cada segundo que pasamos juntos.

Todo el equipo de Bloomsbury sigue dejándome sin habla por su increíble dedicación a los libros que publican, y quiero daros las gracias por todo. Gracias a Adrienne Vaughan, Erica Barmash, Faye Bi, Phoebe Dyer, Claire Stetzer, Beth Eller, Ksenia Winnicki, Rebecca McNally, Ellen Holgate, Pari Thompson, al equipo editorial, al equipo de arte, y a todas y cada una de las personas de Bloomsbury que han colaborado para lograr que mis libros sean un éxito. Quiero darles las gracias en especial a Lily Yengle, Tobias Madden, Mattea Barnes y a Meenakshi Singh, por la maravillosa promoción que hacéis con mis libros.

Hablando de promoción, si has formado parte de ella, GRACIAS. Significa muchísimo para mí saber que hay cientos de personas interesadas en mis libros, y nunca voy a olvidar todo lo que habéis hecho para correr la voz y promocionar mis historias.

Mi agente literaria, Suzie Townsend, de New Leaf Literary Agency,

ha sido un absoluto pilar para mí desde que empezamos a trabajar juntas. Suzie, muchas gracias por tu tiempo y por tus consejos para lanzar más libros al mercado. Gracias también a Dani Segelbaum, por gestionar tantas cosas entre bambalinas.

Estoy en deuda con mis buenos amigos escritores Gillian McDunn, Jodi Picoult, Jennifer Armentrout, Phil Stamper, Ava Tusek y Amalie Howard, porque sinceramente no sé cómo me las arreglaría sin vuestro apoyo. Desde leer mis manuscritos hasta darme la mano cibernéticamente, pasando por escucharme y hablar conmigo y apoyarme, estoy muy agradecida por teneros en mi vida.

Varias personas leyeron algunas partes de la novela y me prestaron sus conocimientos mientras las escribía, así que quiero aprovechar para dar las gracias en especial a Christina Labib, Shyla Stokes, Reba Gordon, Ava Tusek e Isabel Ibañez.

Muchas gracias a mis dos mamás de la cuarentena por ayudarme a superar 2020 (y ahora ya 2021), Christina Labib y Siobhan Reed. No sois escritoras, pero me habéis ayudado a sobrellevar un año muy difícil, así que os doy las gracias a las dos de corazón.

Gracias también a todas las personas que colaboran para dar a conocer mis libros, ya sea poniendo literalmente un ejemplar en las manos de alguien o hablando de ellos en blogs, Twitter, Tumblr, Instagram, Facebook y ahora TikTok. Eso incluye a lectores, reseñadores, blogueros, bibliotecarios, libreros, profesores, artistas y *cosplayers*. Muchas gracias por ayudarme a hacer realidad mis sueños. Sé que leer y reseñar y vender y crear puede parecer una tarea ingrata. Contáis con mi gratitud y mi agradecimiento más absolutos.

Y ¡muchas gracias A TI! Sí, a ti. Si tienes este libro en las manos, gracias. Gracias por formar parte de mi sueño. Es un honor que hayas invertido tiempo en darles la bienvenida a mis personajes en tu corazón.

Por último, todo mi amor y mi agradecimiento para los chicos Kemmerer, por seguir los pasos de papá y apoyarme tantísimo como él. Me sorprendéis a diario y soy muy afortunada de ser vuestra madre.

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK